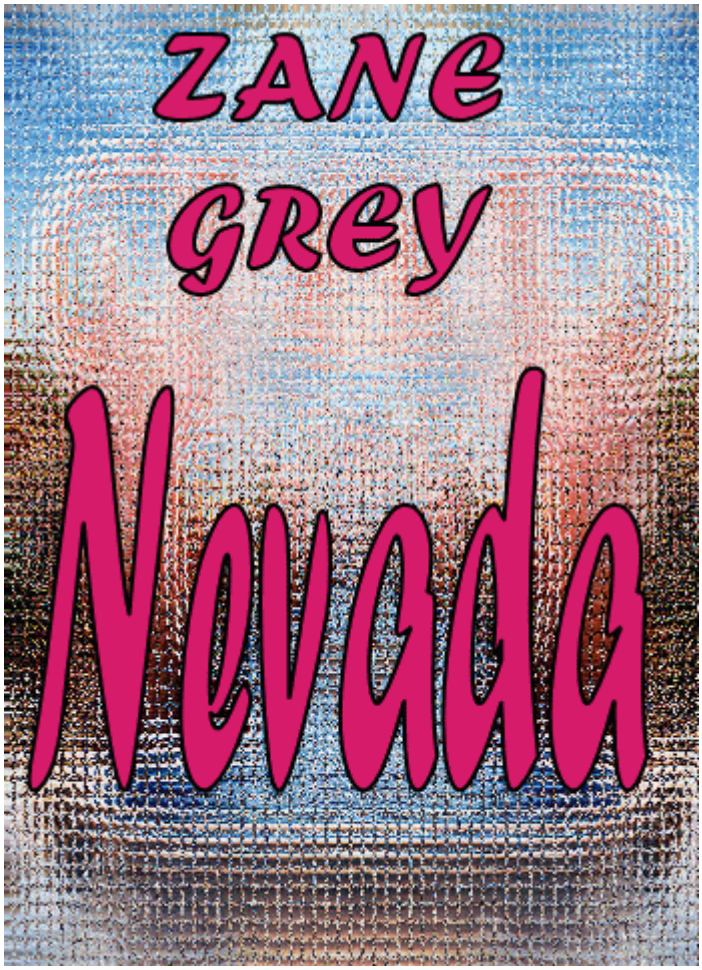
LIBRO dot.com

NEVADA

ZANE GREY



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I

Nevada volvió la cabeza cuando su caballo, sintiendo el acicate de las espuelas, se lanzó al camino. Vio los tres hombres que yacían en el suelo y el azulino humo de sus disparos que flotaba aún en el aire, dispersándose. El rostro de Benjamín Ide estaba blanco y convulsivo.

-¡Adiós, amigo!-exclamó por segunda vez con voz estentórea, y, poniéndose de pie en los estribos, agitó el sombrero. Así creyó despedirse para siempre de aquel amigo que un día le salvara, socorriéndole y amparándole, y al que amaba más que a un hermano.

Después prestó atención al camino amarillento por el que avanzaba rauda su montura, y tornó a sentirse invadido por una emoción descorazonadora.

Había algo familiar e irónico en aquella precipitada huída, sobre un caballo veloz, en dirección a las laderas de artemisa y las tenebrosas montañas. ¡Cuántas veces había sentido el cortante frío del viento en una carrerapara ponerse a salvo! Mas no era ni el miedo ni el amor a la vida lo que le convertía ahora en fugitivo.

Al traspasar la última puerta del rancho, Nevada se apartó del camino y bajó en veloz carrera por el declive hacia el lago, cuya orilla recorrió sin acortar la marcha. Confusamente veía el agua verdosa a un lado de la vereda y la artemisa gris al otro; hasta la serpenteante senda aparecíasele borrosa a sus ojos, aún inyectados en sangre. No había ninguna necesidad de aquella peligrosa carrera. Sin duda, los representantes de la. Ley emprenderían a su debido tiempo la persecución, mas ni por un momento pensó Nevada en ellos.

El movimiento de un caballa veloz y fuerte érale necesario para calmar el torbellino de su mente. Sus sensaciones, sus pensamientos, giraban en derredor de la horrible náusea y el frío en el alma que experimentaba siempre después del vertimiento de sangre humana, y esta vez eran peores que nunca.

La vertiginosa carrera por el camino llano, el salvar los recodos y torrentes, el bajar y subir las hondonadas, le hizo poner en juego toda su fuerza muscular. Parecía una loca carrera para huir de sí mismo. Y al fin, calado de sudor y ardiendo, sólo pensó en el ejercicio físico.

Al llegar al lado opuesto del lago, el caballo empezó a aminorar la marcha en el blando suelo de aquel paraje. Nevada vio las profundas huellas de cascos de caballos a lo largo de la orilla y las incisiones sobre el hielo, donde él, Ben y los bandidos, a los que habían soltado, cazaron el Rojo de California, el gran garañón salvaje. Al pasar por aquel lugar, Nevada no pudo menos de pensar en el hecho y en la extraña captura del caballo que Ben Ide amaba tanto. ¡Qué jugarreta le había hecho el Destino! ¡Qué locura la de Ben, ofrecerles la libertad a los bandidos que habían capturado, a cambio de su ayuda para cazar aquel soberbio caballo! Pero la acción, aunque loca y aventurada, acrecentaba el afectó que Nevada sentía por Ben. Porque Ben Ide era un verdadero cazador de caballos salvajes.

Llegó Nevada al risco junto al cual el Río Perdido acababa en el lago, y subió por la pina senda hacia el grupo de árboles y la cabaña donde él y Benjamín Ide habían vivido una vida solitaria y feliz.. Ben, el hijo expulsado de un rico ranchero de Lago Tule, Y él, el gunman errante, herido, al que Ben dio albergue, dirigiéndole sólo una pregunta:

-¿De dónde viene?

-Nevada-había sido la respuesta, y ése fue el único nombre por, el que Ben le conociera.

Ahora todo había terminado. Nevada apeóse de su montura, sudorosa y jadeante.

-Bueno, Baldy-dijo al caballo echándole las riendas sobre la cabeza-; ya hemos llegado. Creo que basta de Forrer por ahora.

Pesadamente se dejó caer sobre las gradas del porche, se echó el sombrero atrás y se pasó la mano por el húmedo cabello, apartándolo de la ardorosa frente. Alzó la vista hacia la ladera, al otro lado del lago y contempló los puntos negros que se destacaban allí, las cabañas y graneros del rancho de Hart Blaine.

-Creo que no puedo permanecer aquí atontado como una lechuza-soliloquió Nevada levantándose-. La cosa está hecha y la dejaremos así... Tampoco quisiera que hubiese sucedido de otro modo... ¡Querido Ben...; camarada!

Mas no le fue posible entrar aún en la cabaña donde aprendiera las excelencias de la verdadera amistad.

-Ha sido el único amigo que he tenido.:., excepto algún caballo que otro... ¡Ya el nombre de Ben queda vindicado, gracias a Dios! El viejo Amos Ide conoce ahora la verdad y tendrá que pedirle perdón a su hijo. ¡Qué grande será eso! Pero Ben no se mostrará duro con el anciano, no; será cariñoso con su padre, que vivía tan terriblemente equivocado... También Hart Blaine lo sabrá todo y tendrá que hacer las paces con él muchacho. Todos sentirán remordimiento por haberle llamado ladrón de ganado... Y Ben se casará con Ina Blaine..., será rico. Tiene, además, el Rojo de California, que es su dicha completa.

Apartó la mirada del lago para contemplar Río Perdido, las colinas de la artemisa gris, tan impresionantes por su abandono y soledad, las negras sierras, tras las que se hallaba la selvatiquez de la que él había venido y a la que era forzoso volver. Era preciso tornar a la vida dura, a las míseras ganancias, a la odiosa intimidad con hombres y mujeres malvados, a la región fronteriza del' Estado de .levada, donde tenía mala fama, donde no podía dormir tranquilo ni llevar enguantada la mano derecha. Mas, en aquel instante, Nevada no se sentía arrepentido; exaltábale el saber que había saldado su deuda con el camarada. Acababa de salvar a Ben Ide de la cárcel, librando su nombre del estigma de infamia que pesaba sobre él, haciendo posible que se casase con Ina Blaine, y, además, había matado a sus enemigos. Fuera cual fuese la vida que Nevada llevara antes de conocer a Ben Ide, fuera cual fuese 1'a soledad' y la amargura de la vida que le esperaba, ni el pasado ni el futura podrían ya desvanecer la indecible dulzura que le proporcionaba el haber podido :salvar al amigo.

Nevada entró en la cabaña. Esperaba encontrarla limpia y aseada como siempre; sin embargo, todo estaba revuelto, saqueado, sin duda por el falso alguacil, que no reparó en nada en su afán de obtener dinero a todo trance.

El vaquero contempló unos momentos aquel' desorden.-Bien-se dijo-, lo que es ese Less Setter no volverá a hacer de las suyas... como no sea en el infierno. Dicho esto, salió otra vez de la habitación y se dirigió al corral. Eligió un buen caballo; tomó después albarda y alforjas y regresó a la cabaña. Allí recogió apresuradamente las casas de su pertenencia, así como provisiones, mantas y municiones. Después montó a caballo y, obligando a ir delante al de carga, bajó al vado del Río Perdido para cruzarlo.

-Seguro que Ben seguirá cuidándose de este rancho como lo hemos hecho hasta ahora-se dijo-. Y vendrá aquí con frecuencia.

Ardientes lágrimas cayeron de sus ojos al emprender la marcha, las primeras que vertía desde que, niño aún, quedó huérfano: Aunque se volvió varias veces, aquéllas le impidieron ver la cabaña medio oculta entre los árboles.

Después de recorrer una milla, volvióse por última vez, para contemplarla desde un otero. Un sentimiento más fuerte que la inteligencia le dijo que jamás volvería a verla. El momento era de honda emoción, pues Nevada adivinó de pronto que al despedirse de la cabaña no sólo decía adiós al amigo querido; sino también .a lo, que más profundamente le había conmovido en toda la vida... a su amor por Hettie Ide.

Ensimismado en sus pensamientos, continuó la marcha sin reparar ni en el camino ni en el tiempo. A la caída de la tarde dióse cuenta de la proximidad de la noche y de la necesidad de buscar un campamento adecuado para sí y los dos caballos. Mientras, cruzaba lentamente

el no, ahora sólo un riachuelo poco profundo y poco ancho, dejo que los animales abrevasen. Llegado que hubo a la otra orilla, llenó de agua las botas y la cantimplora. Luego alejóse del río y del camino, en busca de un lugar oculto. Conocía muy bien la región y tardó poco en llegar a un valle muy hondo en el que no había agua y, por tanto, nadie 1'o frecuentaba. En un claro, entre los esbeltos robles, donde el valle era muy estrecho, se detuvo para acampar.

Nevada estaba seguro de que sus caballos, muy dóciles y bien enseñados, no se alejarían, y que era poco probable que alguien viese desde lejos su fogata. Parecíale extraño hallarse otra vez solo; a pesar de que, antes de conocer a Ben Ide, toda su vida había sido solitaria.

Mientras realizaba los trabajos del campamento, de vez en cuando dejaba caer la mano y se quedaba inmóvil, pensando en el pasado A pesar del desasosiego espiritual que le dominaba, tenía hambre y comió a gusto. Arreglado qué hubo sus cosas, llegó la noche, oscura, sin estrellas.

Y vino con ella la hora que más temía Nevada, la hora en que, echado junto a la fogata, sentía la opresión del silencio y de la soledad. Siempre le había sucedido lo mismo en sus solitarias marchas, pero ahora la opresión era mayor y más extraña. Algo incomprensible habíale cambiado, agudizando su inteligencia, aumentando su sensibilidad. Algo muy grande había entrado en su vida. En aquella hora solitaria lo comprendió así.

La noche era fría y serena; algunos solitarios insectos, escapados milagrosamente de las heladas, zumbaban con notas tristes; píase también el melancólico y quejumbroso aullido del coyote. No se percibían otros sonidos, ni se había levantado viento.

Nevada se hallaba sentado ante la fogata, con las piernas cruzadas como un indio. El fuego era pequeño pero vivo y daba mucho calor. Los troncos pequeños de duro roble estaban convertidos en rojas ascuas. Siguiendo una inveterada costumbre, Nevada volvió las palmas de las manos hacia fa lumbre. Temía acostarse en el lecho que se había preparado, pues estaba seguro de dormirse inmediatamente para despertar luego, a medianoche, y pasar el resto en vela, oprimido por la soledad y la quietud. Cuanto mas tiempo permaneciese levantado, más breve sería el insomnio en las últimas horas de la noche. Además, la fogata le hacía compañía; con sus destellos y chisporroteos, parecía algo vivo que deseaba alegrarle.

Llegó un momento en que entre las áureas y rojas, apareció el rostro de Hettie Ide, la faz juvenil enmarcada por los dorados rizos, con sus ojos, de grave mirada y sus labios dulces y firmes. Parecía a veces un rostro más madura que el que correspondía a una muchacha de dieciséis años, revelando cierta firmeza y paciente voluntad.

Extraño y terrible era el recuerdo... Nevada había besado aquella dulce boca, que le correspondió con sus besos. Aquel' rostro querido habíase apoyado sobre su pecho, acariciando los suaves rizos sus mejillas. . Y ahora aquella dulce visión le perseguiría siempre, por tiempo que pasase, surgiendo de entre las llamas de sus fogatas.

-¡Hettie..., Hettie! -murmuró con un sollozo-, tú eres una niña y. olvidarás. Gracias a Dios, Ben no sabe nuestro, secreto. Y ahora se descubrirá quién soy..., la que acabo-de hacer os dirá' a ti y a Ben que teníais delante al terrible Jim Lacy... Ojalá hubiese podido conseguir que la verdad quedase oculta, para que nunca supieras que he sido tan malo... Pero ya no habrá nadie que te diga que he dejado de serla...

Así lloraba Nevada su destino, mientras el rostro amada„ que veía entre las llamas, suavizábase, resplandeciendolleno de comprensión. Era el momento en que el amor de Nevada alcanzaba la grandeza del sacrificio, que desecha para siempre toda esperanza de posesión, comprendiendo que lo único que le quedaba de su pasión era el glorioso, recuerdo y los dulces sueños; el momento supremo en que la voz del alma le mandaba ser fiel! a la muchacha que le amó y creyó en él.

Junto a aquella primera fogata solitaria flaqueó el valor de Nevada. Nunca como en aquel instante había comprendido la significación del momento en que Hettie y él; sin saber

cómo, halláronse uno en brazos del otro. Había sido un sueño venturoso, un sueño durante el cual creyó que le sería posible enterrar el terrible pasado y olvidar hasta su nombre, buscando la felicidad que Hettie le prometiera con sus brazos. Ben le hubiera aceptado con alegría como hermano... Mas al ocultar su nombre verdadero y suplantarlo con el falso de Nevada, ¿hubiera podido ser fiel a la confianza que Ben y Hettie depositaron en él? No, no era posible; no hubiese podido continuar la mentira. Y aunque descartaba a Ben de sus temores, no quiso que Hettie supiese nunca que él era Jim Lucy, el célebre gunman de Lineville, al otro lado de los anchos páramos del Estado de Nevada.

-Creo que más vale así-dijo en voz baja dirigiéndose al chisporrotean te fuego-. Y ¡ojalá no se entere Hettie nunca de quién soy!

El saber que Hettie estaba perdida para él era una idea insoportable. Habíase sentido feliz mientras no se había dado aún cuenta de ello-. Por la escala de la amistad, del amor y de la fidelidad se había elevado y salido del infierno, transformándose por completo. Y ahora no era posible volver sobre sus pasos, empequeñeciendo así el hecho cruento mediante el cual salvara a su amigo de la traición de un hombre perverso y criminal. Aquella acción había salvado al mismo tiempo de la ruina a los Blaine y a los Ido, y, sin duda, a Ina y a Hettie de algo peor que la ruina económica, puesto que aquel astuto diablo de Setter había planeada bien las cosas.

Nevada se inclinó sobre la fogata, sacudido por un hondo sollozo.

-El haberla perdido... para siempre... es lo que me mata-pronunció apretando los dientes-. ¡No puedo..., no puedo soportarlo!

Cuando, a medianoche, Nevada se acostó por fin, lo hizo agotado por la lucha desesperada que consigo sostenía. El sueño le trajo el olvido bienhechor, mas con la frialdad del alba volvió la dura prueba y el convencimiento de que jamás se desprendería de ella.. Era angustioso para él saber que, sin el amor de Hettie, sin verla, no podría ser feliz, y tan grande era su pena que hubiese querido buscar un refugio oculto para morir allí como el animal que se siente herido de muerte.

También sentíase impulsado a volver a su antigua y dura vida de la frontera, para sembrar la muerte, y hallarla acaso entre aquellos hombres colocados voluntariamente al margen de la Ley, que habían sido su perdición.

Sin embargo, no se decidió a terminar aquella angustiosa indecisión, ni de un modo ni de otro. Y lo paradójico del caso fue que, al pensar en la felicidad de Ben Ido, que éste le debía a él, Nevada sentía una alegría :sólo comparable, por lo intensa, a la angustia que le causaba su pérdida. Además, el amor de Hettie, la confianza que la muchacha le demostrara, habíale elevado a increíble altura moral, encadenándolo, para seguir luchando siempre por algo noble que ella había hecho nacer en su corazón. Nevada tenía consigo mismo una deuda mucho mayor que la que contrajera con Ben Ido. No era una deuda de amor, sino de fidelidad; Hettie había hecho que él creyese en sí mismo, en aquel otro que ahora era tan predominante y a la vez tan inescrutable.

-Sí, Baldy-dijo a su caballo, ensillándolo-, buena lucha me espera. Es preciso buscar las sendas apartadas; hemos de encontrar un sitio donde poder ocultarnos, pero donde no nos falte el alimento. Puede que, tras algún tiempo, nos sea posible cruzar el desierto para buscar en Arizona trabajo honrado. Mas ¡que el cielo me ayude! , aunque tenga que esconderme toda la vida, seguiré con ese nombre de Nevada que me dio Ben... y que Hettie amó. Nevada llegó muy lejos aquel día, recorriendo los serpenteantes caminos del ganado por los valles y los desfiladeros. Poco a poco iba llegando a las altiplanicies, donde crecía el cedro y el' pino piñonero. Cuando veía en los valles herbosos alguna granja, daba un gran rodeo, mas: eran pocas las que encontraba en su camino.

Al caer de la tarde acampó en una solitaria hondonada, rodeada de abruptas pendientes; por el herboso suela corría alegremente un riachuelo.

Las horas de aquella cabalgada habíanle parecido interminables, y tanto el como los dos caballos estaban cansados. Al sentarse junto a la fogata saludóle desde lejos: el aullido de un lobo, triste y solitaria nota de la selva. El grito halló eco en el corazón de Nevada. Él también era un lobo solitario, y la Naturaleza había sido con él mucho más despiadada aun.

Y de nuevo vio, entre las llamas de la fogata, un rostro dulce, pero de mirada inquisitiva.

Al día siguiente subió Nevada a la divisoria entre la región forestal! y las praderas de artemisa del desierto. El desfiladero era ancho y no muy alto, fácilmente accesible a los caballos, aunque la senda era tortuosa y áspera. La ausencia de huellas de ganado provocó una sonrisa en el rostro de Nevada. Sabía por qué no las había en aquel desfiladero, y también dónde, más al Sur, en las inaccesibles montañas y en un paso muy difícil, existían tales huellas. Mas eran pocos los rancheros, los que negociaban honradamente en ganado, que utilizaban aquel paso.

Desde una planicie herbosa, donde crecían aún policromas flores silvestres, miró hacia abajo, a la larga y desigual ladera, hacia la faja de California cruzada por cañones y llena de bosques de cedros, y luego hacia la frontera del Estado de Nevada, oscura y magnífica en su selvatiquez. El desierto, de un gris amarillento, extendíase sin límites ante él, y al verlo tan triste, tan gris, Nevada se dijo que, en cierta modo, aquel páramo se parecía a su destino.

Al contemplar tristemente aquel enorme y monótono desierto, comprendió el formidable antagonismo de su naturaleza. ¡Cómo había llegado a amar la fragante región de las praderas de artemisa que dejara atrás! En cambio, duro y cruel era aquel páramo, tanto como los hombres que vivían a su amparo. Disgustábale la odiosa idea detener que volver a aquella vida. ¿No sería posible hallar un refugio en otra parte..., tal vez en el lejano y soleado país de Arizona? Mas, extraña paradoja, la selvática región de Nevada ejercía sobre el vaquero una atracción íntima, profunda, despertando en él algo primitivo y retador.

Creo que lo mejor será ocultarme en algún cañón durante cierto tiempo-dijo Nevada al fin, muy pensativo. Y empezó a descender por el desfiladero, perdiendo pronto de vista el variado y amplio panorama. La senda bajaba y subía en zigzag, atravesando una abrupta región. Antes de llegar al fin de aquella enorme ladera percibió el susurro de un río. Inmediatamente apartóse de la senda de un cañón no muy profundo, del cual procedía el ruido del agua. Así recorrió a pie, llevando los caballos por las bridas, más de una milla, hasta encontrar una fisura, en el muro del cañón, por donde bajar.

Aquel barranco ofrecíale, en efecto, un refugio solitario. La hierba y el arbolado abundaban allí y las huellas de venado y de otros animales de caza diéronle la seguridad de que no le: faltaría carne. Un sitio mas estrecho del cañón, en el que unos álamos conservaban aun su verdor y la hierba crecía espesa, a lo largo del riachuelo parecióle el lugar más a propósito para acampar.

Allí descargó, pues, sus caballos, procediendo a ella con lentitud, algo pensativo, como si el tiempo para nada contara. Desde su infancia, ningún trabajo como el de construirse un lugar habitable en las selvas poseía para Nevada mayor encanto, y nunca, como en aquel momento, necesitaba tanto la soledad.

Nevada no contó los días que pasaban; todo le parecía un sueño. Recorrió el cañón de arriba abajo, rifle en mano, aunque sólo lo hizo en los sitios soleados, ensimismado en sus recuerdos. Sus caballos engordaron y se hicieron perezosos. Los días convirtiéronse en semanas. Los álamos se despojaron de sus hojas, cubriendo el suelo con áurea alfombra. Las noches tornáronse frías y el viento arrancaba quejidos de los árboles.

Llegó el momento en que ya no le pareció posible resistir la soledad. Nevada se dio cuenta de que, si seguía en aquel cañón, acabaría loco. Pues; por encima de los recuerdos de Hettie y de Ben Ide, de aquel breve y enaltecedor período de su vida que vivió a su lado, surgían las tremendas pesadillas en que veía los hombres muertos por él. Ya otras veces había

experimentado la misma sensación, y el único remedio contra las terribles remembranzas era mezclarse entre la gente, beber, trabajar, percibir el sonido de otras voces. Hasta la compañía de la peor especie de hombres y de mujeres podría salvarle de las obsesionantes sombras de los muertos..

Lleno de pensamientos sombríos, ponderó la situación Aunque había creído que se bastaba a sí mismo, se dio cuenta de, que su voluntad tenía un límite. No era ya posible vivir en aquella soledad, declinando físicamente a causa de la insuficiente alimentación y cayendo de día en día en mayor melancolía y confusión mental. Hasta la, idea de asociarse de nuevo a sus compañeras de luchas y crímenes dábale cierta sensación de alivio, Mas, a pesar de ello, tembló ante las inevitables consecuencias de volver a aquella vida.

-Creo que es hora de que revele quién soy -mumuró-. No puedo engañarme a mí mismo, como tampoco hubiera debido mentir a Hettie. He cambiado, estoy cambiando todos los días. Casi` ni yo mismo me conozco. Y me asusta la vida. ¿Qué voy a hacer? Lo mejor será buscar trabajo honrado en una región alejada; tal vez en Arizona, donde me conocen poco. Esto es lo que Hettie esperaría que yo hiciera, ella tenía fe en mí... i Y lo haré! ... Pero por ella y por Ben, no por mí, he de tener paciencia hasta que se haya olvidado por completo mi última fechoría. Si me encontrasen y-me reconocieran como Jim Lacy, llegarían a saberse ciertas cosas que no quiero que sepa Hettie nunca; antes preferiría morir. II Un frío y oscuro día del mes de noviembre entró Nevada en Lineville. El viento arremolinaba el polvo y las hojas secas; volutas de humo azul elevábanse de las chimeneas de las cabañas, chozas y casas del rezagado villorrio. Parte de las viviendas, las del lado norte de la calle principal, estaban en el Estado de California, y las de la acera de enfrente, en el de Nevada. Muchos disparos habíanse hecho desde un Estado para matar a alguien en el otro.

Lineville había sido un lugar minero de bastante importancia durante la primera época de la fiebre del oro; cabañas desiertas y medio derruídas eran mudo recuerdo de un tiempo en que la población contaba con numerosos habitantes. En lo alto de la colina de triste aspecto veíanse las runas del viejo molino de mineral, desde el que bajaban tubos oxidados y un conducto abierto al río. Oscuros agujeros en los riscos de enfrente daban fe de las pretéritas actividades de buscadores de oro. Aún se hallaba el preciado metal en los abruptos montes, mas sólo en cantidades muy pequeñas. Los buscadores solían llegar a Lineville para recorrer los alrededores durante la estación y continuaban luego su búsqueda sin fin en otra parte, cediendo el sitio a otros buscadores. La última vez que Nevada estuvo en el lugar, había allí unas cuantas personas honradas, pero era muy pequeño su tanto por cierto entre los trescientos habitantes de Lineville.

El vaquero se detuvo ante una cabaña gris, edificada en medio de un terreno bastante grande y dentro aún de los límites de la población. La vivienda no había cambiado en nada, ni el aspecto de sus alrededores. Un caballo pardusco habíase refugiado junto a la pared, resguardada del viento, de un viejo granero. Nevada conocía aquel caballo. Los corrales y cobertizos se hallaban más al fondo del terreno, al pie de la ladera rocosa. Matas de zarzas rodeaban la huerta, en la que aún se veían verdes hortalizas cuyo color se destacaba de la removida tierra roja. También recordaba Nevada la tabla clavada en cruz en un poste ante la puerta, pintada en fa cual había este anuncio: «Se alquilan habitaciones.»

Nevada se apeó, ató sus caballos al poste y penetró en la finca, dirigiéndose a la parte posterior de la cabaña. Antes de llamar vaciló un momento; por fin se decidió. Oyó ruido en el interior, el vivo paso de una persona; en seguida abrióse la puerta y apareció una mujer de edad madura, de aspecto alegre, rostro áspero, grandes ojos, franca mirada, y cuya cabellera empezaba a encanecer.

¿Cómo está usted, señora Wood?-preguntó el vaquero.

La mujer se quedó un instante mirándole; luego exclamó

-¡Válgame Dios, si es Jim Lacy!

-En persona. ¿Me va usted a permitir que entre? Estoy hecho un carámbano.

-Jim, bien sabes que no necesitas permiso para entrar en mi casa-repuso la mujer haciéndolo pasar a una cocina de agradable aspecto, en la cual el calor de la estufa y un grato olor a pan recién hecho llamaron poderosamente la atención del vaquero.

-Gracias; me complace oírlo. Es como si uno volviese a su casa. He pasado frío y hambre largo tiempo.

-Hijo mío, ya se te ve en la cara-contestó la señora Wood haciendo un gesto de desaprobación-. Nunca te he visto así; antes eras un muchacho apuesto y guapo. Hay que verte ahora... ¡Si pareces un minero, con la barba que llevas! ... ¿Qué has estado haciendo?

-Bien, señora Wood-repuso Nevada tranquilamente-, estoy seguro de que habrá usted oído hablar de mí...-y al mismo tiempo estudiaba el rostro de la mujer. Su contestación podía tener mucha importancia para el vaquero, mas ella no izo ningún gesto revelador.

-Ni una palabra, Jim. Ni ahora ni en ninguna ocasión, desde que te fuiste.

-¿No? Pues me sorprende y, además, me complace-dijo Nevada sonriendo aliviado-. ¿Podría usted facilitarme trabajo? Me gustaría ayudar aquí en el rancho, como antes, para pagar el hospedaje.

-Sí, Jim, puedo... y quiero -declaró la señora Wood-. Y tampoco tendrás que dormir en el granero. Pues, ¡sí que tengo suerte! -repuso Nevada, agradecido.

-¡Hum! No lo sé, Jim. Volver a Lineville no puede decirse que sea suerte... ¡Ay, hijo mío!, ¡yo que esperaba que, si vivías, te habrías regenerado

-Usted es muy buena; por eso pensó en mí con tanta bondad-dijo el vaquero, alejándose' de la estufa-. Ahora saldré para cuidarme de los caballos y de mis trastos.-Tráelos aquí. Y me olvidaré que tienes hambre.

Nevada salió pensativo y llevó sus caballos con lentitud hacia el establo. Mientras descargaba sus cosas, pensó en el efecto singular que las palabras de la señora Wood le habían causado. Tal vez dichas por cualquiera de los habitantes de Lineville habríanle producido la misma impresión. Veíase de pronto otra vez frente a la realidad. Aquella bondadosa mujer había alimentado la esperanza de no volverlo a ver nunca. Pensaba tanto en aquellas palabras, que procedió con gran lentitud en el trabajo que estaba realizando; hasta que la buena mujer, extrañada de su tardanza, lo llamó. Entonces, después de echarse las mantas de la cama al hombro, y con el paquete de sus cosas en la mano, regresó a la cocina, donde encontró la mesa preparada y una caliente v buena comida. Nevada dio muestras de que tenía necesidad de un alimento sano y nutritivo.

-¡Pobre Jim!-se dijo la señora Wood, apenada; pero no hizo ninguna pregunta.

Nevada comió hasta sentirse avergonzado de sí mismo.-Ya sé el calificativo que merezco, pero... ¡estaba todo tan bueno!

-Bien, bien. Ahora, coge agua caliente y aféitate esa barba,-replicó ella-. El cuarto al final del vestíbulo es el tuyo. Hay allí una estufa y un buen montón de leña.

Nevada llevó sus cosas a la habitación señalada y volvió luego por agua caliente, jabón y toalla. No tardó mucho en darse cuenta de que el estar afeitado y vestir ropa limpia poco significaba ahora para él, puesto que había perdido a Hettie para siempre. ¿Qué pariría importarle su aspecto personal? Mas al punto recordó que a ella si le importaría mucho. Cuando una hora más tarde penetró Nevada de nuevo en la cocina, la señora Wood le contempló con bondadosos aunque inquisitivos ojos.

-Jim, veo que tu revólver está en el mismo sitio bajo que antes. Es curioso, ¿verdad?-dijo irónicamene.

-Pues sí, es extraño-repuso Nevada-. Porque, a fe mía, que hace la mar de tiempo que no lo he «sacado»

-¿Ni tampoco has bebido?

-No, señora.

-¿Ni te has fijado en las mujeres?

-¡Caramba!, no. Siempre les he tenido miedo-Nevada se echó a reír, pero no logró engañarla.

-Hija mía, algo te ha sucedido-declaró la mujer gravemente-. Estás envejecido. Tus ojos no tienen ya la mirada de antes, cuándo parecían puñales. Hay una sombra en ellos... Jim, vi una vez a Billy el Niño en Nuevo Méjico. Te parecías mucho a él, no en la figura, ni en el rostro, sino en algo que no sé explicar. Pero ahora no tienes ya ese algo.

-¡Ay! No sé si eso que ha dicho es un cumplido o no para mí-repuso Nevada con su pausada voz-. Billy el Niño era un hombre bastante terrible, ¿verdad?

-¡Hum! Es verdad, pero tú has pasado por esa guerra del ganado del condado de Lincoln como yo y mi marido. Mataron a trescientos y mi Jack fue uno de ellos.

-¿La guerra del condado de Lincoln?-dijo Nevada-. También he oído hablar de ella. ¿Y a cuántos de los trescientos mató Billy el Niño?

-¡Sólo Dios lo sabe! Billy ya tenía veintiún hombres en su haber antes de esa guerra, sin contar los mejicanos ni los indios. Dicen que era terrible con ellos. Sí, Jim, tú tenías la misma mirada de Billy, y si hubieses continuado como antes, hubieras sido igual a él en todo. Pero algo te ha sucedido. No soy curiosa, pero dime, ¿no has perdido el valor? Como sabes, eso les sucede a veces a los gunmen.

-Eso mismo debe de ser, señora Wood. Soy más cobarde que una gallina-replicó Nevada con su antigua tranquilidad. Le gustaba oír la voz de su protectora y ejercitarse, al mismo tiempo, en mostrarse sereno.

-¡Claro! Y me apuesto cualquier cosa a que eso es todo lo que me vas a contar de tu vida-observó la mujer-. Cuando saliste de aquí, Jim Lacy; eras tan sólo un muchacho; ahora vuelves hecho un hombre. Me gustaría saber qué pensará de ti Lize Teller ahora. Recuerdo que la tenías chiflada.

-¿Lize Teller?-repitió Nevada, pensativo-. Sí, la recuerdo. ¿Está aquí?

-Puede decirse que domina a todo el pueblo. Ya no vive aquí con esta servidora, sino en la «Mina de Ora». Nevada se sentó en un banco bajo, entre el rincón de la pared y la estufa, lugar que ya antes había sido su asiento preferido, y se dispuso a entablar una amigable charla con la dueña. La señora Wood ocupaba una situación única en la población, puesto que poseía la confianza de todos: jugadores, mineros, abigeos y demás personas. Era un alma buena, siempre dispuesta a ayudar, sin mirar a quién. Fuera cual fuese su pasado (Nevada adivinó que había vivido de perfecto acuerdo con el bandido de su marido), ahora era una mujer honrada y muy trabajadora. En los endemoniados días de su primera estancia en Lineville, el vaquero no supo apreciar su valor. Seguramente tendría ahora a su servicio a otro vago, haciendo la misma clase de trabajo que él había pedido para sí. Nevada recordó que la bondad que la señora Wood le había mostrado era casi maternal, sin duda debido al hecho de haber sido él el más joven de los personajes célebres de Lineville.

-¿Se ha casado Lize?-empezó Nevada con aire indiferente.

-No, y ahora ya no se casará-repuso la señora Wood secamente-. Se le ofreció un buen partido; un ganadero, Holder de nombre, de Eureka, un hombre muy decente. Quiso casarse con ella. Creo que Holder sabía que el ganado que compraba era robado, pero, de todos modos, era el hombre de más valía en Lineville. Demasiado bueno para esa... tonta. Además, ella le quería y era su única oportunidad de salir de aquí. Mas, de pronto, regresó Cash Burridge, después de larga ausencia. Casi tan larga como la tuya. Cash había tomado parte en no sé qué gran negocio en el Sur y volvía a Lineville para pasar una época tranquila, y para jugar. Como siempre, traía mucho dinero y, como siempre también, lo perdió. Lize estaba empleada en la «Mina de Oro» y se enredó con Cash. Éste y Holder tuvieron una discusión sobre la chica,, con lo que quedó descartado' el matrimonio de ella con el ganadero. Le canté

las verdades, pero como si hubiese hablado a la pared. Entonces fue de mal en peor. Ya la verás.

-¡Conque Cash Burridge ha vuelto!-observó Nevada con mirada sombría, dejando caer la cabeza. Aquel nombre tenía el poder de hacerle desear que no se viese el brillo de sus ojos-. Me había olvidado por completo de él.

-¡Vaya, vaya, Jim Lacy!-repuso la mujer-. Nadie pueda olvidar a Cash Burridge, y mucho menos tú... Ojalá no volvieseis a encontraras.

-El caso es que no podremos evitar el vernos-dijo el vaquero-. No puedo permanecer siempre aquí en la cocina, aunque me gustaría hacerlo.

-No he querido decir que no pudieses encontrarlo en la calle o en otro sitio cualquiera. Ya sabes a qué me refiero.

-No se apure, mamá Wood. Cash y yo no chocaremos, porque yo no he venido a armar camorra a nadie.

-Esa no ha sido nunca tu idea, hijo mío, lo sé muy bien. Pero... tampoco echas a correr si otros la arman. Y bien conoces a Cash ; estando normal ya es malo, pero cuando se emborracha, es el mismísimo demonio.

-¡Ya, ya!, lo recuerdo bien. ¿Es que ha hecho alguna de las suyas ahora?

-No he sabido mucho de él, Jim-repuso la señora Wood-. Y casi todo son chismografías de Lineville ; creo que no hay nada de verdad en lo que dicen.

Nevada sabía que era inútil tratar de sonsacar más en ese sentido, lo que probaba que Cash Burridge había aumentado su reputación de un modo u otro. El vaquero sintió una extraña reacción..., una especie de desprecio por la vaga curiosidad que sentía de saber más acerca de Lineville y sus antiguos compañeros. Viejas y olvidadas sensaciones surgían de nuevo en él y, lentamente, sintió el ardor de la sangre.

-Lineville tiene aspecto de estar muerto-dijo tanteando el terreno.

-Está muerto, Jim. Pero ya sabes que vamos de cara al invierno y esta gente de Lineville es curiosa; cuando viene la nieve, se cobijan todos aquí.... Hay ahora más tráfico por la carretera que antes; corren tres diligencias por semana y muchas personas se detienen para pasar la noche. En mi casa se alojan bastantes; he estado muy atareada durante el verano y el otoño.

-¿Dice usted que hay más tráfico en la carretera? '-Es cosa nueva para Lineville. Que llegasen buscadores de oro, bien, pero no entiendo eso del tráfico: ¿A qué se refiere, mamá Wood?

-Pero, Jim, ¿dónde has estado tanto tiempo?-preguntó la buena mujer, extrañada-. Debes de haberte enterrado no sé dónde, cuando no sabes nada. Hay una nueva ciudad minera... Salisbar. Y el tráfico del Norte pasa ahora por aquí, a pesar de la malísima carretera.

-¿Salisbar? Es la primera vez que lo oigo nombrar. ¿Y por Lineville pasan nada menos que las diligencias oficiales? ¡Caramba, caramba

-En cambio, hubo sólo uno o dos asaltos y los bandidos no eran de Lineville. Dicen que la diligencia va a suspender el servicio hasta la primavera.

Hablaba usted antes de un ganadero llamado Holder, que compraba aquí mientras yo estaba fuera. Supongo que no sería el único.

-No, pero los negocios en ganado han sido flojos ese verano. El último hato importante llegó en junio.

-¡Qué me dice usted! Pues ¡si que está muerto Lineville!

-Algún día ha de acabar esto, Jim; aunque sólo sé trate aquí de jugar al abigeato, como quien dice.

-Jugar al abigeatol-repitió Nevada riendo.

-Sí, Jim, porque el abigeo de verdad no se contenta con tan poca cosa. Yo he visto, en mis tiempos, robos de más de mil cabezas de ganado, y de una sola vez.-¡Ay! Claro que sí;

siento haberlo mencionado respondió Nevada mirando otra vez el rostro frescote de la dueña-. ¿Verdad que usted nunca me ha tomado por un ladrón de ganado, mamá Wood?

-¡Dios mío!, no. Tú fuiste sólo, un muchacho díscolo, que gustaba dé ostentar su habilidad en «sacar» el revólver. Pero un día u otro, pararás en eso, Jim. En un momento poco oportuno te hallarás en mala compañía. A mí, que soy de Texas, siempre me ha gustado un gunman valiente y de juego limpio, como lo fue mi Jack. Durante, muchos años, él fue honrado y bueno, pero llegó el día en qué también se metió a robar ganado. Como lo harás tú, Jim. Quisiera que te alejaras de Lineville de un modo, que nunca más pudiera volver.

-Me iré en la primavera; entre tanto no voy a preocuparme más que de ganarme honradamente el pan.-Muy bien, acepto la promesa, Jim, y haré que no lo olvides. Mientras tanto estarás bien aquí en casa... Conque, hasta la primavera, ¿eh?

-Mamá Wood, usted ha dicho que no era curiosa-: dijo, riendo Nevada. Luego preguntó seriamente-: ¿Cuándo estuvo Hall aquí la última vez?

-En junio, con el último ganado que llegó por el desfiladero. Y lo curioso del caso, Jim, es que no ha vuelto.-No me parece extraño. Tal vez se ha sacudido para siempre el polvo de Lineville. Me han dicho que' entró aquí de pronto, de modo que, ¿por qué no marchasse de la misma manera? Habrá ido a buscar nuevos campos para sus actividades, mamá Wood.

-Claro que no hay motivo para extrañarse., Sólo que Hall ha sido siempre un hombre particular.

-Y ese ambicioso de Less Setter, de la región del río Snake..., ¿ha vuelto por aquí?

-No. Aquella vez que tú chocaste-con él, es la única que estuvo aquí. Y no es de extrañar. Dicen que tú ibas a matarlo si volvía. Recuerdo, Jim, que aquella noche, después de la riña, hablaste mucho. No estabas en tus cabales, porque habías bebido. Decías que ya tuviste otra cuestión con Setter antes de que vinieses a Lineville. No lo he dicho nunca a nadie, pero lo recuerdo muy bien.

-Es que yo también vine de la región del río Snake, mamá Wood-repuso Nevada sonriendo sombríamente.

-Decían aquí que Setter era demasiado ambicioso para entretenerse en Lineville-repuso ella pasando por alto la misteriosa observación de Nevada-. Hall dijo que Setter tenía muchos hierros en él fuego. Consistía su juego en inducir a ganaderos y hacendados ricos a hacer especulaciones. Era un impostor muy astuto, un miserable, que se prestaba a todo, y tenía una gran debilidad por las mujeres. Aunque no fuese por otra cosa, eso solo será su perdición. Intentó llevarse a Lize Teller.

-¡Caramba, qué me dice!-exclamó Nevada tratando de mostrar una sorpresa que no podía sentir.

Otra vez bajó los ojos, porque sintió de pronto náuseas. Less Setter no volvería a molestar a ninguna mujer. Jamás podría envolver a Ben y Hettie ni a nadie en sus diabólicas maquinaciones, puesto que a él y a dos de sus cómplices los había dejado muertos en el patio del rancho de Hart Blaine, en la región del lago del! Pato Silvestre. ¡Muertos a sus propias manos!

Así había salvado a Ben Ide y a Hettie. A pesar del tiempo transcurrido, recordaba vivamente la escena: las gentes apartándose ante la arremetida de su veloz caballo; el terror de Less Setter al verlo; el momento de la venganza y de la recompensa; aquellos: tres villanos que yacían muertos, mientras se desvanecía, lentamente, el azulado humo de su revólver; un salto para montar su caballo; una mirada hacia atrás: "Adiós, amigo»; una última mirada a la blanca y convulsa faz de Ben Ide, que recordaría siempre.

-Lineville tuvo su día-decía la señora Wood con satisfacción-. Setter lo vio, y también Hall; por eso ninguno de los dos tenían interés en quedarse. Lo sabe Cash Burridge también, y se marchará cuando venga el deshielo en primavera; no se irá solo. Seguramente se

trasladará al Sur, a Arizona tal vez, donde estuvo buscando un lugar poco frecuentado. Y cuando esté fuera, la gente honrada no tendrá miedo de ir a las tiendas de Lineville.

-Buena suerte para este pueblo, pero mala para Arizona-repuso Nevada-. Lo siento por los rancheros de allí.-¡Hum ! No sé. En Arizona hay bandas mucho más feroces que las que jamás ha habido en este lugar-observó la señora con desprecio-. Por ejemplo, aquella banda de Texas, en el Valle Placentero, o el equipo de Hash Knife, en Tonto Rim, y eso sin hablar de lo que sucede en la frontera mejicana. Cash Burridge no tiene el temple necesario para durar mucho tiempo en Arizona. Suponga que Hardy Rue seguirá a Burridge y, claro está, también el charlatán de Link Cawthorne. Pero sólo hay uno en Lineville que podría vivir siempre en Arizona. Tú le conoces, Jim Lacy.

-Pues no tengo la menor idea, mamá Wood.

-No te hagas el desentendido-repuso ella afectuosamente-. De todos modos, Jim, me gustaría más que te apartaras de este ambiente que no que sobrevivieses a, todos los desesperados de por ahí. He oído decir a mi marido que los gunmen llegan a sufrir una enfermedad mental. El gunman tiene la obsesión de matar. Y si aparece en el horizonte otro gran matador, esa obsesión le obliga a enfrentarse con él, sólo para ver si puede matarlo. ¿Verdad que es terrible? Pues así fue en el Estado de Texas durante mi época.

-Sí, es terrible-respondió Nevada sombríamente-. Comprendo que un hombre se ejercite en sacar con rapidez su revólver para defenderse contra posibles ataques. Ése fue mi caso... Pero ¿por matar? No, eso no lo comprendo.

La señora Wood, que tenía el don de enterarse de todo y contarlo con gracia, informó a Nevada de lo sucedido en Lineville durante su ausencia. No se limitaba a. los asuntos de los malos elementos que se reunían en Lineville. Habló también de los pocos niños que Nevada había conocido y con quienes jugara, los niños que nacieron entre tanto, la llegada de otras familias a la población, la perspectiva de contar pronto con escuela propia y la posibilidad ¡de instalar también una estafeta de correos..., todo ello lo contó detalladamente y con manifiesta satisfacción, como no lo había hecho al hablar del otro aspecto de la vida de Lineville.

Pero fue precisamente esto último lo que más impresionó a Nevada. Cuando más tarde entró en su pequeña habitación, realizó, casi de un modo inconsciente, cierto acto, el cual había repetido miles de veces estando solo, aunque no últimamente. ¡Había «sacado» el revólver! Allí estaba, como por arte mágico, apuntando al frente, asido por la mano en posición muy baja. Al darse cuenta de lo que había hecho, Nevada tuvo una sorpresa. ¡Con qué naturalidad lo había sacado l ¿Por qué lo habría hecho? ¿Qué significaba su acción? Volvió a meter el revólver, de azulado aspecto, en su funda.

-Me parece que es debido a lo que esa mujer ha dicho sobre Cawthorne y los demás-murmuró-. Es extraño... No, no, al fin y al cabo, no es nada extraño.

Había vuelto a un ambiente en que el hábil' manejo del revólver era una ley suprema. La propia conservación era la única ley entre aquellas gentes que vivían al margen de ella y en medio de las cuales le había hecho caer su mala estrella. No podía evitar su trato sin provocar su odio y su desconfianza. Era preciso mezclarse entre ellos como en el pasado, a pesar de haber cambiado totalmente. Y el trato con aquellos hombres que se hallaban fuera de la Ley nunca estaba exento de peligros. Siempre podía suceder lo inesperado. Siempre había nuevos elementos, rufianes y borrachos, algún gunman en cierne, como Cawthorne, que ansiaba tener fama entre los suyos. También' era fácil que hubiese algún amigo y aliado de Less Setter, y tratara de matarlo de buenas a primeras. Además, debido a la reputación que, mal de su agrado, había obtenido, existía la posibilidad de que se encontrase a uno de esos gunmen de que hablara la señora Wood, el más extraño producto de la vida terrible en la frontera, la víctima de su propia sed de sangre, que quisiera matarle a él sólo a causa de la reputación de que gozaba.

Nevada no tenía empeño en seguir viviendo, mas sentía un fuerte antagonismo contra los que pudiesen querer quitarle de en medio sin causa ni justificación.

-Creo que aquí vale más que me olvide de mis sueños -soliloquió-, y si salgo, seré el que siempre fui. Claro, que me disgusta adoptar esa actitud... En mí hay dos hombres... Nevada y Jim Lacy... Lo mejor será que aquí Jim Lacy predomine.

Dicho lo cual, empezó a probar para saber cuánta de su incomparable celeridad en sacar el revólver le quedaba tras la larga temporada de falta de ejercicio. Durante más de una época de su vida había practicado el «sacar el revólver» hasta ensangrentarse la mano, y luego, hasta encallecerla. Había llegado a ser un hábito en los momentos en que estaba solo, fuera donde fuese.

-Más lento que un caracol, como solía decir Ben-murmuró-. Pero la agilidad no me falta y la rapidez vendrá de nuevo.

La pistolera de cuero estaba dura y rígida. Nevada la lubricó bien y después estuvo frotándola vigorosamente hasta hacerla suave otra vez. La pequeña habitación, que sólo tenía una ventana, empezó a oscurecer al declinar la breve tarde.

Sin embargo, aún era de día cuando Nevada salió para pasearse por el camino de la población. ¡Qué bien recordaba la ancha y desierta calle, con sus casas abandonadas, muchas en ruinas, y los altos tableros con sus anuncios, ahora ilegibles por la acción del tiempo ! Por fin llegó a una manzana de casas frente a las cuales había algunos caballos, vehículos y gente que iba de un lado a otro. Había varias tiendas y almacenes, unas tabernas y un restaurante que tenía el mismo aspecto de siempre. Un chino, apoyado en el marco de su puerta, miró fijamente a Nevada. Sus negros ojos decían claramente que había reconocido a Jim Lacy. Luego llega Nevada al almacén del chaflán, en el que entró.

El lugar olía a la confusa mezcla de las variadas mercancías, comestibles y tabacos, que se vendían allí. Jones, el dueño, nunca había vendido alcoholes. Un joven dependiente atendía en aquel instante a una mujer; estos dos y Jones, que conocía por experiencia la ruda vida de la selva, eran los únicos que estaban en la tienda.

-¿Cómo está usted, señor Jones?-preguntó Nevada yendo a su encuentro.

-Bien, ¿y usted, forastero?-contestó el almacenista-. No recuerdo haberle visto.

-El caso es que o esto está un poco oscuro o sus ojos han perdido vista-repuso Nevada sonriendo.

Jones se acercó y examinó el rostro de Nevada.

-¡Pero... qué tonto soy! -exclamó-. ¡Jim Lacy ¿Otra vez en Lineville? Bien, he visto a personas que me gustan menos.

Estrechó efusivamente la mano de Nevada, preguntándole

-¿Dónde ha estado usted? Tiene muy buen aspecto.

-¡Oh! , en muchas partes, trabajando siempre o buscando empleo-respondió Nevada.

-¿Y vuelve usted a Lineville en invierno buscando también trabajo?-dijo riendo Jones.

-¡Claro que sí!

Jim, creo que si le ofrezco trabajo, usted se echará atrás. Y podría dárselo. No me van mal las cosas aquí. Hay una Compañía maderera que está talando los montes cercanos. La distancia de aquí a Salisbar es larga, pero, de todos modos, el tráfico pasa por Lineville. ¿Ha oído usted hablar de Salisbar?

-Sí, y creo que iré a verlo. ¿Qué distancia hay?-Unas ochenta millas-contestó Jones-. Unos mineros encontraron una buena veta allí, y en seguida Salisbar se convirtió en un centro minero. Pero también se desarrollo en otro sentido. Además de mineral hay bosques, agua en abundancia, buen terreno para granjas, y ranchos, y pastos extensísimos. Con ello despierta también Lineville. Hay negocio que hacer aquí y va a haber más aún.-Pues me alegro mucho, señor Jones-dijo Nevada-. Existen personas en esta población que me agradaría ver prósperas.

Desde el almacén se fue Nevada a otros sitios en los que renovó amistades con los que se alegraban de verle; luego cruzó la ancha calle y se dirigió, por la acera opuesta, a la «Mina de Oro». Entre tanto había anochecido y las luces de la calle estaban ya encendidas. El frente del ancho edificio, de dos pisos, tenía un aspecto sencillo, como un inmueble dedicado al comercio; parecía más bien un hotel respetable que el infierno que era; porque la «Mina de Oro» era una taberna para los que estaban fuera de la ley, donde se jugaba y se bebía con tanto desenfrena que sólo las casas de juego de la frontera mejicana la superaban.

Nevada dobló la esquina para entrar por una puerta lateral que daba a un salón mal alumbrado. Había media docena de hombres bebiendo y charlando junto al mostrador. Éstos advirtieron la entrada de Nevada, pero no le reconocieron, ni el vaquero a ellos. También el hombre tras el mostrador era nuevo para Nevada. Una ancha puerta, cerrada por una cortina de tiras de abalorios, comunicaba con otro salón mayor, amueblado con cierto lujo, tratándose de una población tan alejada de toda civilización como Lineville. Las rojas colgaduras de las paredes y algunos de los muebles eran nuevos para Nevada. Recordó muy bien las alegres y frívolas pinturas de los muros, las mesas de ruleta y bacarrá, así como el ancho hogar abierto, en el que ardían grandes troncos. Alrededor de una de las mesas había seis hombres sentados, y de todos ellos sólo reconoció a un jugador llamado Ace Black. Sus fríos ojos fijáronse un momento en Nevada, para volver en seguida a prestar atención al juego.

El vaquero escogió un sitio al otro lado de la chimenea, desde donde podía ver ambas entradas al salón. De momento su presencia allí le causó una sensación de amarga rebeldía. Nadie le había obligado a ir a aquel lugar; no existía ninguna razón lógica para que visitara la «Mina de Oro». Jamás volvería a beber; para jugar, si tal hubiese sido su deseo, tenía poco dinero; la idea de ver a Lize Teller casi le repugnaba. Sin embargo, cierto desasosiego íntimo era causa de su deseo de volver a encontrar allí viejos conocidos. Trató de analizar sus motivos, sin lograrlo. Comprendía claramente que, ante todo, no quería que Link Cawthorne, ni nadie relacionado con Less Setter, pudiese pensar que trataba de rehuirlos aunque en realidad no deseaba otra cosa. La ironía del caso era que su decisión le acarrearía con seguridad algún conflicto. Cosa inevitable. Tuvo una vaga sensación de coraje que desmentía su aparente desgana de estar allí. ¿Acaso volvía a manifestarse su antiguo carácter temerario? Era preciso luchar contra ello; de lo contrario, no hubiera sido fiel a Hettie Ide. Y cuando se sintió invadido por una emoción dulce y amarga a la vez, oyó de pronto el ruido de la cortina, de abalorios.

Entraba una mujer. Su rostro era pálido, y sus ojos, grandes y negros, centellearon al verle.

III

Lize Teller se acercó lentamente, con movimiento ondulante de su esbelto cuerpo, que Nevada recordó aún mejor que la trágica expresión de su rostro. La vida habíala tratado, al parecer, con más dureza que nunca.

El vaquero se levantó y, quitándose el sombrero, le estrechó la mano.

-¡Jim Lacy!-exclamó Lize Teller con una voz que no manifestaba ni alegría ni sentimiento.

-¿Cómo estás Lize?-preguntó Nevada-. Creo que debes estar sorprendida de verme aquí.-¿Sorprendida? Sí, porque creía que tendrías más sentido común.

-Lize, eso no está bien-repuso Nevada, asombrado-. La verdad es; que no entiendo lo que quieres decir.

-Siéntate, Jim -le rogó la muchacha; y al obedecer Nevada, ella se sentó en el brazo del sillón y se inclinó hacia el-. Te he estado buscando toda la tarde. Lorenzo te vio llegar a Lineville cuando te apeabas en casa de la. señora Wood.

-¡Ya! Ahora comprendo porqué no te has sorprendido.

-Sin embargo, lo estoy. Sorprendida por el valor que tienes y más aún por tu aspecto. ¿Qué ha pasado? Has mejorado tanto que casi no te conozco.

Lize se apoyó en su hombro con su antiguo ademán de coquetería, innata en ella, y que Nevada encontrara antes tan agradable, aunque nunca la había alentado.

-Gracias, Lize. Creo que me hacía muchísima falta mejorar. No ha pasado nada en absoluto, excepto que he estado trabajando y he dejado de beber.

-Mucho es, Jim, y me alegro de verdad'. Voy a enamorarme otra vez de ti..

-¡Por favor, no hagas eso, Lize!-exclamó Nevada riendo-. También he dejado de «sacar» el revólver. Y si hicieses tal, cosa, perjudicarías mi salud.

-No te-falta: razón. Me tienes preocupada-observó Lize Teller; y le pasó la mano por el cabello para alisarlo, mirándole al mismo tiempo con sus ojos hundidos y llenos de fuego-Pero no me vengas con mentiras con eso del revólver. Te olvidas de que soy la única persona de Lineville que te conocía bien.

-No lo recuerdo, muchacha-replicó, dudoso, Nevada, que encontró que aquella mujer le azoraba menos que en otro tiempo. Siempre había temido las demasías de Lize, mas ahora no sentía miedo alguno.

-Olvidas fácilmente, Jim-fue la amarga respuesta-. Pero bien es verdad que no hay motivo rara que me recuerdes. En mí fue muy natural echarte de menos, puesto que fuiste el único hombre decente que conocía. Sin embargo, me tratabas como se trata a una hermana y por eso llegué a odiarte.

-No, Lize, tú no me odiabas-afirmó Nevada-. Fue una pasión momentánea. Tal vez estabas un poco furiosa porque yo me resistía a hacer el tonto como los demás. No puedo creer que pudieras ser lo suficiente ruin para odiarme.

-Jim, tú no conoces a las mujeres -replicó Lize con amargura-. Soy capaz de todo... ¿Dónde decías que has estado trabajando todo este tiempo?

-No recuerdo haberlo dicho, Lize -contestó Nevada con su lenta voz habitual-. Nunca me ha gustado hablar de mí. Y tú, ¿qué has estado haciendo?

-¿Yo? Mi vida ha sido un infierno. ¿No lo ves? Si vivo un año más, acabaré en la calle... Aborrezco esta vida, Jim, pero ¿qué puedo hacer?... Supongo que la señora Wood te contaría todo lo que sabe de mí.

-Me contó... algo-repuso Nevada vacilando-. Ojalá hubiese estado aquí cuando cometiste aquella tontería.

-¡Ojalá!-exclamó Lize, muy apasionada-Hubieses matado a Cash Burridge. Me engañó, Jim. Ya sé que no soy buena, pero sincera, sí lo soy. Cash me hizo creer de veras que iba a casarse conmigo. No le oculté a Holder mi condición, pero parecía dispuesto a hacerme,, de todos modos, su mujer. Cash intervino contándole miles de mentiras de mí, y la boda se deshizo... Ahora trabajo en la «Mina de Oro» haciendo de todo, desde tenedor de libros a encargada de mostrador.

-Me dicen, Lize, que Link Cawthorne es tu hombre de ahora-dijo Nevada.

-¡Oh!-repuso con desprecio-. Es un cobarde y un celoso, más miserable que un coyote. Debía estar borracha cuando me fui con él. Y ahora cree que soy de su propiedad.

-¡Caramba, Lize!, sí que sería interesante para mí el que Link entrase ahora, ¿verdad?

Lize Teller se echó a reír.

-Más lo sería para mí, Jim-dijo-. Así tendría motivo para-estar celoso. En cuanto a ti, ¿qué puede interesarte Link? ¡Si es un fanfarrón!

-De todos modos, Lize, perdona que me levante y te deje a ti el sillón-respondió Nevada poniéndose de pie.

Lize Teller se quedó asombrada.

-¿Qué diablos te pasa, Jim Lacy?-preguntó-. Si dos años antes Link hubiera entrado aquí bramando, con un revólver en cada mano, tú no habrías hecho otra cosa que reírte volviéndole la espalda.

-¡Hace dos años! Lize, he aprendido mucho en todo ese tiempo.

Cambiando de pronto de actitud, y bajando la voz, ella le preguntó con voz aguda:

-Jim; ¿has matado tú a Less Setter?

Nevada estaba preparado para todo, tratándose de Lize; de ahí que no se inmutara en tan crítico instante.

-¿Setter? Pero,.. ¿es que ha muerto?

-sí, ha muerto-repuso Lize remedando burlonamente el acento meridional de Nevada-. ¡Y bien muerto está! ... Jim Lacy, a ti te lo atribuyo.

-Bien, bien, Lize, no puedo andar en tu imaginación, pero tus afirmaciones son muy temerarias-replicó Nevada fríamente.

La muchacha le cogió la mano.

-Jim, no he querido ofenderte-dijo anhelante-. Recuerdo que siempre te mostrabas muy sensible cuando... cuando habías tenido alguna pelea seria.

¿Ah, sí? Bueno, no me siento ofendido, sólo que me duele que me acuses de eso.

-Oye, Jim, veo que no lo niegas-dijo Lize mirándole con sus ojos de fuego-. Mas, escúchame. Hay pocos en Lineville que sepan que Setter ha muerto. Ya sabes cómo nos callamos aquí estas cosas. Lo oí decir a un viajero que pasó una noche en este local. Dijo que Setter fue muerto por un cazador de caballos salvajes en California. Eso fue todo. Entonces recordé otra cosa: el verano pasado, Steve Elkins te vio en una taberna de Malle. Venía aquí de vez en cuando y me dijo que te había visto. Así que, cuando lo recordé, también me vino a la memoria tu rencor contra Setter, tu amor por los caballos salvajes, .y de ese modo supuse que fuiste tú quien quitó de en medio a Less Setter. Sin embargo, a nadie he comunicado mis sospechas. No estoy segura, mas no creo que nadie te relacione con su muerte. Cash Burridge se alegró mucho de la noticia, puedes estar bien seguro; Setter le había enviado a Arizona para realizar no sé qué negocio, y Cash tenía una cantidad fabulosa de dinero; después de ir a Arizona, no volvió a ver a Setter. Eso lo sé porque él mismo me lo dijo. Lo que no me dijo es que la muerte de aquél le beneficiara, pero me lo figuro, como lo otro.

-Lize, eres una muchacha muy inteligente-dijo Nevada, admirado-. Estoy por decir que sabes dar en el clavo, pero me gustaría que no me atribuyeses a mí la desaparición de tantos ciudadanos indeseables. Tenías esa costumbre, y yo no soy Billy el Niño, ni Plummer, ni Wess Hardin.

-Como quieras, Jim-repuso la muchacha con taimada risita-. Y ahora, a lo que iba. ¿Has oído hablar de Hardy Rue?

-Creo que sí, aunque no sé donde. Mas no le he visto.

-No se hallaba aquí en la época tuya; ahora está en Lineville y es hambre de cuidado, del que debes recelar. Creo que era el brazo derecha de Setter,. y vino a pedirle cuentas a Cash Burridge. Los dos no se avienen. Tengo para mí que Rue es un hombre peligroso. Muy reservado, habla raras veces, no bebe nunca, odia a las mujeres y tiene ojos de halcón. Es... ¡hola!, me están llamando. Me había olvidado de que tengo que trabajar. Te veré más tarde. Quiero estar aquí cuando venga Link.

Lize Teller se marchó corriendo, dejando a Nevada muy pensativo. Sentíase muy aliviado, ya que su nombre no se relacionaba abiertamente con la muerte de Less Setter. De lo contrario, su situación en Lineville hubiese sido menos segura. Aunque, desde luego, la

absoluta seguridad no era posible en aquella ciudad fronteriza, ni para él ni para ninguno de los desesperados que en ella vivían.

Gradualmente iban llenándose las mesas de juego. Más de un jugador de mirada aguda saludó con gesto rápido a Nevada. Con, seguridad, á esas horas ya todo el mundo en Lineville sabía su regreso: Nevada advirtió que luchaba con el loco deseo de ser menos célebre para evitar así las habladurías que seguramente sé' tejerían alrededor del nombre de Jim Lacy.

A poco, acercáronseles dos hombres que acababan de entrar, uno de los cuales era pequeño, vivo, más allá de la primera juventud, con cara de comadreja y ojo que se abrían y cerraban rápidamente; se llamaba Blink Miller y era conocido de Nevada.

-¿Cómo está usted, Blink?-respondió Nevada al saludarle éste.

-Bien. Usted tiente excelente aspecto, Lacy-repuso, Miller-. Le presento a mi amigo Hardy Rue.

Nevada se encontró bajo el escrutinio de la mirada quieta y penetrante de dos ojos grises. Era Hardy Rue de edad madura, un tipo de minero fornido más que'-de jinete activo. Su rostro era de líneas duras, con mentón pronunciado y labios delgados y rígidos.

-¿Quiere beber conmigo, Lacy?-preguntó.

-No, gracias-contentó Nevada-. Creo que no estoy en condiciones de convidar, de modo que no acepto invitaciones. .

-¿No se ha vuelto usted muy particular durante su larga ausencia?-preguntó Miller sonriendo.

-Es verdad, ahora que lo pienso-repuso Nevada con su habitual sangre fría-. Muy particular en no deber favores a nadie y, sobre todo, a aquel con quien bebo.

Nevada no pudo menos de dar tan áspera respuesta, a pesar de sus buenos propósitos. Era el instinto del antagonismo, con el que comprendía rápidamente el de los demás.

Miller guiñó un ojo.

-Pues eso es particularmente simpático en usted, Lacy. Nadie puede tener deseos de beber con un hombre que está arruinado.

Rue echó una mirada inescrutable a Nevada, tanto más engañadora cuanto que dijo con voz agradable:

-Pero ¿verdad que no es usted muy particular en «sacar» el revólver sobre... quien sea?

La mirada fría y brillante del vaquero no era tan misteriosa como la de Rue.

-No, de ninguna manera-dijo Nevada lentamente

-Se trata de una mala costumbre que tengo, señor Rue, pero no hay en ello nunca ninguna descortesía.

Los dos hombres se alejaron en dirección a una mesa de juego donde, al parecer, tenían sitio reservado. Nevada les volvió la espalda, murmurando

-¡Malditos sean! No pueden dejarme en paz.

Entre otros hombres que entraron poco después hallábase Cash Burridge, un hombre alto, que, estando muy cerca de los cuarenta, no los aparentaba. Tenía el continente de un jinete y hacía buena figura con sus botas altas y sus espuelas. Nevada vio rápidamente el sitio donde llevaba Cash el revólver, particularidad muy significativa en el gunman. Burridge era un hombre de aspecto agradable, un poco licencioso, de cabello rubio, con un bigote amarillo como el oro y ojos azules, de mirada Inquieta y brillante.

Sabía Nevada que Burridge le había visto en el mismo instante de entrar, si no antes, y se preguntaba qué sucedería. Burridge había capitaneado el asalto a la diligencia en el que Nevada tomara parte. Era aquél el' único hecho del que se avergonzaba profundamente.

Al cabo de un rato, Burridge se separó de sus compañeros y, dando la vuelta a las mesas, se fue derecho a. Nevada.

Jim, me alegro sinceramente de verle-dijo tendiéndole la diestra; y la expresión de su bien formada rostro corroboró sus palabras.

-¿Cómo está usted, Cash?-preguntó Nevada estrechándole la mano-. Me satisface que le agrade mi vuelta.

-Es una suerte que haya venido. Siempre me preguntaba qué había sido de usted. Le diré, Jim, no es que tenga curiosidad por saber dónde ha estado ni qué ha hecho entre tanto, pero lo que sí me gustaría saber es qué va usted a hacer ahora.

-Y eso, ¿por qué?-preguntó Nevada, no sin cierta sorpresa. No estaba del todo armado contra la cariñosa bienvenida que le dispensaba Burridge.

-¿Va usted a invernar aquí como todos nosotros?

-Me parece que sí, por lo que puedo juzgar ahora-repuso Nevada con cautela.

-¿Está arruinado?-preguntó Burridge.

-Absolutamente.

-Tampoco ando muy sobrado, pero podría prestarle algo.

-Gracias, Cash, pero no puedo admitir préstamos. No me gusta, y tal vez no podría devolverlos. Tengo trabajo para ganarme el sustento. Por lo demás, no bebo ni juego.-¿Qué hará usted cuando llegue la primavera?

-Que me ahorquen si lo sé-contestó Nevada con sinceridad.

-Eso es todo lo que deseaba saber...-repuso Burridge con gran satisfacción-. Tengo un asunto estupendo... Se trata...

-Cash, supongo que no irá usted a rogarme que robemos juntos ganado, ¿verdad'?-le interrumpió Nevada.-No. ¡Se lo juro!-contestó Burridge rápidamente, y si no dijo la verdad, cuando menos mostraba ser un gran actor-. ¡Vive Dios! Jim, esta vez se trata de un asunto honrado.

-Me alegro de ello y le escucharé.

-Aquí no podemos hablar. Además, he empezado a jugar y me esperan. El negocio proyectado es enorme; se trata de ganado, pero un asunto limpio. Necesito un equipo valiente, bien armado y a su frente un hombre de la fama de usted.

-Pero ¿no decía que se trataba de un asunto honrado?-protestó Nevada.

-Sí, y si no lo es, entonces no conozco el sentido de la palabra-declaró Burridge-. No me he explicado bien, pero aguarde a que se lo diga todo.

-Bueno, Cash, tendré paciencia y esperaré.

-Un consejo, Jim-observó Burridge-. No hable a nadie del asunto.

Burridge se retiró para continuar el juego mientras que Nevada se sentó otra vez en el sillón junto al hogar. ¿Qué diablos pensará hacer ese Burridge ahora?-murmuró Nevada-. Un asunto limpio..., ganado..., un equipo valiente, bien armado...! Que me aspen si lo entiendo

Después descubrió que la afirmación de Burridge acerca de la honradez de sus intenciones, relacionada con el carácter de él, era el punto oscuro que le impedía descubrir sus verdaderos fines. La franca afirmación de Burridge era un problema difícil, que Nevada no sabía resolver. En cambio, descubrió un hecho muy significativo: la razón de la cálida bienvenida de Cash. Hasta entonces no había sido jamás afectuoso con él. Cuando le guiaba a Burridge un interés especial, sabía ser muy simpático y, en caso necesario, llegaba a ser persuasivo y tenaz. Estas cualidades, sin embargo, hasta entonces no las había empleado en sus relaciones con; Nevada.

Entre tanto acabóse de llenar el salón y la sala de juego. En el primera oíase mucho ruido, que contrastaba con el silencio que reinaba en el segundo, interrumpido tan sólo de cuando en cuando por lo que decían, en voz baja, los jugadores, el tintineo de alguna moneda o el susurro de la ruleta. Nevada continuaba sentado junto al hogar, mirando de vez en cuando al fuego, pero siempre atento a cuantos entraban y salían. Las llamas de cualquier fuego alucinaban al vaquero, puesto que entre ellas surgía el rostro adorado que le obsesionaba, dormido o despierto.

Un poco más tarde volvió Lize Teller, y antes de que pudiera Nevada levantarse, ya se había sentado en el brazo del sillón.

-Estáte quieta aquí o me sentaré en tus rodillas.-amenazó Lize, medio en broma, medio en serio. Y como era capaz de hacerlo, Nevada optó por permanecer sentado. Lo que antes había sido timidez en él, era ahora cálculo.

-Pero Lize, si te empeñas en causar sensación, no hace falta que me elijas a mí por víctima-protestó blandamente.

-Jim Lacy, no hay ningún hombre en este salón, excepto tú, que no me rodeara con el brazo estando sentada así.

-Bueno, me gustaría verlo.

-Eres muy listo, Jim. Escúchame, si quieres que sea la amiga... una amiga sincera, muéstrate enamorado de mí durante unos minutos, o preténdelo cuando menos.

Nevada se echó a reír, a pesar del enojo oculto que sintió.

-¿Qué te propones, Lize?

-Link Cawthorne acaba de entrar-replicó la muchacha echando la cabeza atrás con gesto de rebeldía. Aún conservaba algunos encantos de su juventud, y Nevada lo comprobó, con dolor en el corazón, al advertir al mismo tiempo el contraste que ofrecía su marchito rostro.

-Me lo figuraba. El caso es, Lize, que para ti podrá ser muy divertido meterme en estos líos, pero tal vez no lo sea para mí. Y la cosa podría costarle cara a Link.

-Ése es el motivo. Me da asco. Tan cansada estoy de él que no puedo verle... Ahora está bebiendo. Quiero que al, entrar me encuentre a tu lado. Ha estado toda la noche jugando a los naipes y no sabe que estás aquí.

-Creo, Lize, que no me quieres gran cosa-replicó Nevada-. Me disgusta ser grosero con una dama, pero deseo levantarme...

-¡Será peor, Jim, te lo aseguro!-exclamó Lize con fuego en los ojos-. Ya me conoces de sobra.

-Muy bien. Ya está mal la cosa para no desear que la empeores-contestó Nevada, resignado.

-¿Mal dices? ¡Bah! Sé manejar a Link Cawthorne. Lo que quiero es que ese patán presumido se entere de que me pueden gustar otros hombres.

-Tú debiste dar a Link motivos para engreírse. ¿Verdad que sí?

-Tal vez. Creí que estaba chiflada por él, pero me parece que sólo estaba furiosa con Cash Burridge... Las mujeres somos muy extrañas, Jim.

-Bien, conmigo puedes hacer la prueba de eso-contestó Nevada.

-¡Ahí viene!-murmuró la muchacha con sonrisa diabólica; y luego se inclinó sobre Nevada, radiante por un sentimiento que él era incapaz de comprender.

Nevada alzó los ojos, no sin sentir cierta emoción. Link Cawthorne estaba en el umbral de la puerta, sosteniendo con las manos la cortina de abalorios. El joven recordó muy bien aquella cara encendida, los ajillos demasiado juntos, sus labios gruesos, su excesivo esmero en vestirse, que le daba cierto aspecto de petimetre. Tanto era así, que habían dado en llamarle el «dandy de los que estaban fuera de la Ley», apodo que estaba lejos de disgustarle.

Nevada puso en duda la afirmación de Lize de que Link ignoraba su regreso a Lineville. Cuando menos, no mostraba sorpresa alguna; en cambio, miraba fijamente a Lize, que seguía hablando volublemente, simulando no darse cuenta de la llegada de su amante

Los sentimientos que Nevada tuvo en aquel momento trocáronse en un sano desprecio por Link, y el enoja por el papel que jugaba en aquella farsa, en algo muy distinto. fue como una advertencia. Como un sueño puede predecir futuros sucesos, percibió en la rápida agitación de su conciencia algo turbio, escalofriante, nauseabundo. La sensación-fu¿ tan profunda y desalentadora, que Nevada no oyó las pretendidas palabras de amor de Lize.

Necesitó un enorme esfuerzo de voluntad para volver a serenarse; entre tanto, Cawthorne cruzaba la estancia.

Los años no habían transcurridos en balde para Link, porque se le conocían en el rostro. Nevada juzgaba a todos aquellos hombres por el cambio que él mismo había sufrido. Cawthorne se detuvo ante Lize y Nevada, inclinando la cabeza, secamente, los brazos en jarras. La mano derecha cubría la culata de un revólver que llevaba al cinto. Fuese lo que fuera lo que pensaba decir, al llegar tan cerca sólo le dominó la pasión. Sus penetrantes ojos claváronse primero en Lize, la cual no se volvió hasta pasado largo rato. De pronto la muchacha hizo como si mirara los pies de otra persona y, lentamente, enderezó el rostro hasta devolver la aguda mirada de Link, con sorpresa, al parecer, tan real como insolente.

-¡Oh! ¿Eres tú?-dijo-. Link, ¿conoces a mi antiguo amigo Jim Lacy?

-¡Víbora!-exclamo fieramente Link, experimentando su cuerpo una sacudida como si se le fuera algo con la palabra.

-¿Cómo está usted, Link?-preguntó Nevada, pues creyó-así suavizar los ánimos-. Me parece que Lize olvida que ya nos conocíamos.

-¿Olvidar ella?-contestó Cawthorne con duro sarcasmo-. No se preocupe por Lize; ya ajustaré cuentas con ella. A usted me dirijo, Jim Lacy.

Nevada pareció tardar mucho en la respuesta, mirando entre tanto fijamente a Cawthorne.

-¡Ah! Bueno, pero me parece que no se muestra usted muy cortés.

-Creo que usted se muestra demasiado familiar con Lize-exclamó Cawthorne; acalorado.

-¿Familiar ha dicho usted? Creo que no sabe lo que se dice. Si es que le importa algo, sepa que somos antiguos conocidos.' Aunque, la verdad, nunca tuve más que sentimientos fraternales para ella, y si Lize quiere sentarse en el brazo de mi sillón...

-¡Mentira!-le interrumpió el otro-. Estaba sentada sobre sus rodillas, y eso no lo toleraré.

-Usted mismo está viendo dónde está sentada-replicó Nevada con calma—. Así ha-estado desde el primer momento. Me parece que no hay motivo para armar ningún escándalo; aunque sean ustedes novios.

-¡Bah!-exclamó Lize con desprecio.

La exclamación debió de ser un tremendo golpe para Cawthorne, cuyo cuerpo temblaba de cólera.

-Jim Lacy, usted es un embustero-bramó con voz estridente.

Lize, rápida como una pantera, se deslizó del sillón, irguiéndose como una vara de sauce soltada de pronto. Nevada no la vio; sólo oía su respiración jadeante. El joven miraba fijamente al rostro de Cawthorne, que de pronto habíase vuelto lívido. El repentino silencio de todos los concurrentes era prueba de que le habían oído insultar a Nevada. Cawthorne estuvo, un instante como aturdido, si no por el terror, por lo menos por lo inevitable de una catástrofe.

-Link, yo no soy embustero y usted lo sabe-repuso Nevada, al parecer sin ninguna violencia-. Creo que, en vista de su evidente emoción, puedo ser indulgente.

El semblante del joven bandido perdió su blancura y rigidez. Una ardiente llamarada coloreó su rostro; su juventud, su furia, su vanidad, su falta de penetración le engañaron respecto a la significación de la respuesta de Nevada.

-No tengo por qué aceptar su indulgencia-dijo gritando-. Le invito a salir a la calle.

IV

Nevada se puso de pie con mucha calma y se colocó al lado del sillón. No creía que Cawthorne tratase de «sacar» su revólver sobre él, pero cómo no estaba seguro, prefería estar de pie. En el primer instante se sintió fuera de sí, pero tras breve vacilación recobró la serenidad.

Cawthorne, más envalentonado siempre, exclamó con fuerte voz:

-Le invito a salir.

-¿Para qué?-preguntó Nevada, imperturbable.

-Bien lo sabe usted.

-No tengo la menor idea, Link-continuó Nevada-. Ya veo que está usted alterado, mas creo que no vale la pena de que me altere yo también. Afuera hace frío, y me gusta estar aquí al calor del fuego. Si tiene usted que de oír algo más, puede continuar.

Cawthorne se engalló ante el hecho sin precedentes. Unas pocas copas le habían turbado la inteligencia, y los injustificados celos produjeron en él el ofuscamiento. El saber que Jim Lacy había rechazado el reto que sólo se debió a un loco apresuramiento, elevóle al pináculo de la soñada fama.

-¿Si tengo que decir algo más?-preguntó con voz ronca y vano desprecio-No tengo nada que añadir. Le he retarlo y usted es un cobarde. Eso es todo.

Dicho lo cual se volvió hacia Lize, que estaba asombrada y desconcertada, y, llevándola casi a la fuerza, salió de la habitación. Los jugadores reanudaron el juego, oyéndose aquí sonora risa y allá acerbos comentarios. Nevada escuchó algunos: « ¿Qué diablos le pasa a Lacy?... » « Siempre ha sido un hombre decente...» «Creo que no podía matar a ese estúpido ante los ojos de la muchacha...» «Se equivocan ustedes, 'caballeros-dijo un jugador de voz serena y fría-. Ha sido un pequeño pasatiempo entre un gunman de verdad y uno que quisiera serlo. Lo he visto muchas veces.»

Nevada, sentado de nuevo en el sillón, ahora más cerca del fuego, oyó esta y otras observaciones de los circunstantes. Lo que acababa de decir el jugador de la voz fría y serena hizo impresión en él. Gradualmente se desvaneció su momentáneo abatimiento y de nuevo vio el rostro de Hettie Ide en el áureo resplandor de la lumbre. Entonces se echó a temblar de pies a cabeza. Había sido puesto a prueba y fue fiel a lo que ella hubiese esperado de él.

Nevada se retiró temprano aquella noche y durmió sosegadamente. Cuando despertó a la mañana siguiente, vio el nuevo sol con gran alegría.

Había mucho que hacer para él en el rancho y lo emprendió muy animado. Descubrió trabajos en los que la señora Wood no pensaba siquiera. Y así, pasando la mayor parte del día ocupado en trabajos manuales, Nevada empezó el invierno en Lineville.

Estuvo alejado de la «Mina de Oro» durante más de una semana. Una noche, la señora Wood le habló seriamente:

-Jim, ese deslenguado de Link Cawthorne está ufanándose por ahí de que tú tienes miedo de mostrarte en público.

-¡Caramba! ¿Qué me dice usted?-preguntó Nevada, sin inmutarse.

-Sí, yo te lo digo. Y no me gusta, Jim. No debes permitir que siga hablando así.

-Poco me importa lo que pueda decir Link.

-Hijo mío, eso no se puede hacer aquí en el Oeste-continuó la mujer con voz grave-. Toda la vida he vivido en la región fronteriza. Ningún hombre puede aquí permitirse el lujo de perder el' respeto de sus compañeros, aun cuando se compongan, en su mayoría, de despreciables jugadores, ladrones de ganado y gente así. No 1o comprenderían. Y menos que

nadie Link Cawthorne. Es posible que llegue a disparar sobre ti a traición, afirmando luego que fue un reto leal.

-Pero, mamá Wood, ¿qué puedo hacer?-preguntó Nevada perdiendo su imperturbabilidad.

-Pues... mientras estés en Lineville, sé el Jim Lacy que ellos conocían-declaró la señora Wood con energía-. Si permites que esa cabeza de chorlito continúe .con sus, fanfarronadas; llegará el momento en que se atreverá a «sacar» el revólver contra ti. Y el caso es que, Jim, tú no debes pensar en matarle. Lize le quería, y mientras quiere a alguien no hace locuras ni se porta mal. Tú lo que has de hacer es ir allí y pegarle un par de bofetadas, cogerle el revólver y metérselo en la parte posterior de sus pantalones.

Nevada se echó a reír sin ganas.

-Bien, puede que tenga usted razón-dijo con un suspiro-. ¡Ojalá viniese pronto la primavera para que pudiera seguir mi camino

-Fíjate bien en lo que te digo, Jim-repuso la mujer-. Para tener la seguridad de poder llegar a ver la primavera, el verano y el otoño, lo mejor es seguir siendo el Jim Lacy de siempre.

Nevada volvió a ir a la «Mina de Oro», muy preocupado, y dudando de que jamás lograra huir de las consecuencias inevitables de su fama.

Dio la casualidad de que Link Cawthorne estaba sereno y muy ocupado con el juego de naipes, en que tenía una suerte muy notable. Así, sólo sonrió con desprecio al ver entrar a Nevada.

En cambio, Cash Burridge se dirigió inmediatamente a él, con la cordialidad de un gran amigo.

-¿Dónde ha estado usted, Lacy?-preguntó con muestras de desaprobación-. Le hemos estado esperando por aquí.

-Pues he trabajado mucho y me he acostado temprano-contestó Nevada-. Además, Cash, creo que no tenía ganas de encontrarme con Cawthorne.

-¡Bah!-exclamó Burridge-. ¡Si de todos modos tendrá usted que pegar un tiro mese imbécil!... De manera que cuanto antes lo haga más nos complacerá a todos.

-Bien, no vamos a discutirlo, Cash, pero yo no lo veo así.

-Le apuesto cinco contra uno a que Link le obligará por fin, con sus tonterías, a «sacar». He visto centenares de baladrones como él y todos han perecido de la misma forma.

-Claro está que no puedo aceptar la apuesta-repuso Nevada de buen humor.

-Subamos a mi cuarto, donde podremos charlar con tranquilidad-dijo Burridge,,y echó a andar hacia el pasillo y la escalera.

-Pues... está usted muy bien instalado aquí-observó Nevada contemplando la habitación.

-Me gusta la comodidad cuando no monto a caballo-repuso Burridge-. Siéntese, Lacy, y si no desea beber, fume si quiere... Volviendo a. Link Cawthorne, era inofensivo hasta que Lize lo trastornó. Esa chica es el mismísimo diablo. Mi consejo es que le dé usted a Link una buena paliza o acepte su reto fanfarrón y acabe con él.

-Estoy muy-preocupado, Cash-admitió Nevada.

-Un hombre como usted siempre ha de estarlo-dijo el otro con evidente simpatía-. Nunca será libre, a no ser que oculte su nombre. Y es malo saber que la policía puede buscarle a uno y que se tienen enemigos por razones naturales, mas debe de ser cosa del infierno el, saber que hay hombres que desean matarle tan sólo por la reputación que usted tiene.

-Con tal de que la cosa no llegue a aburrirme demasiado y no vuelva a la bebida...-dijo Nevada con tristeza.

-Jim, quiero que hablemos seriamente-continuó Burridge con distinta entonación.

-Bueno, venga de ahí. Le prometo de todos modos mi opinión sincera.

-Lineville está animándose demasiado con el tráfico que tiene. Otro año más, y no será un lugar adecuado para mí, y menos para usted. ¿Tengo razón?

-¡Vaya! Cuando llegue la primavera, me marcho para siempre.

-Eso es. Lo mismo digo. Ahora le voy a hablar de mi asunto. Se lo diré todo y si usted quiere asociarse conmigo tanto mejor; sólo quiero que me guarde el secreto mientras estemos en Lineville. ¿Lo hará?

-Lo prometo-contestó Nevada lacónicamente. Burridge se mostró satisfecho de la palabra dada por su amigo, pero vacilaba antes de proseguir. En sus ojos brillaban pequeñas manchas de luz que se fundieron de pronto en un destello de fría decisión.

-Jim, usted sabe que Setter fue muerto en California; ¿verdad?-preguntó con voz aguda.

-Lize me lo dijo-respondió Nevada con naturalidad. Dicen que lo mató un cazador de caballos salvajes-continuó Burridge, emocionado-. Jim, hay gentes que le atribuyen el hecho a usted.

-¡Claro! Son muchas las casas que se me imputan a mí-repuso Nevada, imperturbable.

-Bien, nada me importa-exclamó Burridge, muy aliviado-. Sólo quiero decir que quien mató a Setter me hizo un gran servicio.

-A mí también. Setter me jugó una mala pasada una vez, allá en Río Snake.

Burridge hizo unas profunda inspiración y dejó su cigarro en el cenicero.

-Escuche, pues-empezó, reteniendo la voz-. Me hallaba metido en varios negocios con Setter. Después de marcharse me mandó un mensaje rogándome le fuese a ver a Klamath Falls, y así lo hice. Allí supe que estaba asociado a varios importantes ganaderos y que tenía más dinero del que podía gastar. Me dijo que no se atrevía a establecerse definitivamente en Oregón, que pronto vendería todo lo que poseía allí y que deseaba encontrar un sitio más seguro. También dijo que iba a dejar el robo de ganado y las especulaciones temerarias con el dinero de los rancheros; que tal vez se casaría; en fin, que iba a emprender honradamente el negocio de ranchero y que me quería a mí por socio. El resultado fue que me entregó cien mil dólares para que comprase en Arizona una hacienda con mucho ganado. El negocio era a medias y le había de ayudar en la cría de ganado vacuno y caballar, en gran escala. Nunca había estado en Arizona, y sólo conocía la región por lo que había oído hablar de ella. Me dejó que eligiese el lugar a mi gusto, imponiendo solo la condición de que fuese una región selvática, no explorada aún, y donde, con dinero, se pudiese encontrar agua.

Burridge se detuvo un momento en su relato, el cual, al parecer, le emocionaba profundamente; luego, cogiendo el cigarro, dio unas cuantas chupadas y se recostó en el sillón, clavando sus claros y duros ojos en su interlocutor.

-Bueno-continuó-, me fui a Arizona y recorrí a caballo toda la región entre la frontera de Nuevo Méjico y las Montañas Blancas. Hay que decir la verdad: en cuanto a selvatiquez y hermosura, no hay nada como Arizona. Compré la propiedad de un ranchero que no tenía muchas ganas de vender. Su propiedad era inmensa, muchas millas de praderas y diez mil cabezas de ganado vacuno. No le diré dónde está hasta que usted acepte mi proposición. Después de cerrar el trato y habérseme traspasado la propiedad', caí en la cuenta de varias cosas. Sin embargo, volví aquí rápidamente y mandé recado a Setter. Éste aún no había terminado sus negocios y me dijo que esperara. Así lo hice, pero me cansé, pues no supe nada de él. Entonces volví a Arizona..., eso fue el verano pasado. Al ir a la hacienda que había comprado supe por fin la verdad, que por cierto no dejaba de tener gracia. Era un bromazo para mí y más aún para Setter. Habíame empeñado en encontrar una región selvática y a fe que había dado en el clavo. Nuestro ganado era objeto de robos por todas partes. Sospeché hasta de los vaqueros de la hacienda, que continuaron a mi servicio cuando la compré. Tratábase de una región hermosa..., era parte desierta, muchos cañones, y en parte altiplanicie. Había en ella más rancheros y más ganaderos de lo que creí. Algunos de los

rancheros eran abigeos, muy enredados con las peores bandas. Habrá usted oído hablar de la de Hash Knife y de la banda Pine Tree. Mas nadie sabía exactamente quién de aquella región pertenecía a dichas bandas y quién no. Había, además, algunos hombres muy duros de pelar, bandidos conocidos en todo el mundo. Este distrito de Lineville, aun en sus peores días, durante la fiebre del oro, no es nada comparado con aquellas selvas de Arizona.

Burridge encendió otra vez el cigarro, que había dejado apagar.

-Cuando regresé, hace pocas semanas, mandé recado a Setter y esperé. No recibí ninguna contestación. Luego me entere de que había muerto. Hardy Rue trajo la nueva. 'Tango para mí que ese hombre esconde algo. Sea como quiera, Rue conocía a Setter y no me preocupo. Esa propiedad de Arizona me pertenece y debo volver allí para hacerme cargo de ella. Aquí es donde entra usted, Jim Lacy. El nombre de usted, al frente de mis vaqueros, no será muy agradable para esos forajidos. Le daré participación en el negocio. Será preciso luchar mucho para conservar el ganado que queda. Quiero reunir un cuerpo de vaqueros valientes y duros y que usted los capitanee, Jim. Usted sabe perfectamente que muchos rancheros honrados y prósperos han sida abigeos... ¿Qué le parece la proposición?

-Creo, Cash, que es cuestión de pensar mucho y decir poco-repuso Nevada, pensativo-. Ha hablado usted sinceramente; sé cuando un hombre dice la verdad. Es muy interesante todo eso. No sé lo que opinarían los tribunales, pero dé todos: modos creo que la mitad de esos cien mil dólares que Setter le dio, de usted son. Tal vez la otra mitad también. Nadie sabrá nunca cuánto ganó Setter y cuánto ha obtenido con sus especulaciones. Siempre tuvo buen cuidado de que los otros corriesen con el riesgo. Sí, señor, creo que esa hacienda de Arizona es suya sin disputa.

-Muy bien; me alegro de que usted vea las cosas así-respondió Burridge frotándose las manos-. ¿Y va usted a aceptar mi ofrecimiento?

-No puedo prometérselo aún-contestó Nevada lentamente-. A decir verdad, seguramente vendrá un día en que lo aceptaré con placer, pero ahora quiero pensarlo algún tiempo.

-Todo el que usted quiera-exclamó Burridge cordialmente.

-Es posible que necesite mucho tiempo. Hay algunos obstáculos difíciles de vencer.

-¿Cuáles, Jim? Tal vez podría ayudarle.

-Primero... su pasado puede salir a relucir el día menos pensado.

-He reflexionado bastante sobre el caso-dijo Burridge con sinceridad-. Y por fin he llegado a la conclusión de que no necesito preocuparme. Nadie me conoce en Arizona. En el Estado de Idaho no saben que me llamo Cash Burridge. Y en cuanto a Lineville, ¿qué pueden importar las pequeñeces que cometí en esta región? Todo quedará relegado al olvido una vez que me haya marchado.

Parece, en efecto, que no se equivoca usted mucho. Mas el segundo obstáculo es serio y muy importante. Es decir, por lo que se refiere a mí.

-¡Venga de ahí!-exclamó Burridge, impaciente.

-No vaya a tomarlo como ofensa, pero el caso es que dudo de que usted sea' capaz de no torcerse de nuevo. Burridge tiró el cigarro a la estufa y una ola de sangre inundó su rostro.

-¡Cielos! Eso también se me ocurre a mí, pero ¿quién sabe? No soy tan loco o tan idiota para no comprender dónde está la ventaja para mí.

-Seguro, admitido. Pero, Cash, usted me ha pedido-mi opinión. Tiene usted debilidad por las mujeres y por la bebida. Además, el quid de la cosa está en saber si puede usted! soportar la prosperidad.

-Nunca he tenido ocasión de probarlo-repuso Burridge con los puños prietos-. Ahora se me ofrece la oportunidad; veremos el resultado. Juro que deseo aprovecharla y tendría más, seguridad de éxito si le tuviese a usted a mi lado. Eso es todo.

-Aprecio su buena opinión, Cash, y lo pensaré. Lo que me disgusta de este asunto es tener que vivir de acuerdo con mi desdichada fama.

Nevada bajó otra vez con Burridge y se divirtió largo rato deteniéndose y paseando frente a Cawthorne. Lize no apareció; el movimiento de la casa era escaso, pues estaban a media semana. El vaquero se alejó temprano de la «Mina de Oro», diciéndose que la señora Wood le esperaría. La noche era oscura y fría y anunciaba una próxima nevada; el viento soplaba fuertemente por entre los árboles sin hojas. La distracción y la charla con Burridge habían hecho bien al joven. Encontró a la señora Wood levantada, esperándole junto al hogar de la cocina.

-Bueno, mamá Wood, ya estoy aquí y sin ningún agujero en la cabeza-dijo Nevada alegremente.

-Ya lo veo, Jim-repuso ella-. Pero eso puede ser sólo cuestión de suerte. ¿Has visto a Link?

-¡Ya lo creo! He estado horas delante de él y... nada. De modo que creo que usted me asustó sin necesidad.

-¡Que yo te asusté! ¡Bah! Ojalá lograra infundirte el temor de Dios.

-Le permito que haga la prueba si me da ahora un poco de torta y un tazón de leche.

Pasaron los días más breves, la nieve cubrió la población y los campos, aumentando el trabajo de Nevada. Por las noches, si el tiempo no era demasiado tempestuoso, solía ir un rato a la «Mina de Oro». Burridge, después de insistir de nuevo en que Nevada se asociara a él, se marchó a Arizona, con la intención de dar un gran rodeo, atravesando los Estados de Oregón y California para evitar la nieve.

Lo que en Lize Teller, respecto a sus sentimientos por Nevada, empezara en broma, habíase trocado en realidad. La muchacha mostrábase henchida de vanidad, caprichosa y malévola, siempre que se hallaba bajo la influencia del alcohol. Su vida acercábase a grandes pasos hacia un fin trágico. Al principio del invierno hizo abiertamente el amor a Nevada, y éste creía que era más para molestar a Cawthorne que por otra razón seria. Pero llegó el tiempo en que, coincidiendo con la renovación del reto temerario de Cawthorne a Nevada. Lize dejó de flirtear con el vaquero. Poco después rompió sus relaciones con Cawthorne y se puso a flirtear escandalosamente con los jugadores, celebrando con ellos grandes francachelas. Tras perder todos los frenos, su salud empezó a quebrantarse.

Cuando, al fin, Nevada le reprochó su conducta, procediendo como si, en efecto, fuese para ella un hermano, recibió una tremenda impresión.

-Ya no me desea ningún hombre decente: mi destino es el infierno-le dijo ella con gran amargura.

De su conversación con Lize Teller sacó la conclusión de no haber sabido corresponder, en un sentido u otro, a lo que la muchacha esperara de él. No hubiera podido obrar de distinto modo, y, sin embargo, el hecho le dolió. Otro aspecto del asunto era el peligro que corría Lize por haber despedirlo a Cawthorne; mas era inútil hablarle a ella de tales temores. Siempre que Cawthorne se le acercaba, fuese en actitud humilde y zalamera o montado en furia, Lize le rechazaba como si se tratase de un perro sarnoso.

Así transcurrieron las semanas y la situación iba acercándose gradualmente a su desenlace.

Nevada se resistía a creer en las ulteriores y fatales consecuencias. Estuvo más de una vez a punto de marcharse de Lineville en lo más crudo del invierno. Mas su segunda personalidad, lo que restaba de Jira Lacy en él, siempre en conflicto con Nevada, no le permitía huir de un fanfarrón como Link Cawthorne y de una mujer despreciable como Lize Teller, a la que, sin embargo, acaso podría ayudar aún. Algo le impedía buscar una salida fácil a aquel dilema.

Por encima de su predisposición a la bondad y a la gentileza cerníase en todo momento el fiero espíritu del antagonismo del gunman, que, como un liquen venenoso, se adentraba en sus más dulces sueños de amor por Hettie, perdida ¡para siempre para él.

Nevada se absolvió de cualquiera responsabilidad respecto a su condición. Muy niño aún, el Destino le echó en brazos de hombres brutales y perversos; una y otra vez habíase elevado por encima de su perniciosa influencia, sólo para verse empujado de nuevo, ya por accidente, ya por un acto de caballerosidad, para reparar el daño sufrido por otro, ya por la voluntad de sobrevivir en circunstancias adversas, a hacer el papel que el Destino le impuso.

-Creo que siempre será así para mí-soliloquió tristemente-. No puedo huir de mí mismo... Quisiera saber si Hettie me creería desleal a su confianza. ¡No, no! ...

Aunque me obliguen a volver a ser Jim Lacy, siempre seguiré siendo leal a la fe de Hettie.

Una tarde, movido por un impulso imposible de analizar, dirigió Nevada sus pasos a la «Mina de Oro». Había tenido durante la noche grandes pesadillas y la mañana habíala pasado inquieto y desasosegado.

Entró en la casa por una puerta lateral y se detuvo en el vestíbulo antes de penetrar en la sala de juego. 'La habitual quietud de aquel antro había desaparecido.

Nevada abrió la puerta con la mano izquierda y, teniendo el brazo derecho ligeramente encorvado, entró de lado. La habitación estaba llena de hombres, todos de pie. La colocación de las cartas, monedas, fichas, vasos sobre las mesas era prueba de que los hombres habíanse levantado de pronto. Oíase murmullo de voces y el inquieto mover de los pies. El ruido que detuviera a Nevada venía del salón y, de pronto, volvió a oírse, más fuerte; golpeaban el mostrador del bar y una voz ronca y fuerte gritaba

-¡Dame ron o te romperé también a ti la cabeza! Nevada se dirigió al grupo de hombres más próximo. Algo terrible debía de haber sucedido. Lo vio en sus rostros v en seguida lo relacionó con la voz ronca que salía del salón contiguo.

-¿Qué ha pasado?-preguntó.

-Una cosa terrible-repuso uno de ellos secándose el rostro, lleno de sudor.

-Mire, Jim, estábamos jugando tranquilamente, como siempre-dijo el jugador Ace Black-, cuando oímos un escándalo tremendo en el vestíbulo; luego, una voz de mujer dio terribles gritos, apagados de pronto. Después una caída pesada. Nos levantamos todo para ver lo que había pasado... y... ¡Dios mío!

-Bueno, ¿qué?-atajó Nevada fría y fieramente, al ver que Black se atragantaba.

-¡Lize Teller! Yacía en el suelo, medio desnuda, chorreando sangre. Link Cawthorne le ha abierto la cabeza con la culata de su revólver... ¡Lize está moribunda! Y ya oye usted cómo chilla Link.

Entre saltos alcanzó Nevada la puerta y levantó la cortina de abalorios. Su mirada abarcó todo el salón.-¡Cawthorne!-gritó con voz estentórea e hiriente, tras lo cual siguió un momento de sepulcral silencio.

V

Había llegado la primavera en el norte de California. El viejo Monte Shasta lucía majestuoso en la luz mañanera; sus, picos y laderas cubiertos de nieve, que iba fundiéndose poco a poco. Desde la depresión del lago Tule subía la tierra gradualmente en anchas fajas pardas y grisáceas hasta alcanzar el cinturón verdeante de los bosques.

En lo alto sonaba el graznido de los patos silvestres que llegaban del Sur. Grandes bandadas formando triángulo, guiadas por viejos machos, llegaban volando por encima de los montes de artemisa y, rodeando los campos de trigo, bajaban al lugar pantanoso donde otros les habían precedido.

La ancha faja del terreno del Rancho Ide, en su mayor parte tomado del lago Tule al secarse éste, extendíase, rica y fértil, en la parte sur. Los campos de tierra pardusca, recién arada, empezaban a cubrirse de leve verdor; los campos de pasto, que llegaban hasta las laderas de la artemisa gris, los hatos de caballos y de vacas, los setos vivos, las huertas, los limpios cobertizos y el granero de techo rojo, la casa blanca, medio oculta entre un bosquecillo de pinos y de arces..., todo daba fe de la prosperidad de los Ide.

Hettie Ide despertóse aquella mañana, en que cumplía veinte años, al mismo graznido de los patos silvestres, cuyo regreso la encantaba, año tras año, desde su infancia, y en aquel hermoso día de mayo graznaban como si supiesen que era su cumpleaños, del cual debía gozar plenamente con toda la alegría de su juventud.

Mas Hettie tenía un dolor secreto, que ocultaba muy hondo en su corazón, mientras cuidaba de su madre, valetudinaria, y compartía con su hermano Benjamín la única gota amarga en la copa de su felicidad.

Faltaba aún una hora para el desayuno. Cuando Hettie bajaba la escalera oyó la risa de Ina, que se solazaba con su hijo, el pequeño Carlitos. ¡Qué felices eran con la bendición de Dios! Pero aquella mañana de su cumpleaños no cabía la envidia en el corazón de Hettie. Estaba cada vez

más unida a su hermano y amaba a Ina y al hijo de ésta como si fuesen carne de su carne v sangre de su sangre. La joven salió de la casa. ¡Qué mañana tan gloriosa! El sol lucía en todo su esplendor; cantaban los pájaros en los arces; por entre el verde césped asomaban las violetas; las yemas de la lila silvestre abríanse, revelando su interior.

La muchacha sabía dónde hallar a Ben. Cruzó la vereda bordeada por el seto verde, escuchando con el corazón animoso, aunque con la antigua punzada de dolor, el zumbido de las abejas, el mugir de las terneras y el gorjeo de los pájaros.

Por encima de todos los sonidos, tan gratos a sus oídos, percibió el agudo relincho del garañón salvaje de Ben, el Rojo de California, que estaría cruzando los campos de pastos, desobedeciendo a Ben, o expresando su disgusto por las infranqueables cercas del corral.

Hettie halló a Ben sentado en lo alto de la cerca. El Rojo estaba en el corral y era evidente que no le gustaba la situación. Hettie se detuvo para mirarlo a través de la cerca. Amaba la joven al maravilloso caballo por la hermosura de su esbelto cuerpo, por su rebeldía y por otro motivo que sólo Ben hubiera podido adivinar.

El Rojo de California hacía ya cuatro años que estaba cautivo. Había sida domado, mas sin perder su fiereza. Era menester echarle el cabestro para que agachara las orejas y dejara de revolver sus magníficos ojos negros. El Rojo jamás se mostraba dócil, mas tampoco era traicionero. Su pelo era rojo, sedoso, brillante, y sus largas crines parecían llamas. Era un caballo grande, pero perfectamente proporcionado; alto y largo, el cuerpo redondo, de armoniosas líneas, de pecho ancho, remos fuertes, mas no pesados, el cuello arqueado y de noble cabeza, parecía, en efecto, lo que durante años fuera: el salvaje garañón rey de las montañas de artemisa del norte de California.

Hettie se encaramó a la cerca, sentándose junto a su hermano.

-Buenos días, camarada-dijo con voz dulce y lenta, remedando un acento meridional que ninguno de los dos olvidarían jamás.

Ben se sobresaltó un poco. Había estado mirando fijamente, algo más allá, por encima del Tojo garañón, los corrales, campos, pastos y laderas. Hettie no se tomaba

con frecuencia tales libertades con su hermano, mas aquél era el día de su cumpleaños y deseaba recordar algo del pasado que a ambos dolía.

-Buenos días, muchacha, ¿cómo d e va?-repuso Ben sorprendiéndola con el mismo acento meridional. Bajo la alegre voz advertía un profundo sentimiento, y al ofrecer a su hermana la enguantada mano, no la miró.

-¿Qué estabas haciendo, Ben?-preguntó Hettie alegremente, al coger entre sus dos manitas la derecha de Ben.

-Pues animando a ese diablo rojo-repuso Ben señalando al garañón.

-Parece que no te obedece muy bien.

-Para que agache las orejas tengo que echarle cada vez el lazo.

-Ben, no esperes nunca que sea manso.

-¿Manso has dicho? No, sólo deseo que me quiera.

-Tal vez el afecto no forme parte del espíritu del Rojo-dijo Hettie riendo-. O tal vez no perdone que le hayas quitado la libertad! de sus montañas. Yo, la verdad, no te querría si fuese el Rojo.

-Hace cuatro años ahora-repuso Ben, pensativo-. ¡cómo vuela el tiempo! No podría desear un caballo más noble ni más obediente cuando lo monto. Con seguridad no hay nadie en California que pueda acercarse a él, excepto yo. Pero... parece que siempre espero algo del Rojo..., algo que no logro jamás.

-Querido Ben-contestó Hettie apretándole la mano-, lo que tú quieres es... alguien que dome al Rojo.

-Eso creo. El único hombre que podía hacerlo bien...-murmuró Ide, más, para sí que para su hermana.

-Tu viejo amigo Nevada-dijo Hettie.

Hacía mucho tiempo que Hettie no se había atrevido a tocar aquella cuestión, mas ahora deseaba continuar hablando del asunto por su propio bien y, tal vez, por el de su hermano.

-Ben, hoy es mi cumpleaños-dijo suavemente.

-Pues, es verdad-repuso su hermano saliendo de su ensimismamiento-. Lo había olvidado. Creo que encontraré algún regalito... Veamos, debes de tener dieciocho... diecinueve...

Veinte años-añadió ella gravemente.

-¡Cómo pasa el tiempo! Ya estás hecha una mujer,

y muy guapa, además. Pero para mí siempre serás mi pequeña hermanita.

Al volverse Ben para darle un beso en la mejilla, Hettie vio lágrimas en sus negros ojos y hebras de plata en sus sienes. Ella se emocionó. ¡Un hombre tan joven y tan fuerte como Ben ! Mas era de tener en cuenta que su hermano, alejado tantos años del hogar, casi proscrito, cazador de caballos salvajes, había llevado una vida muy dura y muy solitaria. Fue Nevada quien le salvó. Y ahora, como tantas veces, tornó a rogar a Dios que bendijera a Nevada e hiciese que siguiese tan noble y bueno como cuando lo conoció.

-Ben-dijo la joven-, no deseo regalo alguno de cumpleaños, pero quiero otra cosa. Dices que ya soy una mujer, y, por lo tanto, tengo edad para que se me escuche. Déjame que te hable como es mi deseo..., como es necesario.

-Hettie, siento que hayas tenido que rogarme eso-contestó Ben, contrito-. Pero hace tanto daño... Creí que sólo eras una muchacha sentimental..., que olvidarías pronto.

-¿Olvidarle a él? ¡Nunca!-murmuró Hettie-. ¿Le has olvidado tú?

-Que Dios me perdone si lo hiciera-dijo su hermano.

-Ben, yo conozco tu secreto pesar, y creo que Ina también-continuó Hettie-. Somos muy buenas amigas..., no, no: somos hermanas. ¡Es tan buena, tan adorable!... ¡Hemos hablado tantas veces! Debes recordar que cuando Ina regresó de la Universidad..., cuando tú eras un pobre cazador y vivías en los montes y papá casi te odiaba, Ina y yo intrigamos por tu causa y por Nevada. ¡Cómo luchamos por vosotros!

-Sí, Hettie, recuerdo..., recuerdo-dijo Ben.-Bueno, pues Ina y yo sabemos que lo que te duele es la pérdida de tu amigo Nevada.

-No, Hettie, no es sólo la pérdida-exclamó Ben con voz apasionada-. No soy egoísta. La pérdida la sufriría, pero lo que me avergüenza, lo que me descorazona, es que Nevada me haya salvado, que hiciera posible mi fortuna, mi felicidad, sacrificándose él. Papá me perdonó, me acogió nuevamente en casa junto a mamá y a ti. Hart Blaine se sintió orgulloso al darme a mí, al solitario cazador de caballos, a su hija, una muchacha inteligente y hermosa, la muchacha más rica de este valle de rancheros acaudalados. Obtuve fama, familia, hogar, amor, felicidad fuera de medida. Luego murió nuestro querido padre y rime dejó sus riquezas. Es decir, nos las dejó, porque la mitad de este maravilloso rancho es tuyo. Después vino Carlos, mi hijito, la bendición de nuestra casa... Y Nevada regresó al lugar de donde viniera. Sólo Dios sabe dónde está eso. He gastado mucho dinero en buscar en el Oeste a un jinete-de cara enjuta, con acento meridional, tejano, llamado Nevada, y no doy con él.

-Algún día lo hallarás, Ben-murmuró Hettie, emocionada.

-Siempre lo creí así-continuó Ben, quien, una vez roto el silencio, parecía tener prisa en aliviar el peso de su dolor-. Con esa esperanza he vivido. Mas ya han pasado cuatro años... ¡Cuatro años! Y aquel rancho de Río Perdido vale ahora una fortuna; la mitad es de Nevada, como también le pertenece a medias el rancho de las planicies de Mule Deer. Nevada es rico... ¿Por qué no ha vuelto? Toda la región se levantó para bendecirle por haber matado a Less Setter y a sus dos cómplices... ¿Por qué no ha escrito nunca? Aunque sólo fuese unas líneas..., una palabra para que yo sepa que vive y que no olvida. ¡Maldición sobre él!

-¡Calla, Ben!-repuso Hettie, balbuciente-. Tú no quieres decir eso... No te vayas a figurar que la causa de su desaparición, de su silencio se debe al temor de que pudieran detenerle por haber matado a los malvados que te preparaban una celada. ¡No! Se marchó así porque temía que pudiésemos llegar a saber quién era en realidad. ¡Oh, lo sé, Ben ! No fue otra la causa. Nevada había sido malo; hasta qué extremo, no me atrevo ni a pensarlo... ¿No recuerdas el día en que apareció tan furioso sobre su caballo atropellando la multitud para encararse con Setter? Y ¿cómo, sólo al verlo, se quedaron los tres de piedra, aterrados?... ¡Oh, Ben!, temo que Nevada haya sido un gunman terrible... Aquel muchacho bondadoso, de suave voz, que tenía miedo de tocarme con el meñique. ¿Qué misterio debe de encerrar su vida? ¡Cuánta compasión siento por él!

-¿Gunman has dicho?-preguntó Ben casi con dureza-. ¡Ya lo creo que debió serlo! Lo adiviné al observar con cuán maravillosa destreza manejaba el revólver. Pero

¿qué me importaba a mí?... Aunque fuese Billy el Niño, o Plummer, o Wess Harding, o Kingsfischer, o Jim Lacy, o cualquier otro de los desesperados cuyos nombres corren de boca en boca... ¿Qué importancia tendría eso para mí?

-Ben querido, tú olvidas algo-afirmó Hettie con valor, sintiendo que la sangre le subía al rostro-. Nevada no sólo te quena a ti ..., sino a mi también..., y yo..., yo le amaba.

-¡Caramba, Hettie!-contestó su hermano con voz suave-, eso no es nada nuevo para mí, aunque hasta hoy no ¡lo hayas confesado tan... francamente. Pero aunque fuese verdad, ¿qué diferencia habría?

-Nevada viene de buena familia, sus instintos eran nobles. Y su instinto le mandó desaparecer cuando hubo peligro de que yo me enterara de su verdadera personalidad. No puede haber otro motivo. Era orgulloso y me amaba... tanto...., también, que no quiso avergonzarme.

-Pues peor aún-exclamó Ben-. Entonces también te ha hecho daño a ti.

-Aún no-respondió Hettie con voz vibrante.-Hettie, dime, ¿es que ese mala cabeza te hizo el amor?-preguntó Ben luchando con su rencor y su remordimiento.

-¿A ti qué te .parece?-murmuró la joven con suave risa-. Ben, cuando Nevada vio que yo le correspondía, me hizo el amor de un modo terrible... ¡Oh, nunca podré olvidarle, nunca!

-¡Caramba!-Ben se mostró sorprendido-. ¿Cómo y cuándo tuvo ocasión para eso?

-¿Verdad que te gustaría saberlo?-preguntó Hettie con malicia.

-Y tú..., una niña que sólo tenías dieciséis años... ¿Cómo va uno a entender a las chicas?

-Ben, ¿no te quería Ina cuando tenía cinco años, y a los diez y a los quince también? ¿Y a los dieciocho, después de haber estado ausente tanto tiempo de su casa?

-Gracias a Dios, sí. Jamás he llegado a comprenderlo, pero es la verdad y es hermoso... ¿Sabía mi amigo Nevada que tú también sentías por él esa extraña y maravillosa cosa..., que es el amor?

-Sí, Nevada lo sabía-repuso Hettie, muy elocuente-. Y yo también tenía confianza en él... Por eso no lo considero perdido para mí. Estoy segura, y las mujeres sabemos de esas cosas. Nevada no ha muerto; no es desleal para conmigo..., ni para con aquel noble carácter que reveló entre nosotros. Y no sé cómo, ni cuándo, ni dónde, ¡pero volverá..., volverá!

-¡Dios mío! ¡Qué Él te oiga!-dijo Ben con fervor-. Me has llegado al corazón, Hettie.

-Estoy contenta. ¡Hace tanto tiempo que deseaba hablar!-repuso Hettie con sencillez-. Y hay otra cosa que nos toca muy de cerca.

-¿Qué?-preguntó Ben, ansioso, al ver que su hermana le miraba seriamente, sin continuar.

-Mamá está muy enferma. ¿No lo has notado? Ben asintió con la cabeza.

-Trato de no verlo, pero... lo veo.

-Con la primavera se ha animado un poco. Mamá ama el sol, los árboles, las! flores, los pájaros. Le gusta estar al aire libre. El invierno aquí es largo y frío. Llueve y nieva mucho. A mamá le causan horror los vientos helados. Con franqueza, Ben, no creo que sea la pena por papá; ese dolor ya se ha calmado. Es este valle, que es malo para ella. Lo es para mí en invierno, ¡qué no será para nuestra madre

-He estado temiendo lo mismo-declaró su hermano, pensativo-. Pero también existe la posibilidad de alguna enfermedad orgánica.

-Mamá no es vieja, Puede vivir muchos años. Pero para eso es precisa hacer algo. Yo aconsejo que te la lleves a San Francisco para consultar a un buen médico. Llévate a Ina. Tu hijo estará bien a mi lado; yo sabré llevar bien el rancho.

-¡Caramba!, es una buena idea-declaró Ben con asombroso entusiasmo. De un salto bajó la cerca y ayudó a Hettie a ponerse en pie-. Ina se alegrará mucho. Hará que su hermano Marvie se quede aquí contigo.

-Ben, veo que están decidido a ir-contestó Hettie, alegre y satisfecha también.

-Ya lo creo, y te apuesto lo que quieras a que Ina saltará de alegría. Vámonos ahora mismo a decírselo. Hettie miró por la cerca del corral al Rojo de California.

-Adiós, noble salvaje –exclamó.

-Un día vendrá alguien que te domará hasta que comas en mi mano. Cogidos del brazo, Ben y Hettie recorrieron aprisa el

camino, animados los dos con nuevas esperanzas y más felices que nunca. Ahora era Ben quien hablaba, mientras Hettie guardaba silencio. La joven estaba emocionada por haber podido :sustraer a su hermano del ensimismamiento en que cayera cada vez más. Ben no sólo echaba de menos a su viejo amigo Nevada, sino también la vida de la caza de caballos salvajes, que había sido su única ocupación durante años, antes de casarse, y la causa del enojo de su padre.

Ina estaba en el patio cogiendo violetas, que armonizaban bien con el color azul de su traje primaveral y el de sus ojos. El pequeño Carlitos farfulló algo al ver a su padre y empezó a correr todo lo aprisa que sus piernecitas le permitían.

-Buenos días, Ben y Hettie-dijo Ina alegremente-. Me parece que venís muy emocionados...-Y después de dar un beso a Hettie, continuó-: Muchas felicidades, querida hermana.

Ben cogió al niño, sosteniéndolo en su brazo, y se dirigió a Ina con franca sonrisa. .-¿Cuánto tiempo necesitas en prepararte para ir a San Francisco?-preguntó con naturalidad, como si todos los días hablara de cosas semejantes.

-¿Cómo? ¡Oh, ya sabía yo que pasaba algo!-exclamó Ina, mientras su hermoso rostro se arrebolaba-. ¿Cuánto? Pues... quince minutos.

Ben se echó a reír.

-Ya sabía yo que te iba a gustar la idea. Pero no hace falta tanta prisa.

-Pero ¿es verdad, Ben, que me vas a llevar a San Francisco?-preguntó ávidamente Ina.

-Sí, está convenido; pero...

-¡Qué bueno eres!-Ina se abrazó a su cuello, besándole-. ¡Tanto que deseaba ir a alguna parte! Él invierno ha sido muy largo, y nos ha retenido siempre en casa. Pensaba en Klamath Falls, pero ir a San Francisco... ¡Oh!

-Ina, siento mucho no haber pensado en esas cosas yo mismo-observó Ben, cabizbajo-. Creo que no he sabido salirme de la rutina. Dale las gracias a Hettie.

Ina abrazó entonces efusivamente a su cuñada v después dijo:

-Vamos a desayunarnos. En la mesa podéis decirme todo lo que hay sobre la gran idea.

-Te lo vamos a decir ahora-interpuso Ben-. El viaje a San Francisco es 'a causa de mamá, y no podemos hablar delante de ella. El hecho es, Ina, que mamá no tiene salud, algo le sucede. Hettie aconseja llevarla a San Francisco para consultar a un buen médico. Nuestro Carlitos estará bien al cuidado de Hettie, y el rancho lo mismo. ¿Qué dices a eso, Ina?

-Me parece una excelente idea-repuso 'la mujer de Ben mirando a su cuñada-. Este valle del lago Tule es demasiado húmedo para ella.

La única parte que no se pudo realizar del proyecto de Ben y Hettie fue la designada a Marvie Blaine. Su padre no quiso dar permiso al muchacho para quedarse en el rancho de Ide.

-Ese chico no sabe manejar una pala y mucho menos sabrá dirigir un rancho-dijo el viejo Blaine a Ben. Entre Marvie y su padre había cierto distanciamiento, del cual, en opinión de Ben, ambos eran por igual responsables.

-Me recuerdan los disgustos que tuve con papá-dijo Ben a su hermana-. Sólo que entonces yo tenía razón, y papá no. Marvie se negó a ir a la escuela superior. Creo que no es muy distinto a mi carácter. También a el le gustan los caballos y los grandes espacios.

-Algún día Marvie se escapará, lo mismo que hiciste tú, Ben-contestó Hettie.

De aquí que Hettie se quedara sola en el rancho con el pequeño Carlitos y dos criadas. A la joven 1-e agradó la soledad. Dióse cuenta del mucho tiempo que requería el cuidado de su madre, ahora ausente. Durante cierta parte del día dejaba al pequeño en manos de las muchachas, mientras ella se dedicaba a las muchas tareas rutinarias que era preciso cumplir, y a las nuevas, que surgían a cada momento. Después de la cena, acostado ya .

el niño, Hettie tenía aún bastante horas para sí misma antes de retirarse a descansar.

Al principio habíale parecido que la dirección del rancho sería para ella más un placer que un trabajo. Pero no tardó en descubrir que no sólo implicaba un gran trabajo, sino que era, además, una tarea en extremo embarazosa y exasperante. Había en el rancho dieciocho vaqueros y otros tantos jinetes en los pasos de la montaña. La mayoría de los vaqueros eran jóvenes, solteros y todos deseosos de cambiar de estado. Algunos de ellos habían sido condiscípulos de Hettie. Además, muchos eran jinetes de buena estatura, recios y limpios, todos del Sur, que eran el enojo de la muchacha, pues encontraban constantemente pretextos para aparecer en el rancho, pretextos que, las más veces, eran en extremo ridículos. Aquellos jóvenes de las praderas le hacían la corte sin tener para nada en cuenta las calabazas. En menos de dos semanas, todos los vaqueros se enamoraron de Hettie o fingieron estarlo. Y resultó que les era preciso hablar con la encargada accidental del rancho de todo cuanto a él se refería, por insignificante que fuese.

A Hettie la divertía aquello, menos cuando se trataba de los jinetes de las praderas de las altiplanicies. Estos le hacían el amor descaradamente y, lo que era peor, su continente, sus varoniles figuras, recordábanle a Nevada, inflamando su solitario y anhelante corazón.

Con los años, el amor de Hettie por Nevada habíase hecho más fuerte, mas profundo. Y al abismarse ahora en el pasado, la joven recordaba la franca aversión por el revólver de él y el' sutil gesto que implicaba el fatal empleo del arma. Era ella entonces una niña sentimental, sin experiencia, a la que asustaba el pensar en el vertimiento de sangre, hostil al espíritu y a la destreza de Nevada, que más tarde salvó a su hermano, y tal vez a ella misma, de las maquinaciones del villano Setter.

Hettie había sufrido mucho durante los cuatro años desde que Nevada se marchó dejando tras sí la muerte. Ahora era una mujer y veía las cosas de distinto modo. Adivinaba lo que había sido para él, como la amistad y el amor de ella habían hecho de él otro hombre. 1 Cuán grande y firme había llegado a ser su amor por Nevada 1 Ella era de él y no sería nunca de ningún otro; la separación no la podía cambiar.

-¿Qué importa quién o qué fuese Nevada antes de que le conociéramos?-musitó la joven, sentada junto a la ventana abierta, envuelta en la oscuridad, escuchando los últimos graznidos de los patos y el melancólico croar de las ranas-. Mas él no pudo verlo así. Sin embargo, debió de saber que a mí nada me importaba mientras si siendo el Nevada que conocimos y amamos... Volvería a robar ganado, si éste había sido su crimen? ¡No! ¿Volvería a beber? ¡No! ¿Se rebajaría a abrazar a una mujer de vil condición? ¡Nunca!... ¿Volvería a usar aquel terrible revólver?... ¡Ah, sí, sí, lo hará! ¡Lo presiento! Si no por sí mismo, por otro... Nevada es una llama, un relámpago que destruye lo que se opone a su paso.

VI

Los viajeros no regresaron de San Francisco en la fecha previamente fijada, ni Hettie recibió carta alguna de ellos. Después esperó todas las tardes su llegada, sufriendo cada día una nueva decepción al ver que no venían. Añadida a esto la creciente perplejidad que le causaban sus múltiples obligaciones y la persistencia de sus admiradores en importunarla, cayó la joven en un estado de nerviosidad tan grande, que temió no poder cumplir su palabra, dada con jactancia, sobre la acertada dirección del rancho.

Un día visitaron a Hettie varios caballeros de Klamath Falls. Eran hombres de negocios que representaban un Sindicato del Estado de Oregón, por cuenta del cual realizaban compras de terreno en el valle del lago Tule. Desde que fue secado el lago, la especulación en tierras había sido allí bastante considerable, y los Ide ya habían recibido anteriormente ofertas, pero ninguna que fuese tan importante como la que hicieron a Hettie los representantes del Sindicato de Oregón. La joven tuvo la suficiente astucia para comprender que la situación había cambiado por causas que ella ignoraba, pero que bien pudieran estar relacionadas con la probable construcción de un ferrocarril desde Klamath Falls, con lo que las propiedades de su familia aumentarían de valor de un modo enorme. Hettie no aceptó ni rehusó la oferta, limitándose a decir que su hermano tenía la dirección del rancho y que a él le incumbía decidir. Mas aún después de que los representantes del Sindicato hubiéronse marchado, siguió Hettie asombrada y encantada a la vez del ofrecimiento, sin que por

ello pensara en sí misma como dueña de la fortuna que su madre les dejara al morir.

Acaeció que Hettie se hallaba fuera del rancho cuando los viajeros regresaron, al fin; al volver a casa, cansada y llena de polvo, fue grande su alegría al interceptarle el paso por el

vestíbulo Ina y su madre. Bastóle una mirada para ver-que la excursión había sido beneficiosa, sobre todo para su madre.

Cuando llegaron las tres al salón, Hettie estaba a punto de llorar, y al ver a Ben, no pudo más; llorando, se echó en sus brazos.

-¡Oh... Benjamín!-exclamó-. He fracasado..., los muy tontos no me han dejado vivir.-¿Quién?-preguntó Ben, asustado.

-Los vaqueros... y algunos de los jinetes también. Me han hecho la vida imposible.

-¡Caramba con los desvergonzados gandules!-exclamó su hermano-. Los voy a despedir a todos ahora mismo.

La tierna solicitud de Ina y el enojo de Ben calmaron a Hettie.

-¡Oh, no, Ben! La cosa no es para tanto. Sólo han venido aquí constantemente y con cualquier pretexto fútil... para hacerme el amor de un modo descarado.

Ben y su mujer se echaron a reír y Hettie se vio obligada a tomar aquella hilaridad como la mayor gracia. Sabía que sus tribulaciones habían terminado ya y no pudo menos de perdonar a los admiradores que la asediaran. El buen humor de Ben e Ina y la prueba evidente del cambio de su madre bastaron para que la joven se sintiese en el mejor de los mundos.

-¿Qué me habéis traído de San Francisco?-preguntó, a poco, con el anhelo de una niña.

-Bombones-repuso Ben sonriendo.

-Un traje nuevo de primavera y un sombrero,.. encantador-dijo Ina.

-Hija mía, yo también te traigo algo-añadió la señora Ide, resplandeciente.

-Casi... me alegro de-que os hayáis ido dejándome sola-respondió Hettie, agradecida.

Durante la cena nada se habló del objeto principal del viaje a San Francisco. Ina contó sus visitas a las tiendas,

y Ben sus excursiones a la costa, a los parques y teatros. Más tarde, cuando la madre se hubo retirado, Ben llevó a Hettie a la habitación de su mujer, en la que el pequeño Carlos divertíase con sus juguetes nuevos.

-Bueno, Hettie, el habernos mandado tú de viaje va a cambiar totalmente nuestra vida-empezó gravemente.

-¡Oh... Ben! ... ¿Qué dices?-balbuceó Hettie.

Ina se interpuso reprochando a Ben su precipitación y falta de tacto. Luego añadió:

-Hettie, no hay nada que deba asustarte.

-El invierno y la primavera en esta región son demasiado húmedos y fríos para mamá-continuó Ben-. Retenerla aquí por más tiempo es poner en peligro su vida.

-Entonces no la retendremos aquí-contestó Hettie resueltamente.

-Claro que no. Ina y yo hemos llegado a la misma conclusión.

-¿Y estará mamá... mejor en otro clima?-preguntó Hettie vacilando un poco.

-Se pondrá bien-repuso su hermano-. Necesita un clima que en invierno sea suave, seco y templado, y en verano seco, aunque haga calor.

-¿Dónde lo hallaremos?

-Es fácil. Lo que nos trae a mal traer a Ina y a mí es saber qué será lo mejor.

-Me parece fácil-observó Hettie-. Yo iré con mamá a vivir con ella donde sea.

-No dudo que tú estés dispuesta a eso, pero así no resolveremos el problema.

-¿Es que no podemos sostener dos casas?

-Claro que sí. Sin embargo, de lo que se trata es que no quiero separarme ni, de mamá ni de ti. Ni Ina tampoco lo desea. Eso está decidido. No nos separaremos.

Hettie miró a su hermano con ojos llenos de lágrimas. Ina y Ben habían comprendido lo que ella no se atreviera a decir. Los dos estaban firmemente resueltos; al parecer habían discutido ya el asunto, llegando a una primera conclusión.

-Ben, no sabes lo dichosa que me haces al hablar así-exclamó Hettie, emocionada-. Sería muy duro tener que separarnos. Sólo os tengo a mamá y a ti y a los tuyos... De manera que, si no quieres que mamá y yo nos vayamos, vosotros...

-Nosotros hemos de ir contigo y mamá-la interrumpió Ben-. Esto está claro, pero lo difícil es resolver cómo.

Vendiéndolo todo-dijo la joven.

--Pero... aquí hemos vivido siempre. Esta tierra nos ha enriquecido..., es nuestro hogar.

-No sería hogar sin mamá, Ben.

-Es verdad. Si nos separásemos, todo cambiaría. Lo que me disgustaría es malvender las tierras sólo por encontrar pronto un comprador. Necesitamos dinero, mucho dinero, dondequiera que vayamos.

-Ben, puedo vender nuestras propiedades por doscientos mil dólares-declaró Hettie.

Su hermano se quedó mirándola, exclamando a poco-Mira, Hettie, no te chancees. Ten en cuenta que es muy duro para mí llegar a una decisión.

-Yo puedo venderlas mañana mismo por el precio que he dicho-añadió Hettie ufana, sintiéndose de pronto muy importante.

-Ya lo ves, Ina, Hettie está delirando-exclamó Ben dirigiéndose a su mujer.

-Pues parece muy segura de sí misma y veo-.que está cuerda, Bennie querido. Tú, al fin y al cabo, no eres sino un cazador de caballos salvajes. Hettie y yo entendemos más de negocios.

-¡Es verdad!-dijo Ben poniéndose rápidamente en pie-. Tenéis razón, aunque no puedo creer que sea posible obtener doscientos mil dólares por todo esto.

-Pues es así, Ben. Escúchame-afirmó Hettie, y procedió a contar en breves palabras la visita de los representantes del Sindicato y la oferta que le habían hecho.

-¿Los caballos no estarán incluidos? ¿No pedirán el Rojo de California?-preguntó Ben empezando a manifestarse emocionado.

-La oferta incluía todo el terreno y todos los edificios, así como todo nuestro ganado vacuno. Pero los caballos no.-¡Hecho, hecho!-exclamó Ben dando rienda suelta a su alegría; dio un beso a Ina, abrazó a Hettie, recorrió arriba y abajo el cuarto, hasta despertar al pequeño Carlos, que se había quedado dormido en medio de sus juguetes.

-Pero, Ben, ¿no te da vergüenza? ¿Tanta alegría tienes porque puedes vender nuestra casa?-le reprochó Ina.

Hettie no expresó ni alegría ni desaprobación. Hacía años que no había visto a su hermano tan agitado y se preguntaba qué podría significar aquello.

Ben, al oír los reproches de su mujer, cesó en sus transportes de alegría y, muy pálido, los ojos llenos de fuego, se dirigió a las dos mujeres.

-Perdonadme y tratad de comprender. Habéis de recordar que a Lago Tule no me unen tiernos recuerdos,. como a vosotras dos. Es mi hogar, y como tal lo quiero, pero no como vosotras. Papá me trató con dureza durante mucho tiempo, me convertí en un proscrito. Luego viví largos años en el monte, solitario y triste, dedicándome a la caza de caballos. Llegó Nevada y, después, tú, Ina querida... A causa de vosotros dos volví a mi casa, pero siempre eché algo de menos,... Esta región está demasiado poblada..., es demasiado rica. No hay bastante espacio para mí. Los montes de artemisa, los valles, un día tan selváticos, donde los caballos corrían libremente, están convertidos en ranchos y haciendas. Seré más feliz en otra región..., por ejemplo, en Arizona; donde las selvas son enormes y hay pocos ranchos. Allí estaré mejor, trabajando como antes acostumbraba hacerlo... Por eso me alegro de vender lo de aquí, para llevar a mamá allí, donde volverá a ponerse fuerte, donde todos seremos felices.

-¿A Arizona dices, Ben? Pero si tú no has dicho nada de que ya te habías decidido-protestó Ina.

-Hasta ahora no estaba decidido. Hettie ha sido la causa, ¡bendita sea

-¡Arizona!-murmuró Hettie, pensativa-. ¡Sabemos tan poco de Arizona ! ¿No dicen que es muy selvático y la vida muy ruda allí?

-¿Selvático? ¡Ya lo creo! Arizona es todo lo que antes era el norte de California y mucho más. Hay allí, además, vastas praderas, grandes extensiones cubiertas de artemisa, muchos desiertos, valles, cañones, montañas, grandes bosques, grandes ríos. Hay millares de caballos salvajes en Arizona, y venados, osos, jaguares, pavos...; en fin, caza espléndida. Tiene minerales..., oro, plata, cobre. Ahora mismo ha habido una guerra entre los ganaderos de vacas y los de ovejas. ¡Oh!, es un país maravilloso para colonizadores.

-Hettie-añadió Ina-, encontramos en San Francisco a un curtido viejo de Arizona. ¡Si lo hubieses visto!

No hablaba más que de ese país. Pero Ben no lo ha dicho todo.

-¿Qué es lo que me he olvidado?-preguntó Ben débilmente.

-Lo de los equipos de maleantes que viven fuera de los ranchos; indios, mejicanos, abigeos, cuatreros, vaqueros indómitos, gunmen y qué sé yo qué gente. Esa parte de Arizona me preocuparía mucho, Ben, si es que quieres ir precisamente allí.

-También me preocuparía a mí si hubiese temor de encontrarme con la compañía de la que aquel vejete de Arizona tanto se vanagloriaba. Pero sé que exageraba..., aunque, bien mirado, no me disgustaría trabar conocimiento con unos cuantos vaqueros fogosos. ¿Verdad que a ti tampoco, Hettie.

Ben bromeaba y reía con un asomo de su antiguo carácter juvenil. La posibilidad de ir a Arizona habíale animado.

Hettie trató de sonreír, mas en vano. Había sentido de pronto una gran punzada en el corazón.

-Conservaré el rancho de Río Perdido y el de las planicies de Mule Deer-musitó Ben paseándose-; jamás los venderé. Son de Nevada y míos por partes iguales... Algún día volveré aquí para verlos y ¡quién sabe! ...

Hettie no pudo conciliar aquella noche el sueño. No sabía si llorar o reír. La revelación de Ben no había sido una gran sorpresa para ella, aunque la violencia de su sentir la sobrecogía. A pesar de todo lo que la riqueza, el hogar, la esposa, el hijo podían dar a Ben, éste echaba de menos su antigua vida de las selvas, anhelaba volver a ver al amigo amado. ¡Con qué alegría había saludado la oportunidad de poderse alejar de Lago Tule! Ina habíase mostrado tan prudente como amante; su hogar estaba allí donde morara su cariño. Aquella misma noche, antes de retirarse, había ido a la habitación de Hettie para decirle

-Hettie, no sabíamos qué era lo que tenía Ben. Por eso quiero preguntarte si tú crees que el cambio será tan bueno para el alma de Ben como para la salud de nuestra madre.

-Sí, yo lo creo así-había contestado Hettie-. Hasta de pequeño, Ben ya era extraño. Papá nunca supo comprenderlo.

-Bueno, yo seré feliz con Ben en cualquier parte-repuso Ina con sencillez-. Mis padres se enojarán. Les disgustará que volvamos a la vida de los colonizadores en una región tan lejana como Arizona. El dinero ha convertido a mis: padres y a mis: hermanos en gente orgullosa, exceptuando a Marvie. El chico tiene dieciocho años y sigue tan loco por la caza, la pesca y el montar a caballo como cuando se escapara para ir a Río Perdido. Adoraba a Nevada y a Ben, y ahora él y papá no se avienen. Me gustaría saber qué dirá Marvie de nuestra marcha. '

-No te preocupes por él-dijo Hettie-. Marvie vendrá con nosotros.

-¡Ojalá fuese verdad!-repuso Ina con un suspiro-. Mas creo que mi padre se pondrá furioso si se le habla de eso.

-Marvie se escapará-declaró Hettie con firmeza. Siempre que Hettie pensaba en sí misma, dábanle ganas de llorar. Desde luego, sentía tener que dejar Lago Tule, donde había

vivido toda la vida, mas no era aquel sentimiento el que amenazaba provocar las lágrimas. Era una inexplicable alegría que brotaba desde 'lo más hondo. La obsesionante certeza de que jamás tornaría a ver a Nevada había desaparecido. Ya no tendría que descorazonarse en vana espera; allá, en Arizona, tal vez le volvería a ver. Ben no cesaría nunca de buscar a Nevada, y un día u otro habría de encontrarlo. ¡Cómo amaba Ben a aquel camarada suyo de los días de Río Perdido

Al día siguiente, Ben apareció tarde para el desayuno. Nadie tuvo que decir a Hettie e Ina que había estado en los corrales. Entró en la habitación más animado, con ojos brillantes, la cabeza erguida.

-Buenos días, Hettie; buenos días, Ina. ¿Qué creéis que ha pasado?-preguntó radiante-. Pues el Rajo ha venido a mí esta mañana, el muy sinvergüenza. i Sí, sí, es verá d!, y ya os podéis figurar mi alegría. Le he dicho: «Oye, camarada, vas a volver a las selvas libres.» Y me entendió, ¡vaya!... Ina, Hettie, la verdad, me siento otro hombre esta mañana.

-Se te ve en la cara, Bennie-repuso Ina con inusitado fuego en sus hermosos ojos.

-En cambio, tú y Hettie parecéis haber, pasado la noche en vela y llorando.

-Son cosas de mujeres-contestó Ina-. Nos duele tener que dejar todo esto, pero nos sentimos felices por ti y damos gracias a Dios por haber encontrado el medio de devolver la salud a mamá.

-Carlitos-dijo Ben inclinándose sobre su hijo, sentado en su silla alta-, vamos a ir a Arizona. ¿Te gusta?

-¿Te gusta a ti, papá?-respondió el niño mirándole con sus grandes ojos.

-¡Éste sí que es un chico inteligente!-exclamó su padre sonriendo a su mujer.

En aquel instante entró la madre para sentarse al lado de Hettie.

-¿Qué es eso que he oído decir de Arizona?-preguntó.

-¡Oh, nada, mamá!-Ben se echó a reír-. Estaba diciéndole a Carlitos cosas de Arizona.

-Creo que no sabes hablar de otra cosa desde que encontraste a aquel ganadero-observó la señora Ide plácidamente-. No me gusta ese hombre. Era tan rudo como el país de que se ufanaba.

-Abelita. vamos a Arizona-balbució el pequeño Carlos con, aire de importancia.

Hasta aquel momento la madre de Ben no sabía nada del proyecto y la exclamación del niño la cogió desprevenida.

-¡Válgame Dios!-exclamó-. De modo que i ése era el misterio!... Hijo mío, ¿vas a volver a la caza de caballos salvajes? ¡Si tu padre lo supiese!

Ben Ide no tenía por costumbre recurrir al engaño ni andarse por las ramas, y a pesar de las miradas de-Hettie y de la seña que Ina le hizo con el pie bajo la mesa, procedió a contar a su madre que estaba pensando venderlo todo para ir a Arizona. La señora declaró que jamás iría allí ni permitiría a Hettie alejarse de su patria. Ben trató de discutir con ella, y viendo que era inútil, se echó a reír para ocultar su embarazo. Mas cuando su madre le hizo una pregunta categórica, Ben se calló. Al verlo, su madre se levantó y salió llorando de la habitación.

-Carlitos, creo que, al fin y al cabo, no eres tan inteligente como parecías-exclamó Ben, enojado.

-Ha sido un golpe muy rudo para mamá-observó

Ina-. No hay que decir las cosas así de pronto, Ben. Creo, sin embargo, que la convenceremos.

-Tú deja para nosotras el convencer a mamá-añadió Hettie..

Enfrascáronse en una animada conversación sobre el asunto y, al terminar el desayuno, Ina y Hettie dieron prisas a Ben para que, decidido ya todo, procediese en seguida a dar los pasos necesarios.

-Yo iré a ver a mis padres-dijo Ina-. Nunca me perdonarían que no se lo dijera a ellos antes que a otros. Puede que de todos modos no me perdonen... ¡Y Marvie! Me apuesto a que el chico saltará de alegría.

-¡Caramba! ¡Pues es verdad!-exclamó Ben.

-Marvie querrá venir con nosotros. Creo, Ina, que es una buena ocasión para el chico.

-Yo también lo creo así-repuso su mujer.

--El asunto se presenta, de todos modos, un poco difícil-continuó Ben-, aunque, por supuesto, es grandioso... Iré hoy mismo a Klamath Falls. Será necesario que firmes tú también los documentos, Hettie. Y a propósito, ¿qué vas a hacer con tanto dinero?

-¿Con qué dinero?-preguntó su hermana, asombrada.

-¡Caramba, chiquilla l Hablo de la parte tuya de nuestras propiedades.

-¡Dios mío! No se me ocurrió pensar en el dinero. Pues... quiero la misma parte en el rancho que compres en Arizona.

-Muy bien. Eres una hermana como no hay otra. Voy a dejarte ahora para que hagas entrar en razón a mamá, y tú, Ina, haz lo mismo con tus padres. Creo que te va a costar mucho trabajo, porque tú y Marvie sois los únicos de la familia Blaine que tienen sentido común.

Ben salió temprano para Klamath y Hettie se vio muy atareada no sólo con su madre, sino también con los vaqueros y jinetes del rancho, entre los cuales la nueva se esparció como un reguero de pólvora. Ben, como siempre, había carecido también en aquella ocasión de tacto, y se lo había dicho todo de sopetón. Mas Hettie se dijo que, al fin y al cabo, poco importaba que lo supiesen ahora ya, puesto que, de todos modos, se habría de enterar todo el mundo.

Hettie confirmó a siete vaqueros, uno tras otro, que Ben no les había gastado ninguna broma y que, en efecto, el rancho Ide pasaría a otras manos. Todos mostráronse muy emocionados al oír la nueva.

-Señorita Hettie-dijo uno de los vaqueros-, a nosotros poco nos importa lo que pueda suceder con el rancho; pero sí nos importa mucho lo que será de usted y el amo. No pueden ustedes pasarse sin nosotros.

-¡Ojalá Ben se llevara a todos ustedes!-repuso Hettie, distraída.

Luego tuvo una discusión muy viva y animada con su madre, a la que, desde luego, no podía revelar el verdadero motivo de la expatriación. Mas Hettie sabía cómo tratar a la viejecita y, con paciencia y gran sentido, tras invocar con frecuencia la necesidad de que Ben cambiase de vida, logró por fin persuadirla.

-Al fin y al cabo, Hettie, no me importa por mí-concluyó la señora Ide llorando-. Pero tú te casarás seguramente con uno de esos hombres de largas piernas y cabello largo de Arizona, como ese terrible Nevada.

-¡Caramba, mamá, qué idea tan feliz!-exclamó Hettie sonrojándose deliciosamente-. ¡Ojalá tuviese esa suerte 1

Ina, en cambio, no tuvo-el mismo éxito. Regresó de la hacienda de su padre con fuego en 'os ojos y señales de lágrimas en las mejillas.

-¡Oh, Hettie, qué malos han sido! –dijo Katie estaba allí y tú sabes cómo me odia. Papá tuvo la osadía de insinuar que volviese yo. a su lado para vivir con ellos. Y Katie dijo que ya no me harían falta ni vestidos ni sombreros bonitos en la selvática y aburrida Arizona. Katie ha tenido siempre mis trajes como una espina clavada en el corazón... Pero Marvie..., ¡qué chico tan excelente! Mientras estaba papá, no dijo nada, mas una vez fuera de casa, me abrazó frenético, ahogándome casi. «¿Si quiero ir contigo?»,-exclamó tan fuerte que temí que le oyesen-. «¡Por los cuernos de Belcebú! ¡Vaya si voy contigo! Papá no podrá detenerme, no le servirán ni cuerdas ni encierros. Yo seré jinete de Ben y cazaré caballos salvajes y pescaré... Quién sabe si no veré allí a Nevada. »

-¡Bendito sea el muchacho!-exclamó Hettie con los ojos llenos de lágrimas.

-Es extraño ese cariño que sienten Ben y Marvie por Nevada-observó Ina.

-¿Extraño?-preguntó Hettie sonriendo.

-No, no quise decir eso... Creo que yo también le quiero.

-Ina, ya hemos dado el paso decisivo-repuso Hettie cambiando rápidamente de conversación-. Mi madre no quería ceder, pero logré convencerla. Y tu familia tendrá que hacer lo mismo, quiera o no. Ahora será preciso que hablemos seriamente. Ben se figurará que sólo nos lleva a nosotros y sus caballos, pero ya sabes que hay muchas otras cosas que hacen falta y que son imprescindibles. Tendremos mucho trabajo para arreglarlo todo. Me gustaría saber cómo vamos a viajar.

-Supongo que no se le ocurrirá a Ben llevarnos a caballo o en carretas entoldadas-dijo Ina.

-Resultaría muy divertido, una vez en marcha-repuso Hettie como en sueños.

VII

Tres días más tarde, la familia Ide hallábase en el porche delantero de su casa viendo cómo se alejaba por, el sendero, hacia la carretera, un carruaje con un soberbio tronco de caballos. Iban en el vehículo el procurador de Ben y un representante del Sindicato de Oregón. Ben sostenía en la mano un cheque certificado, producto de la venta de las tierras fértiles de su hacienda. Además, había convenido entregar la propiedad antes del primero de septiembre.

-¡Cielos! ¡Con qué rapidez ha pasado todo!-exclamó respirando con fuerza-. ¡Ina..., Hettie ! ... Ya no tenemos hogar.

-Ben, si te duele irte de este rancho, ¿que sentirás al renunciar a Río Perdido?-preguntó Hettie.

-Río Perdido sigue siendo mío, no lo vendo-declaró Ben con ligero estremecimiento-. Y eso me recuerda que debo ir allí.

-Yo iré contigo-dijo Hettie.

-Yo también-añadió Ina.

-La verdad, prefiero ir solo-repuso Ben.

-No te molestaremos en tu dolor, querido Bennie-dijo Ina.

-Cuando fui a Klamath me detuve en Hammell-dijo Ben-. Recordaréis a Strobel, el alguacil mayor. Siempre ha sido amigo mío, hasta en los días de desgracia, cuando todos me creían ladrón de ganado. Strobel sabe mucho de Arizona. Le rogué que viniese aquí esta tarde. Voy a seguir todos sus consejos.

-Ahora que hemos quemado nuestras naves, se dedica a pedir consejos-interpuso Hettie.

-Sí, por lo que se refiere a nuestra marcha-convino su hermano-, pero no respecto adónde ir... Eso ya es otra cosa.

Hettie se dijo que no era extraño que su hermano quisiera consultar a alguien que conociera Arizona. Ella misma empezaba a darse cuenta de la magnitud de la empresa, y de la responsabilidad en que incurrieron. De aquí que anhelara tanto como Ben escuchar a Strobel. Ina tampoco quería que la excluyesen de la entrevistó.

Sentáronse los cuatro en el sombreado porche, y mientras el pequeño Carlos jugaba en el césped, explicaron al viejo amigo de Ben los detalles del caso.

-Bien, bien, si ustedes lo han vendido todo y es preciso que se vayan, no vale la pena aconsejar en contra-repuso Strobel-. Creo que es una lástima. Todos les echaremos de menos... Pero, vamos a ver, ¿por qué han elegido Arizona entre todos los Estados donde podrían ir?

-Arizona tiene buen clima. El médico nos lo ha recomendado.

-Eso es verdad. Arizona tiene buen clima-admitió Strobel-. Nada hay que decir contra eso. Pero el clima es también la única cosa buena que tiene. El resto se compone de desiertos, rocas, animales feroces, tarántulas, bichas malas, bandidos, ladrones de ganado y gunmen.

-No he oído hablar nunca tan mal de Arizona-contestó Ben, apenado-. ¿Habla usted con sinceridad?-Verás..., al fin y al cabo, no se puede negar que sea una región maravillosa-repuso el alguacil, como obligado a hacer una concesión-. Dos veces he estado allí: la primera, poco después de incorporarse aquel Estado a nuestro país, y la segunda, hace dos años. Fuera de que los indios ahora se están quietos, no he visto mucha diferencia. Dicen que recientemente ha ido a Arizona gente maleante de todas partes.

-Eso también lo he, oído decir-dijo Ben con impaciencia-. Es lo único que se sabe. Lo que yo quiero es un consejo acerca del distrito donde podemos ir.

-Creo que no conozco Arizona lo suficiente para decirte eso, Ben. En cambio, puedo darte algunas indicaciones sobre los sitios a que no debes ir. El sur de Arizona es demasiado cálido, y el norte, demasiado frío. Por otra parte, has de huir de las tierras bajas del Tonto, de Sierra Ancas, de las regiones del Mogollones y del Colorado Chico. En la vecindad, de Springerville y Snowflake hay muy buenas tierras de pastos. Eso está cerca de las Montañas Blancas. Pero allí se han establecido muchos mormones. No hace mucho han construido a través. de Arizona, el ferrocarril de Santa Fe. A lo largo de la vía férrea se han ido estableciendo nuevos ranchos junto a los pocos que había ya. Cualquiera que piense meterse en el negocio del, ganado en gran escala, como tú, no podrá alejarse del ferrocarril. Lo más, cien millas, y eso, tratándose de Arizona, es demasiado. Es el país más selvático y más abrupto de la tierra, creo... Bueno, amigo Ben, el único conseja que te voy a dar es éste: ten una casa para el invierno en San Diego de California. Aquel clima es el más suave y más constante de toda la tierra. San Diego no está muy lejos del sur y del centro de Arizona. Haciéndolo así, podrás elegir con tranquilidad los mejores terrenos y no necesitarás preocuparte mucho por el tiempo que haga en invierno. Algunas de esas altiplanicies son muy frías en invierno, pero excelentes durante el resto del año.

-Es una magnífica idea-exclamó Ben con entusiasmo-. No había caído en eso. Algo sé de San Diego. Está en la costa del Pacífico, cerca de la frontera mejicana. Dicen que el sol luce allí todos los días del año. ¡Sí, sí, Ina!, esto nos resuelve el problema.

A mí me gusta mucho la idea-repuso su mujer.

-¿Y a ti, Hettie?-preguntó ávidamente Ben.

-Creo que a mamá le conviene-dijo su hermana-. Está un poco asustada de Arizona y le gustará la idea de vivir parte del año en San Diego.

-Strobel, usted me ha dado un buen consejo-declaró el ranchero volviéndose a su amigo-. Ahora hablemos de mis caballos. Ya sabe usted que no voy a ninguna parte sin el Rojo y algunos más, ¿Qué le parece si me llevo una parte, los mejores, de mis cuadras?

-Llévatelos en buena hora-contestó, el alguacil-. Aquello es una región de caballos y también de ladrones de caballos... Yo los mandaría por vía terrestre, aballados por un hombre de confianza y en varias etapas breves. Manda al mismo tiempo un carro-cocina y otro para el grano y demás cosas. Y yo, en tu lugar, los enviaría pronto, porque el camino es largo. Es preciso cruzar todo el Estado de Nevada y parte del de Utah. Depende del mejor camino, que habrán de buscar.

-Exactamente. Lo principal, sin embargo, es conocer un punto de destino. ¿A qué sitio se han de dirigir mis hombres?

-Es difícil decirlo-respondió Strobel-. Ya estamos en mayo. ¿Has dicho que debes dejar el rancho de aquí a dos meses?

-Sí, pero; pensándolo bien, es prolongar la angustia... ¿Qué decís vosotras, Ina, Hettie? ¿No podríamos salir dentro de das semanas?

-¡Dios mío!-exclamó Hettie, aturdida ante la precipitación de los acontecimientos -y la emoción que sentía.-Sí, Ben, se puede hacer. Cuanto antes mejor-re-puso Ina con los ojos muy abiertos y la seriedad que exigía el momento.

-Muy bien. Entonces iré yo con los caballos. Podéis enviar a Klamath todo lo que queráis llevaros para que desde allí lo reexpidan por ferrocarril. Luego tú, Hettie, nuestra madre y Carlitos os vais vía San Francisco.

-Puedes tomar el tren de Santa Fe desde Los Ángeles-interrumpió el alguacil.

-Sí, y que tengamos nosotras que esperarte‹ semanas y semanas, sabe Dios en qué lugar selvático de Arizona-exclamó Ina.

-Ben, si tú vas por tierra, yo iré contigo-afirmó Hettie, muy animada.

-Todos iremos contigo-añadió Ina con las mejillas encendidas.

-No, no, ¡imposible!-protestó Ben-. Es una locura pensar en eso.

-Nosotras sabríamos resistirlo-replicó Ina animándose con la idea-Y creo que nos divertiríamos mucho. ¡Qué hermoso poder volver a los días de los colonizadores! Acuérdate cómo se ufanaban nuestras madres de la caravana de carros en que llegaron los primeros colonizadores al Estado de Oregon.

-¡Sería maravilloso!-añadió Hettie en voz baja, con el pecho agitado.

-¡Caramba!, sí que atacáis a fondo-declaró Ben, sin saber qué decir. Era obvio que él mismo deseaba hacer el camino por tierra-Vosotras dos podíais tal vez hacerlo, pero debéis pensar en Carlitos y en nuestra madre.

-A mamá no sólo le gustaría, sino que también es capaz de resistirlo-dijo Hettie poniéndose en pie-. Voy a preguntárselo.

Y corriendo se fui a ver a su madre para explicarle el caso.

-Hija mía-fue la respuesta de ésta, más animada que de costumbre-, creo que es la primera idea buena que ha tenido Ben, si es que es de él. A mí me haría bien. Lo que yo necesito es trabajar y vivir al aire libre.

Hettie salió corriendo, para explicar, alborozada, la opinión de su madre. Ben, al oírla, alzó las manos.-Tendré que renunciar del todo a mi proyecto e ir con vosotros vía San Francisco,-dijo, apenado. Después llevó a Strobel a los corrales, dejando a Hettie y a su mujer discutiendo aquella fase importante de su próximo viaje hacia una región nueva. Ina no sabía por qué, a causa del niño, hubiese de haber temores, y Hettie encontró un sinfín de argumentos en favor del viaje por carretera.

-Podríamos llevar en un carro todos los baúles y cajas con las cosas que más nos gusten y embarcar el resto-afirmó Ina-. Sería más seguro.

Hettie estuvo absolutamente conforme con Ina acerca del aspecto económico y práctico del asunto, y no trataba de aminorar la parte romántica y aventurera del viaje. Al final, las dos estaban convencidas de que el viaje en caravana era el que cumpliría todos sus deseos.

-Déjame a mí convencer a Ben-continuó Ina.

-¿Qué dirá Marvie a todo esto?-añadió Hettie con ojos brillantes.

Como Hettie sospechara muy bien, no era tan fácil persuadir a su hermano, como Ina tan confiadamente anticipara. Durante dos días no se avanzó un paso y los asuntos del rancho andaban todos en desorden. Cuando Ben no escuchaba las insistentes peticiones de su mujer, ofreciendo cada vez menos resistencia a ellas, vagaba por los corrales de un humor insoportable.

Al amanecer del tercer día, Ben dio recios golpes en la puerta de Hettie.

-¡Despierta!-dijo alegremente-. ¡Vaya una esposa de colonizador que harías tú!

-¿Qué pasa, Ben?-exclamó Hettie incorporándose, asustada, en el lecho.

-Salta ya de la cama, que hay mucho que hacer.

-¿Estás... decidido?-balbució Hettie.

-¡Claro, mujer! Salimos el primero de junio-contestó Ben con voz profunda.

-¿Por tierra?

-¡Vaya! Y Marvie viene con nosotros. El padre de Ina se ha mostrado muy simpático. Ha convenido en que nos dejará a Marvie durante un año, a prueba. He tenido que darle palabra de honor de que se lo mandaré otra vez aquí si el chico se mostrase indómito.

-Marvie no lo será..., es decir, no mucho. ¡Cuánto me alegro! De toda la familia, a Marvie es a quien quiere más Ina... Entonces, Ben, ¿de veras nos vamos?

-¡Ya lo creo!, a no ser que a última hora tú o Ina os acobardéis-contestó Ben; y se alejó con paso rápido.

Hettie dio un pequeño grito y se dejó caer sobre la almohada. Sentíase de pronto muy débil; la aterraba un poco el viaje por las emociones que en ella despertaba, aunque, por lo demás, seguía pareciéndole maravilloso. Antes de poder serenarse, entró Ina corriendo, vestida ya, con los ojos radiantes.

-Levántate, dormilona-dijo abrazando a Hettie-. Ya está arreglado. Ben estuvo anoche hablando con mi padre hasta muy tarde. Cuando regresó, estaba ya dormida. Me despertó a las cuatro de la mañana diciéndome que todo estaba decidido. Organizaremos una verdadera caravana de carros... Estoy tan emocionada que parezco una idiota... Creo que ha sido Marvie quien decidió a

Ben. El chico hace de él lo que quiere... ¡se parece tanto a Nevada! ¿Verdad que fue una buena idea mía enrolar a Marvie en nuestra causa?

-¿Sólo una buena idea? Pero ¡si sin Marvie nuestra caravana no estaría completa!

Aquel amanecer fue el principio de días muy agitados y dura labor. Hettie no sabía cómo pasaban las horas. Si algo la animaba más en su trabajo que su secreto anhelo de encontrar a Nevada en Arizona, era el interés y el entusiasmo que mostraba su madre en los preparativos, Malgastaban tanto tiempo en seleccionar lo que habían de llevarse, como en trabajar afanosamente hasta muy tarde para empaquetarlo todo. Ben vendió la mayor parte de mobiliario, sin consultarlo. Al acercarse, con increíble rapidez, la fecha señalada, Hettie comprendió que debía ir a despedirse de algunas amigas de su infancia. Mas resultó que éstas fueron a verla a ella.

Ben compró varios carros nuevos, espaciosos, muy profundos, que proveyó de buenas y altas entalamaduras. Dos de ellos los arregló de modo que cada uno fuese una vivienda cómoda; uno para Hettie y su madre, y el otro para él, Ina y Carlitos. Hettie sentía una gran emoción cada vez que se encaramaba al carro suyo, en el que había de pasar tantas semanas, tal vez meses. Parecíale volver al tiempo de su infancia en que jugaba a casitas.

De aquí que el arreglar el carro-vivienda fuera, al mismo tiempo, una alegría y un problema. En la parte anterior, detrás del asiento conductor, puso cortinas. Entre las dos literas había un estrecho espacio, que cubrió con un trozo de alfombra. Bajo las literas puso las cajas con sus cosas. En la parte posterior arregló espacio suficiente para un sillón bajito, una cómoda con espejo, un lavabo pequeño y un guardarropa improvisado con cortinas.

La mañana de la salida fue para Hettie como una pesadilla. Mas cuando habían atravesado Hammell, que cruzaron a modo de parada, la joven empezó a serenarse. Su madre estaba echada en su litera, cansada, pero sin mostrarse pesarosa. Hettie, abrió las cortinas interiores y se encaramó a lo alto del pescante. El conductor era un viejo servidor del rancho Ide a quien Hettie recordaba desde niña. No quería llorar y esperaba que al aire libre se :mantendría más fácilmente serena.

Una fila de caballos, en su mayor parte bayos y negros, entre los cuales destacábase el Rojo de California como una llama, iba a la vanguardia-de la caravana, que en aquel

momento ascendía por la carretera, colina arriba. Tres de los mejores jinetes de Ben estaban encargados de llevar los caballos. Tras ellos iba el carro-cocina, luego otro carro que contenía provisiones de repuesto, ambos tirados por cuatro caballos. El vehículo de Ben era el tercero, y el de Hettie, el' último.

La joven sentía grandes deseos de mirar atrás, pera supo resistir hasta que el carro hubo traspuesto la colina. Cuando por fin se atrevió a volver la mirada, tenía los ojos arrasados de lágrimas, viéndose obligada a enjugarlas para poder ver. El camino recorrido era muy largo. El grupo de casas que formaba la aldea de Hammell quedaba al pie de la larga ladera como una pequeña mancha. Más allá ensanchábase el verde valle como inmensa llanura, con su red de riachuelos y su pantano, resto del lago, de plateada superficie, en medio de los campos de trigo. Hettie distinguió desde lejos el rancho Ide, adivinando la situación de los corrales, de los graneros, del bosquecillo de arces, de la casa blanca, su hogar. Y estaba ahora alejándose de allí, seguramente para siempre. A pesar de ello, decíase la joven en voz baja que se alegraba de ausentarse del viejo hogar querido, porque allí su corazón había recibido una herida terrible, y que nunca volvería, a no ser que...

Hettie había calculado mal su resistencia. Aquella última mirada a Lago Tule acabó con sus fuerzas. Volvió a meterse en el interior del: carro; se echó de bruces en la litera y dio rienda libre a su dolor. Poco después cesó la tensión de nervios causada por las largas semanas de agitación y de trabajo y la joven buscó olvido en el sueño. Despertó ya muy avanzada la tarde, sintiéndose serena y reanimada con el vivo deseo de pensar sólo en el presente.

La caravana se detuvo a aquella hora para establecer el primer campamento. Hettie vio como carros y caballos deteníanse en un terreno llano en que crecían, muy distanciados entre sí, nudosos robles. Cruzaba el llano un arroyo de retozadas aguas y verdes márgenes. La joven se apeó para desperezarse y pasear un poco. Sentía Hettie una vaga felicidad; siempre le había gustado acampar al aire libre, aunque fuese un hecho muy poco frecuente en su vida. Su gozo aumentaba al darse cuenta de que ahora. podría disfrutar ampliamente de aquel placer. Los caballos revolcábanse por el suelo, adoptando diversas y violentas posturas para limpiarse el sudor. Los jinetes apersogaban algunos de, los caballos indómitos; Ben estaba tratando de sujetar al Rojo con la cebadera. El conductor del carro-cocina, que era al mismo tiempo cocinero del campamento, llegaba con paso vacilante llevando un enorme haz de leña sobre los hombros. De otro carro, los hombres estaban tirando mantas y más mantas que les habían de servir de lecho.

Cuando la joven se dirigió de nuevo a su carro y al de Ben, que estaban muy cerca uno de otro, encontró allí a su madre, Ina y Carlitos, que se habían apeado, todos animados y sonrientes. En aquel momento llegó Marvie Blaine, con su hacha al hombro. El muchacho, que, era alto y de buena planta, aunque feo de rostro, lleno de pecas, ojos claros y brillantes, llevaba botas altas; espuelas, y un revólver en la pistolera. Ina y Hettie vieron el arma al mismo tiempo.

-¡Marvie!-exclamó Ina señalando el revólver-, ¿qué es eso?

-Pues un revólver de seis tiros-replicó Marvie dándose importancia.

-¿Qué vas a hacer con eso?-preguntó su hermana,, consternada.

-No lo llevo por adorno, puedes estar segura-repuso el muchacho.

-¡Dios mío! ¿No sabes que puede dispararse y herir-a alguien?

-¡Claro! Por eso se lleva-dijo Marvie, y continuó su camino.

-¿Has oído, Hettie?-Ina estaba asombrada.

-¡Vaya!-dijo Hettie riendo-Marvie se ha despertado a la realidad.

-Pero Ben ha jurado que evitaría que Marvie hiciese el loco-exclamó Ina.

Ben, acercándose en aquel instante, oyó la exclamación de su mujer, y cogió al pequeño Carlitos para voltearlo por el aire. Al mismo tiempo dijo riendo

-Me parece que aquí tenemos a otro gunman en cierne.

-No me parece cosa de risa-le reprochó su mujer. Interrumpió la escena el cocinero, que llegaba arrastrando los pies, al parecer muy enojado.

-Mi ama-dijo-, su madre de usted dice que ella va a cocinar desde ahora y que yo puedo servir la mesa y fregar los platos.

-¡Caramba!, me había olvidado de nuestra madre -repuso Ben tratando de refrenar su hilaridad-. Bien, Hank; eso, claro está, no puede ser, aunque es preciso tener un poco de tacto. Mi madre desea ayudamos. ¿No podrías dejarle hacer algunos trabajos ligeros?

-¡Qué trabajos ligeros ni qué ocho cuartos!-exclamó Hank, furioso-. Me ha llamado sucio y pringoso..., ha tirado la pasta de harina agria... y se mete en todo... Lo que le digo, mi amo, es que este servidor se va.

-Hank, tú no puedes abandonarme ahora-contestó Ben, alarmado-. Vente conmigo, que voy a hablar a mi madre.

Cuando Ben se hubo alejado con el iracundo cocinero, Ina y Hettie echáronse a reír a carcajadas.

-Hettie-dijo Ina a poco-, por nada del mundo hubiese yo renunciado a este viaje.

-Ni yo tampoco. Pero estoy barruntando algo.

-¿Qué?-Ina mostró curiosidad.

-¡Oh!, que hay muchas cosas además de la diversión-respondió su cuñada lacónicamente.

Poco después regresó Ben, cabizbajo.

-¡Ira de Dios!-exclamó tirando su sombrero al suelo y pasándose la mano por los negros cabellos-. Ya está arreglada la cosa, pero estoy asustado. Creo que todos los cocineros de campamentos son más o menos rústicos y no muy aseados, y mamá no puede tolerar la falta de limpieza. Además sabe muy bien lo que se propone. Me había olvidado de que ella solía viajar con papá. No quiso ni escuchar el plan que Hank y yo habíamos convenido..., comer nosotros antes y luego los hombres. Ha dicho que no conviene, que es una pérdida de tiempo y-de trabajo, y que lo haremos-todos a la vez.

-Es muy razonable-interrumpió Ina.

-Eso me recuerda que tengo ganas de comer-observó Hettie.

-Tengo hambre-dijo Carlitos, quien jugaba entre la hierba.

-A todos nos pasa lo mismo, hijo-convino su padre. La llamada a la cena no se hizo esperar. A Hettie le impresionó vivamente la significación de la pintoresca escena: las llamas de la fogata, el olor de la madera quemada, las calderas humeantes, la lona blanca y nueva extendida bajo un roble, las tortas calientes, las lonjas de tocino que despedían sabrosa fragancia; los altos v limpios zahones y espuelas; su querida madre, atareada y feliz como no la había visto en muchos años; el joven Marvie con su cara brillante, llena de pecas; Ina con sus azules ojos muy abiertos, el pequeño Carlitos, despeinado, al fin en su elemento, y Ben, satisfecho del resultado de la jornada, a la vez que pensativo por la responsabilidad que le incumbía.

Tras la cena vino la deliciosa hora del descanso, junto a la lumbre de la fogata. La creciente oscuridad v el viento de la noche hacían agradable la estancia cabe el calor de troncos en llamas.

Hettie escuchaba y observaba, dándose cuenta de su interés, cada vez mayor, por todo lo que se relacionaba con aquel viaje por tierra desconocida. Los hombres hablaban con Ben sobre detalles prácticos de la empresa, la conveniencia de herrar tal a cual caballo de lubricar la rueda de cierto carro, de las guardias nocturnas y, especialmente, del camino que aún les faltaba recorrer.

-Tendremos excelente camino durante un par de días-decía Raidy, uno de los vaqueros más antiguos de Ben-. He recorrido esta carretera muchas veces hasta Jefferson. Pasado

mañana tenemos que desviamos, y la carretera, a partir de aquel punto, solía ser el terror de los conductores. Es la que atraviesa las estribaciones de la montaña para entrar en el Estado de Nevada. Pero me han dicho en Hammell que, a causa del mucho tránsito, ha mejorado el camino. Hay varias ciudades mineras de reciente fundación. Salisbar es ya una ciudad importante.

-¿Y qué hay-de aquel lugar de la frontera que se llama Lineville?-preguntó uno de los jinetes.

-No he estado allí-contestó Raidy-. Lo que sé, lo sé de oídas. Supongo que también se habrá hecho grande. Creo que antes era el refugio de todos los malos elementos. No hace tanto tiempo de eso. Llegaremos a Lineville dentro de cuatro días, si no me equivoco en mis cálculos y si la suerte nos es favorable.

-Mi amo-preguntó otro-, ¿tiene usted la intención de atravesar la ciudad del Lago Salado?

-No. Cruzaremos el Estado de Utah muy al sur de la ciudad de los mormones-repuso Ben.

-Entonces, ¿tampoco tocaremos Tombstone?

-No estoy seguro. ¿Lo sabe usted, Raidy?

-No, no tocaremos Tombstone-contestó Raidy-, y más vale así. Nuestro camino forma un zigzag a través de Nevada, de arriba abajo. Mal terreno, pero pasable. Por Marysville entraremos en Utah. Esa aldea ya está muy al otro lado de la frontera y también muy al sur. Hay otra carretera desde Marysville que cruza la frontera de Arizona, y que llega, por fin, al sitio por donde se cruza el río Colorado; es el Pasaje de Lee. Los mormones han cruzado el Gran Cañón, allí, desde hace muchos años, y creo que donde van los mormones podemos ir nosotros, aunque aquella parte' del país es de lo más abrupto y grandioso que se puede dar en todo el Oeste. Así nos ahorraremos cuando menos mil millas de rodeo.

Cuando Hettie se retiró aquella noche a su carro-vivienda, tenía ya una percepción más clara de la tremenda tarea que Ben se había impuesto. La perspectiva del viaje casi la acobardaba. Mas al punto surgió el recuerdo consolador y fortificante.

Su pequeña habitación era tan cómoda y agradable como no hubiera podido desear más. Al parecer, su madre era de la misma opinión, pues ya estaba profundamente dormida. La joven preparó su cama, apagó la luz y se metió entre las sábanas. La novedad y extrañeza de la situación ahuyentó su sueño durante largo rato. Permaneció con los ojos muy abiertos mirando las movedizas sombras que se dibujaban en el techo de lona. Al cabo de un rato, el murmullo de las voces de los hombres cesó y la luz de la fogata se hizo más débil. El viento soplaba por entre las encinas, ora suavemente, ora a ráfagas. Hettie sintió que el frío penetraba por entre las lonas refrescando sus mejillas. De pronto unos fuertes aullidos aislados le causaron un estremecimiento.

Eran coyotes. Hettie sabía que se hallaban próximos a la zona selvática.

A la alegre llamada de su hermano, la joven despertó del mejor de los sueños, desanimándose al ver que los rayos del sol ya ponían un tinte de oro en la lona y que su madre habíase levantado sin despertarla. Hettie se apresuró de tal modo a vestirse que no llegó tarde al desayuno, como temiera. Los hombres se habían desayunado antes, a pesar de lo ordenado por la señora Ide.

El momento de llegar los caballos tras los jinetes, que gritaban alocadamente, fue maravilloso. Después, todo era acción, ruido, color y vida. Acabado el desayuno, Hettie ayudó en las pocas, tareas que pudo encontrar, hizo fuego su cama y quedó dispuesta para la larga jornada. Vio, sin embargo, que aún sobraba tiempo, pues estaban enganchando todavía los caballos y arreglando el carro-cocina. Dedicóse la joven a coger flores silvestres hasta que apareció Marvie, montado en uno de los briosos caballos de Ben, orgulloso con sus zahones, como un pavo real con sus plumas.

-¡Hettie!, supongo que no quieres que te deje aquí, ¿verdad?-preguntó con tono regañón.

-Claro que no, Marvie-repuso Hettie, a la que divertía el aire que se daba el muchacho.

-Pues vete corriendo a tu carro-repuso el joven, y espoleando su caballo se alejó.

Hettie siguió mirándole. ¡Qué bien sabía montar a caballo!

-¡Qué chico!-soliloquió Hettie-. Seguramente se enamorará de él alguna muchacha de Arizona.

Cuando Hettie llegó a su carro, Ben dirigíase a sus hombres, diciendo

-No tenemos ninguna prisa. No fatiguéis los caballos y manteneos unidos. A media tarde buscad un lugar donde haya agua y hierba.

Siguieron días llenos de interés cada vez mayor para Hettie. Alejados ya de la carretera principal, no era posible avanzar con rapidez, aunque Ben lo hubiese deseado., No sólo era abrupto el camino, sino, además, estrecho y peligroso; sin embargo, advertíanse en él señales de un tráfico considerable. A pesar de todo, no vieron, ni una vez, carros ni jinetes.

Al tercer día, durante la ascensión de las estribaciones irregulares de la montaña, Hettie se cansó del polvo, del calor y de que las matas que bordeaban el camino obstruyesen la vista; buscó, pues, solaz y bienestar en el interior de su pequeño hogar. Aquel día acamparon tarde; era completamente de noche cuando cenaron. Al siguiente, el camino fue más duro aún, en descenso esta vez, y no había nada más que laderas fragosas, barrancos y polvo. Esperaba llegar a Lineville suficientemente temprano para acampar, mas ya se había puesto el sol cuando entraron en la amplia calle de viejas y extrañas casas que constituían la ciudad fronteriza. Hettie hubiera tenido mayor curiosidad de no haber sentido tanto cansancio. Así, la población le produjo una sensación tan extraña que hubiese preferido acampar al aire libre.

Detuviéronse los carros. Hombres de aspecto rudo, algunos con picos y mochilas al hombro, pasaron a su lado mirando a Hettie y a Ina con atrevidos ojos. La joven vio también a varios chicos asomándose a oscuros portales, y a un hombre alto, vestido de negro, con la cara muy blanca, que la miraba fijamente. Hettie se refugió entonces en el interior del carro.

A poco, Ben asomó la cabeza por entre las .lomas diciendo

-Aquí hay un hotel, pero me parece que no entraremos. Se llama la «Mina de Oro». Raidy dice que tiempo atrás fue un lugar de mala fama, pero al otro lado de la ciudad vive una mujer que tiene una casa aceptable. Podemos llevar los carros a un patio y hacer que nos dé de cenar. Aparte el cambio, nos ahorraremos la espera. Los hombres irán a un rancho en las afueras y allí acamparán.

Hettie se asomó para ver la «Mina de Oro». Tratábase de un edificio parduzco, bajo, con ventanas, cuyos postigos parecían ocultar secretos. De un ancho portal asomaban rostros oscuros.

-Ben, prefiero no pernoctar en esta ciudad-dijo Hettie a su hermano.

-Tampoco a mí me seduce la idea-repuso éste riendo-. Después de cenar continuaremos la marcha hasta reunirnos con los muchachos en su campamento.

La joven no volvió a asomarse. El conductor arreó las cansinas bestias y el carro continuó la marcha. Hettie sintióse aliviada al observar que sólo después de recorrer una distancia bastante regular, el vehículo se detuvo de nuevo. Ya era de noche cuando Ben volvió a acercarse diciendo:

Mamá, Hettie, venid; la cena está lista. Y apuesto a que es buena, por lo que he visto en la cocina. La dueña de esto se llama Wood, procede del Oeste y le gusta charlar.

Ina estaba al lado de Ben, sosteniendo en brazos a Carlitos, dormido ya. La casa de la señora Wood, se hallaba en medio de un terreno amplio, alejada de la calle y rodeada de árboles por entre cuyas copas soplaba el viento. Ben llevó a su familia a la parte posterior de la casa, en donde, por una ancha ventana, salía clara y brillante la luz del interior. Entraron en una cocina grande, limpia y abrigada, y en ella vio Hettie a una mujer fuerte, de rostro ajado,

pero de expresión agradable y bondadosa. Su mirada era aguda y nada se escapó a su atención. La joven sintió simpatía por ella, sobre todo al ver que se mostraba solícita con Carlitos, quien no se despertó del todo hasta que le dieron de comer. Hettie tomó asiento a la mesa, contemplando la apetitosa cena y sintiendo suficiente hambre para hacerle justicia. Mas sin saber por qué no pudo comer mucho. Atribuyó la joven su desgana repentina a la nerviosidad que se apoderó de ella al entrar en Lineville, a pesar de que raras eran las veces que la hacían sufrir sus nervios.

Ina y Ben dieron buena cuenta de la cena y no se mostraron lo más mínimo afectados por ninguna sensación extraña como le ocurrió a Hettie. A Ben le interesaba mucho la señora Wood y le dirigía constantemente preguntas. Hettie observó que la dueña, aunque muy habladora, no hacía nunca ninguna pregunta ni mostrábase curiosa en sentido alguno.

-¿Cuánto tiempo hace que vive usted aquí?-preguntó Ben.

-Casi seis años ahora.

-Entonces debe usted haber estado en Lineville durante sus días turbulentos, ¿verdad?

-Si se refiere usted a la época en que las cosas iban mal, sí. Claro que Lineville no es tampoco ahora modelo de bondad, pero, ¡Dios mío!, no hay comparación con lo que he visto. Esta ciudad está creciendo mucho. Tenemos ahora una escuela, una oficina de Correos, iglesia, varios almacenes nuevos, y constantemente viene gente interesada en asuntos de minas.

-¿Hay ganado?-interrogó Ben.

-No. El ganado desapareció con los ladrones que se lo llevaron-respondió la mujer sonriendo.

-Es una suerte para la ciudad y para los rancheros del otra lado de la sierra.

-Así lo crea también. Mas algunos de los ladrones de ganada no resultaban tan malos cuando uno los conocía bien. Casi todos los ganaderas de las praderas abiertas son abigeos, todos acarrean un poco. He conocida a mucha gente del Oeste en mis días, y créame, los peores no estaban entre las ladrones de ganado. Por ejemplo, los jugadores; no los puedo ver, y eso que mi marido lo fue un tiempo, cama también fue gunman, hace ya muchos años, en Texas y Nuevo Méjico, donde la vida era poco segura.

Raidy, uno de mis hambres, me ha dicho que la vida ha sido bastante insegura aquí mismo, en Lineville, no hace mucha-dijo Ide.

-Bien, esa depende de las experiencias que haya tenido-repuso la señora Wood-. Tal vez su hombre no haya conocido la verdadera vida de las ciudades fronterizas, como en Dodge, Cimmaron, Lincoln o en cien otras más. Y no lo diga parque no hubiesen venido aquí, hace años, de cuando en cuando, verdaderos matones. Por ejemplo, un tal Macferson, que era jugador y gunman, cosa rara en los jugadores. Y Sandy Hall, que mató una vez a cuatro hombres aquí, en una riña. El otro era un minero llamado Hendricks; su habilidad con el revólver no era nada despreciable. Pero crea que Jim Lacy fue el hombre más peligrosa que hubo en Lineville.

-¿Jim Lacy?-preguntó Ben, animado-. He oído hablar de él. ¿Qué tal era? ¿Le ha visto usted?-¿Que si he visto a Jira Lacy? ¡Caramba!, si ha vivido aquí, en mi casa, durante das inviernos-contestó la señora Wood-. En aquel banco, al lado del hogar, solía estar sentada durante horas y horas charlando conmigo. Jim no era más que un niño y se parecía en muchas casas a Billy el Niño, al que conocí mucho. Pera Jim no era malo, ni tenía bajos instintos. Era un muchacho tranquilo, muy simpático y de dulce voz. Supongo que fueron las circunstancias las que convirtieran a Jim en gunman. Era oriundo del Estado de Idaho; cuando se encolerizaba era terrible. Años atrás mató aquí a varios hombres. Su última víctima fue un tal Link Cawthorne, un cobarde, fanfarrón, que buscaba la notoriedad. Siempre provocaba a Jim. Toda el mundo sabía que Link acabaría mal, pero él no supo verlo. Pegó a una mujer de tal

modo que la pobre falleció, y entonces fue Jim quien, provocándole, le pegó un tiro dejándolo muerto. Después, Jim se marchó a Arizona y no he sabido nada más de él.

-¿A Arizona? Allí vamos nosotros-dijo Ben sonriendo-. Esperamos encontrar allí un buen clima, mas si Arizona está lleno de gente como Jim Lacy, tal vez no sea tan saludable.

-Arizona u otra región cualquiera sólo puede ganar con hombres como Jim Lacy-repuso la mujer casi ásperamente.

-Sí, claro; lo decía en broma-contestó Ben levantándose-. Hemos de marcharnos. Muchas gracias por la buena cena.

La señora Wood aceptó el dinero que Ben le ofreció y los acompañó hasta la puerta, sosteniendo la lámpara.-Buena suerte, señor-dijo-. Van ustedes a un país glorioso. Pero allí va a perder a esa hermana suya de las ojos grandes... Adiós, pequeño; tú vas a criarte en Arizona montada en un caballo. Adiós, señora. Buenas noches, señorita.

VIII

Multiplicáronse los días hasta que Hettie perdió la cuenta de ellos. Recorrieron infinitas leguas a través del Estado de Nevada, anchas fajas de tierras yermas, planicies de maravilloso verdor, profundas valles entre parduscas sierras, altiplanicies cada vez más elevadas.

-Mi amo, estamos llegando a la región de los caballos salvajes-dijo el vieja Raidy una mañana estando la caravana a punto de emprender la marcha-. Ayer ya vimos algunas manadas de «colas de escoba», y los hombres tuvieron sus dificultades con los nuestros. Fue preciso trabar al Rojo. Creo que si usted no lo monta, hoy será más difícil aún sujetarle.

-Tráigalo aquí-replicó Ben con un destello de alegría en su atezado rostro-. Lo montaré y al mismo tiempo ayudaré a conducir los demás caballos.

El camino serpenteaba por una región alta en la que, desde cualquier eminencia, las enormes distancias parecían desafiar a los viajeros. Una vasta monotonía cubría el país como invisible sábana. Las ciudades, los campos mineros, los solitarios ranchos del Oeste y del centro de Nevada habían desaparecido. Hacia el Este y el Sur extendíase el desierto solitario, cambiando de día en día, por grados casi imperceptibles, ganando en color y selvatiquez y atrayendo a los viajeros hacia un invisible y, sin embargo, prometido paraíso.

Hettie Ide volvía a sentirse feliz, extraña y temerosamente, como si aquellos días del mes de junio no fuesen sino un dulce sueño. La actividad que implicaba aquel viaje, el escenario que cambiaba casi de milla en milla, la perspectiva de nuevos panoramas tras las sierras purpúreas, los pequeños incidentes de la vida por el camino, satisficieron en ella un anhelo cuya existencia había ignorado siempre. El polvo, el viento, las frías rachas que soplaban desde las alturas pequeñas, los pinos descensos, las suaves subidas, el continuo rodar de los carros, los campamentos establecidos a última hora de la tarde, las oscuras noches, el trabajo que estaba obligada a compartir... todo esto no molestaba a Hettie. Antes bien, le hizo descubrir cierto nexo que la unía a un vago pasado y que parecía satisfacer un anhelo de su alma.

Y al observar las manadas de caballos salvajes, al esperar los momentos en que éstos aparecían de pronto, comprendió al fin a su hermano Ben y su pasión por los selváticos animales que casi fueran su ruina. Poco a poco habíase alejado de la idea que de esa pasión tuvieron siempre su padre y sus amigos, y comprendió que un amor tan grande por los caballos y los espacios abiertos, por la soledad, el trabajo libre, aunque duro, la afinidad con la Naturaleza, podían muy bien influir en el carácter de una persona encaminándola a fines nobles.

-Ya sé por qué nuestros hombres los llaman «colas de escoba»-dijo un día a su madre, después de observar el raudo galope de una manada que huía-. Es que casi todos ellos tienen colas que parecen escobas. Se trata de caballos salvajes muy peludos, recios y extraños. Pero algunos son esbeltos, de líneas finas, de crines v cola largas. De cuando en cuando, se puede ver también alguno que se destaca de entre los demás por su belleza.

-No quiero ver caballos salvajes-repuso la madre de Hettie-. Espero que no los habrá allí donde nos establezcamos.

A veces, sobre todo en las planicies y las anchas laderas, observaba Hettie que Ben y sus hombres veíanse obligados a rechazar violentamente a los garañones salvajes. Entonces destacábase el Rojo de California por sus movimientos rápidos y su reluciente pelo bermejo. Allí el Rojo estaba en su elemento, percibía el olor de sus compañeros libres. A veces oía Hettie su agudo relincho.

Aquel día pasó tan veloz como los otros, y la joven retuvo en su memoria el recuerdo de garañones solitarios, caballos rezagados, filas y manadas de caballos salvajes, que se contaban por miles. Aquella noche oyó, hasta muy tarde, los gritos del campamento. Fue una noche muy dura para los hombres.

Transcurrieron otros «días de caballos salvajes», como los llamaba Ben. Luego aparecieron los muros roqueños y policromos de Utah al final de las anchas laderas de artemisa.

Por fin llegaron los viajeros a Marysville. La ciudad mormona, muy adentrada en el Estado de Utah, había sido la Meca para ellos. En las afueras de la ciudad establecieron el campamento para descansar a los caballos, componer los carros, comprar provisiones y obtener informes sobre el camino más adecuado para ir a Arizona.

-Sí, pueden ustedes entrar por este lado en Arizona-le dijo a Ben un mormón viejo, mirando a la vez con sus azules ojos, de penetrantes destellos, a Hettie-. Hay buen camino hasta Lund y Kanab. Luego cruzan ustedes la región de los riscos y de los cañones. El viaje será lento desde allí. Pasarán por los riscos Vermillon, por Buckskin, el Valle Rock House, por debajo de la meseta Paria y así siguiendo hasta el Pasaje de Lee y el Gran Cañon del Colorado. Más vale que se establezcan aquí, entre nosotros, en este desierto que nosotros hemos convertido en jardín.

A Hettie le gustaban las mujeres mormonas con sus capuchas negras, aunque las compadecía, y a las invisibles mujeres «selladas», de las que tanto hablaban los hombres de Ben. Los niños, llenos de salud y de alegría, eran adorables. Mas cuando Hettie vio a los viejos mormones, de barbas blancas, o a sus fornidos hijos, de rostros impasibles y mirada de fuego, `sintió ganas de echar a correr para ocultarse en su carro.

De nuevo la caravana de Ide emprendió la marcha avanzando por el desierto de duro suelo en declive, descendiendo las grandes laderas de tierra roja y follaje verde, a lo largo de los farallones bermejos que cada vez alcanzaban mayor altura, acercándose poco a poco a la maravillosa región de los cañones.

Kanab era una solitaria colonia de mormones, muy junto a la frontera de Arizona. Su blanca iglesia destacábase sobre el fondo verde; huertos y campos rodeaban las cabañas de madera y casitas de piedra; acequias para el riego bordeaban la calle en ambos lados. El sol parecía sonreír a aquel fértil lugar.

-¡Arizona, por fin! -oyó Hettie gritar a Ben, una mañana. ¡Mágico nombre! Mas al dirigir la mirada sobre la verde y roja hondonada, de treinta millas de extensión,

aunque a la vista sólo parecían tres, y de allí hacia la ladera roja que ascendía hasta el borde negro de la meseta Buckskin, donde el bosque semejaba un mar de verdor, y luego hacia los grandiosos riscos Vermilion, ya a Hettie no le extrañaba el encanto que encerraba aquel nombre. Una mirada, llena de indecible emoción, bastó para que Hettie, se prendara' para siempre de aquella hermosa tierra. Después de tantas semanas de viaje, después de

adiestrar los ojos para juzgar con acierto las distancias y el, color de los paisajes, sentíase de pronto confundida allí, en Arizona.

-¡Oh, Ben!-exclamó-. ¡Detengámonos aquí! Mas su hermano cabalgaba delante de la caravana, siempre atento a sus amados caballos. Hettie vio como contemplaba el maravilloso valle que se extendía a sus pies, y que luego, como ellas, dirigía la mirada hacia la vaga oscuridad de la selvática muralla y también hacia el ancho y abrupto frente de la meseta Buckskin.

Al ponerse el sol, detuviéronse los jinetes para acampar en un rincón de pinos, muy encima del valle que les costó todo el día cruzar. El campamento carecía de agua, mas los caballos ya habían sido abrevados abajo. Hettie se puso a la sombra de los últimos pinos, mirando hacia el Oeste. No hubiera podido decir qué era lo que vio. Una maravillosa nube de oro y púrpura cerníase sobre una región de roja roca, lejana, quebrada, sinuosa, en la que una violácea neblina extendía ante el sol poniente sus transparentes velos, por donde se filtraban los últimos rayos. A través de ella observábase una extraña y confusa oscuridad, en la que las sombras podían ser montañas, y el purpúreo matiz, profundidades inconcebibles.

Cuando el hermoso espectáculo se desvaneció, dejando a Hettie llena de sentimiento, como si hubiese sufrido una gran pérdida, la joven se volvió hacia el bosque en donde se hallaba el campamento. ¡Qué magníficos pinos!. Ardillas negras de blanca cala corrían veloces por el pardusco suelo, lleno de' campanillas. Marvie iba escondiéndose, rifle en mano, tras los árboles, en busca de caza. Después de acampar tantas veces en el desierto, sin abrigo, expuestos siempre a los vientos, con fogatas pobres, sin la intimidad que ofrece verse rodeado de árboles, daba gloria hallarse de nuevo en el bosque acogedor. La joven respiraba con dificultad el aire embalsamado de los pinares; los jinetes cantaban mientras venían, llevando en una mano las riendas del caballo, y en la otra, la cebadera; el pequeño Carlitos, hecho un piel roja, brincaba por la hierba, y la señora Ide estaba, como siempre, atareada junto a la fogata. Ina trabajaba en la parte posterior de su carro, y al ver a todos así, Hettie se imaginaba que eran gitanos viviendo su nómada vida.

-¡A cenar! -exclamó la señora Ide alegremente.

-¡Vamos allá!-respondió Hank con voz potente.-¡Marvie!-gritó Ben haciendo resonar su profunda voz por los ámbitos del bosque, que se sumía en la oscuridad.

Aquella noche acostóse Hettie temprano, cansada física y mentalmente, mas no se durmió en seguida. Algunas manadas de coyotes rodeaban el campamento y estuvieron aullando, ladrando y emitiendo su peculiar gemido durante mucho tiempo, promoviendo loca pero agradable algarabía. En Lago Tule era un acontecimiento cada vez que la joven oía los aullidos de algún coyote solitario en las lejanas colinas, mas en la meseta Buckskin estaba segura de que varios se acercaron a su carro. Por fin fueron alejándose, hasta que sus aullidos se perdieron en la espesura del bosque.

Hettie creyó estar plenamente preparada para lo que Arizona pudiese enseñarle de nuevo. Mas cuando al día siguiente montó, para variar, a caballo, al salir de entre los pinos y llegar al borde de la meseta no pudo siquiera repetir el hurra estentóreo de admiración que profirió su hermano.

Los riscos Vermilion serpenteaban agrestes, bellos, majestuosos, bordeando otro valle mucho más grande que aquel que viera el día anterior, y que se extendía suavemente, como un colosal abanico de color rojo profundo, hacia el desierto, en el que veíase una mellada hendidura en la tierra, de enorme tamaño y aspecto aterrador: era el Gran Cañon dél río colorado.

Desde aquel momento el tiempo no pareció existir para Hettie. Dejó que su caballo siguiera a los jinetes y así bajó más y mas hacia el valle, sin advertir ni el polvo ni el calor. Tuvo la impresión de que el purpúreo valle se la tragaba. Perdió de vista la extensión de las

sierras y la fascinadora grieta en el desierto. El apuro rojo alzábase a su izquierda, y a la derecha subía la ladera grisácea de la meseta, cuajada de bosques.

La caravana avanzó por el bermejo llano del ancho valle, hora tras hora, hasta que otra puesta de sol detuvo a los cansados viajeros en una hondonada herbosa en la que un torrente, de salinas aguas, abríase camino murmurando.

-Dos días más y ¡el, Rubicón !-exclamó Ben aquella noche.

-Bien, mi amo, ¿qué es eso del, Rubicón?-preguntó Raidy secándose la sudorosa frente.

-El Pasaje de Lee, ¡hombre de Dios!, donde cruzaremos el Colorado... si es que podemos cruzarlo.

-Hijo mío, no cruzaremos ningún Rubicón ni pasaje alguno hasta que lleguemos a ellos-replicó Raidy-. Tengo para mí, que la suerte acompaña a esta expedición.

-No hemos perdido ni un caballo siquiera, ni se nos ha roto ninguna rueda de los carros-repuso Ben moviendo la cabeza como un león que sacude su melena.

-Es verdad, pero no hemos encontrado aún ningún cuatrero ni malos caminos de veras. Como dijo aquel mormón, es preciso esperar hasta llegar a ese cañón endiablado.

A la mañana siguiente comenzaron a salir del valle, subiendo la pendiente a paso de tortuga, alejándose de las verdes planicies para adentrarse en la árida arena, y se acercaron poco a poco al enorme farallón de roca bermeja que ocultaba el desierto del otro lado.

Mas por fin traspusieron el muro colosal. Toda la desolación y las ruinas del mundo parecían venir a su encuentro. Una muralla hendida, astillada, roja como los demás riscos, bajaba hacia una mella por donde irrumpía el siniestro y bermejo río; y en el lado opuesto, otra pared, tan roja y tan horrenda, formaba parte de aquella enorme bolsa del desierto con la configuración de una Y. Ni una mancha de verdor suavizaba el deslumbrante color rojo y amarillo. Era una cazuela infernal donde el río rutilaba por entre la grieta, en el fondo de la enorme mella.

El sol caía a plomo; el rojo polvo elevábase en nubes. En lo alto veíase la parte sobresaliente de la meseta, desde la cual habíanse precipitado innúmeros aludes, esparciéndose por toda la ladera, entre el muro y el río, con miríadas de rocas que la arena y el viento cambiaron luego en fantásticas y grotescas formas, aumentando así el horror de aquel infierno.

Los carros avanzaban por allí lentamente, chirriando sus ruedas; los caballos caminaban con paso tardo y los jinetes estaban lasos sobre las sillas. Hettie cerró los ojos para evitar la cegadora luz, para no ver la devastación de la Naturaleza ni los millones de reverberantes facetas de las piedras y rocas, cada vez más bermejas al declinar el sol.

Mas antes de extinguirse la luz del día, los viajeros traspusieron el ángulo final del muro y Hettie tornó a abrir los ojos para contemplar el panorama, que parecía el de un país de encantamiento.

Muy abajo, al pie de enormes paredes perpendiculares, había un oasis de abundante verdor. Encerraban los muros por tres lados aquel óvalo floreciente, y en el otro corría el tétrico río, tan siniestro como la región que lo confinaba, deslizándose veloz hacia la entrada de un cañón estrecho y alto, desde el cual se oía el estruendo de una catarata.

-El Pasaje de Lee-anunció Raidy a los mudos ,espectadores-. Y el río está bajo. Estaba temiendo que hubiese mayor caudal a causa de las nieves fundidas de la montaña... Allí está la chalana en que hemos de cruzarlo. ¡Bueno, bueno! ... Creo que la suerte sigue acompañando a la expedición Ide.

IX

La expedición Ide terminó a fines del mes de julio. Los expedicionarios hallábanse cómodamente acampados a orillas de un riachuelo en un bosquecillo de álamos en la aldea de Sunshine, en el Estado de Arizona. Ben había obtenido permiso para apacentar sus caballos en una hacienda vecina, y mientras los, suyos descansaban de las fatigas del largo viaje, él recorrió la región en busca de un nuevo hogar.

Hettie no había visto nunca a nadie tan ardoroso y diligente como su hermano en busca de un rancho en aquel asombroso y fértil Estado de Arizona. Su febril actividad, su alegría se reflejaba en todo. Mas, por otra parte, resultó que tropezaba con dificultades para hallar un lugar que le conviniese.

-Deseo cosa de mil acres o más, cinco mil, si puedo obtenerlos-dijo-. Lo más importante es que tenga agua buena. Después, que el terreno esté cubierto con hierba y árboles. Además necesito un buen sitio para la casa, desde la cual quiero gozar de un panorama hermoso.

-Oiga usted, mi amo, no pide usted nada-declaró con sarcasmo el viejo Raidy-. Todo eso no lo va usted a encontrar en este desdichado país.

Hettie compartía el entusiasmo de su hermano y le animaba en sus ambiciones. A partir del río Colorado habían ascendido, en largas jornadas de viaje, a la altiplanicie en que ahora se hallaban y en la que la llanura grisverdosa se extendía hacia el Oeste como un vasto océano. Hacia el Norte y el Este, el terreno llegaba, ascendiendo, hasta las montañas rojas. A Hettie la encantaba lo característico de aquel extraño país y a Ina también; mas ambas mujeres estaban inquietas con respecto a la selvatiquez de la región, lo mismo que por la poca simpatía que mostraron los escasos rancheros, pastores y jinetes que encontraron, y por el hecho de que aquellas montañas misteriosas, de impresionante aspecto y aparentemente tan cercanas, no eran: sino los Montes Mogollones, precisamente aquellos de los que aconsejaron a Ben que se alejara. Por otra parte, tampoco estaban seguras Hettie ni Ina de que Ben fuese prudente al efectuar la compra de terrenos. Sin embargo, su animación, el cambio que se había operado en él y la innegable mejoría de la salud' de su madre, nunca tan activa y feliz como entonces, hizo que ni Hettie ni Ina desalentasen a Ben, resolviendo las dos, en cambio, apoyarle en todo momento y ocasión, pasase lo que pasara.

El calor era en aquella altiplanicie muy fuerte al mediodía; el sol caía entonces a plomo, quemando la piel de la cara y de las manos. Sin embargo, aún en los peores momentos, el calor era tolerable a causa de la sequedad. Además, por fuerte que fuese, siempre hacía fresco en la sombra. Era ésta una extraña particularidad de Arizona, pues en todas partes donde hubiese sombra, la temperatura era fresca. Áureos eran los rayos del sol, azul el límpido cielo, y el desierto cambiaba de hora en hora su aspecto, mas era siempre misterioso, atrayente, vago, maravilloso. Por la noche, la aterciopelada cúpula del' firmamento ardía con grandes estrellas de blanca luz.

La pequeña aldea Sunshine se hallaba junto a la vía férrea, y desde el campamento de los Ide veíanse a diario pasar los trenes, con gran deleite del pequeño Carlitos. Para Hettie los tienes constituían también una novedad y nunca dejaba-de seguir con los ojos su rauda marcha. A cuarenta millas de Sunshine, sobre un terreno más bajo y árido, estaba la ciudad de Winthrop. Los expedicionarios habíanse detenido allí un día. Tratábase de una población cuyo comercio consistía en la compra y venta de ganado y en el transporte de éste por ferrocarril. En su calle principal abundaban las casas de bebidas y de juego. Ben prefirió no dejar a su familia en aquella ciudad, ni tampoco deseaba pregonar el hecho de que un rico californiano deseaba comprar un rancho. Sin embargo, detuviéronse el tiempo suficiente en

Winthrop para. cerciorarse de la existencia de buenos almacenes, de dos Bancos, un enorme aserradero, trabajadores disponibles y de algunas gentes prósperas del Oeste.

Tras una ausencia de tres días, regresó Ben en el tren, a la caída de la tarde, presentándose en el campamento como 'un torbellino.

Hettie fue la primera en verlo y al punto dijo a su cuñada:

-¡Ahí está Ben !Te apuesto lo que quieras a que ya está hecha la compra.

-Pero, ¿oyes cómo grita?-repuso Ina, satisfecha-. ¡Hay que ver 1

Las dos mujeres salieron corriendo y encontraron a Ben rodeado de sus hombres, de los que se apartó, con viveza cuando Ina lo llamó.

A lo cual siguieron grandes abrazos a Ina, a Hettie y a su madre, acompañados de un gran repertorio de exclamaciones.

-¡Vaya, vaya!-continuó diciendo al llevar a las tres mujeres a la mesa de campaña, bajo un álamo-. Dadme un vaso de agua; estoy que me muero de sed. Y tengo que lavarme las manos y la cara. Además tengo un hambre más desesperada que la de un lobo.

Cuidáronle las tres con exquisita solicitud, colmándole al mismo tiempo de preguntas. Al cabo de un rato, Ben se tumbó en la hierba, apoyado contra un árbol.

-Ya he comprado un rancho-dijo solemnemente, mirando a las tres.

Hettie e Ina le contemplaron sin decir palabra; pero su madre exclamó

-Ya lo sabíamos. Y también dije que comprarías el rancho sin que lo viésemos nosotras antes.

-Os vais a volver locas de alegría cuando lo veáis-repuso Ben.

-¿Dónde está?-preguntó Ina dejándose caer lentamente de rodillas, frente a su marido.

-A sesenta millas de Winthrop y a un centenar de aquí.

-¿Cuánto terreno?

-Mil acres. Buenos pastos. No hay otros ranchos en la vecindad. Diez mil cabezas de ganado. Precio, cuarenta mil dólares. ¿Verdad que es una ganga?

-Falta verlo. Habrás cerrado el negocio va, ¿verdad?-¡Ya lo creo!-contestó Ben sonriendo.

-¿No te parece que te apresuraste mucho en cerrar el trato?

-En efecto, pero ha sido preciso.

-¿Has visto las diez mil cabezas de ganado'

-¡Dios mío, no! ¿Crees, Ina, que soy un relámpago? Me he fiado de la palabra del vendedor. El procurador de Winthrop, al que encargué el asunto, encontró

conformes los títulos de propiedad. Así es que-compré.

-Ben, espero que ese rancho tuyo no estará por... los Mogollones-dijo Hettie interviniendo por primera vez y señalando hacia la siniestra montaña.

-¡Caramba!, pues, sí, allí está, Hettie-declaró Ben dándose un golpe en la pierna-. Precisamente debajo de las escarpaduras de esa montaña. Mas en un terreno tan maravilloso y abrupto, que no supe resistir la tentación de comprarlo.

-Pero... ¿no recordaste lo que te dijo tu amigo Strobel acerca de los Mogollones?

-Sí, sí, Hettie-repuso Ben, casi sin dejarle acabar la pregunta-. Pero escúchame, te lo contaré... Anteayer regresé a Winthrop después de recorrer media docena de ranchos. Estaba muy cansado y con muy pocos ánimos ,y a punto de volverme aquí. En eso, estando yo sentado ante el hotel en que me apeé, vi venir a algunos jinetes; se detuvieron ante el hotel y sujetaron sus caballos en la baranda. Ya me he acostumbrado a la gente de Arizona y a su aspecto peculiar, mas aquellos seis me llamaron la atención y los contemplé bien. Algunos de ellos iban bien armados. Tenían buenos caballos y buenas sillas. Cuando entraron a beber, pregunté a un ganadero que estaba a mi lado quiénes eran aquellos jinetes. «Perdone usted-me dijo-, aquí no es costumbre preguntar por las gentes. No es saludable»... Poco después alguien me tocó en el hombro y, al volverme, vi que había sido uno de los jinetes, un hombre

alto, rubio, de aspecto simpático, ni joven ni viejo. Sus ojos penetrantes, pero sus modales, amistosos.

»-Perdone, señor-dijo-. ¿Es usted el californiano que anda buscando un rancho en esta región?

»-Sí, señor. Soy Benjamín Ide-le contesté-; y, la verdad, no he tenido suerte hasta ahora.

»-Me dicen que es usted difícil de contentar. Mas me atrevo a preguntarle, ¿qué clase de rancho desea? »Así es que-continuó Ben-le expliqué lo que. quería. Entonces se echó a reír y, tirando de su gran bigote, dijo: «Me llamo Burridge. Tengo exactamente lo que usted desea. Unas diez mil cabezas de ganado. Un sinfín de terneras, becerros y primales sin marcar aún. Las cabañas y los corrales están en un estado del que más vale no hablar. Pero hay agua, hierba, bosques y

pastos en abundancia, como no los hay igual en todo Arizona. Me conviene vender al contado. Por eso me llaman Cash Burridge[1]. Si le parece bien, puede usted ir con un procurador a la casa de la villa para examinar mis títulos de propiedad. Si éstos le convencen, le llevaré a ver el rancho.

» Bueno-siguió diciendo Ben-, ese señor Cash Burridge me conoció el flaco. Me gustó su manera directa de decir las cosas, me di cuenta de que le importaba un bledo vender o no. Consulté, pues, al procurador que me recomendó el hotelero, y los dos encontramos a Burridge en el Ayuntamiento. Los títulos estaban en perfecto orden. Entonces le dije a mi hombre que me gustaría ver el rancho y salimos al punto, montados en un carro tirado por un tronco de caballos veloces, como hay pocos. En una extensión de treinta millas o así el camino era bueno; luego entramos en lo que Burridge llamó las «Quebradas», o sea la escarpadura de la montaña. Aquella parte del camina era horrible; en realidad, sólo se trataba de una vereda estrecha, fragosa y de pinas pendientes. Burridge me dijo que hay otro camino mucho mejor, pero más largo... Llegamos al rancho antes de ponerse el sol.. Sólo os diré ahora que aquel lugar es el más hermoso y selvático que he visto en todos los días de mi vida. En cambio, las cabañas son un desastre. Dormí bajo los pinos, y esta mañana me levantó antes de salir el sol, y si alguna vez me he enamorado de algo, es de ese rancho. Está en una ladera bastante elevada, con muchas planicies llenas de pinos.. Vi mucha caza, venados, lobos, osos, pavos y antílopes, todo desde el sitio donde pasé la noche. Marvie se volverá loco cuando vea aquello. Además, por dondequiera que dirigí la mirada vi ganado. Desde las elevadas planicies de pinos se goza de un admirable panorama sobre el más bello de los valles, un valle herboso, lleno de artemisa y cedros, y el desierto áureo y rojo en más de cien millas de distancia. En cuanto lo hube visto, le pregunté a Burridge por el precio. Me pidió cincuenta mil dólares. Le ofrecí cuarenta mil, al azar. Estuvo pensándolo un momento y después aceptó. Regresamos a Winthrop, donde llegamos al mediodía, £-inmediatamente cerramos el negocio. Aún tenía yo unas horas libres hasta la hora de la salida del tren. Así que me he dado una vuelta por los almacenes y casa de juego. En una de éstas he visto a Burridge y, por la expresión de su rostro, deduje que estaba librándose de parte del dinero que acababa de cobrar. Me he presentado a varios almacenistas como probable comprador, despertando así su interés; de todos modos, son muy reservados, pues aquí, en Arizona, se habla poco. Uno de ellos me ha dicho que Burridge tendría probablemente diez mil cabezas de ganado; otro, que no eran tantas, pero que era difícil' decirlo con exactitud. La verdad es que no he podido sacar mucho en claro. Después he ido a ver al señor Franklidge, que es juez y el ganadero más importante de esta región, al mismo tiempo que presidente del Banco, pero no estaba. En resumidas cuentas, creo que-Burridge ha exagerado un poco y que faltarán unas mil cabezas para la cifra que indicó, margen muy amplio en esta clase de negocios. Estoy muy satisfecho. Tendremos

[1] Cash: al contado.

el mejor rancho de todo Arizona. Iremos en seguida allí para instalar nuestro campamento y poner manos a la obra. Si no me equivoco, os vais a enamorar del sitio con la misma rapidez que yo.

-Ya me gusta, Ben-repuso Ina-. Tus gustos con los míos. Tu casa es mi casa.

-Ben... ¿participo en el negocio del rancho?-preguntó Hettie, muy seria.

-Eso has de decirlo tú, querida hermana-contestó Ben-. Creo mejor, sin embargo, que no lo hagas, por el riesgo que podemos correr.

-Pues si Ina no se opone, correré ese riesgo.

-Yo también. Lo dividiremos y juntos hemos de convertirlo en un gran éxito-añadió Ina, muy alegre.

Ben tomó, desde Winthrop, un guía para que llevase a sus jinetes y caballos por la intrincada región hasta el rancho. No encontró a' Burridge en Winthrop, como se había convenido, lo que extrañó a Ben, pues el vendedor debía llevar la expedición por mejores caminos a la propiedad, y dar cuenta de las existencias de ganado. Mas el que éste no apareciese no era tan extraño para Ben como las miradas que sorprendió al mencionar en Winthrop el nombre de Burridge.

El guía cuyos servicios alquilara era un pastor mejicano que prometió llevar los pesados carros, salvos, a su destino. El convoy avanzó en efecto con rapidez por el camino del desierto, y llegó a las «Quebradas» a la caída de la tarde.

A Hettie la encantó la puesta del sol sobre la inmensa ladera de color amarillento y las fantásticas montañas del Oeste. En esa dirección habíanse formado durante el día negros nubarrones presagiando tormenta; así, cuando se puso el sol' y sus rayos se despidieron de la región, proyectándose entre la cima de la montaña y las negras nubes que se cernían sobre ella, formóse por un instante un maravilloso conjunto de un cuadro fantástico, incomparablemente hermoso. Al sobrevenir la oscuridad, veíanse cruzar por el cielo rápidas centellas y se percibió el lejano trueno, mas sin que la tempestad llegara a estallar sobre los viajeros.

A la mañana siguiente penetraron en un terreno selvático y boscoso, cuya suave pendiente hacia la montaña quedaba medio oculta, pues el camino, si tal nombre podía darse a la senda que recorrían, adentrábase muchas veces en profundos bosques de pinos y abetos, 'más y más frondosos, cuanto más avanzaba la caravana. El progreso era lento hasta la desesperación. En algunos sitios el camino era tan peligroso, que las mujeres veíanse obligadas a apearse para recorrerlo a pie. Desde el Sur proyectábanse sobre el terreno, de vez en cuando, algunos cerros desiguales; en los barrancos surgía de tiempo en tiempo el suelo de piedra caliza, y en las sombreadas vaguadas había grandes charcos de agua. Otras veces tropezaban con calveros de arena seca donde los caballos avanzaban con dificultad. Más tarde, el bosque era casi todo de pinos sólo y exceptuando el dificultoso camino aquella parte fue la que más gustó a Hettie. Vio ésta por primera vez al venado y a los pavos en selvática libertad. Marvie y Ben no supieron resistir la ocasión y rifle en mano se dedicaron a la caza, deteniéndose mientras tanto la caravana. Pronto oyéronse los disparos en el bosque y, aunque Ben volvió con las manos vacías, Marvie mostró un buen ejemplar de pavo.

Aquel día sólo pudieron recorrer quince millas y todo el mundo estaba cansado, satisfecho de hacer alto para acampar. Antes de conciliar el sueño, Hettie oyó el grito espeluznante de una fiera desconocida. Parecía un gemido lejano, tan triste y fantástico que la joven se entremeció. A la mañana siguiente, su hermano le dijo que aquel aullido lo había proferido un lobo, animal que abundaba en aquellos lugares.

Lento y tedioso era el, viaje por el-maravilloso bosque, cada vez más selvático. Los árboles obstruían la vista en absoluto; la atmósfera iba haciéndose más seca, menos opresiva, y el calor va no inspiraba deseos de buscar la sombra. El espeso follaje, que formaba una pared de verde encaje, los parduscos y enormes troncos de los árboles, las manchas del sol

sobre la hierba blanquecina, el color rojo de cierta flor que semejaba un pincel acabado de sacar de la pintura, los dorados pasillos de pinocha por entre los árboles, todo ello despertaba constantemente la admiración de Hettie.

A media tarde llegaron los viajeros al final del bosque, ya más claro en aquel sitio.

-¡Hemos llegado!-exclamó Ben apeándose de un salto de su caballo-. ¡Desde California a Arizona! ¡Ina..., madre..., Carlitos..., Hettie... venid todos 1

-¡Caramba! Ahí, veo una bandada de pavos-dijo Marvie apeándose y extrayendo el rifle de la funda de la silla.

-¡Piel roja!-le gritó Ben al verle marchar.

Hettie estaba sentada bajo un pino de ancha copa, al bordé de una de las muchas planicies, desde la cual el terreno bajaba en suave declive hacia la llanura de artemisa y cedros.

Había recorrido el rancho hasta llegar al cansancio físico. Un manantial borboteante, que salía bajo una roca cubierta de musgo, de una cañada, habíale atraído tanto, que probó el agua. Pasó luego por los corrales en ruinas y la medio derruída cabaña de troncos de la cual Ben dijera riendo a Ina que había de ser su hogar. El riachuelo que bajaba susurrando por el umbroso bosque de la ladera retuvo a la joven largo rato, durante el cual escuchó el melodioso murmullo de sus aguas. Al otro lado del riachuelo encontró dos cabañas de troncos, de dos habitaciones cada una, unidas entre sí por una especie de porche. Gustále a Hettie lo pintoresco de aquella construcción, y, aunque cansada ya, se asomó a su interior, hallando vacías las habitaciones y derrúídas las piedras

del hogar. ¿Qué habría sucedido allí dentro? ¡Qué sucio y ,mohoso estaba todo!

-Aquí quiero vivir con mi madre-decidió,, alegre y emocionada ante la perspectiva de arreglarse su propia casita-. No quiera nada nuevo, me encanta poner yo misma las cosas.

Y así, por fin, encontróse en el borde de la ancha planicie, apoyada contra el último pino, mirando fascinada el panorama tan ponderado por Ben.

-No me extraña-murmuró Hettie-. Aunque no hubiese otra cosa, bastaría con este panorama.

A ambos lados de la joven extendíase, en línea irregular, la linde del frondoso bosque, del que aislados pinos bajaban por la pendiente rodeando los pequeños llanos de abruptos bordes. ¡Qué árboles tan majestuosos! ¡Cómo soplaba el viento cálido del verano en derredor de ella, ya alto, ya bajo, profundizándose el murmullo en las espesuras del bosque!

Pero lo que encantó mas a Hettie fue el desierto, pues la joven no dudaba de que el límite del llano en que se sentaba era también el del desierto. Y, sin embargo, la ladera bajaba en suave y ondulante declive en muchas millas de extensión, maravillosamente matizada de púrpura y gris, hasta llegar en :el confín del horizonte al hirviente abismo de arena, rocas y cañones.

La artemisa y la hierba del primer término prestaban al, ancho vallé su seductora belleza, su infinito encanto y una brillantez que daba la sensación de estar cubierto de rocío. El valle era una especie de portal que diera acceso a ignotas y vagas tierras. En ambos lados elevábanse colinas de fantásticas formas, semejando camellos que se inclinasen para abrevar. Las eminencias eran allí redondas, suaves como nubes, de tonos gris, rosa y débilmente verde, sin un árbol, sin una roca que desvirtuara sus exquisitas ondulaciones. Las colinas, altas en la parte elevada del terreno, iban siendo más pequeñas hacia el lado del desierto, donde la tierra era llana.

Cada vez que Hettie paseaba la absorta mirada desde un punto lejano del valle al otro, sus contornos, sus colores, las distancias, las líneas de los barrancos... 'todo parecía cambiar, adquiriendo a sus ojos mayor tamaño; emocionándola y obligándola siempre a dirigir la vista hacia la asombrosa distancia, hacia las bellas combinaciones de matices y formas, hacia aquel

turbador misterio del desierto, aquella maravillosa y árida zona que diera nombre a la vasta región[2].

-Sólo puedo mirar... mirar... para aprender a amarlo-murmuró Hettie, sobrecogida-. Esta visión me despierta. ¡Qué poco he visto ahora! ... ¡Oh, Arizona, solitario país! ¡Si en tu seno se oculta él, queda correspondida mi oración y colma mi copa de alegría!

Los Ide, llenos de activo espíritu de Ben, empezaron a trabajar seriamente, a arrancar, a viva fuerza, un hogar hermoso de aquella selvatiquez.

Dos brigadas de jornaleros mejicanos, facilitados por la Compañía de Ferrocarriles, trabajan activamente en la construcción de una buena carretera, en abatir los altos pinos y en llevarlos al campamento. Varios carros de Winthrop llegaban en días alternos con tablas, tejas, ventanas y puertas, ladrillos y cemento, tubos y cañerías, todo lo cual se guardaba en cobertizos improvisados. Los carpinteros empezaron a. levantar la casa de Ben, un edificio amplio, de un sedo piso, con muros de troncos, techumbre inclinada y anchos porches. A medida que iba montándose la casa, Ben hacía los proyectos de graneros y corrales; también había ideado una balsa desde la cual el agua fresca del manantial sería conducida a las cabañas y a los corrales; los planes de Ben abarcaban muchas cosas prácticas que consideraba necesarias para su rancho, entre ellas silos para trigo y almacenes para los demás productos del campo.

El intenso trabajo . que se realizaba en el rancho despertó tanto interés como la aparición de un circo. De las tierras circundantes acudía mucha gente, en su mayoría pastores y vaqueros. También aparecían de vez en cuando jinetes en briosas monturas, que contemplaban las obras a distancia y admiraban los nobles caballos de Ben, sobre todo el Rojo de California, marchándose luego sin ninguna expresión de simpatía. El viejo Raidy movía la cabeza en señal .de desaprobación cuando veía .a tales hombres.. Al, parecer, a Ben le tenían sin cuidado: Sólo Hettie creyó adivinar los pensamientos de; su hermano; mas no se atrevió a hablar de ello. Creía la .joven que Ben había elegido deliberadamente aquel selvático. lugar para convertido en un rancho famosa que fuese el imán de vaqueros, rancheros, ganaderos de toda la suerte, pastores, abigeos y gunmen, y lograr así descubrir el paradero de su amigo Nevada. La muchacha estaba convencida de ello y se emocionaba al, pensar en la temeridad y grandiosa abnegación que implicaba tal acción.

De aquí que Hettie se dijera que el gran interés que mostraba Ben por todos los, visitantes no era debido tan sólo a su deseo de guardar buenas relaciones con sus vecinos. Y, sin embargo, a pesar de que por todas partes se extendiera la fama de su bondad y altruísmo, y a pesar del hecho de que su establecimiento en aquella parte de Arizona constituía una gran mejora para la región, los rancheros que habitaban las trescientas millas de la meseta del Mogollón fueron remisos en presentarse.

Por otra parte, Cash Burridge tampoco fue a darle cuenta a Ben del, ganado vendido. Esto desagradó a Raidy y a dos jinetes de California, que empezaron a hacer veladas insinuaciones durante las horas en que todos se reunían alrededor de la fogata, y no se preocupaban mucho de quien los escuchara. Ben se limitaba a echarse a reír cuando los oía hablar así. Al parecer, se limitaba a trabajar y a esperar, sin preocuparse.

Cierto mediodía, cuando todos descansaban a causa del calor y Ben almorzaba a 1'a sombra de los pinos con su familia, apareció un jinete en el, camino.

Iba a paso lento y lo contemplaba todo con manifiesto interés. Por fin penetró en la ladera y se dirigió hacia el campamento, donde se apeó, saludando a los hombres con potente voz.

-Soy Tom Day y deseo conocer al señor Ben. Raidy le llevó junto a Ben, el cual se puso de pie sonriendo.

[2] Árida zona: Arizona. Véase en esta formación la influencia de los españoles, primeros pobladores blancos'. de-aquel inmenso territorio.

-¿Cómo está usted?-dijo el recién llegado tendiéndole su manaza-. ¿Es usted el señor Ide?

-Sí, y me complace conocerle, señor Day-contestó Ben, que ya había oído hablar del, visitante.

-Soy el más cercano de sus vecinos-continuó Day-. Mi rancho dista de aquí unas diez millas. Creo que mi visita es un poco tardía, pero aquí, en Arizona, somos muy perezosos para estas cosas.

-Más vale tarde que nunca-repuso, Ben con franca sonrisa-. Voy a presentarle a mi familia..., mi esposa...

mi madre..., mi hermana Hettie. Aquí mi hijo Carlitos, destinado a ser un gran ranchero de este país.-Pues... tanto gusto en conocerlos a todos ustedes dijo Day con voz lenta y arrastrada, de tan puro acento texano, que el corazón le dio un salto a Hettie. Saludó al visitante con rara cortesía, cosa que le sentaba muy bien, a pesar de su rústico traje de jinete. Simpatizó mucho con Carlitos, cuyo afecto se ganó al instante.

A Hettie le inspiró también confianza a primera vista. Aquel corpulento ranchero era, de seguro, de Texas. Su cabellera rubia empezaba a agrisarse; su ancho rostro estaba arrugado como un pardusco pergamino, revelando la dura vida que había llevado. Sus ojos, ligeramente azules, bajo unas cejas muy pobladas, eran astutos y penetrantes, pero bondadosos a la vez.

-Me gustaría ver todo esto-dijo Day a Ben señalando con la mano las planicies.

-Con mucho gusto. Al mismo-tiempo me dará usted su opinión sobre unas ideas modernas que pienso poner en práctica aquí-contestó Ben; y, volviéndose a su hermana-: Hettie, dile a Hank que nos prepare algo de comer y beber para dentro de un rato.

Conversando animadamente, echaron los dos hombres a andar para recorrer el rancho, y no regresaron hasta al cabo de una hora. Hettie les sirvió el almuerzo en una mesa colocada bajo un toldo; después la joven se retiró a su tienda, que estaba cerca.

-Ide, la belleza de su hermana es la comidilla de la región-dijo Day-. A fe que es una guapa muchacha.

-¿Hettie? Muchas gracias. Sí, es verdad, es muy guapa-repuso Ben, complacido.

-Las chicas escasean en Arizona. ¿Está casada?-No. ¡Si sólo tiene veinte años!

-¿Hay algún hombre que tenga la suerte de ser su novio?

-No, estoy seguro que no.

-Pues pronto aparecerán por aquí nuestros vaqueros para hacerle el amor.

-Si no lo, hiciesen no se parecerían a mis jinetes californianos-repuso, Ben riendo.

Pues si esos jinetes suyos son tan buenos para hacer el amor como chismografiando, nuestra gente de Arizona tendrá pocas probabilidades de éxito.

-Ya me ha parecido que mis hombres charlan demasiado-observó Ben seriamente-: Fanfarronean mucho y no creo que aquí, en Arizona, se vaya muy lejos con la fanfarronería.

-Sólo hasta donde sea posible cumplir las jactancias-respondió Day-. Ide, me es usted muy simpático y, aunque no sea costumbre en esta tierra, creo que debo darle algunas informaciones. No fue ésa mi idea al venir aquí. Sentía mucha curiosidad, pero creí encontrar a un hombre distinto.

-Señor Day, acepto sus palabras como un cumplido y un ofrecimiento de amistad-repuso Ben cordialmente-. En Winthrop, me aconsejaron que tratase de ganarle a usted como amigo, y bien sabe Dios que lo necesito en estas circunstancias.

-¡Choque usted esos cinco!-exclamó Day-. Ya veo que no es usted el tonto que se dice por ahí.

-Puede que parezca un tonto-replicó Ben frunciendo el ceño-. Pero creo que sé lo que voy a hacer, a la larga.

-Entonces... ¿usted se figura que va a encontrar grandes dificultades en su camino?-preguntó Day.

-¡Ya lo creo! Lo esperaba y no será ninguna sorpresa para mí.

-Muy bien, así me gusta oírle hablar. Vamos a ver, ¿se va a dedicar a la cría de ganado en gran escala?-Sí, ganado vacuno y caballar.

-¡Ajá! Es verdad que tiene usted excelentes caballos. Por ejemplo, ese Rojo, ¡vaya caballo! Tendrá que ponerle guardias de vista, si no se lo robarán... ¿Va usted a tener aquí todo el año a su familia?

-No, la llevaré o la mandaré a California durante el invierno.

-Bien pensado-contestó Day-. A veces el invierno aquí es muy malo. No es que .haga mucho frío, pero suele nevar bastante, dejando a la gente bloqueada. Por más que hasta tarde, en diciembre, no empieza el invierno. Hemos celebrado algunas veces las Navidades. con el mejor de los tiempos.

. -Buenas noticias son ésas..: Su amabilidad, Day, me anima a hacerle algunas preguntas, Primero, ¿puede usted decirme dónde encontraría algunos buenos vaqueros de este país? Quiero retener aquí a Raidy 'y tal vez, a otro de mis jinetes, para enviar los demás a sus casas.-Iba aconsejarle la mismo. No tendrá usted ninguna dificultad en tomar a su servicio los mejores vaqueros, puesto que puede pagarles más sueldo que nadie. Nuestros jinetes sólo ganan cuarenta dólares al mes, a veces ni esa siquiera.

-Pero ¿cómo he de conocer los que son honrados, por no hablar de otras cualidades?

-Amigo, me pregunta usted una cosa a la que no le podría contestar, ni siquiera Franklidge, el mayor ranchero de esta región. Lamento tener que decirlo, pero la verdad es que aquí nadie sabe quién es ladrón de ganado y quién no lo es.

-¡Cielos! No es posible que hable usted en serio, Day-exclamó Ben, alarmado.

-¡Vaya! De mí sé decir que soy un ganadero honrado a carta cabal. Y, sin embargo, a sabiendas, en otros tiempos puse mi marca en becerros que no eran míos. Todos los rancheros lo han hecho y hay pocos en este rincón de los bosques que no lo hagan ahora. Yo soy uno de ellos, puede usted estar seguro. Ide, se lo prometo. Hay rancheros que sospechan de mí, lo, mismo que yo de ellos. Y es porque arrear ganado es un negocio formidable en las trescientas millas que tiene de extensión la sierra de Mogollones. Hay, paciendo en este país, centenares de miles de cabezas de ganado. Creo que sólo Franklidge tiene cien mil. Por eso ,los ladrones roban con facilidad. Ahí está la banda de Hash Knife, que trabaja ya desde hace años. Sigue después la de Pine Tree, que es nueva, pero infinitamente peor. Y el caso es que ningún ranchero honrado puede decir quién es el cabecilla de esa banda. De seguro que es alguno dé nuestros, rancheros, no cabe duda. Después tenemos un sinfín de abigeos de menor cuantía, como si dijéramos, hasta el vaquero astuto que roba poco a poco para llegar a poseer un hato de, su propiedad..: Sí, Ide, linda región es ésta donde usted ha venido a establecerse.

-¡En buen lío me he metido!-exclamó Ben. ..

-¡Ya lo creo! Ojalá le hubiese conocido antes de. invertir aquí tanto dinero. ¿Cuánto ganado le vendió Burridge?-Diez mil cabezas-repuso Ben-. Creí en su :palabra, mas al mismo tiempo me dije qué si :faltaban mil me daría por 'satisfecho.

-Calculó usted bien, pero aún se equivocó-contestó Day ásperamente-. No se debe jamás creer en la palabra de un hombre, tratándose de ganado. Es preciso ver las marcas. Burridge, por ejemplo, tenía media docena de marcas, pero nunca tuvo diez mil, ni ocho mil cabezas... ni... Nadie sabía cuántas eran. Siempre estaba vendiendo.

-¿Qué le parece el' hecho de no haberse presentado Burridge? Me prometió hacerlo en seguida.

-No me gusta decir lo quo pienso en ese sentido. Pero si Burridge viniese a dar cuenta del ganado, haría mucho más de lo que de él' se puede esperar.

-No vendrá-observó Ben, convencido-. Day, no me cabe duda, Burridge me ha engañado.

-Está bien, pero no se lo diga a nadie-avisó Day-. Tenga siempre cuidado con lo que dice, Ido. Y haga que sus hombres se callen. Ya le daré dos de mis muchachos y además le facilitaré otro. Por lo que ya sé, son leales, además de buenos jinetes e intrépidos como hombres.

-Se lo agradezco vivamente, Day-respondió Ben, agradecido-. Aprecio mucho su bondad para conmigo. Acaso alguna vez pueda hacerle también un favor.

-Estaba pensando hace rato en algo, pero no sé si...

-¿Qué es?-preguntó Ben;

-¿Le dijo Burridge que yo tengo una hipoteca de cuatro mil dólares sobre su ganado?

-No, nada me ha dicho de eso.

-Pues sí, la tengo. Veamos: hace cuatro años que le presté el dinero. Durante algún tiempo fue pagando los intereses, luego no pagó más; cuando supe que se lo había vendida toda a usted, anduve buscándole por todas partes.

-¡Malas noticias son ésas, Day!-dijo Ben, ceñuda.-Claro, pero no se apure por lo que respecta a mí. Hay otra cosa peor. Los Hatt tienen también una hipoteca sobre el ganado de Burridge.

-¡Caramba, caramba! Esto va de mal en peor. Y ¿quién. son esos Hatt?

-Padre y tres hijos. Hay también una muchacha, muy joven y bella, por cierto, lo único decente de toda la familia.

-¿Dónde viven?

-En las selvas apartadas, en las «Quebradas», como

decimos aquí. El hecho es que todos los abigeos y demás bandidos se ocultan en las «Quebradas», que son cañones muy abruptos, en las estribaciones de la sierra Mogollones. Un día fue la madriguera de los indios apaches.

-¿De manera que Burridge me ha endosado sus deudas? ¡Maldito sea!... ¿Qué dice la Ley en estos casos?

-Los Tribunales han sentenciado más de una vez en casos semejantes y siempre condenaron al, comprador. Hay que tener en cuenta que, en realidad, Burridge no podía vender el ganado.

-Ya lo veo. Hubiera debido tomarme tiempo para hacer indagaciones. Pero el hombre me pareció de confianza.

-Claro, a mí me sucedió lo mismo, y eso que yo soy viejo en el! oficio.

-¿Qué diablos haré ahora, Day? No me refiero a las hipotecas; las liquidaré tan pronto como queden comprobadas. Pero el negocio me parece cada vez más complicado... ¿Cuánto ganado tengo en realidad? ¿Dónde está? ¿Qué debo hacer para guardar bien lo que sea mío?

-Amigo, sólo Dios podría responder a esas preguntas-replicó el ranchero echándose a reír-. Pero me parece que el caso no es tan desesperado como para darnos a la bebida. Voy a venir aquí dentro de una semana, digamos, con los vaqueros de que le he hablado. Entre tanto, pensara en lo que se puede hacer. Probablemente, entonces habrá venido también Elam Hatt. Me han dicho que pensaba llegarse hasta aquí para verle. Aquel día nos reuniremos todos para resolver el asunto.

-Muchas gracias, Day-contestó Ben, agradecido. Ha sido una suerte para mí que haya venido usted. Puede que también lo sea para mí-repuso Day-. Otro consejo antes de irme, y eso que es tarde. Vendrán a verle otros rancheros; algunos de ellos le propondrán negocios. ¡Vaya con cuidado! No ofenda a nadie, pero no se meta en nada sin consultarme antes.-¡Caramba!, no hace falta que me aconseje eso -exclamó Ben-. Estoy demasiado asustado para meterme en nuevos negocios. Y cuando mi mujer y mi hermana se enteren de la jugarreta que me ha hecho Burridge, ¡vaya disgusto que tendrán!

-Pues no les diga nada. Lo que ignoren no puede dolerles:

-Tengo que decírselo a mi hermana, porque se ha asociado a mis negocios. Quería la mitad, pero sólo le cedí una tercera parte. ¡Por lo que doy gracias a Dios!

-¡Vaya con la muchacha l Debe de tener mucho dinero.

--Hettie está bien, sí. Además, es muy lista. Ojalá le hubiese hecho caso.

-Bien... bien... una muchacha muy-guapa y muy rica.... Dichosa el hombre que logre conquistarla. Ojalá fuese yo más joven. Así no podré hacer otra cosa que buscarle el mejor partido posible.

-Ahora soy yo quien va a darle un consejo-dijo Ben riendo-. No le hable usted a Hettie de esas cosas si quiere que le aprecie.

-Gracias por el aviso, Ide... Bueno, el caso es que me iba a ir... y aún estoy aquí.

-Hay una cosa que... por poco se me olvida-dijo, Ben vacilando y cambiando de tono-. ¿Verdad que conoce usted a todos en Arizona?

-¡Caramba!, no, amigo. ¡Si Arizona es casi tan grande como el resto de los Estados Unidos! A pesar de todo, conozca a mucha gente.

-¿Ha oído hablar alguna vez de un hombre que... se llama... Nevada?

La voz de Ben temblaba ligeramente y el temblor se transmitió centuplicado a Hettie, que escuchaba desde su tienda.

¿Nevada?-preguntó Day, pensativo.

-Sí Nevada. Claro está que es un apodo. Nunca he sabido su nombre verdadero.

-¡Hum! Se trata de alguien que le jugó una mala partida?

-No, no... fue... todo lo contrario.

-Pues lo siento. ¿Nevada? No, nunca he oído hablar a nadie así, y eso que tengo buena memoria para los nombres. He conocido a muchos que a su nombre unían algún apodo, como Arizona, Texas, Colorado y los nombres de otros Estados. Pero nunca el de Nevada.

X

A unas veinte millas del rancho de Tom Day estaba el último puesto de avanzada de los enormes pastos y terrenos de ganado del juez Franklidge, que se extendían, al sur de la vía férrea, hacia los Mogollones.

Aquella avanzada, el rancho de Chevelón, había llegado a ser propiedad del juez, como muchos otros, a causa del fracaso de un colonizador. Al correr de los años, Franklidge había dejado dinero a todos los colonizadores pobres de aquella parte de Arizona. Su bondad, su generosidad convirtiéronle en blanco de todas las demandas. Y aunque jamás habíase mostrado duro y nunca ejerciera coacción para cobrar su dinero, su prosperidad se-, relacionaba con la mayoría de aquellas transacciones. Sin embargo, por lo que respectaba a la cría de ganado, el rancho Chevelón constituía una pérdida para él.

Los ciento sesenta acres que abarcaba el rancho estaban situados a lo largo del borde del cañón Chevelón, uno de los muchos profundos y abruptos barrancos que formaban las «Quebradas» de los Mogollones. La selva de cedros era allí muy densa y, un poco más arriba, hacia el Sur, empezaban los pinares. Había agua en abundancia, mas era preciso subirla, mediante bombas desde el cañón, y cuando una bomba no funcionaba, en pellejos,, a lomo de caballos.

Las cabañas y los corrales, todos construidos de troncos, acusaban en su aspecto la destructora influencia del calor y de los temporales. La cabaña principal estaba. junto al borde mismo del cañón, y el amplio porche, sobre la pared perpendicular de roca. Aquella tarde, de-

mediados de agosto, el porche ofrecía sombra y frescor, y era agradable descansar allí. El profundo cañón lucía el intenso verdor de sus cedros y sus robles... desde abajo subía el suave murmullo del arroyo; el ambiente soporífero del estío estaba saturado de dulce fragancia.

El juez Franklidge acaba de llegar al rancho Chevelón en una de sus raras visitas a aquel radio exterior de sus vastos terrenos de ganado. El largo recorrido desde Winthrop, por la carretera y los campos polvorientos, habíale fatigado y, con un gran suspiro de alivio, el ganadero se dejó caer en uno de los sillones del porche.

Jack-dijo al vaquero que le acompañara desde Winthrop-, he de encontrarme con Day. Lleve los caballos al corral. Me quedaré hasta mañana. Luego vaya a ver si Day ha llegado y vuelva usted también.

-Sí, señor. ¿Y qué hace Steward?-repuso el vaquero.

-¿Steward? Dígale que ya fe avisaré cuando lo necesite-contestó el juez con cierta impaciencia.

-Muy bien, señor-dijo Jack y, cogiendo las riendas, se alejó con los caballos hacia el corral.

-¡Hum! Me había olvidado de ese capataz-murmuró Franklidge-. ¡Maldito, sea el negocio del ganado!... Me gustaría no recordarlo y gozar de la paz de este lugar.

Aquel rancho era el sitio favorito del juez, debido a su selvática belleza, a su soledad y a la abundancia de venados y pavos que había en sus bosques. Solía aparecer por allí, todos los otoños, durante algunos días, para dedicarse a la caza.

-Voy a invitar al joven Ida el mes de febrero para cazar juntos-se dijo-. Buen muchacho ese Ida. ¡Lástima de la trampa en que, ha caído al venir a Arizona!... ¡Qué linda muchacha su hermana!... ¡Si uno no pasara ya de la edad de las conquistas

El juez se sumió en vagos sueños, suspirando y alegrándose a la vez. A poco, el ruido de espuelas y de pesados pasos interrumpió la quietud del lugar, y Franklidge vio que venían Tom Day y el vaquero. Day tenía la mano puesta en el hombro del joven y le hablaba animadamente. Franklidge recordó entonces la gran amistad que Day mostraba siempre por aquel joven vaquero llamado Texas Jack. Daba gusto ver así a dos hombres por cuya sinceridad y honradez se podían poner las manos en el fuego.

-¿Cómo está usted, juez? Me complace volver a verle por aquí-dijo Toro Day al subir al porche, con una franca sonrisa y la mano extendida.

-Bien, y ¿usted, Tom? Acérquese el sillón, que vamos a hablar largo y tendido.

-Ya es hora-repuso Day tirando el sombrero al suelo y dejándose caer con su corpulenta humanidad en el sillón, de espaldas a la baranda del porche.

El juez se echó a reír, mirando luego, fijamente, al vaquero, que se había quedado esperando en los peldaños.

Jack, veo que desea usted decir algo-dijo.

-Sí, señor, pera no hay prisa; puedo esperar-replicó apresuradamente el, joven.

-Bueno, Franklidge, si quiere escucharme a mí, no le haga esperar mucho-interpuso Day.

-Suba y siéntese aquí con nosotros-fue la respuesta del juez.

El vaquero obedeció en silencio. Sentado junto a la baranda del porche, dejaba vagar la mirada por el verde cañón. Los perspicaces ojos del juez contemplaron la esbelta figura, el desgastado traje, el enjuto rostro, de poblada barba, medio oculto bajo las anchas alas de su sombrero.

-Steward estuvo anoche en la ciudad, borracho-dijo Franklidge de un modo indiferente-. ¿Está aquí ahora?

-Sí, señor, y se encuentra bien-repuso el vaquero.

-Mire usted, Franklidge, puede que el capataz de usted! esté bien, como dice Texas Jack, pero yo tengo mis dudas-observó Tom Day-. No sé nada malo de él, excepto que bebe.

A pesar de todo, desconfío de él. Acaso me equivoque, pero... el tiempo no está para confiar en nadie.

-Señor Franklidge, al buscar a Steward lo encontré bajo un cedro hablando sigilosamente con Dillon-dijo Texas Jack.

-¿Dillon? ¿Quién es? No me es desconocido el nombre.

-Dillon es el capataz del joven Ida-contestó Day, muy animado-Ha trabajado durante los últimos dos años en varios ranchos. ¡Buen vaquero, muy simpático! Todo el mundo le aprecia; yo también.

-Lo cual es, desde luego, una buena recomendación para Ida y hasta para mí, aunque ya soy ganadero viejo... Bueno, Tom, ¿ha pensado usted en el ofrecimiento que le hice hace tiempo?

-Ya lo creo, Franklidge, y lo acepto muy agradecido. Sé que soy el que más gana en la transacción-repuso Day muy cordialmente.

-En eso no estamos conformes. Usted sólo cuenta el valor relativo de su rancho comparado con éste. Pero yo

cuento, además, su amistad', la ayuda de usted... Entonces, el negocio queda hecho, ¿eh?

-Aquí está mi mano-dijo Day tendiendo su voluminosa diestra.

-Somos, pues, socios-contestó Franklidge al estrechar la mano de Day-. Uniremos los dos ranchos y todo el ganado. Tan pronto como vuelva a la ciudad, haré que extiendan el contrato... Y ahora veamos esas preocupaciones que tiene.

-El caso es, Franklidge, que la situación aquí está empeorando de día en día-dijo Day gravemente.

-¿A qué se refiere al decir aquí?

A toda la región a lo largo de las «Quebradas» de los Mogollones. Digamos cincuenta millas en línea recta.-Sí, y ¿qué?

-Abarca muchos ranchos y, contándolo todo, unas doscientas mil cabezas de ganado. Mas el rancho de Ide y el de usted, éste en que estamos, han sufrido más que otros los ataques de, los abigeos.

-Siempre se ha de contar con los robos de ganado. Hay que conformarse. ¿Qué diferencia puede haber, digamos, entre la que sucedió hace cuatro o cinco años y la de ahora?

-La verdad es, Franklidge, que para ser usted' un ganadero de tanta importancia= está muy mal informado.

-Bien sabe, Tom, que la mayor parte de mis terrenos están a lo largo del ferrocarril y al Norte en país llano y abierto. No sé ni pizca de lo que sucede en estas selvas. Por eso me interesaba tenerle a usted por socio.

-La diferencia la calcularía yo en una pérdida de diez mil cabezas de ganado entre Ide, usted y yo.

El juez dejó caer sus pies, de pesadas botas, sobre el suelo con gran ruido.

-¿Qué?-exclamó incrédulo.

-He dicho diez mil y tal vez me he quedado corto. Es verdad que la mayor parte del ganado arreado-pertenece a Ben Ide, pero también nosotros hemos perdido hatos importantes y vamos a perder mucho más, o todo, si no hace algo. La propiedad de Ben Ide es una presa fácil para los ladrones. Se lo compró todo a Burridge, quien tenía ganado, pero nadie sabía cuánto. Como los hombres de Ide no estaban hechos a Arizona, le di dos de mis mejores jinetes. Uno de ellos, Sam Tull, fue encontrado muerto en los bosques. ¡Muerto de un tiro! No hemos podido saber qué ha pasado. El otro, Rang Jones, riñó con Dillon y se despidió. Y no veo que Dillon haya mejorado las cosas en el rancho de Ide, aunque, bien mirado, nadie podría hacer-gran cosa en tan poco tiempo.

-De manera que la han tomado con el joven Ide-murmuró el juez, indignado-. Es extraño que no me haya dicho nada; y eso que nos hemos visto con alguna frecuencia últimamente.

-A Ide no le gustan las lamentaciones-repuso Day con calor-. Es un gran luchador. ¡Y la chica!... ¡Vaya una mujer valiente y noble! Y eso que pierde tanto como su hermano.

Los dos hombres, en su animada conversación, no reparaban en la presencia de Texas Jack, quien se inclinaba cada vez más sobre la baranda, hurtando el rostro, y el cuerpo en tensión como la cuerda de un arco. Era la suya la tensión del venado que está atento a todo sonido.

-Tom, admiro mucho a la señorita Ide, tanto como a su hermano-respondió el juez-. Siento de verdad el recibimiento que Arizona ha hecho a esas dos personas tan buenas. Me avergüenzo, todos deberíamos sentirnos avergonzados. Es preciso acabar con el maldito abigeato en gran escala.

-¡Sí, sí! Y crea, Franklidge, que lo siento más que usted, puesto que los Ide han llegado a ser muy amigos míos. ¡Figúrese usted que me pagó la deuda de. Burridge ! ¡Nada menos que cuatro mil dólares! Y por añadidura, llamó a Elam Hatt, pagándole también la hipoteca que éste tenía contra Burridge. No, sé cuánto era, pero el caso es que los Hatt han estado borrachos durante toda una semana.

-¡Válgame Dios!-exclamó el juez.

-Pero, desde entonces, los ladrones se están mostrando más atrevidos que nunca.

-¿Quiénes son los bandidos?

-¡Bah! No puedo decirle nada que usted no sepa ya. Pero creo que hay un cabecilla nuevo, más astuto y valiente que ninguno, que los dirige a todos.

-¿Adónde llevan el ganado robado?-preguntó el juez-Hace veinte años que soy ranchero y aún no lo comprendo.

-Se lo llevan a todas partes.

-No será por, ferrocarril, ¿verdad?

'-¡Claro que utilizan el ferrocarril! No por Winthrop, pero hay muchas estaciones a lo largo de la línea. Un pastor mejicano me dijo que ha visto llevar mucho ganado Rim abajo, hacia el Tonto. Es una región muy selvática. No hay vaquero alguno que se atreva a seguirlos por el Tonto abajo.

-Toro, los Hatt son mala gente-repuso Franklidge, muy pensativo-. Hace años tuve una cuestión con Elam Hatt. Y de la familia Stillwell no hablemos. Creo que toda esa gente que viven ocultas en las selvas hace causa común con los abigeos.

-¡Claro que sí!-replicó Day-. Pero no creo que los Hatt sean los cabecillas. Cedar Hatt es el peor de ellos. Es un sujeto peligroso con armas en la mano. Con mucha frecuencia se oye hablar de las riñas que tiene con los de su calaña. Los pastores mejicanos le tienen pánico, pero no se atreven a hablar. Durante los años que vivo aquí conozco más de un caso de algún pastor asesinado.

-También le conozco a ese Cedar Hatt-observó el juez-. ¡Mala fama la suya; es un matón!... ¿De cuántos se compone la familia Hatt?

-Les conozco a todos-dijo Day-. Elam y yo siempre nos hemos entendido bien,, pero no me gusta Cedar, su hijo mayor. Sus dos hermanos se llaman Henry y Tobe, malos como ellos solos. Por último, hay una muchacha, Rosa. Debe de tener unos dieciséis años. Muy buena chica. Su madre murió cuando era aún muy niña.

-¡Qué lástima! Sin madre, sin hogar decente, sin poder ir a la escuela. Hay un sinfín de muchachas desgraciadas así, en las selvas. ¿Y no hay ningún vaquero que se case con Rosa y la saque de ese ambiente? Podría convertirla en un miembro útil a la sociedad.

'-Ya lo he dicho muchas veces. Mas aún no he encontrado a ningún vaquero que arriesgue su pellejo por ir a las «Quebradas».

-¿Qué ha hecho Ide respecto a los robos de ganado ,Que ha sufrido?-preguntó el juez.

-Todo lo que se puede hacer-repuso Day con gran admiración-. Ha gastado una fortuna en alquilar vaqueros para que rastreen el ganado. Ha tomado a su servicio a ese Dillon con un sueldo crecidísimo. A pesar de todo, Ben Ide es un hombre extraño. Si bien es verdad que se enfurece cuando los abigeos hacen alguna incursión, le importa un bledo el ganado que se puedan llevar. Sólo teme par sus caballos, especialmente por aquel Rojo de California. ¡Vaya un caballo, Frandklidge! Me apuesto cualquier cosa a que si los ladrones se lo robasen, saldría en persona en su persecución. Creo que Ide conoce ya la vida de las selvas; es un excelente jinete. Parece que su corazón no está en el rancho; desea algo, algo que no sé lo que puede ser. Sin embargo, adora a su mujer, a su madre, a su hijito y a aquella hermosa hermana suya. No sé lo que será, aunque tengo para mí que Ide sufre; tal' vez sea autor de alguna muerte en California y por eso salió de allí. Muchas veces me he preguntado si podría ser eso. También pudiera ser que estuviese buscando a alguien. Como buen «texano», sabe usted que no puede olvidar.

Antes de que el juez pudiese contestar a la grave afirmación de Day, el vaquero, Texas Jack, se volvió de súbito, revelando en su continente una extraña pasión que trataba de reprimir. Bajo la sombra de las anchas alas de su sombrero brillaban sus ojos coma ascuas.

-Estoy... escuchándolo... todo...-exclamó jadeante.

-¿Y qué, Jack?-preguntó el juez, sorprendido, pero con acento bondadoso-. Si me importase algo, le hubiera rogado que se fuese.

Toro Day se quedó mirando al vaquero; era evidente que no estaba sorprendido, sino más bien que esperaba algo. No en vano había vivido toda la vida entre ellos.

-¡Pero, hijo de Dios! ¿Qué le pasa a usted?-preguntó.

Jack volvió a su primera posición con la misma rapidez y violencia con que se enfrentara con los dos; mas ahora veíase claramente que luchaba por permanecer sereno. Después de inclinarse sobre la baranda, se irguió y quedó rígido. A poco, volvióse de nuevo hacia Day y Franklidge, notando éstos que se había operado en él un cambio notable.

-Le ruego que me perdone, señor Franklidge, y usted también, Tom-dijo con voz pausada, fría y tranquila-. No he podido menos de oír todo lo que ustedes han dicho y... me he emocionado.

-No hay ofensa -repuso con bondad el juez-. Creo, que lo que dijo Tom me ha sobresaltado también a mí.

-Veamos, amigo «texano»-interpuso Day-, dígame, ¿por qué le ha emocionado lo que he dicho?

-Tom, creo que he dado con el modo de ajustar cuentas a esos ladrones de ganado-contestó Jack sin conceder importancia a la cosa.

-¡Válgame Dios!-exclamó Day, mas aceptando la afirmación sin dudar de ella, ni ridiculizarla. Reflexionaba, mirando atentamente a los ojos, medio ocultos, del vaquero.

Franklidge se incorporó de un salto, pero su sonrisa quitó importancia a su acción.

-Jack, agradeceríamos mucho cualquier consejo que viniera de un hombre tan avezado como usted en cuestiones selváticas.

-Bien, veamos esa idea suya-añadió Day secamente.-La cosa es tan sencilla como el abecé-repuso el vaquero con voz suave-. Alguien tiene que ir a las «Quebradas» y trabar amistad con los abigeos.

-¡Vaya, vaya! ¡Ya comprendo!-dijo Day con cierta burla.

La actitud del vaquero cambió de un modo sutil, tanto, que los que lo escuchaban sufrieron cierta impresión, aunque sin poder explicársela.

-Alguien tiene que quitar de en medio a tiros a los Hatt y tal vez también a los Stillwell. Y matar a alguno de la banda de. Pine Tree..., especialmente al hombre que los capitanea.

-¿Nada más? ¡Dios mío! Jack, creo que ha ideado usted algo que es difícil de realizar-observó Day con sorna.

-¡Claro que es difícil!-admitió Texas Jack, que no sabía ver el lado ridículo del, asunto.

-¡Difícil! ¡Vamos, hombre, usted está loco! -estalló el otro-. ¡Claro que ha descubierto usted el modo de ajustar las cuentas a los ladrones! ¡Vaya! Pero... ¿quién diablos va a encargarse de eso? ¿Se ha figurado usted que íbamos a alquilar a uno de los famosos gunmen para que se encargue de la faenita? ¿Tal vez a Kingfisher, de Texas? ¿O a Wess Harding? ¿Es posible que haya usted pensado en algún nuevo Billy el Niño o Pat Garret? Pero no, más bien estará usted recordando a Jim Lacy, quien, se dice, permanece oculto desde hace tiempo en alguna parte de Arizona.

La tez de Jack pareció de momento adquirir un tono menos moreno. Estaba rígido y sus ojos brillaban como el acero.

-Tom Day, ¿cuánto tiempo hace que me conoce usted?-preguntó con voz clara y sonora.

-Más de dos años, hijo-repuso Day cediendo a algo que le apremiaba.

-¿Tendría usted confianza en mí?

-¡Ya lo creo! Le confiaría mi ganado, mi dinero, mi reputación... y mi vida también, ¡que Dios me oiga!-Señor Franklidge, ¿cuánto tiempo hace que trabajé para usted?-preguntó el vaquero volviéndose hacia el juez.

-Año y medio, creo recordar.

-Y ¿qué opinión tiene usted de mí... como hombre?-exclamó el vaquero, con voz y mirada cada vez más penetrantes.

-Jack, es usted el hombre más leal y honrado, el trabajador más bueno que he tenido jamás-respondió el juez, conmovido.

-Gracias. No pueden ustedes figurarse lo que eso significa. para mí-replicó Texas Jack-. Y ¿tendría también confianza en mí?

-La misma que puedo tener en los de mi sangre. Texas Jack se quitó el sombrero y lo tiró contra la pared. Su ancha frente estaba pálida, sus claros ojos brillaban con inconmovible llama; su cabello, en las sienes, tenía hebras de plata; bajo la rubia barba advertíase la firmeza del mentón y el singular rictus de dureza de la boca.

-¡Bueno, pues entonces me incumbe a mí habérmelas con los ladrones de ganado!-declaró resueltamente.

-¡Usted! ¡Qué tontería!-exclamó el juez-¿Iba usted a hacerlo solo?

-.Es preciso que lo haga uno solo.-Pues repito que, es una tontería.

-Franklidge-interpuso Day-, al parecer tiene usted razón, pero, por favor, espere. Este vaquero sabe a lo que va... Vamos, Texas Jack, hable ya de una vez.

Una mirada perspicaz, dura, comprensiva y, no obstante, maravillosa relampagueó en los ojos del viejo ranchero.-Escuchen, pues-continuó Jack inclinándose hacia sus interlocutores-. Para servir a Arizona, a usted y a sus

buenos amigos, es preciso que me haga ladrón de ganado. Es posible que tenga que andar mucho camino hasta llegar al cabecilla de la banda de Pine Tree. Tendré que beber, robar y matar. Es posible que pierda la vida en la empresa, pero... Lo que quiero es que se me guarde el secreto hasta el fin y, si vuelvo con vida, que se dignifique mi nombre.

-¿Quién diablos es usted?-preguntó Tom Day en voz baja y ronca.

-Hombre, me está usted obligando a ceder contra mi voluntad-dijo el juez poniéndose de pie-. No, quiero que intente usted solo este asunto.

-Es una locura. No lograría otra cosa que morar. Sin embargo, le admiro, Jack.

-Muerto o vivo, quiero que hagan desaparecer la deshonra de mi nombre-exclamó el vaquero.

-¿Pero qué deshonra es ésa?

-La de los robos que tendré que hacer, las mentiras que me veré precisado a inventar.

Jack, yo puedo hacerle ahora mismo agente oficial Y lo haré.

-No, nunca seré agente de la Ley. Lo que deseo es esto: su palabra de honor de que me guardarán el secreto y, si regreso, que me devuelvan limpia mi nombre.

-¿Es que va usted a insistir en una idea tan loca?-preguntó el' juez.

-Sí, señor; tanto si me apoyan, como si no-replicó Texas Jack con firmeza-. Ahora ya es tarde; yo tengo mis motivos particulares. Pero créame: sería justo que usted me apoyara, que declarara ante el tribunal, si es necesario, que usted y Tom Day han hecho causa común conmigo en este asunto.

-Jack, no me ha comprendido usted-replicó Franklidge apresuradamente-. No haga que me avergüence de mí mismo. Le prestaré toda la ayuda y toda la autoridad que usted necesite, ahora mismo. Por escrito, si quiere.

-¡Quiero sólo su palabra, Franklidge!

-Muy bien, la tiene usted. He aquí mi mano.

Texas Jack se desasió de aquel grave y fuerte apretón de manos para dirigirse al' otro ranchero.

-Tom, ¿me prestará su apoyo... cuando vuelva?

-¡Diablos!, sí-exclamó Day imprimiendo al brazo del vaquero el movimiento de una bomba de agua.

Jack se desasió de pronto, con respiración anhelante, de aquel vigoroso apretón y volvióse al pilar del porche, contra el cual se apoyó. Algo que estuvo mucho tiempo oculto aparecía de nuevo; de la oscuridad del pasado se irguió la ignominia que manchaba su nombre honrado. El; sacrificio que el vaquero estaba realizando era mucho mas grande de 1o que los, dos interlocutores, graves y conmovidos, pudiesen comprender. Mas la lucha, fuese cual fuese, pasó fugazmente. El vaquero se volvió de nuevo: era un ser distinto, tanto, que el juez y Day, profundamente asombrados, llegaron a sentir miedo.

-Señores, la verdad es que me duele descubrirme-dijo con voz pausada La sonrisa apagó la extraña luz acerada de sus ojos-. Mas creo que es preciso...

-Diablos, pero... ¿quién es usted..., vamos a ver?-preguntó Day al detenerse el otro.

-Tom Day, aquel vaquero muerto de hambre, del que usted un día se compadeció, es, casualmente, Jim Lacy.

XI

Era domingo, y la hora de la tarde en que todos los hombres libres de servicio del rancho de Frankldge estaban en todas partes menos en la vecindad de su alojamiento. El vaquero Texas Jack, al entrar en la cabaña, sintió gran alivio al verse completamente solo. Se dirigió a su litera con propósito de recoger, sin pérdida de tiempo, las pocas cosas de su pertenencia. Un viejo par de zahones negros, desgastados por el uso, estaban colgados a la cabecera, con el cinturón y el revólver. El instinto le obligó a alzar la mano y, como por arte de magia, el arma brilló en el aire.

-Creo que fue el Destino-murmuró al enfundar de nuevo el arma-. Algo me obligó a no cesar jamás en el ejercicio de «sacar» el revólver. Bien, bien...

En pocos instantes hizo un hato con sus cosas para acomodarlo en la parte posterior de la silla de su caballo. Sus movimientos eran rápidos; mas parecía como si estuviese en un estado hipnótico. Al ponerse de pie, miró un momento en derredor suyo, y entró luego en la habitación

contigua, una salita agradable y cómoda. Sin saber por qué, se colocó ante el espejo.

-Bueno, amigo Texas Jack, ¡hasta otra!-dijo a la imagen reflejada en el cristal-. Creo que casi he llegado a ser feliz contigo. Con cortarme el pelo y afeitarme la barba, adiós Texas Jack... Y entonces habrá quien te reconozca como Jim Lacy.

Un cuarto de hora más tarde recorría a caballo, con paso rápido, la senda que bajaba al bosque de cedros. Habíase llevado su propia silla de montar, mas el caballo era un rocín matalón, desechado hacía tiempo por los muchachos del rancho. Una vez en el bosque acogedor, refreno su montura, obligándola a ir al paso. Sólo había diecinueve millas hasta Sunshine, y deseaba llegar a la estación después de la puesta del sol para tomar el tren de la noche sin ser visto.

La melancólica resignación de Jim Lacy no pudo contrarrestar la exaltación creciente que ardía en su pecho. Pasada ya la necesidad de apresurar el paso, sus pensamientos volvieron de nuevo a la causa de la aventura extraordinaria que voluntariamente emprendía. La realidad era dura. Había ocultado su verdadera identidad; había enterrado con «el otro» el pretérito, luchando hasta alcanzar trabajo útil y honrado; habíase ganado la paz con su victoria, aunque no la felicidad; y, de pronto, como rayo que desciende del cielo diáfano, vióse frente al inevitable e irresistible Destino. ¡Cuánto había sufrido durante los instantes en que Tom Day hablara al juez Franklidge de Ben y de Hettie Ide! La antigua herida no había sanado. El viejo amor latía aún en su corazón, más fuerte ahora a causa de los años transcurridos. Jim Lacy se tambaleó en la silla. Sólo los ojos de los halcones y las fieras de las selvas vieron cómo se entregaba a su emoción. El caballo, cansino y viejo, recorría lentamente la senda; el viento del Oeste llevaba al jinete la cálida fragancia del desierto; levantóse el polvo y el calor le abatió.

-¡Lo sabía..., lo sabía..., lo he visto en todas estas semanas..., cada vez más: claro!-murmuró Jim roncamente-. ¡Ben ha venido a Arizona para buscarme a mí! ... ¿No me buscó en California?... ¿No envió mucha gente a las sierras del Oeste por lo mismo?... ¿No me dijo Tom Day, no hace aún un mes, que Ben quiso saber

si había conocido a un vaquero llamado Nevada?... Ése, ése fue el nombre que Ben me dio... ¡Nevada!... No ha podido olvidarme y por fin ha venido a buscarme a esta tierra selvática. Está casado y, según dicen, tiene un hijito. El viejo Amos Ide debió de morir, dejando su fortuna a Ben. Seguramente está casado con Ina Blaine. Y, sin embargo, nada de eso le ha detenido.

Dulce y confortante era el saberse tan querido, mas ¡cuánta amargura causábale al mismo tiempo aquel conocimiento! En un instante angustioso y decisivo, aquel cariño habíale arrojado de nuevo al abismo del pasado, obligándole a tomar otra vez su nombre famoso, destruyendo así todo lo edificado. Sólo por la puerta propia de su temido nombre podría llevar a cabo la empresa que se proponía. Era una ironía del, Destino que su fama, tan odiada, fuese precisamente el «Sésamo, ábrete» de la madriguera de los ladrones que arruinaban a Ben Ide.

-Lo más probable será que un día u otro me interponga en el curso de una bala-murmuró Jim Lacy ásperamente en su agitación-. Pero no será antes de que realice, poco más o menos, la faena... Y más valdrá así. Ben no necesitará saber nunca que he sido Jim Lacy. Y Hettie... tampoco... Pero no tendré esa suerte. Lo más seguro será que tropiece con ellos antes de acabar... ¡Dios mío, qué terrible conflicto!

Al, sobrevenir la oscuridad, llegó Jim Lacy a las afueras de Sunshine, deteniéndose en un bosquecillo de álamos. Quitó los arreos y la silla a su caballo y lo dejó suelto. Pareció que con ello cortaba los últimos hilos que le unían a la vida del rancho, seguida durante tanto tierno. También tuvo el hecho un efecto singular sobre las emociones que hasta entonces le embargaban. Había llegado la hora en que era preciso pensar en la vuelta a la antigua vida. De aquí que se sentara junto a la silla y su equipo; bajando la cabeza, se ensimismó como si

entrara de nuevo en su antigua personalidad, a modo de aquel que se pone un traje que tuvo arrinconado durante mucho tiempo. Y pareció que, en el instante de haberse realizado la transformación, el plan de la aventura peligrosa resultaba sencillo y fácil. No le hacía falta más que ser Jim Lacy.

El silbido de un tren de mercancías, que se acercaba a la estación, le inspiró una idea más satisfactoria que la de esperar la llegada de otro de pasajeros. Se subiría al de carga sin que le viesen y así evitaría todo peligro de ser reconocido. Para ello se echó la silla y sus demás cosas al hombro y, corriendo hacia la vía férrea, que distaba pocos pasos, esperó al tren, que iba deteniéndose gradualmente, mirando al mismo tiempo cuál de los vagones iba vacío. En el preciso momento de detenerse el tren, vióse frente a uno desocupado. Jim echó sus cosas al interior y trepó tras ellas.

Al amanecer vio que pasaban la frontera, entrando en el Estado de Nuevo Méjico. Cuando el tren se detuvo en las afueras de una ciudad, junto al puesto de agua, Jim echó su equipaje a rodar por el terraplén herboso y saltó él también a tierra. Tenía bastante dinero, además de la considerable cantidad' que le obligara a tomar el juez Franklidge. Y, con un poco de su antiguo y brioso continente, se dirigió a la ciudad.

Antes de encontrar ni jinetes ni ganaderos, pudo entrar en una peluquería, de la cual salió convertido en otro hombre. Después compró un equipo de montar completamente nuevo, el más caro que halló. Recordó que Jim Lacy había gustado siempre de ser elegante y quiso continuar siéndolo. Sólo se quedó su revólver y los zahones con la pistolera, cosas demasiado íntimas para sustituirlas por otras nuevas.

Hecho lo cual, trató de comprar un buen caballo, operación más sencilla de lo que se figuraba; realizó la compra sin llamar la atención de nadie. Por último, llevó el caballo a las afueras de la ciudad, al sitio donde había dejado la silla y el equipaje, y poco después montaba de nuevo a caballo, cruzando la frontera de Arizona.

Viajando lentamente, deteniéndose en los ranchos, aldeas y ciudades del camino, según la hora del día, llegó Jim Lacy a su debido tiempo a Winthrop.

Era un viernes, hacia la caída de la tarde. Dirigióse a los Corrales Beacham, donde los visitantes de la ciudad solían dejar sus caballos durante la noche. El primer corral le pareció a Jim demasiado lleno; de ahí que llevara su montura a otro más pequeño. Unos cuantos jinetes de rudo aspecto y ropa llena de polvo acababan de entrar, siguiendo a un viejo carro tirado por un tronco de peludos caballos. El conductor, un hombre alto y delgado, de rostro oscuro, barbudo, bajo del asiento con los movimientos torpes de quien está más habituado a montar a caballo que a ir en carro. Jim había visto ya antes a aquel hombre, mas no dio con su nombre. En el asiento delantero iba una joven, muy bella, a semejanza de una rosa silvestre. Los ojos de Jim centellearon al ver el cañón de un rifle que sobresalía del asiento.

Jim llevó su caballo cerca del carro y, escogiendo uno de los establos cubiertos, junto al cercado, empezó a quitar la silla con lentitud, mirando a la vez en derredor suyo. A poco advirtió, al apearse la muchacha, que llevaba las piernas desnudas y abarcas de piel de gamo adornadas con abalorios. Su indumentaria denotaba que la joven procedía de las selvas. Cuando salió del corral, acompañando al hombre de la barba, Jim la vio más de cerca.

-Me apuesto que es Elam con su hija Rosa-murmuró-Y si es así, aquellos tres jinetes son los otros Hatt... Creo que el baile empieza pronto.

Al tiempo que Jim entregaba su caballo al mocito mejicano que cuidaba del establo, los Hatt ya habían entrado en la ciudad. Jim salió en el instante en que los otros transpusieron la esquina. Los siguió lentamente, no con desgana, pero sí pensativo. Aunque conocía Winthrop, parecióle otra ciudad. Entrando en la ancha calle Mayor, paseó por ella viéndolo todo sin demostrar interés por nada. Cruzóse con varias personas conocidas; ninguna de ellas le concedió más que una mirada breve. El dueño del restaurante, que se hallaba a la puerta del

establecimiento, tampoco le reconoció. Pasó un vaquero montado a caballo, al parecer camino del rancho. Era Jerry Smith, del rancho Franklidge. vio a Jim, mas sin reconocerle.

-¡Jerry! ¡Y el bandido no me ha conocido!-murmuró Jim riendo-. Me debe dinero y ahora ya no podré cobrarlo. ¡Buena sorpresa le daría si quisiese!

Las últimas horas de la tarde eran las de más trabajo en los almacenes de Winthrop debido al excesivo calor del mediodía. Las casase de bebidas y de juego estaban siempre llenas, tanto de día como de noche; Jim no había penetrado jamás en ninguna de las de Winthrop. Poco tardaría en romper aquella costumbre, pero aun no le convenía hacerlo.

Al volver la próxima esquina de la calle se vio frente a tres vaqueros, sentados en los escalones de piedra de una taberna.

-Mira, ¿ves tú lo mismo que yo?... ¿Algo muy bonito? -preguntó uno.

-¡Caramba! , pues es verdad-fue la alegre respuesta .

-Muchachos, verdad que todo el mundo diría que ha baile esta noche?-dijo el otro con sorna.

-Oiga usted, forastero, ¡sí que va usted prendido de mil alfileres, guapetón!-exclamó un tercero.

Jim giró en redondo y se enfrentó con ellos, ocultando difícilmente la risa. Aquellos buenos vaqueros tenían por costumbre divertirse con cualquier incidente.

-Bueno... ¿es que os proponéis reñir o beber?-preguntó sonriendo.

-Puesto que nos lo pregunta, forastero, seguramente se trata de beber-contestó el que hablara primero. Jim les hizo seña de entrar en la taberna, les siguió y echó algunas monedas sobre el mostrador, diciendo:-A mi salud, .muchachos. Siento no poder beber hoy. Acabo de enterrar a mi abuelita y no me encuentro bien. La ocurrencia fue saludada con risas, y al alejarse hacia la puerta, uno de los vaqueros gritó:

-¡Viva el forastero rumboso!

Jim cruzó una calle lateral y se dirigió al centro de la ciudad. Andaba a paso lento, deteniéndose a mirar los escaparates, asomándose aquí y allá, a las puertas, para observar a la gente. Poco tardó en llegar a un almacén en cuya entrada esperaba Rosa Hatt, con un paquete bajo el brazo.

-Perdone, señorita-dijo Jim quitándose el sombrero al acercarse-. ¿No la conozco a usted?

La muchacha le miró con sus grandes ojos color tabaco, en los que aun se veían huellas de lágrimas.

-Es posible, señor, pero yo no le conozco a usted.

Jim se dijo que más que bonita era hermosa, y no tan niña como a primera vista parecía. Su cabellera era castaña, ondulada y un poco rebelde; sus labios, rojos, y sus atezadas mejillas teman un ligero tono rosa.

-¿No es usted Rosa Hatt?-preguntó el vaquero.

-Sí, señor.

Jim se apoyó en la jamba de la nuera, sonriendo a la muchacha.

-Me lo figuraba. Hay muy pocas muchachas tan guapas 'como usted en este país.

-Póngase el sombrero, señor-replicó Rosa agriamente-Estar descubierto no va bien con ese cumplido. Además, no estoy acostumbrada a ello.

-Muy bien-repuso Jim de buen humor-. Mala costumbre la mía. Algún día cogeré una insolación.-Otra cosa peor va a coger, si viene mi padre-exclamó la muchacha riendo-. A no ser que me diga pronto quién es.

-Bueno, Rosa, yo podría ser Juan de los Palotes-dijo Jim con voz pausada.

-Pero no lo es-añadió animada la joven, mirándole de cabeza a pies. Rosa no era atrevida, pero tampoco mostraba embarazo ni timidez.

Jim se dijo que la muchacha estaba habituada a tratar con hombres.

-Le diré mi nombre si la veo en el baile de esta noche-contestó.

-Ya sabía que, iba a parar en eso-repuso ella-. Y estoy segura de que jamás me ha visto antes.

-A decir verdad, tiene usted razón.

-No importa, pero temo que no pueda prometerle ningún baile.

-¿Por qué no?

-Mi padre me permite ir, pero Cedar, mi hermano, dice que no, Y Cedar manda en casa.

-Pero si su padre está conforme, vaya. Al fin y al cabo, es su padre.

Creo, señor, que usted no conoce a Cedar Hatt declaró Rosa casi con menosprecio-Estoy segura de que es usted forastero.

-Sí, es verdad, siento decirlo-dijo Jim, pensativo-. Pero... ¿qué tiene de malo su hermano?

-Celar es peor que el mismísimo demonio.

-Es horrible tener que llamar así a un hermano-opinó Jim.

-No es más que mi, hermanastro, igual que Henry y Tobe.

-¡Ah, ya comprendo! Su padre se casó dos veces, y la madre de usted fue la segunda esposa.

Los ojos de la muchacha se entristecieron y en su boca apareció un rictus de amargura.

-Hay gentes en las «Quebradas» que dicen que mi padre no se casó por segunda vez.

-¡Vaya que sí, muchacha! No crea en los chismes de esa gente. Y no sea tan dura con su hermano Cedar.

-¡Le odio!-exclamó Rosa, apasionada.

-¡Caramba! ¿Por qué odiar a los suyos? No es natural-continuó Jim lenta y persuasivamente, revelando cierto interés y cierta simpatía.

-Hay muchas razones para eso-replicó ella-. Suya fue la culpa de que Clan Dillon empezara a perseguirme.

-¡Dillon!-exclamó Jim cediendo a su asombro.

El tono de su voz y su centelleante mirada 1e dijeron a la muchacha que había hablado demasiado.

-Pues, ser, estoy hablando como una cotorra -exclamó, al parecer asustada-. Le ruego no repita a nadie lo que acabo de decir. Cedar me mataría.

Pierda cuidado-contestó Jim, afectuoso como antes-. El caso es, Rosa, que ha tropezado usted con un hombre en el que puede tener confianza.

-Así lo parece, señor. Me es usted simpático-observó la joven, aliviada.

-Gracias. Soy un hombre afortunado. Creo, sin embargo, que usted se casará con ese Clan Dillon.

-¡Antes al infierno!-exclamó Rosa mostrando de nuevo su fiereza-. No me casaría con ese empalagoso embustero ni para salvarle la vida; ni aunque me lo pida, lo que no hará. Yo sería menos que una esclava para él.

Jim bajó la cabeza, consciente de una frialdad interior que le sobrecogía. De nuevo había llegado la sensación del frío íntimo que no sentía desde hacía muchos años. La vida se repetía sin cesar, persiguiéndole el Destino.

Después tornó a mirar, a la muchacha, que se serenaba Yente. Al parecer, era una niña primitiva, y tan rosa silvestre como gata montés. Apagóse la llama en sus ojos y su boca perdió la rigidez. Jim sabía ya lo suficiente cerca de la vida de la joven.

-Rosa... ¿tiene usted alguna persona amiga?-preguntó seriamente-. Me refiero a alguna mujer que pudiera aconsejar a una jovencita corno usted.

-¿Yo? Pero, señor, ¿no le he dicho que vivo en las a Quebradas »?

-¿No hay ningún hombre, ningún muchacho siquiera que sea amigo suyo?

-No. Pero había uno que iba a serlo-repuso ella con sentimiento y malicia a la vez en la expresión-. Un chico

de California. ¡Qué buen muchacho! Cedar me sorprendió hablando con él.

-¡Malo, malo! ¿Qué hizo Cedar?-preguntó Jim con gran interés.

-Poco, dado su carácter-respondió la joven, de mala gana-. Lo persiguió corriendo, disparando al aire. Y luego me dio de puntapiés hasta que... no me pude sentar en muchos días.

-¡Válgame Dios!... Mire usted, Rosa; ya tiene usted edad para comprender quién es amigo suyo, ¿verdad?

-Creo que sí, señor, pero... temo confiar en nadie-balbució la muchacha, aturdida por la gravedad con que hablaba Jim.

-No hace falta que tema nada conmigo. Yo voy a depositar en usted mi confianza.

-¿Cómo?-preguntó Rosa, maravillada.

-Luego se lo diré. No quiero que huya usted asustada antes de haberme oído del todo... ¿Quién es el joven de California con el que la sorprendió su hermano?

-¿Me jura que no se lo dirá a nadie?-preguntó ella a su vez, impulsiva, atraída por la simpatía de él.-Rosa, yo sabré guardar su secreto y hacer algo más. Ya la ayudaré a ganar su amistad.

-¡Oh, señor, si eso fuese posible!-exclamó Rosa, entusiasmada.

-¡Aprisa! Veo que viene su padre.

-Se llama Marvie Blaine -fue la queda respuesta. Jim Lacy hizo una fuerte inspiración que parecía cortarle como un cuchillo. Inclinándose hacia la muchacha, dijo muy bajo

-Escuche, yo seré su amigo y el de ese muchacho, si usted' sabe callarse.

-No tema por mí, señor-repuso ella-. No podría atreverme a decir nada. La verdad es que no sé por qué he empezado a hablar, pero usted es distinto de los demás. ¡Yo necesito tener con quien desahogarme!

-Pues ya lo tiene usted. Hable conmigo. Yo iré a las «Quebradas».

-Pero ¿quién es usted?-preguntó Rosa, sobrecogida ante la afirmación.

-¿Ha oído usted hablar alguna vez de Jim Lacy?

Los labios de la joven abriéronse para dejar paso a un leve grito; su atezado rostro palideció.

-¡Dios mío!... ¿Usted?

-¡Sí, yo!

-¿Si, he oído hablar de usted, señor Jim Lacy?-exclamó Rosa con los ojos dilatados-. Hace muchos, muchos años ya. Viene, mucha gente al rancho de mi padre, y todos hablan de usted. Algunos le han visto, dos de ellos le han conocido tiempo atrás.

-Rosa, le voy a decir quiénes son: Hardy Rue y Cash Burridge.

-Sí, sí. ¡Oh, sí! Usted es Jim Lacy. Y... no estoy asustada, no-murmuró la joven-. No hace mucho, oí decir a Cash Burridge que le vio matar a un hombre por haber pegado a una mujer... ¡Oh, señor Lacy! , nadie me ha enseñado a conocer a Dios, pero he rogado..., le he suplicado noche y día... que viniese alguien y...

-¿No es ése su padre?-la interrumpió Jim.

-Sí, sí... ¡qué le diré?

-Nada, muchacha o nos ha visto. No lo olvide : ni una palabra a nadie. ¡Adios! .

Jim echó a andar como si acabara tienda,

y pasó tan cerca de Elam Hatt que hubiera podido tocarlo. Hatt venía acompañado de un hombre de rostro áspero y ajado como él. Ninguno de los dos reparó en su persona y, después de dar unas pasos, Jim miró atrás. La muchacha había desaparecido y las hombres continuaban su camino.

-¡Muy bien!-se dijo Jim-. Esta chica es valiente, pero muy joven aún. Así, pues mejor que su padre no nos haya visto juntos... Bien vuelve la antigua suerte de Jim Lacy. Media hora, como quien dice, en Winthrop, y ya estoy sobre la pista.

Marvie Blaine..., el muchacho que tanto le quería a él y a Ben Ide en aquellos días maravillosos de Río Perdido.

¡Y lo encontraba en Arizona! Marvie debía tener unos dieciocho años, un hombre a, según a apreciación de los vaqueros de la región.

-¡El diablo de aquel pecoso y pelirrojo muchacho!-continuó Jim-. Seguramente ya se las habrá buenos caballos, y llevará arma... ¡Creo que este país n s muy adecuado para un chico como Marvie ! Ben debería reprimir su fogosidad... ¡Caramba! No contaba yo con Rosa Hatt. No cabe duda, el chico se ha enamorado de ella. Y no es extraño. Yo también lo haría, si mi corazón no estuviera ocupado desde hace tiempo... ¡Bueno, bueno!, he aquí una muchacha y un chico con los que no contábamos... ¡Qué cosas mas raras tiene el Destino! Rosa ha dicho que fue culpa de Cedar el que Clan Dillon... ¡Pobre niña! ¡Qué cosas ha dicho de Dillon! Y ella conoce la verdad, no hay duda. Ya estoy deseando saber qué clase de hombre es ese capataz de Ben Ide. A Tom Day le es simpático, y a todos, según parece, menos a Rosa Hatt... Es una idea que hay que tener en cuenta. Es preciso apoyar a Rosa contra todos.

Jim recorrió la calle Mayor en toda su longitud y, cruzando a la otra acera, volvió a recorrerla, siempre hablando consigo mismo y fijándose, sin aparentarlo, en todas las personas. Tuvo el placer de encontrarse cara a cara con el juez Franklidge frente al hotel. El juez no hizo más caso de él que de los demás peatones. Pero no hubiese sido un placer para Jim tropezarse con Ben Ide, y por eso anduvo ojo, avizor. Sin embargo, como frecuentemente suele suceder lo imprevisto, Jim se dijo que, mientras estuviese en Winthrop, lo mejor sería retirarse a las tabernas y salas de juego, lugares a donde Ben Ide no iría. Además, las horas que Jim pensaba pasar en la ciudad serían pocas y sólo de tarde en tarde.

El vaquero se fue a un restaurante de una calle lateral para cenar y tomar habitación para la noche. Al oscurecer se atrevió a entrar en una tienda donde efectuó algunas compras; luego volvió al corral, del que retiró su equipaje, que llevó a su cuarto.

-Creo que esto es todo-soliloquió, al mirar en torna de la destartalada estancia.

Al mismo tiempo, pensaba que aquella tarde sería, seguramente, la última vez que pasearía por las calles como un desconocido, advertido sólo por pocos. Aquellos breves momentos fueron muy gratos a Jim.

-¡Bien! Estoy pronto a pagar lo que sea.

El pequeño espejo reflejó sus penetrantes y vivos ojos como puntas de puñal que luciesen en la sombra. Quedóse un momento inmóvil del todo, en la fría y silenciosa soledad de la habitación. Sabía que cuando volviera a salir era precisa penetrar en el rudo y perverso ambiente de los proscritos, jugadores y asesinos..., de toda aquella chusma del Sudoeste que, como ola fangosa, habíase precipitado sobre Arizona. Fríamente reflexionó que era necesario ser otra vez todo lo que implicaba su nombre, añadiendo a ello la experiencia obtenida durante los años de paz y sosiego. Sabíase en condiciones de llevar a cabo la tarea que se impuso los motivos que le impulsaban poseían la fuerza del amor, de la pasión y la razón de la justa causa.

-Casi debo dar gracias a Dios-dijo dirigiéndose a la pálida imagen del espejo-. Nunca he tenido ocasión de hacer algo que valiese la pena y ahora puedo emplear mis malas artes para un buen fin. Para Ben... y eso quiere decir, para ella, y para Franklidge y toda esa gente honrada que tratan de civilizar esa selvática región. Creo que, al fin y al cabo, se necesitan hombres como Jim Lacy... Ahora lo veo todo muy claro. Aunque me maten, Ben y Hettie sabrán la verdad algún día. Las cosas no pueden ocultarse, y me alegro que sea así.

Siguiendo frente al espejo, con forzada sonrisa, llegó por fin a la parte práctica del asunto. A pesar de que el éxito de la empresa dependía de su astucia y de sus particulares condiciones con respecto a los forajidos con quienes habría de convivir (y cuanto mejor practicase tales particularidades, mayor sería su probabilidad de vencer), todo dependía, inevitablemente, de su fatal destreza en manejar el revólver. Se trataba de matar. Tal era la fiereza de la época y la absurda norma de los forajidos, que él podría matar a éste o aquél, a tantos como quisiera, y con ello sólo aumentaría su fama, le haría sobresalir más entre ellos. Por supuesto que, al hacerlo así, se crearía feroces e inexorables enemigos; era preciso enfrentarse con la extraña paradoja del hecho de que muchos gunmen en cierne, o desesperados, que buscan la notoriedad, o algún vaquero borracho, tratarían de matarle a él, sólo porque era Jim Lacy.

De aquí que Jim, con fría deliberación, se pusiera a ensayar ante el espejo la rapidez de su vista y de su mano. Secretamente había practicado aquello durante los meses apacibles en que se dedicara al trabajo honrado. Una fuerza irresistible habíale obligado a hacerlo. Ahora lo comprendía. Y con profunda satisfacción vio que la mano había ganado en velocidad y firmeza. Fuera de eso, tenía, además, el don peculiar de todos los gunmen que lograban sobrevivir largo tiempo en el Sudoeste, y que consistía en saber leer el pensamiento del adversario.

-Acaso me haya propuesto más de lo que soy capaz de hacer-se dijo Jim al enfundar su revólver-. Pero desde el instante en que salga de esa puerta, estoy seguro de que cometeré pocos errores.

La guerra del Condado de Lincoln en el Estado de Nuevo Méjico hacía poco que había terminado. Había sido la más cruenta v feroz guerra entre los ladrones de ganada y los ganaderos, como de otros muchos que se vieron cogidos en la terrible vorágine que quedó como una página negra en la historia de la frontera del Sudoeste. Esa lucha había tenido para Jim un interés absorbente, casi morboso; no había desperdiciado ocasión de escuchar, o de leer, algo acerca de ella. Una vez fue a caballo a Nuevo Méjico, enviado por el juez Franklidge, con cierta misión relacionada can sus negocios, y durante aquella excursión había tenido oportunidad de conocer lugares y hombres que más tarde llegaron a ser famosos. Aquella guerra tuvo en sus comienzos cierta analogía con la actual situación en el Estado de Arizona. Jim no creyó que fuese posible que hubiera otra guerra como la del Condado de Lincoln, mas nadie podía prever las cosas. Arizona contaba con selvas y campos mucho más vastos y mayor número de ganado. Algunos de los hombres tristemente célebres del Condado de Lincoln habían sobrevivido a la hecatombe, desapareciendo de la región. No era injustificado suponer que alguno de ellos hubiese dirigido sus pasos a Arizona. «Esa banda de Pine Tree no la capitanea ningún cobarde», exclamó Jim; dando voz a sus pensamientos. Verdad era que Billy el Niño, el más temible de todos los desesperados del Sudoeste, había muerto en aquella lucha épica, con la mayor parte de su banda. Mas no todos habían mordido el ensangrentado polvo de Nuevo Méjico.

-Estoy seguro de que tropezaré con alguno de ellos aquí-murmuró Jim-. Cuando eso suceda, dispararé primero y preguntaré, después.

Dicho lo cual abrió la puerta y se adentró en la oscura y bochornosa noche de agosto.

XII

Winthrop, lo mismo que muchas otras ciudades del Oeste, contaba con mayor número de casas de bebidas y juego que de establecimientos de comercio. De la vasta región en que

estaba enclavada acudía mucha gente y además de los mil vaqueros y ganaderos, había, por lo menos, igual número de parásitos que vivían en aquéllos, desde el rico propietario de la casa de juego, que ostentaba botonadura de diamantes en la camisa, y el jugador que vestía levita, con todos sus abigarrados socios, hasta el ladrón de ganado que vivía oculto en las «Quebradas» y el pequeño propietario que ponía su marca a tantos becerros ajenos como criaba en su propiedad.

Una vez al mes, por lo menos, los hombres del campo visitaban la ciudad, para echar una cana al aire y andar de parranda. Estas costumbres eran tan regulares como el trabajo de cuidar del ganado.

Durante las primeras horas de la noche visitó Jim Lacy algunas casas de bebidas de la calle Mayor, absteniéndose, sin embargo, de entrar en' las de más importancia. Daba vueltas por el, mostrador y las mesas, agradable y amistoso con todo el que quería hablar con él, dispuesto siempre a convidar a cigarros puros y copas, dando al mismo tiempo excusas para no beber también él. Los vaqueros eran todos buenas personas, excepto, de cuando en cuando, algún borracho. Los jugadores, sus satélites, los mejicanos y los indios, atraídos por la liberalidad de Jim y por su prestancia, diéronle poco a poco el conjunto de información que deseaba obtener.

-Estoy buscando a un compañero-solía decirles a casi todos-. Un vaquero que se fugó de la cárcel de Nuevo Méjico.

Y así continuaba inventando historias para acabar haciendo preguntas. Los vaqueros, bajo la influencia de unas cuantas copas de licor fuerte, le dijeron todo cuanto se decía por las sierras y los ranchos. Algunos parroquianos de aquellos antros aceptaron las invitaciones de Jim sin decirle nada. Éstos eran, desde luego, los que más sabían y a los que era preciso tratar bien; pero sólo logró que le mirasen con recelo. Los encargados de los mostradores, en su mayor parte ganchos de las casas de juego, diéronle, en cambio, buenas informaciones. Por fin se alejó de la última taberna con intenciones de ir al local donde se celebraba aquella noche un baile.

-Para comenzar, no está mal-musitó Jim recordando lo que había logrado saber-. Cash Burridge lo vendió todo, se está jugando el dinero y pasa la mitad del tiempo en la ciudad. Está enredado con una muchacha mejicana. Siempre será el mismo... Y Clan Dillon es un gran personaje, ¡vaya! Los Ide, californianos ricos, a los que están robando todo el ganado... Tanto puede ser Tom Day el cabecilla de la banda de Pine Tree, como cualquier otro. ¡Cómo se va a reír Tom cuando lo sepa! La familia Hatt, excepto Cedar, no más que rancheros malos, lo suficiente miserables para realizar todo lo que no sea muy peligroso. Cedar Hatt, en cambio, una persona malísima. No lucha con lealtad, sino con astucia, y a traición. Los Stillwell, los huesos más duros de las «Quebradas». Jamás vienen a la ciudad... Vale la pena recordarlo. Lo que tal vez me interesa más que todo es lo que me ha dicho un pastor medio borracho, y es que se ven con frecuencia jinetes misteriosos atravesando la sierra de Mogollones. Bien mirado, todo recuerda el mismo ambiente de otros tiempos. Y ahora me hallo metido de nuevo en él.

Jim, siguiendo los pasos de la gente joven, que avanzaba de prisa, encontró pronto el lugar del! baile, en una callejuela, casi en las afueras de la ciudad. Era un edificio bajo, de adobe, muy grande. Su aspecto era pintoresco a causa de la abigarrada iluminación y sus emparrados, que formaban porches alrededor del edificio. Afuera había una multitud de mejicanos, indios, blancos, gente mal vestida, y chicos turbulentos que contemplaban por las aberturas de los parohes a las parejas que, o paseaban por el, patio, o bailaban en el interior, al son de la orquesta. El conjunto tenía cierto aire de fiesta popular.

Al entrar en el recinto, Jim se lió cuenta de que le miraban de hito en hito algunos hombres, al parecer encargados del baile o, por lo menos, que vigilaban a los que iban entrando. Uno de ellos era Macklin, el alguacil mayor de Winthrop, un policía que, de vez en

cuando, solía arrestar a un vaquero, o a tal o cual indio o mejicano, pero del que no se sabía que hubiese esposado jamás a un jugador ni a ninguna de las muchas personas de carácter peligroso que había en la ciudad. Sin embargo, nadie dijo nada a Jim. Éste se dirigió a la amplia escalera para contemplar a los bailadores, y luego, yendo de un sitio a otro, divirtiéndose con el espectáculo, halló al fin un lugar de su gusto. Allí se sentó para escuchar y observar.

Jim Lacy había sido aficionado al baile durante las épocas que pasó en Texas, Idaho y Nevada, mas desde que llegó a Arizona dejó de bailar. Sus camaradas del rancho de Franklidge echaron de ver esta peculiaridad y, no pudiéndole persuadir para que continuara bailando, le tildaron de enemigo de las mujeres.

Jim tardó poco en darse cuenta de que en aquel baile las cosas iban como era debido, y comprendió por qué le habían mirado tanto a la entrada. No se permitía allí beber ni turbulencia alguna. Ni los vaqueros ni los demás jóvenes presentes daban señales de ser aficionados a la botella. Entre las parejas que bailaban y las que paseaban por el, patio había cierto número de muchachas, mejicanas, de negro cabello, adornadas con flores, muy risueñas y lindas con sus trajes de fiesta. Era aquélla, en efecto, una verdadera festividad, llena de color y de vista, dulces sonrisas y genuina música española. Jim se dijo que andaba equivocado en sus cálculos. Era posible que Rosa Hatt estuviese entre la concurrencia, mas nunca admitirían en aquel lugar a Cedar ni a ninguno de los hombres a los que le interesaba vigilar, a no ser Clan Dillon. Éste, por el contrario, no sólo sería bien recibido allí, sino que, seguramente, se convertiría en héroe de la fiesta.

A poco de estar sentado, creyó Jim haber visto pasar a Rosa Hatt por el otro extremo del patio. Al punto se levantó para ir allí, pero le costó abrirse paso, pues habiendo empezado la música, las parejas acudían presurosas y le impedían avanzar. Más de una muchacha tropezó con él y, por fin, una jovencita, corriendo para adelantarse a otra pareja, cayó en los brazos de Jim.

-¡Dios mío! ¡Perdóneme!-dijo la muchacha riendo.

-Oiga usted, señorita, ¿verdad que no lo hizo usted adrede?-dijo Jim, también sonriente.

La joven se arreboló de un modo delicioso, mientras

un asomo de coquetería brillaba en sus alegres ojos. Un vaquero alto, muy jovencito, se acercó y clavó una mirada furibunda en Jim.

-¡Caramba con el petimetre!-dijo-Ha dicho usted «señorita», pero no sabe distinguir cuando habla usted con una. Me dan ganas de cruzarle la cara.

-Hijito, no me gusta que me zurren, de modo que, perdone-repuso Jim, y se marchó.

Al final del patio se detuvo para mirar a la muchacha que en aquel momento entraba en el salón. Era, en efecto, Rosa Hatt, y, por cierto, muy transformada. Llevaba un traje vaporoso, de tela barata, con zapatos y medias del mismo color,-mas ello sólo aumentaba su belleza, porque era joven y estaba radiante. Su pareja era un vaquero casi de su misma edad. Los dos se quedaron un momento abrazados, tímidos y torpes, antes de empezar a balar. Rosa no sabía valsar, pero hizo, no obstante, un esfuerzo para seguir el paso de su pareja.

Jim estuvo contemplando a los dos hasta que se perdieron de vista entre la multitud. Aquel extremo de patio daba por aquel lado a un jardín, y por éste serpenteaba una senda, bordeada de-arbustos. En algunos sitios se veían bancos, sombreados por espesos parrales. Jim siguió contemplando a los bailadores, con objeto de volver a ver a Rosa, a la que esperaba poder hacer alguna seña. Mas no logró verla y, al terminar el baile, se sentó junto a la baranda que daba sobre el jardín. Siguió luego el atareado ir y venir de la gente joven, en busca de refrescos y sitio donde sentarse, llenándose el patio de murmullos y risas.

La escena despertó en Jim un extraño sentimiento. Los placeres y la alegría que veía allí eran cosas que había echado de menos, sin que fuese culpa suya, como se dijo, amargado. Las parejas jóvenes pasaban cerca de él, excitadas, frívolas, encantadas de vivir aquellos

momentos. Había también gente, madura, algunos con canas, mas tampoco éstos dejaban de sentir la alegría de la hora.

La sensación de envidia duró poco en Jim; era verdad que nunca había podido gozar aquella dicha, pero tampoco había muchos hombres en el mundo que pudiesen prestar los-servicios que él se había impuesto.

A poco surgió una pareja de entre la sombra. Cuando hubo dado algunos pasos, pero sin distanciarse de donde estaba sentado Jim, medio oculto, la muchacha se detuvo.

-¡Por favor!... Vamos al jardín-rogó el hombre.

Su voz obligó a Jim a volverse para verle mejor. Tratábase de un tipo con aspecto de buen jinete, alto, ágil, ancho de hombros. Llevaba traje oscuro y ostentaba una flor en el ojal. Su rostro era atractivo, mas Jim no sabía si lo era por su hermosura o por otro motivo difícil de analizar en aquel momento.

-No, señor Dillon, no quiero ir más lejos-contestó la muchacha.

Tanto le encantó aquella adorable visión, que perdió algunas palabras de la .pareja. Al oír de nuevo el nombre de Dillon, Jim salió de su éxtasis.

-Señor Dillon-decía Hettie-, no puedo casarme con usted porque no lee amo.

-Pero, Hettie, es preciso..., con el tiempo me amará-replicó Dillon con voz apasionada, cogiéndola de las manos.

La joven se resistió, desasiéndose.

-Nunca llegará ese día-dijo con furiosa mirada-. Pero, ¿qué clase de hombre es usted, que persiste con tanta grosería? Me fue simpático..., casi le admiré hasta que empezó usted a molestarme. Hasta ahora se lo he perdonado, por mi hermano, que le aprecia mucho, pero i basta ya, señor Dillon

La enérgica, aunque digna respuesta no hizo ninguna impresión en Dillon, quien siguió implorando con voz apasionada, e iba poco a poco empujándola hacia la pared. Dillon no era un vaquero joven y loco de amor. Parecía un hombre diestro en-el arte de cortejar y absolutamente ajeno a todo lo que no fuera su ambición. El modo como obstruía los repetidos movimientos de ella para salir, empujándola, sin ponerle la mano encima, hacia la pared, demostraba que procedía deliberadamente.

-¡Creí que era usted un caballero!-exclamó Hettie.-Ningún hombre piensa en esas cosas cuando está enamorado-replicó Dillon-. Ensayé a serla con usted y, a decir verdad, mi proceder no era entonces tan natural como ahora. Ahora pierdo la cabeza. Le digo que la quiero, y usted tiene que ser mía. ¿Qué dice?

-Pues que todos nos hemos equivocado con usted, señor Dillon.

-¡Vaya, vaya!-repuso el hombre con exaltada risa-. Y ahora mismo se lo voy a demostrar-y diciéndolo, intentó abrazarla.

Mas, al parecer, se había equivocado respecto a la muchacha. Ésta, que era fuerte y ágil; se desasió al momento y se apartó de la pared.

-¡Ya verá... lo que le dirá... mi hermano... cuando sepa cómo me ha faltado usted!-dijo Hettie, jadeante.--Si tiene usted sentido común, no le dirá nada-contestó Dillon, trocando su actitud de ardiente amador en un rápida gesto de amenaza-. Ben Ide está mal situado aquí. Arizona no es California. Hay aquí muchos abigeos y puede estar segura de que algunos de ellos son rancheros que pretenden ser amigos suyos. Yo conozco el negocio del ganado como conozco a esa gente. Ya ha perdido casi todo su ganado y, si compra más, más perderá. Tenga usted en cuenta, Hettie, que soy el único en Arizona que puede salvarle de la ruina.

-¡Qué modo de envalentonarse! ¿Sabe usted que parte del negocio del rancho Ide es mío?-dijo Hettie con sarcasmo.

-Lo oí decir, pero no quise creerlo.-Bueno, pues ya lo sabe usted.

-¿Y qué participación tiene?-preguntó Dillon, curioso.

-La tercera parte de las tierras y del ganado. Además, tengo casa aparte de la de Ben.

-Eso no es nuevo para mí, y para el caso apoya mi teoría. La ruina de Ben será la suya.

-La pérdida de algunos miles de cabezas de ganado no nos perjudicará ni a mi hermano ni a mí-respondió Hettie burlonamente, estudiando con atención el rostro de Dillon, al que ahora veía como si se hubiese quitado una máscara.

-¡Muy rica debe de ser usted para hablar así!

-No estoy mal, gracias a Dios. A veces me he preguntado si era eso lo que le interesaba saber. Ahora lo sé. Dillon rió de un modo que hubiese sido una revelación para una mujer de más edad y más conocedora de la vida de la región selvática.

-En cambio, Hettie no comprendió lo que tan claro era para Jim Lacy, oculto allí como un tigre en acecho.-Muchas gracias, es usted muy inteligente-dijo el capataz de Ben Ide-. Pero seguiría tan loco por usted aunque fuese pobre como Rosa Hatt. La amo..., la deseo..., la necesito..., tanto, tanto..., que si no logro hacerla mía, me convertiré en un diablo.

-Parece que ese proceso de «convertirse» en lo que dice, ya se ha iniciado hace tiempo.

-Es usted felina..., como todas las mujeres-replicó Dillon-. Estamos perdiendo el tiempo. Si consiente en casarse conmigo, salvaré a su hermano. De lo contrario, le abandonaré y emplearé contra el toda mi influencia en esta región. Haré que no pueda vivir aquí. Y, al final, será usted mía sin condiciones.

-¡Ajá! ¡El señor Clan Dillon, el hombre popular, el mejor ganadero, el capataz más leal y honrado de Arizona!-exclamó Hettie con asombro y desdén.

Dillon, que ahora daba la espalda a Jim, contestó con un gesto despectivo.

-Señor Dillon; cuando, hace semanas, llegó usted a nuestro rancho y empezó a obsequiarme con... sus atenciones, creí que había algo raro en usted-continuó Hettie con energía-. Como decía el viejo Raidy, era usted demasiado bueno para ser verdad. Bien, ahora le creo tan malo como antes aparentaba ser bueno. Creo que es usted un asno despreciable y vanidoso; un canalla y un bandido... No hace, falta que vuelva mañana al rancho. Marvie Blaine me llevará a casa.

-¿Qué quiere usted decir?-preguntó Dillon.

-Que no tendrá ocasión de abandonar a Ben. Ahora mismo le despido yo.

-¿A mi? ¿Qué? ¿Quién me despide a mí?

-¡Yo!

-¡Bah! Está usted loca. Ben Ide no la escuchará; sabe que no puede pasarse sin mí. ¿Es que no tiene usted sentido común. para ver eso?

Hettie le volvió de pronto la espalda y se marchó, desapareciendo a poco entre la concurrencia.

-¡Maldita suerte la mía!-murmuró Dillon. Encendió después un cigarrillo y se quedó pensativo mientras fumaba.

Jim Lacy salió de la sombra colocándose. ante el capataz.

-Buenas noches, Dillon-dijo.

-Buenas. No recuerdo haberle visto-respondió Dillon mirando a Jim de pies a cabeza con rápida mirada.

-¡Claro que no!-respondió Jim glacialmente.

-¿Quién es, usted?-preguntó Dillon con voz áspera.

-Podría ser Juan el Tonto..., sólo que no lo soy.

-¡Qué ingenioso es usted!, ¿verdad? -observó el capataz para ganar tiempo, porque conocía a los hombres y más aún al Oeste selvático-. Creo que es usted más Juan Simple que Tonto. Y aunque nada me importa su nombre, quisiera saber de dónde viene usted.

-Pues... vengo de Nuevo Méjico-repuso Jim.

-¡Caramba!-exclamó Dillon-. Eso me tiene sin cuidado. Deseo saber de dónde sale ahora.

-Pues... estaba sentado allí..., en la baranda.

Jim señalaba al mismo tiempo con la mano hacia las sombras, mas sin apartar los ojos de Dillon.

Éste soltó una interjección en voz baja y tiró el cigarrillo al suelo, con tanta fuerza, que la lumbre se desparramó.

-¿Estaba ahí... escuchando..., espiando? .-preguntó, haciendo un gran esfuerza por dominarse.

-¡Claro que sí!-fue la fría respuesta de Jim.-Forastero, sepa que en mi país matan a la gente por cosas semejantes.

-No lo ignoro. Por eso no pido perdón.

Al parecer, el capataz coligió, por la respuesta, que sus sospechas ante la aparición de Jim eran justificadas. Sus groseros modales cambiaron de repente. Era notable ver cómo ocultó, de pronto, su verdadero carácter. Hallábase desenmascarado respecto a sus pretensiones, mas siguió sereno, frío, mirando a Jim con sus extraños y verdosos ojos. Trataba más de descubrir las intenciones de Jim que de saber quién era.

En cuanto a Jim, juzgó que Dillon era un hombre del Oeste muy distinto del carácter que se le atribuía de aquella parte de Arizona. Juzgó a Dillon sin tener en cuenta las palabras de Rosa Hatt. No reconoció en el capataz un espíritu semejante al suyo, pero sí leyó en el rostro de el que era un hombre valiente, habituado a la más ruda y más peligrosa vida de la frontera selvática.

-Veo que lleva usted revólver, forastero-observó Dillon sin inmutarse, encendiendo al mismo tiempo otro cigarrillo.

-Sí, es una inveterada costumbre mía.-Supongo que habrá visto que no voy armado.--Claro; lo vi en seguida, y acabo de leerlo también en sus ojos.

-Conque ¿sabe usted leer el pensamiento de los demás, eh? Es una valiosa ayuda para ciertas gentes.-¿Se refiere a alguien en particular?-preguntó Jim con sequedad.

-Sí, a espías, jugadores, ladrones, gunmen y sus semejantes.

-Gracias. Aprecio su franqueza. Y como no quiero que me superen en cumplidos, repetiré lo que le ha llamado la señorita Hettie Ide..., es usted, un asno despreciable y vanidoso..., un canalla y un bandido.

-¿Usted ha oído todo lo que ella dijo?-exclamó Dillon, que sólo a duras penas logró reprimir la cólera.-¡Ya lo creo! Y nunca oí llamar a un miserable con más propiedad. Me chocó, porque, hoy mismo, he oído que otra persona le ha llamado empalagoso embustero...

-¡Caramba ! ¡Pues sí que ha oído usted cosas!-repuso Dillon-. Bueno, me tiene todo sin cuidado.

-Es natural. Una mofeta apesta tanto, que sólo las balas puedes: acercarse hasta su epidermis.

-Es usted muy valiente, forastero, ostentando tanto su revólver. Mas me canso de escucharle. ¿Es usted de Nuevo Méjico o no?

-No. En eso he .mentido.

-¡Ajá! ¿Y se figura usted que yo vengo de allí?

-Sí, señor.

Ya ve-usted: que no lo niego. ¿Qué me importa a mí lo que pueda :pensar o hacer? Se da usted aires de vaquero, pero, que yo sepa, no pertenece a ningún rancho de los alrededores de Winthrop. Su apariencia es un poco sospechosa, señor, considerando que esta región está llena de bandidos y ladrones de ganado.

-Es verdad. Por eso he venido. Por primera vez, Dillon se puso rojo.

-Haré que le echen de aquí-dijo-. Y le diré a Macklin que es preciso vigilarle.

-Está bien-repuso Jim fría y deliberadamente-, mas no se olvide de decirle, al mismo tiempo, que soy Jim Lacy.

Un gran temblor acometió la corpulenta humanidad de

Dillon: La palidez borró al punto el subido color de su rostro.

-Conque Jim Lacy, ¿eh? Pues sepa que ya en otra ocasión me gastaron esa broma. Es un viejo ardid de los. fanfarrones el adornarse con plumas menas.

Mas Dillon no estaba tan seguro como quiso dar a entender. Aquel terrible nombre habíale impresionado a pesar de su sangre fría.

La gente honrada poco tenía que temer de Jim Lacy, ni de hombres semejantes. Dillon mostró de pronto un miedo instintivo, cierta flaqueza de ánimo, pero supo dominarse con rapidez.

-¿Y pretende hacerme creer que es usted Jim Lacy'-preguntó con voz ronca.

-Le he dicho quien soy, pero nada me importa lo que pueda creer-respondió Jim glacialmente, disponiéndose a dar por terminada la conversación.

-Muy bien-continuó el capataz respirando con dificultad-. De todos modos, creo que es usted un embustero.

Jim lió un salto y de un formidable puñetazo derribó, a Dillon.

-Puede que no le baste esto para convencerse-dijo, Jim con voz pausada-. Yo le he dicho quien soy, algo que usted no ha hecho aún.

Dillon se incorporó con cuidado, volviendo el enrojecida rostro hacia su adversario; pero no contestó.

Jim, al volverse, se halló frente a Rosa Hatt, que debió de presenciar la escena final de su encuentro con Dillon.

-¡Oh..., señor!-exclamó la muchacha, temerosa. Las parejas de baile iban saliendo del salón. Un joven alto, cuya figura le pareció familiar a Jim, apareció, detrás de Rosa. Ésta cogió al muchacho del brazo mientras su mirada iba de Jim a Dillon, quien no se había atrevido aún a marcharse. Sin decir una palabra, se alejó. Jim corriendo.

-¡Dios mío! ¿Quién era éste?-exclamó una voz, seguramente la del joven acompañante de Rosa, voz que despertó en Jim Lacy recuerdos de antaño. Al mismo tiempo, aquella voz le obligó a alejarse con mayor rapidez y no se detuvo hasta verse en la calle.

-Ése es Marvie Blaine. ¡Bendito sea Dios!-murmuró Jim, ya a salvo-. ¡De buena me he librado!

Eran las once de la noche cuando Jim Lacy entró en «El As», en aquella época de la sala de juego más célebre de todo el Sudoeste.

Juan Brennan, su propi etario, tenía a su favor dos características únicas. Gozaba reputación de ser un jugador leal y no admitía mujeres en la casa. De aquí que no fuera tan próspero como otros de su clase y que su casa no ostentase la 'lujosa decoración propia de aquellos antros. A nadie prohibía la entrada en la sala de juego, siempre que se jugara con limpieza y lealtad. A más de un jugador de malas artes lo habían sacado de « El As» con los pies por delante. Se decía que este hecho tuvo efectos saludables sobre los fulleros de rostro impasible y mirada aguda que frecuentaban la sala.

Jim Lacy entró en el salón del bar como quien huye. Y, en efecto, le perseguían; aunque, en su caso, sólo se trataba de los recuerdos.

-Oiga, vaquero, ¿por qué huye usted?-preguntóle un hombre alto que estaba junto a la puerta, de espaldas al mostrador, el ancho sombrero echado hacia atrás, exhibiendo su rostro curtido por el tiempo. Una placa de metal, en la que había una inscripción, se destacaba en lugar visible de su chaleco.

Jim reconoció instantáneamente al individuo.-¡Hola, Macklin !-dijo sin darle importancia-. Pues venía huyendo de un alguacil.

-Y tropieza usted con otro-gruñó Macklin, sorprendido y disgustado-. ¿Quién es usted'?

-El capataz del equipo de la Cafetera-repuso Jim con voz pausada y perita.

-¿Cómo se llama usted?... El caso es que aquí no hay ningún equipo de la Cafetera en este preciso momento... Me dan ganas de encerrarle en el calabozo; me resulta usted un tipo sospechoso. ¿Qué ha estado haciendo y cómo se llama?

-Maldito si le importa a usted-replicó Jim cambiando de pronto de tono y actitud-. Pero si se queda aquí, seguramente se lo dirá alguien.

-Alto, ahora mismo va usted a venir con...

-¡Ojo, Mack!-interpuso una voz a espaldas de Jim. Una copa se cayó al suelo, rompiéndose, y pesados pasos se aproximaron. Un hombre se colocó frente al alguacil

y Jim, diciendo-: Usted perdone, pero creo que le conozco. Si me equivoco, dígalo.

-¡Hola, Cash !-contestó Jim tendiéndole la mano. Cash Burridge parecía tener diez años más que cuando Jim le viera la última vez. La bebida, la dura vida y sus malas pasiones fueron su desgracia. Al oír el saludo de Jim, la expresión de su atezado rostro trocóse en franca sonrisa.

-¡Válgame Cristo!-exclamó, estrechando con sus manos la derecha de Jim vigorosamente y sonriendo con ojos brillantes-. Pero, ¿es posible que sea usted?

-El mismo en persona, Cash. Acabo de entrar y ya estoy buscando camorra.

-¡No! ¿Con quién?-preguntó Burridge reprimiendo la ruidosa expresión de su bienvenida. Al mismo tiempo se inclinó hacia Jim hablándole en voz baja.

-Con nadie en particular, Cash. Es que tengo ganas de bronca.

-¡Vaya, vaya! Ha cambiado usted mucho. Sobre todo en disposición, si es verdad lo que dice. Conque buscando camorra, ¿eh?

En aquel instante se interpuso el alguacil, colocando rudamente la mano sobre el hombro de Burridge y obligándole a volverse un poco.

-¿Es amigo de usted? Pues no es ninguna garantía para no meterlo en la cárcel.

-¡Diablo!-estalló Burridge-. Yo estoy tratando de que no le metan a usted en el osario. ¡ Dios santo, si le dijera quién es, sudaría usted sangre!

Macklin abrió la boca, asustado, y tambaleándose dio contra el mostrador, dominado por el miedo que le inspiró la afirmación de Burridge. Éste llevó a Jim aparte, alejándole de los circundantes, que se habían quedado boquiabiertos.

-¿Es verdad que es usted, Jim?-murmuró con voz ronca.

-¡Claro hombre! ¿No tiene usted ojos?

-Pero, ¡si nos habían dicho que había muerto!

-Un poquitillo exagerada es la noticia, Cash.-Conque, ¿caído de las nubes? Jim Lacy, acabadito de bajar del cielo, ¿eh? Bueno, que me aspen si... Y eso que nunca como ahora me he alegrado tanto de verle. Le hablo con sinceridad, Jim.

-Pues yo también me alegro de verle, Cash, aunque usted y yo nunca hemos intimado.

-¿Dónde ha estado usted, Jim, desde que salió de Lineville? ¡Válgame Dios!, jamás olvidaré la noche que vació el ojo de Link Cawthorne con su certero disparo.

-Mire, Cash, no le importe dónde pueda haber estado.

-¡Vaya, hombre!, la cosa nada me importa, aunque, la verdad, siempre he tenido mis ideas acerca de ello. Me figuraba que-estuvo usted en Nuevo Méjico, metido en aquella lucha infernal del Condado de Lincoln. Algunos de los participantes salieron ilesos. Yo sé de uno que vive y que fue íntimo de Billy el Niño.

-¿Quién es?-preguntó Jim.

-No puedo revelar su nombre; a nadie, excepto a usted, le hubiera dicho tanto. ¿Cuándo llegó aquí?-Hoy.

-Le van a reconocer.

-Es natural. Así lo espero, y la cosa me tiene sin cuidado.

-¡Caramba, Jim! Con los años, se ha hecho usted temerario. Se ve que es más viejo, pero tiene aspecto de gozar de salud y de prosperidad'.

-¿Quiénes son los que me van a reconocer?

-¿Recuerda usted a Ace Black?, aquel jugador que conocimos en Lineville, en la «Mina de Oro».

-Sí, recuerdo a Black.

-Está arriba, en la sala, jugando al Faraón. Black le reconocerá, pero es incapaz de revelar su identidad. En cambio, Hardy Rue si, porque nunca tuvo simpatía por usted. Sigue creyendo que usted mató a Less Setter. Rue me ha seguido a-todas partes estos últimos años, y a él atribuyo mi mala estrella.

-¡Ah! ¿Qué fue de aquel negocio que pretendía usted hacer en Arizona, Cash?

-Jim, usted me caló bien. No tengo carácter para resistir la prosperidad-contestó Burridge gravemente-Pero juro que fui honrado hasta que me apremió la necesidad' de dinero. Hacer dinero robando es cosa fácil para mí, pero para dedicarme a ranchero no sirvo. Empecé a pedir prestado. Luego tuve ocasión de vender el rancho a un tal Benjamín Ide, de California. Le engañé, y después lo sentí. ¡Ése sí que es un hombre, Jim! ... Bueno, cuando me vi con dinero otra vez, empecé a beber y a jugar contra la banca.

-Y ahora está usted poco menos que arruinado, ¿eh? ¿Quién se llevó todo ese dinero?

-Todos un poco. Brennan, bastante, pero no me contraría por lo que respecta a él. Hardy Rue se llevó la mayor parte. Me enamoré de una muchacha mejicana y ella y Hardy Rue me engañaron, robándome el dinero.

-¿Y por qué no le encajó cuatro tiros a ese bandido?

-No tuve valor para provocarle cara a cara; y para matar a traición no sirvo.

-¿Rue está aquí ahora?-preguntó Jim.

-Supongo que estará con esa chica. Aún es temprano para que venga... ¡Lo que me voy a reír cuando nos vea a los dos juntos! Rue le teme a usted, Jim, y es preciso que le vigile.

-¿Dónde vive usted, Cash?

-Paso mucho tiempo aquí en la ciudad-contestó Burridge,-, pero tengo una cabaña en las «Quebradas».

-¿Y tiene usted conocidos allá abajo?

-¡Ya lo creo, Jim! Los conozco a todos, menos a las nuevos. Y le digo que entre éstos hay algunos tipos muy peligrosos. El país es infernalmente salvaje y grande, ¡muy grande! He llegado a encariñarme con Arizona.

-Bueno, amigo Cash, cuando usted era rico no simpatizaba mucho con usted'-observó Jim sonriendo-, pero ahora que está arruinado y tiene mala estrella, le propongo que seamos buenos amigos.

-¡Caramba, Jim Lacy! ¡Siempre ha sido usted un hombre extraño!-repuso Burridge con viveza-. Creo que algo se trae entre manos, mas, sea lo que sea, a su lado estaré.

-Muy bien, Cash, así me gusta. Y ahora demos una vuelta por aquí para que me enseñe lo que hay.

XIII

Hettie Ide había ido al baile de Winthrop como invitada de Alicia Franklidge, muchacha de diecinueve años, hija de la segunda esposa ,del juez. Era una joven franca y pizpireta, muy del agrado de Hettie; las dos estaban en camino de ser muy buenas amigas.

Salieron del baile antes de medianoche, conduciéndolas a casa del juez el acompañante de Alicia, en su coche. La noche era fría y clara, el firmamento estaba cuajado de estrellas. Hettie se quitó el sombrero para que el aire la refrescara.

-¿Qué? ¿Le ha gustado su primer baile en Arizona?-preguntó el joven ranchero.

-Mucho, señor Van Horn..., a pesar de un incidente... desagradable-contestó Hettie.

-Me alegro de que le haya gustado y siento lo del incidente. A decir verdad, los bailes de ahora son juego de chicos comparados con los de antes. ¿No, Alicia?

-Así es. Antes me daba miedo ir-repuso la joven-. Las riñas eran cosa corriente, una por baile. Ahora están muy bien. Mi padre y algunos hombres preeminentes de la ciudad han arreglado eso... Hettie, me disgusta mucho que la haya molestada ese Clan Dillon. Ya sé que no puede haber sido otro. Usted bailó con él, y cuando volvió a nuestra mesa, estaba usted nerviosa y acalorada.

-Sí, ha sido Dillon. Me ofendió.

Van Horn hizo restallar el látigo por encima de los caballos, de un modo súbito y violento.

-No me sorprende-continuó Alicia, pensativa-Dillon es un hombre guapo, fascinador, muy agradable de trato. Pero siempre me ha parecido un poco osado y grosero.

-¿Quién era esa muchacha tan linda a la que Marvie prestaba tanta atención?-preguntó Hettie.

-No reparé en ella, pero sí observé que Marvie estaba divirtiéndose mucho.

-Ella estaba a su lado un poco antes de salir nosotros-continuo Hettie-. Llevaba un traje de muselina blanca, medias de algodón y zapatos, que le venían grandes. Se quedó rezagada cuando Marvie se acercó a mí; creo que tenía miedo de hablar con nosotros. Me ha parecido muy guapa. Sus ojos son grandes y negros, de mirada preciosa; sus labios, rojos, y su cabello, castaño y rizado.

-Entonces es Rosa Hatt-repuso Van Horn.

-¿Rosa Hatt? ¿Pertenece a esa familia de mala reputación de que tanto se habla?-preguntó Alicia.

-Sólo hay una familia que se llame Hatt, Alicia, y Rosa es la única chica de la casa-explicó el joven ranchero-. Ya la había visto antes, porque bailó con ella Carlos Moss. Es una chica guapísima, pero modesta y quieta. El joven Blaine parece estar flechado por ella.

-¡Ya lo creo!-corroboró Hettie seriamente-. Marvie es un excelente muchacho, pero se va acostumbrando demasiado a la vida ruda y selvática. He reñido a Ben porque le deja en demasiada libertad.

-Mire usted, Hettie, el amor de Arizona se desarrolla como el fuego en la hierba seca del, desierto-observó Alicia sonriendo-. Usted lo que ha de hacer es estar alerta; ¿verdad, Van?

-Sí, pero de nada le servirá-replicó Van Horn en tono jovial-. Uno de nuestros valientes muchachos se va a llevar esa prenda.

-Señor Van Horn, es la segunda vez que oigo esta noche tales vaticinios-contestó Hettie, complacida-. Me siento muy halagada.

Poco tardaron en llegar a casa de Franklidge, que se hallaba sobre una elevada planicie, entre majestuosos pinos. Las dos jóvenes entraron en seguida y encontraron al juez fumando junto al hogar. Franklidge ció calurosamente la bienvenida a Hettie.

-¿Ha visto usted' a su hermano?-preguntó, al ofrecerle una silla.

-No. ¿Es que al fin ha venido?

-Sí. Estuvo aquí esta tarde y charlamos una hora sobre un asunto de ganado. Le aconsejé que no comprase más de momento.

-¿Estaba Ina con Ben?-preguntó Hettie.

-Ya lo creo, y muy guapa, por cierto. Los invité a pasar la noche aquí, pero quisieron ir a un hotel para poder hacer mañana temprano sus compras. Dejó recado de que, si no la veía a usted en el baile, la esperaría mañana alas doce en punto en los almacenes Brydon.

-¡Válgame Dios! Me alegro de haberme marchado del baile antes de que viniera Ben-exclamó Hettie con extraña risa.

-¡Caramba! ¿Por qué dice usted eso?-preguntó el juez bajando la. cabeza para mirar por encima de sus lentes.-Temo que mi encuentro con Ben vaya a ser violento para mí. He de decirle que... despedí a Dillon.

-¿A Clan Dillon? ¿Lo despidió usted?-exclamó el juez incorporándose.

-¡Vaya!

-¡Caramba, caramba! ¿Y por qué, muchacha?-Tenía mis motivos, aunque temo que Ben no los comprenda. Para él no hay más que Dillon ; confía en él de un modo ciego y tiene de él una opinión excelente. Bien..., el caso es que el señor Dillon ha hecho que mi estancia en el rancho sea muy difícil. Siempre me espía en cuanto salgo. Al principio no me hizo el honor de proponerme el casamiento, mas al fin llegó a eso, y a pesar de mis protestas, sigue insistiendo. Yo no sabía que Dillon iría al baile, porque, de saberlo, no hubiera ido. Bailé una vez con el y salimos a la terraza y... bueno, para abreviar..., me ofendió.

-Papá, a mí no me sorprendió eso. Nunca me ha gustado Dillon-interpuso Alicia.

En aquel momento entró Frank Van Horn.

--Dígame usted en qué la ofendió-preguntó Franklidge con los ojos en llamas.

-Pues... me dijo que yo iba a ser suya tanto si me gustaba como si no, y me vi obligada a defenderme de él.-¿Es que le puso la mano encima?-preguntó el juez.

-Las dos manos y también los brazos-dijo Hettie riendo, aunque al decirlo se ruborizó-. Se reveló como un rufián. Creo que Dillon sabe cómo tratar a ciertas mujeres. Seguramente esperó que yo chillase un poco, que le suplicara después y que al fin cayera en sus brazos. Pero soy fuerte y me desasí violentamente.

-¡Canalla! Merecería que le aplicasen el látigo-exclamó Franklidge, acalorado.

-Mejor sería hacer uso del revólver-añadió Van Horn.

Hettie no se atrevió a revelar la amenaza de Dillon de arruinarlos. Reflexionando fríamente, había llegado a la conclusión de que era difícil saber cómo tomaría el hermano su actitud. Por desgracia, Ben estaba ya acostumbrado a sus quejas acerca de las impertinencias de los hombres para con ella, y las tomaba a broma.

-Hizo usted muy bien, muchacha, pero ¿cómo diablos va a tomar Ben la cosa?-preguntó Franklidge, muy serio-. Aprecia mucho a Dillon. Esta misma tarde contaba muy ufano que Dillon había logrado recuperar un hato de ganado recién arreado a las «Quebradas» ... Pero ante una ofensa tan grave, Ben no puede menos de apoyarla a usted.

-No conoce usted a mi hermano-replicó Hettie moviendo la cabeza-. Si hubiese visto la escena, a latigazos hubiera despedido a Dillon. Pero si se lo cuento, se echará a reír, porque no me cree. Está cansado de oír mis quejas respecto de la chifladura de sus hombres. Cree que soy... demasiado impresionable. Una vez me dijo: «Si yo fuese ese vaquero, te echaría sobre mi caballo y me marcharía contigo.» En otra ocasión que me quejé, dijo: «¡Claro que trató de besarte! ¿Por qué no había de hacerlo? Tú estás hecha para que te quieran y te besen... » A veces creo que Ben habla en broma, y no me disgusta lo que dice, pero el caso es que ya no tiene tanta paciencia conmigo como antes. Así que no sé cómo tomará el asunto de Dillon.

-Ahora que sé como están las cosas, me figuro también lo que va a pasar-contestó el juez-No aprobará la actitud de usted. Dillon le contará lo ocurrido antes que usted, y a su modo, y Ben continuará con él.

-Sería horrible-dijo Hettie-. Entonces sí que tendré miedo de Dillon.

-Pues la única solución de su problema, Hettie, es que se enamore usted de un buen muchacho de Arizona-declaró Franklidge, convencido y de buen humor.

-¡No faltaba más!-replicó Hettie tratando en vano de aparecer altiva. Luego pensó que lo mejor sería insinuar a sus nuevos amigos algo acerca de sus circunstancias-De buena gana

seguiría su consejo, señor Franklidge, si no fuese porque hay un obstáculo infranqueable... No puedo enamorarme de un buen muchacho de Arizona porque ya estoy enamorada de uno de... Nevada.

Al pronunciar el nombre querido, Hettie sintió que la sangre se agolpaba en su rostro.

El juez se echó a reír, mas Alicia, adivinando que tras las frívolas palabras de Hettie se ocultaba algo muy importante, se acercó a la joven y la abrazó.

-Mi padre es tan malo como Ben, querida. Vamos a la cama, que es tarde-dijo.

-Bueno, Hettie-añadió el juez, siempre jocoso-, si tuviese cuarenta años menos, disputaría a ese misterioso nevadiense sus derechos. ¿Dónde está ese afortunado mortal?

-No lo sé-contestó con voz apagada.

Una vez se cerró la puerta tras las dos jóvenes, el juez exclamó

-¿Lo ha oído usted, Van Horn? Eso explica muchas cosas... ¡La verdad es que me vuelvo obtuso! Estoy seguro de que Ben suspira por el mismo individuo.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, la actitud de Franklidge parecía haber experimentado un cambia apenas perceptible. Demostró mayor interés por Hettie, mas sin dar muestras de su malicia anterior. Hettie sintió que el juez la estimaba más ahora y que era para ella un verdadero amigo.

-Hettie-dijo al despedirse de la joven-, yo voy a ser una especie de padre para usted. Me avergüenzo del modo que los ha recibido Arizona. Pero tenga usted fe en este hermoso país y paciencia con su hermano. Vea de convencerle de que no debe gastar más dinero en ganado. Es posible que pasemos uno o dos años difíciles. Pero crea usted la palabra de un viejo ranchero que ha conocido en su vida mas de una lucha contra los ladrones de ganado saldremos de esta. Los bandidos acaban siempre por destruirse unos a otros. Tengo la impresión de que va a venir algún gunman valiente que examinará a los cabecillas. Así sucedió no hace mucho en Nuevo Méjico. De manera que no pierda los ánimos y no vaya a odiar a esta hermosa región. Deseamos que ustedes, los Ide, lleguen a amarla. Necesitamos gentes de su valía. Somos colonizadores, Hettie. Yo mismo he perdido más de un millón en ganado, pero lo recuperaré, y ustedes también recuperarán sus pérdidas, lo mismo que usted su felicidad.

-Señor Franklidge-contestó Hettie sonriendo a través de sus lágrimas-, a pesar de mi debilidad por Nevada..., creo que pertenezco a Arizona para toda la vida.

-¡Hurra! ¡Bien dicho, muchacha! ... Venga a vernos con frecuencia. ¡Adiós!

Uno de los mozos de cuadra de Franklidge condujo a Hettie a la ciudad, y así la joven tuvo tiempo de pensar en el mejor modo de hablar a su hermano. No se le había ocurrido que Ben pudiera obtener de Dillon una versión suavizada del hecho. Había advertido, además, en la actitud del juez cierta animosidad contra Dillon, y, seguramente, tomaría la defensa de ella si las cosas llegasen a

extremarse. Hettie decidió, pues, esperar a ver si Dillon había dicho algo a Ben.

Al llegar a la ciudad, se dedicó a encargar las provisiones para su madre y ella, cosa que solían hacer dos veces al mes. Había preferido poner con su madre casa aparte en su pequeña cabaña, con aprobación de Ina y Ben.

Después de hacer sus encargos, la joven se paseó por la calle y encontró, a poco, a su hermano. No parecía de buen humor. Había en su rostro una oscura sombra que ya conocía Hettie desde Lago Tule. A pesar de su valor, la muchacha se desanimó. ¿Podría haberle ofendido en algo?

-Ina está en casa de la modista-dijo Ben después de saludarla-. Así tendremos tiempo los dos para ir al Banco.

-¿Al Banco? ¿,Para qué?-preguntó Hettie.

-Para entregarte un cheque certificado por tu parte en el rancho.

-¡Ben!-exclamó Hettie con reproche y estupor.-Sí-replicó Ben ácidamente-. No puede ser que tú hagas ciertas cosas sin consultarme a mí. Además, con franqueza, no quiero que pierdas ese dinero, porque estoy seguro de que todo lo que he invertido en el ganado la perderé.

-Pero, Ben, nos hemos asociado para partir las ganancias y las pérdidas-protestó la joven.

-Lo sé, querida hermana, y por eso mismo te aprecio más. Pero éste ha sido un mal negocio para mí. No es que lo sienta-añadió apresuradamente-, lo que no quiero es envolverte a ti. Más adelante, cuando las cosas hayan mejorado, puede que admita de nuevo tu dinero.

-Ben, ¡algo ha sucedido desde que te vi ayer!-exclamó Hettie.

-¡Vaya!-contestó su hermano bajando la cabeza de modo que ella no pudo ver sus ojos-. ¡El Rojo ha desaparecido!

-¿Desaparecido? No digas eso, Ben-exclamó Hettie,, dolorida.

Su hermano asintió, desconsolado, temblándole los labios.

-¿Lo han robado?

-No lo sabemos. Desapareció de los pastos cercanos. Raidy jura que nos lo han robado, que no es posible que

el caballo saltase la empalizada. Pero yo sé que el Rojo podría saltar sobre la luna si le diera la gana. Dillon es de mi misma opinión, es decir, que el Rojo se ha escapado.

-¿Pero no lo sabéis con certeza?-preguntó Hettie.

-Ahí está lo malo. No lo sabemos. Y no tenemos entre nuestros hombres ninguno que sepa rastrear al Rojo. Estoy disgustadísimo. Yo mismo traté de rastrearlo, pero... vano empeño. Sólo conozco a un cazador de caballos que podría hacerlo, y este, sabe Dios...

-Ben, volverás a tener el Rojo-repuso Hettie con mucha seriedad.

Y al punto se disparó con un elocuente discurso que revelaba su optimismo, basándose en lo que le dijera el juez, añadiendo mucho de su cosecha acerca de la firme creencia que tenía de que al final todos serían felices en aquel .país.

-¡Eres muy valiente y muy buena, Hettie!-dijo Ben apretándole el brazo-. Contigo, Ina y el niño sabré salir de esta desdichada situación. Estaré más tranquilo y más animado si consientes en retirar tu dinero.

-Haré todo lo que tú quieras con tal de que pueda ayudarte en algo.

Al llegar al Banco y recibir de Ben un cheque intervenido, por su parte en el rancho, Hettie depositó inmediatamente la suma a su nombre.

-Por ahora lo dejaré aquí en mi cuenta corriente-dijo.

-Es lo mejor. Puede que algún día tenga que pedirte prestado-repuso Ben riendo. Luego la llevó aparte, la obligó a sentarse en una silla y le dijo en voz baja-: Dillon acaba de decirme que fe despediste anoche.

-Sí... y ¿qué?-preguntó Hettie, muy emocionada por dentro, pero serena y fría exteriormente.

-Mira, Hettie, he tenido que desautorizarte-continuó Ben-. No vamos a discutirlo ahora. Dillon es el mejor capataz de este país, no puedo pasarme sin él. Y además, él lo sabe, y me costó trabajo desenojarle.

-¡Ah, muy bien!-replicó Hettie mordiéndose los labios-. ¿Se puede saber qué es lo que te ha dicho?-Poca cosa. Estaba molesto, pero reía al decirlo. Dijo que te ama y que había tratado de convencerte de que le mirases con buenos ojos; que anoche, en el baile, te rogó que te casaras con él; que tú le rechazaste, y entonces trató de besarte y que te enfadaste tanto que llegaste a despedirlo.

-Pues si crees lo que Dillon te ha dicho, no vale la pena que te cuente las cosas como las veo yo-observó Hettie.

-Creo que no se le puede llamar mentiroso a Dillon-continuó Ben-. La verdad es, Hettie, que tú odias a los hombres... ¡Oh, ya sé! ... No te reprocho que sigas siendo fiel a ... él... Mas eres muy dura con todos esos pobres chicos que se enamoran de ti. Así lo creo yo, por lo menos.

-Ben, yo no odio a los hombres-protestó Hettie.-No discutamos más-repuso Ben, encontrando ya enojoso aquel asunto-. Ina y tú siempre me vencéis en las discusiones. Pero te ruego que no interpretes, mal mis palabras. Yo no quiero que te cases con Dillon. Parece una buena persona, que será algún día un personaje en Arizona. Pero es preciso conocerlo más a fondo para hablar, siquiera, de esa boda.

-Gracias, Ben. Ahora te lo perdono todo-murmuró Hettie.

-Quisiera preguntarte algo-continuó su hermano con cierta malicia en los ojos-. ¿Le diste un golpe a Dillon cuando anoche trató de besarte?

-¿Pegarle yo? De ninguna manera-declaró la joven con vehemencia-. No me mancharía las manos con... ¿Por qué lo preguntas?

-Pues porque tiene un ojo negro que es una ?maravilla. Me dijo que tropezó en su habitación estando a oscuras y que se dio contra una silla. Claro que es posible que sea así, pero me dio la impresión de que ese ojo, tan estupendamente negro, procede de un duro puño. Me gustaría saber si me ha mentido.

-Y a mí me gustaría saber quién le dio su merecido. Pero dime, Ben, si tanta confianza tienes en él, ¿por qué dudas siquiera?

-El caso es que sorprendí a Dillon hablando con Steward, el capataz de Tom Day-contestó Ben-. Oí que Dillon decía algo a Steward sobre tropezar con una silla, y Steward, que estaba bebido, se rió a carcajadas de Dillon. Por eso me chocó.

-Querido hermano, ¡ojalá no sucedan cosas más divertidas que puedan chocarte!-dijo Hettie al levantarse-. Tengo que hacer más compras y el tiempo vuela. ¿Decías que me esperarías a las doce?

-¡Sí! Sé puntual, ¿oyes? El camino a casa es muy largo, como sabes, y es preciso salir temprano. Aún tengo muchas cosas que hacer aquí, pero creo que llegaré a las doce al almacén de Brydon, donde pueden esperarme si no, he llegado aun.

-¿Qué hay de Marvie?

-Estará también allá. Marvie me buscó por todas partes, y cuando me encontró me pidió dinero, y eso que antes dé salir del rancho ya le di. Ese muchacho estaba ebrio...

-¿Marvie borracho?-exclamó Hettie, horrorizada.

-No, .mujer. Iba a decir que bebe los vientos por una muchacha. Quería el dinero para comprarle algunos dulces y regalitos. Y ahora que, me acuerdo, le prometí no decir nada, de manera que guárdame el secreto. Hasta las doce, pues, que nos encontraremos en el almacén de Brydon.

-¡Qué susto me has dado!-dijo Hettie en tono de queja-. Deberías tener más cuidado en lo que dices. En cuanto a Marvie..., creo que sí, que está enamorado. Vi a la muchacha. Ya hablaremos después.

Hettie estuvo pensando en Marvie y en sus amores hasta llegar al almacén de Brydon, donde lo olvidó todo, menos las compras que iba a efectuar.

Faltaban cinco minutos para las doce cuando se dirigió a la puerta del establecimiento con las manos llenas de paquetes, satisfecha por haber terminado a tiempo para encontrarse con Ben. Éste era la puntualidad en persona y apreciaba la misma condición en los demás. Hettie depositó sus paquetes en un asiento, junto a la puerta, y se asomó para ver si venía Ben.

De pronto, un hombre, sin sombrero ni americana, pasó corriendo, gritando.

-¡Fuera de la calle, fuera!

-¿Qué le sucede a ése?-preguntó Hettie, divertida. Apresuradamente algunos empleados se asomaron también.

-Parece que se prepara otra lucha-dijo uno de ellos, muy excitado.

Oyéronse más gritos y corridas. Los viandantes metíanse como podían en el primer portal que encontraban. Cesó el ruido. Luego entró un hombre por la puerta donde estaba Hettie, muy emocionada.

-¡Hola, Matt! ¿Qué pasa?-preguntó un empleado de la tienda.

-Que me aspen si lo sé -fué la contestación-. He visto correr a la gente y por eso entro aquí. Hace poco me han dicho que Jim Lacy está en la ciudad.

-¿Quién?-gritó el dependiente.

-Jim Lacy. No sé si será cierto, pero hay alguien célebre en la ciudad, de eso puede estar seguro.

En todas las ventanas y puertas aparecieron rostros. Algunos se asomaron rápidamente para echarse otra vez atrás Todo ello le pareció muy ridículo a Hettie. Ella misma estaba allí, inmóvil, con el corazón palpitante.

Sonó un disparo profundo y claro. Luego otro, casi como un eco. Hízose un silencio imponente.

El hombre que estaba junto a Hettie se asomó.-¡Dios-mío!-exclamó con ronco acento.

Un dependiente, muy asustado, miró también, pero retiró la cabeza en seguida, pálido, con los ojos desencajados. balbuceando palabras incoherentes.

Hettie obedeció a un impulso irresistible. Se asomó. La calle estaba vacía. No..., allí había un hombre en el suelo, boca abajo, a menos de quince metros de la puerta. Tenía los brazos extendidos.

-Ése es Jim Lacy. Nunca le he visto, pero sé quién le conoce-dijo el hombre que estaba al lado de Hettie.-¡Oh, qué horror! ... ¿El muerto en la calle es Jim Lacy?-preguntó ella en voz baja, temblorosa y sintiendo náuseas.

-¡No! Jim Lacy es aquel que viene calle arriba... Fíjese en su revólver..., humea aún.

Hettie, mirando otra vez, vi¿ a un hombre con traje de montar, revólver en mano, yendo hacia su víctima, a la que echó sólo una fugaz mirada. Enfundó después su revólver y se dirigió hacia la acera.

¡Aquella figura! ¡Su manera de andar! Hettie sintió una sensación perforante. ¿Es que el horror le había trastornado los sentidos? ¿Estaba loca? ¿Qué era lo que penetró tan velozmente en su memoria? Aquel hombre... ¡Jim Lacy! Se acercaba, iba a pasar rozando la puerta. Hettie se echó atrás con un resto de voluntad. Se tambaleaba, su cuerpo no obedecía al cerebro, sintióse invadida de una extraña parálisis. En horrible perplejidad, fría y temblorosa, esperaba algo que era la muerte misma.

El hombre pasó junto a la puerta, el cuerpo erguido, dura la expresión del rostro, los ojos llameantes. ¡Nevada! Hettie recobró sus facultades por el terror y la estupefacción que sentía al reconocerlo. ¡Nevada era Jim Lacy!... ¡Nevada!!

La joven sintióse caer. Vio oscurecerse todo y perdió el conocimiento.

XIV

Hettie volvió en sí antes de tener fuerzas para abrir los ojos. Hallábase echada y alguien le sostenía la cabeza. Notaba que le habían humedecido el rostro con agua fría, porque la sentía escurrirse por el cuello.

-Es la señorita Ide-decía alguien-. Se ha desmaya do. Ha caído al suelo aquí mismo.

-No es extraño-repuso una mujer-. Yo misma me siento aún débil y mareada. ¿No sería mejor llamar a un médico?

Entonces abrió Hettie los ojos, diciendo con voz débil:-Ya estoy... bien.

Estaba echada sobre el asiento, bajo la ventana, junto a la puerta, y el empleado le sostenía la cabeza. A su alrededor habían varias personas, entre ellas una mujer.

-Ya ha vuelto en sí.

El torbellino que se había producido en su cerebro se calmó, y Hettie pudo pensar claramente.

-¿Está mi hermano aquí?-fue su primera pregunta, tratando, al mismo tiempo, de incorporarse.

Con la ayuda del empleado logró sentarse y poner los pies en el suelo.

-No-fue la respuesta.

-Es la primera vez... en mi vida... que me desmayo -dijo ella.

-Más vale que se quede un rato sentada. Está usted muy pálida-dijo la mujer con tono bondadoso-. Permítame que, la ayude a ponerse el sombrero. Lo encontré en el suelo. Debió de sufrir usted una tremenda caída.

El dependiente dijo sonriendo:

-No, la caída fue suave y no pudo hacerse daño.-En efecto, no me duele nada-repuso la joven-. Muchas gracias a todos... He sido una tonta al caerme así. Mientras hablaba parecía que en su cerebro se precisaba una gran interrogación, y cuando vio entrar a Ben y a Marvie comprendió qué era. Ninguno de los dos sabía lo que sabía ella. El alivio que sintió fue tan grande, que de nuevo le flaquearon las piernas y, al levantarse, tuvo que dejarse caer otra vez en el asiento.

-¡Caramba, Hettie !-exclamó Ben, asustado, sentándose junto a ella para sostenerla.

Marvie se arrodilló al otro lado. Hettie sonrió vagamente a los dos y cerró los ojos. Sentía un gran mareo y, al mismo tiempo, temía no poder sostener sus miradas.

-No es nada de cuidado, señor Ide-se apresuró a decir el empleado del establecimiento-. La señorita se desmayó a causa de los disparos y por haber visto al muerto.

-¡Qué susto me has dado, Hettie !-dijo Ben abrazando a su hermana-. Pero ya estás bien; te ha asustado la lucha en la calle. Cualquiera diría que no has oído nunca un tiro en California... ¡Vamos, mujer, anímate ya!

Q-Llévame a casa-contestó Hettie abriendo los ojos -, quiero.... quiero salir de esta ciudad.

-Muy bien, Hettie, yo también quiero salir de aquí-repuso Marvie apretando la mano de la joven.

Ésta no había visto nunca a Marvie tan trastornado como en aquel momento.

Las pecas se destacaban enormemente en su pálido y húmedo rostro. Brillábanle los ojos. Hettie no se atrevió a preguntarle si había visto a los duelistas en la calle, por temor a que le dijera que sí.

-Marvie, tú coge los paquetes-le ordenó Ben ayudando a Hettie a ponerse de pie. Le fue preciso sostenerla, porque su hermana no tenía fuerzas para andar. El joven ranchero maldecía en voz baja, diciendo después en tono despreciativo-: ¡Valiente sitio para mujeres este Arizona!... No, no te asustes, querida hermana; espero que todo cambiará. Estoy muy contento de que Ina no haya presenciado esa lucha.

Después le ayudó a subir al coche, donde la acomodó lo mejor posible.

-¡Muy bien! Ahí no te puede pasar nada... Marvie, pon los paquetes bajo el asiento. Luego siéntate al lado de Hettie y sosténla, que yo tengo que cuidarme de los caballos. En cuanto hayamos recogido a Ina, voy a salir de esta ciudad envuelto en una nube de polvo.

Hettie no miró ni a derecha ni a izquierda, pero oía la agitación de las gentes que circulaban por la calle. Ben obligó a correr a los caballos. Pronto salieron del centro de la

ciudad y penetraron en calles más quietas. Hettie perdió el miedo de ver de nuevo la figura de un hombre de pétreo rostro, vestido de jinete. Su hermano paró el coche ante una casa rodeada de jardines y, al apearse, apareció Ina.

-¡Hola, vosotros!-gritó Ina alegremente-. Ya ves, Ben, soy puntual.-Al llegar al coche se detuvo sobresaltada-. ¡Pero Hettie! ... ¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?...

-Ina, no valgo para esta vida selvática-dijo Hettie con apenada sonrisa.

-No es nada, mujer, no te apures-interpuso Ben-. Hettie se ha asustado. En la ciudad ha habido un duelo a tiros y ella se desmayó. Sube y vámonos ya de aquí. Estos caballitos tienen ganas de emprender la carrera.

Tan pronto como estuvo Ina en el coche, se volvió solícita a Hettie, cogiéndola de la mano.

-¡Pobre Hettie ! Nunca te he visto tan pálida. Es extraño que te hayas desmayado; es la primera vez que te sucede...

-Pues me desmayé de veras-repuso Hettie.-Pero, ¿qué ha ocurrido? ¿Has presenciado la lucha?-interrogó Ina, agitada.

-No-contestó Hettie cerrando otra vez los ojos-. Pero oí los disparos... Luego me asomé y vi... un muerto en la calle.

-¡Qué horror! Di tú que Arizona es peor que Río Perdido cuanto éramos niñas

-¡Y tan peor!-dijo Ben riendo-. California no ha sido nunca lo que es Arizona.

-¿Presenciaste tú la lucha?-No. Llegué tarde.

-¿Y tú, Marvie? Espero que no la hayas visto.-Todo lo que vi fue el muerto. Pasé junto al cadáver. Tenía un agujero sangrante en la ca...

-¡Cállate, por favor! -le interrumpió Ben.-¿Conoces tú a los duelistas, Ben?-preguntó Ina.-No. Alguien me dijo que Jim, Lacy ha estado en la ciudad para armar camorra. Dijo a un ladrón de ganado, llamado Hardy Rue, que podía elegir entre salir de la ciudad o «sacar» el revólver. Rue no quiso marcharse, y le ha costado la vida. Oí decir que no tenía la más mínima probabilidad de vencer a Jim Lacy. El encuentro se efectuó en la calle y fue sin ventaja para ninguno de los: dos. Mas Rue ya estaba herido de muerte cuando disparó su revólver.

-¡Es horroroso!-exclamó su mujer estremeciéndose-. De todas maneras, un ladrón no representa una gran pérdida para la Humanidad.

-Pues has de saber, Ina, que yo espero que el señor Jim Lacy se quede aquí durante algún tiempo-replicó Ben-. Tom Day me ha dicho que Hardy Rue bien puede haber sido el cabecilla de los abigeos que tanto me han perjudicado. En cambio, Dillon desechó la idea.

Durante la conversación, Hettie se alegró del sostén que le facilitaban el brazo y el hombro de :Marvie. No había aún vuelto a abrir los ojos, pero en sus oídos sonaban agudamente las frases de su hermano.

-Oye, Ben, creo que Ina y tú podríais callaros también-declaró Marvie-, o, por lo menos, hablar de otra cosa.

-Tienes razón., hijo-convino Ide-. El asunto no es muy agradable que digamos.

El fogoso tronco de caballos condujo el coche ligera y rápidamente por la lisa y dura carretera. El agradable vientecillo que producía la carrera refrescaba las sienes ardientes de Hettie. Tras descansar largo rato, la joven tornó a abrir los ojos, incorporándose en el asiento. Ya se distinguía la oscura línea de cedros, y mas allá, la negra y áspera montaña. Hettie sintióse revivir ante la vasta extensión selvática del 'paisaje después del frío que le oprimiera el corazón. ¿Qué era lo que la había sobrecogido de tal modo? La joven ansiaba hallarse pronto en la intimidad de su habitación para dar rienda suelta a su dolor. Mas separábanla aún de su casa muchas horas y muchas millas de camino.

-Tu pareja de baile es guapa, Marvie-le dijo Hettie al oído.

Para animarse un poco, trató de conversar con Marvie. Marvie se ruborizó y asió a Hettie tan fuertemente del brazo que le hizo daño.

-¿Tú la conocían ya?-preguntó Hettie.-Sí-contestó el muchacho.

-Marvie, ya no eres un niño. Eres un joven con un buen porvenir. Y ella..., perdóname lo que voy a decir..., ella pertenece a esa familia Hatt de la que se habla tan mal. No te reprocho que... la admires; parece una rosa silvestre. Pero no me digas que piensas en ella seriamente.

-¡Ojalá pudiera decirlo!-murmuró Marvie con un nudo en la garganta.

-¡Marvie! ¡Habla, di!

-Ahora no. No puedo, Hettie-repuso el muchacho con voz ronca.-Pero lo haré cuando lleguemos a casa.

-Yo estoy a tu lado, Marvie-terminó Hettie apretándole el brazo.

Durante algún tiempo pudo concentrar sus pensamientos en aquel muchacho y Rosa Hatt, figurándose la desdicha de los dos si las cosas siguiesen adelante. Marvie estaba aún bajo la tutela de Ben, pero tardaría poco en llegar a la mayoría de edad y dueño de sus actos, por lo tanto. Parecía muy poco probable que volviese jamás a California. La próspera hacienda de Hart Blaine no tenía aliciente para él'.

Hettie tardó poco en sentirse de nuevo acometida por sus tristes recuerdos, que, como una ola gigantesca, barrieron todos los demás pensamientos. Era imposible resistirlos: fué preciso entregarse a ellos. Y así, mientras su miraba vagaba por las amarillentas y verdes praderas, por los cerros y lomas, con sus laderas de artemisa, las millas y millas de terreno herboso donde pacían los hatos de ganado, hasta las sierras purpúreas que se perdían en las nubes rosadas de la cálida tarde de estío, ante aquella característica belleza de Arizona, Hettie afrontó la terrible verdad.

Había visto a Nevada. No era posible torturarse con la duda. Lo había reconocido en un instante terrible, con los ojos y con el corazón. Nevada estaba en Winthrop Nevada era Jim Lacy. Era aquel Jim Lacy del que la voz de la fama había hecho un ser misterioso e inexorable. ¡Jim Lacy era Nevada! Ya en aquellos dichosos días de Río Perdido, cuando ella, Ina. Ben y Marvie lo amaban, había sido Jim Lacy. ¿Por qué entonces aturdirse? Desde el momento en que Nevada matara a Less Setter y huyera para no volver, ella habíase dado cuenta de que Nevada tenía un nombre que no quiso que conocieran ellas ni Ben.

Eso no era tan asombroso. Nevada hubiera podido ser cualquiera de los conocidos gunmen del Oeste. Lo abrumador para Hettie era que Nevada estuviese en Arizona, vivo, ágil, fuerte, con el rostro de piedra que sólo una vez viera ella; que se hallase precisamente en Winthrop, cerca del hogar que ellos habían elegido casi con la sola esperanza de hallarle a él algún día.

Acometió a Hettie el desfallecimiento de la impotencia. Inútiles habían sido el anhelo, abrigado durante tantos años, la esperanza, la fe y las oraciones. ¡Vanas ofrendas las suyas en holocausto de su amor! Nevada había sido falso, traicionando la nobleza que ella lograra despertar en él; falso para con la bendita convicción que abrigó ella siempre de que Nevada, fuera quien fuese, y a pesar de lo que hubiera hecho, por su amor y para corresponder a su confianza, se alejaría para siempre de los perversos caminos del Oeste para dedicarse a la vida y al trabajo honrados. Hettie hubiérase jugado el alma por él, y ahora esa alma se llenaba de horror. Nevada era amigo y compañero de ladrones, de asesinos sedientos de sangre. ¡Era una terrible fuerza destructora!

Pero... tal vez su acción se limitaba a haber matado a un hombre más... a un hombre malo, un ladrón..., lo mismo que Less Setter. Una vocecita llamó a la puerta de su conciencia, acusándola de falta de fe. Y Hettie la escuchó, acogiéndose a la idea, con la esperanza de quien se ahoga, tratando de dar calor a su helado corazón. Y así, perdida la mirada en el desierto, cada vez más oscuro, la joven se abismó más en la angustia de la lucha por el amor

y la fidelidad. ¿Cómo podían faltarle la fe y la esperanza? ¿No habían jurado sus labios junta a los de él, que moriría antes que faltar a la fe prometida? ¿Qué importaba que él hubiese usado de nuevo el arma mortífera? Había matado, como antes, como quizá más de una vez en su vida, a un ser abyecto, inútil, a un hombre cuya muerte serviría a una buena causa. Nevada había salvado a Ben, a Ina, a ella y a todos los suyos del dolor y de la miseria. ¿Quién podría decir lo que la

muerte de Hardy Rue podía significar para alguien? ¡No, no l Nevada no había descendido a convivir con hombres y mujeres malos sólo para beber, jugar, robar, en compañía de la hez de aquel Oeste selvático.

Una y otra vez arremolinóse da devastadora corriente en el cerebro de Hettie, ora pujante, ora retrocediendo, como mareas encontradas. Y mientras la luz de la tarde iba apagándose lentamente, convirtiéndose el día en noche, la joven obtuvo una perspectiva mas clara del abismo que se abría ante ella.

Los veloces caballos entraban en el atajo que conducía a la casa, camino liso y fácil, una de las muchas mejoras realizadas por Ben. El viento murmuraba entre los altos pinos, semejando un quejido. Llenaba el aire la fragancia de la artemisa. Abajo, en las hondonadas boscosas, veíanse vagas sombras, irreales, grotescas, tan extrañas como las sombras de la mente.

Marvie apoyábase en el hombro de Hettie, profundamente dormido. Ina ;había permanecido callada durante horas. Ben, incansable, ¡mudo, mantuvo firme e igual el paso de dos caballos. Era siempre cuestión de orgullo para él llevar a los suyos en ocho horas a la ciudad, y regresar en nueve. Un buen camino, un tronco de caballos rápidos, un, vehículo ligero, vencieron las desventajas del rancho de Ben Ide, alejado en las selvas.

Cuando llegaron al fin a casa, Hettie entró cansada y maltrecha en su habitación y, dejándose caer sobre la cama, permaneció inmóvil, para descansar y reflexionar, antes de acostarse. Mas se durmió al instante.

Cuando despertó, el sol entraba con sus áureos haces por la ventana, y la joven percibió la fresca y dulce fragancia del bosque. Pero en lugar de parecerle hermoso el despertar, antojábasele horrendo. Temía la luz del sol, el estar despierta, sus deberes de ama de casa, la imperiosa necesidad de la acción, el enfrentarse con su. familia y con la vida. Sin embargo, no fue posible borrarlo todo, y con la realidad recordó la catástrofe que cayera sobre ella.

-Acaso no sea una catástrofe-murmuró Hettie en el silencio de su habitación.

Comprendía que aún estaba por llegar su mayor prueba, y la débil idea que obtuvo de da magnitud de ésta la aturdió, espoleándola al mismo tiempo a apercibirse para la lucha.

¿Qué debía hacer? ¿Encontrarle y salvarle, o perecer? Todo lo que veía a la dorada luz matutina parecía juntarse en un solo murmullo. No cabía ni engaño, ni ceguera, ni vacilación en la Naturaleza.

Sólo los pájaros y los animales salvajes, lo mismo que los becerros en los pastos, los gallos en el corral, los burros en la pradera, compartían con Hettie aquellos momentos gloriosos y confortantes de la salida del sol.

Dorados haces de, luz, filtrábanse por entre las parduscas copas de los majestuosos pinos; a través de la parte baja del follaje divisábase el sonrosado cielo; hacia el Norte y el Oeste se extendía la vasta pendiente que, bajaba al desierto, ilimitado y maravilloso en el suave color de rosa del día naciente. Junta a las vacas, en los campos, pacían ciervos y antílopes. Las ardillas llamaban desde los árboles; pavos silvestres emitían sus voces singulares en los cerros. Alegrías de vida, el esplendor de la Creación, paz y soledad, dulzura de la Naturaleza, la exquisita hermosura de los bosques y campos al romper el alba y una voluntad grandiosa, inescrutable y divina respirábase en aquel escenario selvático.

Hettie quedó absorta en su contemplación. Alzó la cabeza hacia la negra cima de, los Mogollones. La tristeza de la noche desvanecióse como una pesadilla. Había sido cobarde.

Había dejado de mostrarse agradecida porque se produjera el hecho que era el principio y el fin de sus oraciones. ¿Es que era posible que fuese tan superficial para sucumbir al dolor ' de su corazón? Esperábala una prueba terrible, cuyo resultado no podía adivinar. Solo podía luchar y resistir a lo que el Destino le reservaba.

-¡Oh, ojalá pudiese asirme siempre a esta bendita fortaleza!-exclamó con un grito-¡Para que me-sostuviese en las negras horas de la desesperación!

No cruzó Hettie aquel día el puente pintoresco de troncos que salvaba el arroyo entre su cabaña y la hermosa residencia que se había construido su hermano. Dedicóse de nuevo a su trabajo, al gobierno de la casa que compartía con su madre, sus tareas personales y la extensa contabilidad necesaria para el manejo de un rancho tan grande.

No vio a Ben en todo el día. A última hora de la tarde salió para pasear un poco al aire libre; entonces vio a Marvie, sentado en el, porche, cabizbajo y apenado.

-¡Hola, Marvie! Vente a pasear conmigo-le dijo muy animada.

-¡Ay, Hettie, quisiera morirme!-repuso Marvie.

-¡Válgame Dios! Por lo menos, no lo hagas aquí, en mi porche. Me quedaría un recuerdo inolvidable. Después le obligó a ponerse de pie y, cogiéndolo del brazo, lo llevó hacia el' bosque, adentrándose en él hasta perderse de vista. Sentáronse los dos bajo un alto pino, sobre la blanda alfombra de la pardusca y olorosa pinocha.-Y ahora, Marvie, hablemos en serio-dijo Hettie con voz grave, como correspondía al estado de, ánimo de un muchacho-. ¿Qué es lo que te sucede?

-He tenido un disgusto con Ben-repuso Marvie-. El primero que hemos tenido.

-¿Ah, sí? Yo he tenido mil. Cuando le entra la murria y se enfada, una buena riña le vuelve a la razón, la mismo que la tempestad acaba con un día bochornoso. ¿Adónde ha ido mi hermano hoy?

-Al, llegar a un rancho abandonado, a cosa de cinco millas de aquí, encontramos huellas del Rojo, y eso fue lo que sacó a Ben de sus casillas. Estuvo horas esperando a Dillon, el cual no apareció. Raidy, que no puede ver al capataz, dijo algo que enfurece aún más a Ben. Tú conoces a Raidy y sabes cómo las gasta. Pues bien, tu hermano se encolerizó y entonces la tomó conmigo.

-¿Por qué?-preguntó Hettie con sentido práctico de las cosas.

-Por nada. Tal vez porque tardé mucho en realizar la faena que me dio: enderezar una vallas. Si hay algún trabajo que odie, es ése. Ben empezó a soltar tacos. y a insultarme. Le mandé a freír espárragos y me marché.-¿Qué te dijo Ben? Vamos a ver.

-Pues... «Ya puedes irte, so papanatas» ... Me marché y creo que voy a dejar el rancho. Me convertiré en abigeo.-Está bien. Quieres, pues, ser ladrón de ganado-replicó Hettie, aceptando la afirmación-. ¿Para qué?

Marvie, bajando la cabeza, guardó silencio durante un momento.

-Hettie, estoy... enamorado-dijo al fin, haciendo un esfuerzo.

-¿De Rosa Hatt?

-Sí. Para mí no hay otra.

-¿Te ama Rosa?-preguntó Hettie suavemente, cogiéndole la mano.

-Al principio creí que, sí-repuso el muchacho, muy apenada-. Me permitió que le diera un beso... me besó también. Mas anoche, cuando le rogué que nos volviésemos a ver, dijo que no. Creí enloquecer, pero ella se, mantuvo firme. Cuando la acusé de haber flirteado conmigo, siendo la cosa tan seria por mi parte, me contestó: «Marvie, yo tengo un mal nombre. Pertenezco a los Hatt. Tú tienes una hermana encantadora (creo que te vio a ti, Hettie) y tu familia es orgullosa. Yo no soy más que una muchacha de los bosques... No, no puede ser, no te veré más. » Y diciendo esto se escapó y no pude dar con ella ya. A la mañana siguiente traté de encontrarla otra vez, pero fue inútil.

-Marvie, admiro a Rosa por lo que ha dicho. Creo que es una chica honrada, aunque sea de la familia Hatt.

-No empieces a hablar así, como solían hacer mis padres-exclamó Marvie.

-No, Marvie, no lo haré-declaró la joven arrepintiéndose de lo que iba a decir. El aviso del muchacho le dio a Hettie la medida de su estimación por ella.

-Yo no me apuro por mí, a pesar de estar tan enamorado... pero ¿qué va a ser de Rosa?

Marvie, con el carácter sincero y recto de la juventud, había expresado lo que era más importante en aquella cuestión.

-Ya comprendo, Marvie-dijo la joven, pensativa-. Me avergüenzo de lo, que he dicho. A Rosa no se la puede culpar por lo que es su familia, por el ambiente en que, vive, ni por nada.

-Ahora hablas como la verdadera Hettie Ide-exclamó el muchacho con fervor-. Y te voy a decir una cosa: si ella me ama de veras, a su lado estaré, a pesar de Ben o de quien sea.

Hettie bajó la cabeza. No sabía qué contestar ante aquel problema. La confianza que el muchacho revelara tener en ella tenía cada vez mayor significación. Era preciso ayudarle.

-Lo que me desanima es el temor de que ella no me quiera-continuó Marvie-. Yo me cercioraré de si es verdad, aunque tenga que ir a buscarla donde esté ese Cedar... Anoche creí, en efecto, que no me aunaba. Esta mañana me convencí de lo contrario, porque si no, si sólo es una coqueta, ¿por qué une dijo que tenía un mal nombre y que no iba a verme más?

Hettie no encontró en seguida una respuesta adecuada a la apasionada interrogación. Debido a las emociones por que pasara durante las últimas veinticuatro horas, la joven estaba lejos de, poseer su antigua serenidad. Con todo, poco a poco iba convenciéndose de que la nobleza y el sacrificio de Rosa Hatt, frente a las súplicas de Marvie, debían nacer de un profundo amor, pues de otro modo no tendrían explicación.

-Dime, Hettie-rogó Marvie mirándola con ansiedad-, ¿no crees también que Rosa me ama? ¿No te parece que me ha rechazado porque me ama demasiado para continuar unas relaciones que se le antojan deshonrosas para mí y los míos?

-No estoy absolutamente segura, Marvie, pero creo que sí.

-¡Gracias..., Hettie!-dijo el muchacho con un nudo en la garganta. Al! mismo tiempo se irguió, con la mirada fija y una extraña luz en su juvenil rostro-. Me has llegado al corazón... A nadie más que a ti puedo confiar estas cosas. Ahora veo más claro.

-Pero dime, querida Marvie, ¿cómo os conocisteis Rosa y tú?-preguntó Hettie, curiosa.

-Es como un cuento, Hettie. Hace un mes encontré a Rosa. Era un domingo y estábamos cazando. Persiguiendo a unos pavos silvestres, me metí en un enorme y herboso cañón, por el centro del cual corre un riachuelo. Es un sitio maravilloso y hay en él ciervos, antas y castores. Pero lo que a mí me interesaba era uno de esos enormes pavos, y por eso continué avanzando. Así tropecé con una muchacha que estaba llorando. Le hablé, me senté a su lado. Principió por insultar a su hermano, Cedar Hatt, que le había pegado. Me enseñó los cardenales, que tenía en las piernas desnudas. Entonces le dije que debía venir un hombre como Jim Lacy para matar a tan mal hermano. Es extraño que yo dijera eso, ¿verdad? Bueno, pues nos hicimos muy amigos. Me dijo que volveríamos a encontrarnos, pero más lejos, porque aquel sitio estaba demasiado cerca de su casa. Me explicó dónde había un lugar propicio y cómo encontrarlo. Aquella vez no le dije mi nombre, me olvidé. El día fijado

nos vimos. Aquel día fue distinto. Creo que me enamoré entonces y no la primera vez que la encontré. Y ella..., pero no importa... Nos vimos tres veces más. Y la noche anterior a la del baile. Esto es todo.

-Ya es bastante. ¿No te parece, Marvie?

-¡Vaya! Me olvidé contarte que cuando me dijo en el baile que no volvería a verme, le aseguré que yo iría a nuestro sitio el' miércoles a la misma hora. Y pienso ir.

-Marvie, o yo no conozco a las muchachas, o, si ella te ama, irá también. Rosa es demasiado joven para llevar a cabo tan heroica decisión queriéndote.

-Da gusto oírte, Hettie-exclamó Marvie, agradecido-. Espero que irá. Lo creeré firmemente y así estaré tranquilo.

-¿Me lo contarás todo?-preguntó Hettie con acento sincero.

-¡Claro! Y ahora voy a pedirle perdón a tu hermano. Transcurrieron varios días. Hettie se dedicó de nuevo a montar a caballo y se alejaba del rancho más de lo que le hubiese permitido Ben, de haberlo sabido. Mas Hettie sentíase impulsada a alejarse. El miércoles recorrió con Marvie cinco millas bosque adentro, hacia las «Quebradas», siendo ésta la primera vez que se atraviesa a ir flan lejos. Los cerros, el cañón, las espesuras de los tiemblos, los maravillosos terrenos pantanosos donde vivían los pavos y las antas, los diques de los castores, las colmenas en los árboles, el color cobrizo de la vid silvestre y el zumaque, las densas selvas donde los caballos, olfateando el rastro de osos, se encabritaban, el estruendo del agua al precipitarse sobre las rocas y el susurro del viento en las copas de, los, pinos..., todo ello encantó sobremanera a Hettie y le hizo amar más que nunca la selvatiquez de Arizona.

Al regresar a casa, en el último trecho, del camino llano y suave, la joven espoleó su caballo, que emprendió veloz carrera. El ejercicio calmó su inquietud y su afán de actividad. Ardíale la sangre; el viento y el sol curtían sus mejillas; la acre fragancia de los pinos la embriagaba. Así, entró rauda en el rancho, dispersando a Ben, Raidy, Dillon y Toro Day, que se hallaban reunidos en el corral.

-¡Oye, tú, piel roja!-exclamó Ben con voz esténtórea y subiéndose a la empalizada para reñirla mejor.

Hettie sujetó las riendas, detuvo al caballo y le obligó a retroceder, apeándose entonces.

-¡Es un excelente caballo!-declaró acariciándole las húmedas crines.

-Tal para cual, muchacha-dijo Tom Day con admiración y mirándola de arriba abajo.

-Señorita Hettie, me parece que Arizona se le ha metido a usted en la sangre-añadió el viejo Raidy moviendo la cabeza en señal de desaprobación-. No me gusta la que hace. Tom Day dice que no es conveniente que cabalgue por ahí sola. Dillon es de la misma opinión.

-¿Y tú que dices, Ben?-preguntó la joven con malicia.

-¡Yo? Nada: hace tiempo que no me meto en tus cosas, porque es inútil querer aconsejarte-replicó Ben. Dillon estaba apoyado en la empalizada, a alguna distancia, y no tomaba parte en la conversación. El cardenal del ojo no había desaparecido aún del todo.

-Pero, señorita, ¿no le basta cabalgar por el' rancho sin necesidad de adentrarse en los bosques?-preguntó Raidy.

-¿Es que cree usted que voy a conformarme con dar vueltas por un cercado? ¡Lo detesto

-Bueno, Hettie, yo sé lo que le haría falta a usted-declaró Tom Day.

-Una buena zurra, ¿no?-dijo Hettie riendo-. Y ahora, hablando en serio, ¿qué peligro puede haber?-Tal vez no haya un verdadero peligro-repuso Day, pensativo-. Pero andamos de mal en peor actualmente. Acaso sea exagerado pensar que los ladrones de, ganado o los cuatreros pueden robarla.

-¿Secuestrarme para obtener dinero?-preguntó Hettie, incrédula.

-Sí, eso mismo, y por otras razones además-con-testó el viejo ranchero-. Usted) no se da cuenta de que es una muchacha muy guapa.

-Muchas gracias, tío Tom. Me gusta el cumplido, pero eso no me preocupa.

-Hettie, escúchame-interpuso Ben con gran seriedad, yendo hacia ella con un papel en la mano-. Lee esto.

«Ben Ide. »¡Señor

»Despida usted a su capataz Dillon, o prepárele la tumba.

»R.»

Sin decir una palabra, devolvió Hettie el papel a su hermano.

-Lo encontramos clavado en la puerta de la cabaña de los vaquero-elijo Ben, enfadado-. Es, una amenaza. Dillon logró recuperar ayer otro hato de ganado nuestro. Pocas cabezas, es verdad, pero lo suficiente para que el hecho molestase a los ladrones. Hoy hemos. encontrado una vieja cabaña de mi rancho donde acamparon los abigeos, lo que demuestra que tienen una desfachatez sin igual. No me ha molestado mucho que me roben ganado. El caso está ¡previsto. Pero cuando se, atreven a robarme mi mejor caballo y acampan, como quien dice, en mis propias narices..., creo que hay motiva para enfadarse.

-Ahí tiene, señorita, el por qué no es seguro que cabalgue usted por ahí sola-añadió el viejo Raidy.

-Tendré más cuidado en adelante-respondió Hettie con sinceridad, entregando las riendas de su caballo a Raidy-. Señor Day, ¿verdad que se quedará a cenar con nosotros?

-Lo siento, hija, pero es preciso que me vuelva a casa.-Adiós, pues, y vuelva pronto por aquí-dijo Hettie alejándose. Ya en el sendero, y pensando en la amenazadora nota leída por Ben, éste la alcanzó.

-Hettie, dime la verdad, ¿escribiste tú ese papel?

-¡Pero Ben! ¿Estás loco?-exclamó ella, asombrada. Luego se echó a reír-¡Qué cosas tienes!... Temo, querido hermano, que la pérdida del ganado y de tu Rojo te hayan trastornado la cabeza.

-Perdóname, Hettie-repuso Ben, contrito-. De pronto me figuré que podías haberlo hecho tú para gastarme una broma. Y, con franqueza, preferiría que hubiese sido así.

-Pero ¿por qué habías de desear eso, Ben?-Porque en tal caso no me apuraría. Sí, creo que estoy trastornada. No me gusta la situación en que me encuentro, Hettie.

-Ni a mí tampoco, Ben. Pero, claro..., no se te puede hablar.

-Hettie, no está bien que digas eso-dijo él en tono de reproche-. Le conté a Ina el disgusto que tuviste con :Dillon..., claro que como tú me lo contaste. Y me puso como un trapo. No es posible teneros a las dos en contra.

-No estamos contra ti, Ben-afirmó Hettie.

-Sí, sí, vais contra mí-repitió su hermano con testarudez-. Estoy enemistándome con todo el mundo. Procedo contra los consejos tuyos y los de Ina, hasta contra los de Tom Day. He ofrecido un premio de mil dólares a quien me devuelva el' Rojo. He :mandado poner anuncios a lo largo de los caminos. A Tom no le gustó. Dijo que alguien me traería el, caballo para volver a robarlo después.

-¿Qué ha dicho Dillon?-preguntó su hermana con curiosidad.

-Le pareció bien la oferta del premio. Ya sabes que Dillon dijo que podía recuperar el caballo. Estuvo ausente durante dos días, después de regresar de Winthrop. No sé dónde estuvo. Ha trabajado durante estos años con la mayor parte de los equipos, a lo largo de los Mogollones. Los conoce a todos y entre ellos habrá muchos encubridores de los cuatreras y abigeos. Eso es lo, malo de este país, no se sabe quién es honrado... Bueno, pues, Dillon volvió y confesó no haber podido descubrir nada respecto al paradero del Rojo. Así es que ofrecí el premio. Y Dillon mismo clavó el anuncio en todas partes.

-Recuperarás al Rojo-repuso Hettie, esperanzada.-Tengo otra idea-continuó su hermano-. Quiero hacer venir a varios buenos policías para que sigan la pista de esos bandidos. Por ejemplo, Pat Garret, de Nuevo Méjico. Si pudiese hacerle venir, y, además, otros dos de Phoenix, dándoles como ayudantes un buen equipo de vaqueros acostumbrados a las luchas, creo que, acabarían con los ladrones. Pero Tom Day se enfurece al oír la idea. Dillon también se enfadó, diciendo que en .tal caso los bandidos acabarían por incendiarnos las casas en lugar de robar unos cuantos animales. ¡Unos cuantos animales! ¡Dios mío! Me gustaría saber qué cantidad me han de robar para que le parezcan muchos„

-Por lo menos deberías escuchar a Tom Day-observó Hettie-. Él conoce este país.

-Ya le escucho, Hettie. Pero, además, necesito hacer algo. Si dentro de diez días no recupero al Rajo, alguien se la cargará, estoy seguro.

Marvie no regresó al rancho hasta muy tarde, Hettie le esperó, tratando de leer para pasar el tiempo, pero las más veces permaneció mirando al fuego con ojos tristes y soñadores. :De pronto oyó sus rápidos pasos y el ruido de las espuelas en el porche.

-Entra, Marvie-dijo la joven.

Marvie entró como el viento, mas sin hacer ruido, y la sorprendió con su rostro pálido, en el que se veían algunas manchas, y sus brillantes ojos. Llevaba rifle, látigo y guantes en la mano, resultando, en conjunto, una figura notable. Hettie lo supo todo antes de que el muchacho empezara a hablar.

-¡Ella estaba allí!-murmuró dramáticamente.

-Lo sabía en cuanto te vi entrar-repuso Hettie sonriendo.

-Hettie, soy el hombre más feliz y más desgraciado a la vez.

-Siéntate y dímelo todo.

-No hay mucho que contar, pero es terrible-dijo el muchacho sentándose al lado de la joven. Luego, en voz baja y emocionada, continuó-: Rosa estaba allí. Hacia horas que me esperaba, llorando, temiendo que no fuese. Dijo que estaba deshecha, que había descubierto que me amaba; que yo era el único que la había tratado bien, que se mostraba bueno con ella. Dijo que sabría renunciar a mí para ahorrarme la deshonra, pero que eso sería su muerte. Juré entonces que jamás la dejaría, que estaba dispuesto a casarme con ella. Y así hablé largo rato, hasta dejarla más apaciguada. Entonces le dije que el próximo miércoles irías tú conmigo. Se asustó mucho. Pero le aseguré que tú nos ayudarías, y, por fin, transigió. Irá por un sendero que conocemos los dos, hasta encontrarnos... Eso es .todo. ¡Hettie, por el amor de Dios...!

Marvie se calló, con un sollozo en la garganta.

Hettie, movida por un impulso de admiración, le dio un beso.

-Marvie, eres un verdadero hombre-dijo-. Iré. Ya encontraremos algún medio para solventar tu problema.

El muchacho murmuró frases incoherentes y salió corriendo de la habitación, sin cerrar siquiera la puerta. Hettie lo vio alejarse bajo la luz de la luna; luego cerró la puerta y, acercando el sillón al hogar, se sentó, abismándose en graves reflexiones acerca del problema amoroso de Marvie.

XV

Hettie, muy madrugadora siempre, se excedió aquella mañana del miércoles en que había de ir con Marvie a las «Quebradas».

Tenía que realizar varios trabajos, algunos de los cuales acabó antes de que su madre la llamara a desayunarse. Aún estaba a la mesa cuándo la alarmaron grandes gritos. Al instante reconoció la voz de Marvie.

-¡Cielos! ¡Por lo visto, el pobre chico celebra la llegada del miércoles!-exclamó Hettie riendo.

Sin embargo, salió al porche, seguida de su madre.

-¡Por el amor de Dios!-dijo la señora Ide-. ¿Es que Marvie se ha vuelto loco?

La vieron correr alocadamente, sin nada en la cabeza, hacia la casa de Ben. Al llegar al otero, el muchacho vio a Hettie y con grandes ademanes le dijo a gritos:

-¡Mira hacia los campos!

Hettie lo hizo, mas los árboles le impedían ver bien y no observó nada anormal.

-¡Hurra!-gritó Marvie otra vez-. ¡Sal, Ben

Hettie comprendió que algo debía de suceder y echó a correr para cruzar el puente. A medio camino vio que Ben salía de su casa en mangas de camisa y con un fusil en la mano.

¿Qué pasa, Marvie?-exclamó.

-¡¡Que ha vuelto el Rojo!-gritó Marvie.

Hettie vio de pronto que Ben se sobresaltaba y que luego iba al encuentro del muchacho. La joven perdió poco tiempo eh cruzar el puente y el herboso llano, jadeante y emocionada, llegó a tiempo de ver que Ben se dejaba caer sobre un tronco. Ina salía en aquel instante a medio vestir.

-¿Qué pasa, Ben?

-preguntó muy alarmada.

-¡Alégrate, mujer, el Rojo ha vuelto!

-¿Y eso es todo? Creí que nos atacaban los bandidos. Marvie, eres un demonio gritando.

-Ben,,te... felicito...-dijo Hettie, jadeante.-Muchacho, ¿no me engañas por haberme enfadado contigo?-murmuró Ben a Marvie.

-¡Ca, no, señor! Lo he visto muy bien.

-¡Ah!.... Ha debido ser Dillon quien lo trajo-suspiró Ben, lleno de agradecimiento hacia su capataz.

-¡Al infierno Dillon!-exclamó Marvie, sintiendo menospreciada su gran alegría por haber sido el primero en comunicar al amo el regreso de su caballo favorito-. Dillon está durmiendo aún. Sólo yo estaba levantado.

-¡Caramba! ... ¿Has visto a alguien?-Ni un alma.

-Pues no lo entiendo. Vamos, Ina, ponte una bata, si vienes. Y díselo al chico. Se va a poner muy contento. Ben y Marvie se dirigieron al corral, algo distante, y Hettie trató de seguirlos al mismo paso. Tres veces hizo Ben la misma pregunta al muchacho y tres veces contestó Marvie lo mismo. Raidy apareció en el porche de la cabaña de vaqueros con un rifle.

-¿A qué viene tanto escándalo, mi amo?-preguntó al unirse a los tres.

Marvie cruzó los corrales y atravesó una ancha plazuela hasta llegar a una alta empalizada que cercaba los pastos, subiéndose a ella con la agilidad de la ardilla.

-¡Ahí, ahí!-exclamó, señalando a la vez.

Ben encaramóse a la empalizada antes que Hettie, y el grito de alegría que profirió fué una revelación para la joven.

El Rojo de California estaba, en efecto, en aquel campo, cerca de la empalizada, y al oír el grito de Ben alzó nerviosamente la cabeza, volviéndose hacia él, erectas las oreas, los ojos saltones.

Ben silbó, llamándolo luego con voz cariñosa. El garañón perdió el miedo; bajando las orejas, acercóse paso a paso. Ben continuó llamándolo, y el Rojo, reconociendo la voz de su amo, se mostraba contento y relinchaba. De pronto se fue en derechura al sitio donde se hallaba Ben. Estaba desgreñado, sucio; parecía algo más delgado, revelando los efectos de una dura caminata y tal vez de malos tratos.

-Ben, a ese caballo lo han maltratado, de lo contrario, no se acercaría con tanto miedo-declaró Raidy.

-¡Cielos l Si fuese verdad'...-exclamó Ben con fiereza y, extendiendo la-mano, volvió a llamar-: Ven acá, Rojo, ven, viejo camarada. ¿No conoces a tu amo?

Mas el Rojo se obstinaba en no acercarse del todo, deteniéndose con recelo piafando. Sus oscuros ojos brillaban suavemente. De nuevo relinchó. Ben saltó de la empalizada y se acercó con cuidado, sin dejar de llamarlo, hasta que estuvo a su lado y entonces le rodeó el cuello con sus brazos, ocultando el rostro entre sus bermejas crines.

Hettie, al verlo, recordó los días de Río Perdido, cuando el Rajo corría, libre, por las laderas, cuando Ben era un solitario proscrito, un cazador de caballos salvajes y Nevada entrara tan misteriosamente en sus vidas. Se le nubló la vista. Ella no podía comprender el cariño apasionado de Ben por aquel' noble caballo, mas simpatizaba con él y compartía su inmenso gozo.

Mientras tanto habían llegado los vaqueros del rancho. Raidy abrió la puerta de la empalizada, y, a poco, Ben llevó el garañón a la plazuela.

-Examínelo con cuidado, Raidy-ordenó Ben.

El' viejo obedeció. Palpó al caballo por todas partes, lo examinó de cerca y levantó una a una sus patas para ver las herraduras.

-Bueno, Ben, el Rojo está sano-declaró luego muy satisfecho-. Tiene algunos arañazos, está muy cansado y le falta una herradura. Se muestra nervioso e inquieto; con seguridad está contento de haber vuelto. En fin, afortunadamente, el robo no ha tenido consecuencias.

-Entonces, usted persiste en su opinión, ¿verdad?

-¡Ya lo creo! No cabe otra cosa. ¿Es que usted no sabe lo que es un caballo? ¿No está usted viendo que el Rojo ¿ha sido apersogado y maniatado?

-No, no lo veo-repuso Ben.

-Pues es así. Mire usted! mismo... Ahora ya vuelve a tenerlo, y no creo que se lo quiten otra vez. De todos modos, por cariño al caballo no debe usted cerrar los ojos a los hechos.

Raidy siguió palpando al Rojo con mano hábil, buscando con experta mirada las señales que podían revelarle lo sucedido al caballo.

-Vea usted mismo-continuó Raidy con vehemencia-. ¡Fíjese aquí! ... ¡Cielos!, también lo han sujetado con el lazo.

En aquel punto, vio Hettie aparecer en la puerta del corral a Dillon, que se detuvo de pronto. Su rostro expresó gran asombro y consternación; el hombre quedóse por un momento atónito, mas, al instante, se dominó, sonriendo como siempre. Hettie se maravilló de sus grandes dotes, de comediante y de su enorme serenidad. Mas ya no la engañaría otra vez. El regreso del Rojo era tan sor-. prenderte para Dillon como para todos. El círculo de vaqueros se abrió para dejar paso al capataz.

-¡Caramba! ¿Qué le dije, señor Ide?-exclamó estrechando la mano de Ben con gran alegría. A Hettie le extrañó que su hermano estuviese tan complacido con Dillon. Èste continuó-: De modo que el muy bribón ha vuelto, ¿eh? Saltó la cerca al huir y al regresar... ¡Hay que ver! Rojo, yo te admiro, pero... no te vayas a figurar que no te calé.

-Dillon, opino como usted-declaró Ben. Raidy dio rienda suelta a su enojo.

-¿Y usted pretende haber sido cazador de caballos, Ben Ide? ¡Parece increíble! Tenga presente que si el Rojo, se hubiese escapado, no habría vuelto más. Le he rogado que examinase ciertas evidentes señales de su cautividad, pero lo único que ha hecho es seguir acariciando al animal.

-Pero, Raidy, ¿no ve usted que estoy tan contento por tenerlo otra vez que ya nada me importa? También he de decirle, Raidy, que a mí me disgustaría que se comprobase el robo.

-¿Quién dice que el, caballo fue robado? Es una tontería-interpuso Dillon con impertinencia-. El Rojo se escapó para solazarse a sus anchas y ahora ha vuelto por su propia voluntad. He tenido muchos caballos con esas mañas.

-No serían caballos salvajes, señor Dillon-dijo Raidy agriamente.

-¿Qué sabe usted de caballos?

-Pues... ¡nada!, que he olvidado más particularidades de ellos, que usted ha sabido en toda su vida-replicó el viejo-. No dudo que haya tenido muchos caballos, Dillon, pero estoy seguro de que no los, crió usted mismo, ni los cogió tampoco personalmente y, por último, que no los ha conservado mucho tiempo en su poder.

En vista del tono que adquiría la cuestión y del ceño que puso el capataz, Ben se interpuso entre los dos hombres.

-¿Qué es lo que insinúa usted:?-preguntó Dillon ásperamente.

-No insinúo nada. Digo las cosas como son. Y por mí, puede usted interpretarlas como quiera, me es igual. Ben alzó la mano para imponer silencio al viejo.

-Basta ya. Cada una de ustedes puede tener su opinión, como es natural, pero no quiero discusiones aquí.

-Muy bien-repuso Raidy, disgustado-. Pero el caso es que aquí se ponen en ridículo mis afirmaciones. Yo le he rogado, Ben, que mirase usted las señales que ha traído el Rojo. Si no quiere hacerlo, creeré que desdeña mi observación y me marcharé de aquí.

-¡Raidy 1-exclamó Ben, asombrado.

-Ya me conoce usted, mi amo-contestó el viejo jinete con firmeza.

Ben vacilaba. Hettie vio claramente que su hermano abrigaba la esperanza de mantener la paz entre sus vaqueros antiguos y los nuevos, que ahora tan valiosos eran para él. Mas Raidy había arrojado el guante y no admitía medias tintas.

-Ben-exclamó Hettie desde su sitio-, tú conoces a Raidy de, toda la vida. MI te enseñó a montar a caballo. Es, pues, justo que le escuches.

-Bueno, Raidy, ya que se pone usted así, examinaré el caballo-contestó Ben con resignación.

De nuevo pasó el viejo jinete la experta mano por el cuerpo del Rojo.

-¡Fíjese aquí! -observó Raidy deteniendo la mano--. Ha sido maniatado... ¿Lo, ve? Esta señal es reciente.

-Parece que tiene usted razón, Raidy-admitió Ben levantándose-. ¡Sí, sí!, es como usted dice, y le presento mis excusas, Raidy.

-No las necesito, Ben-repuso Raidy-. Todo lo que yo quería era que saliese usted' de su error... Ahora, mire aquí. Fíjese en el morro...

-¡Rayos y truenos! ¡Le han puesto bocado!-exclamó Ben, atónito.

Dillon, al ver el giro que tomaba la cosa, intervino con

su acostumbrada habilidad :para no quedar en mal lugar. Siguió de cerca el examen que efectuaba Ben y de pronto exclamó, rectificando

-¡Pues es verdad! Raidy tiene razón. Yo no me había fijado bien en el caballo. ¡Si las señales se ven claramente..., no hay duda...! Le presento también mis excusas, Raidy. Me he equivocado.

-Bueno, señor Dillon, acepto sus excusas-respondió Raidy lentamente, mirando con sus ojos de viejo halcón al capataz.

Hettie cabalgaba al lado de Marvie, cruzando la parte limítrofe del llano de artemisa, hacia la empalizada que cercaba el terreno de Ben Ide.

Marvie se apeó para abrir la puerta de la cerca y, al montar otra vez a caballo; sonrió diciendo

-Sólo el viejo Raidy nos ha visto, y ése no dirá nada. Además, Ben diría hoy a todo que sí. ¡Dios mío, cómo quiere al Rojo!

-¡Ya lo creo! Y yo también quiero a ese animal.-Pero Ben está chiflado por él. Me dió cien dólares sólo por haberlo descubierto primero.

-Al, que madrugada, Dios le ayuda.

-Hoy me siento un Creso-la interrumpió el muchacho-. Me das ganas de-hacer cualquier disparate, pero más vale guardar el dinero para otro día.

-Oye, ¿te fijaste en la cara de Dillon cuando llegó y vio al Rojo?-preguntó Hettie.

-No, ¿por qué lo dices?

-Porque me pareció que estaba más sorprendido que nosotros y que, la cosa no le gustaba ni poco ni mucho.

-¡Ah! -dijo Marvie, que, al parecer, no quería soltar prenda.

Hettie, sin embargo, no vio el brillo de sus ojos.-Raidy y Dillon no se pueden ver-continuó ella-. Eso salta a la vista.

-Dillon estuvo muy hábil dando de pronto la razón a Raidy, ¿verdad?-observó Marvie.

-Sí. Es demasiado astuto. Se necesita ser mujer para conocerlo bien.

-Ya llegará día en que todos le conozcan... y no tardará mucho-repuso Marvie significativamente.

-¡Ojalá fuese verdad!

-Mira, Hettie, aquí dejamos el camino-dijo el muchacho obligando a su caballo a tomar por una senda-. El camino es estrecho, pero bueno. Evita los arbustos y baja la cabeza al llegar a los árboles. ¡Y a galope!

Espoleó su caballo, y Hettie hizo lo ,mismo con el suyo. Pronto se internaron en el bosque, donde no había polvo y cuya fresca sombra era agradable. Hettie había pasado por aquel sendero varias veces, mas nunca se aventuró a recorrerlo del todo. Llevaba hacia el Oeste, hacia las «Quebradas» y las oscuras mellas de los Mogollones. Poco tardaron en pasar el límite de las excursiones anteriores: de Hettie, con gran emoción de ésta. Mas no tuvo oportunidad) de contemplar el paisaje, porque Marvie avanzaba cada vez más aprisa y era preciso prestar atención al caballo y a las ramas bajas de los árboles.

Recorrieron unas cinco millas antes de que la senda se internase más en la profundidad de la selva, ascendiendo a la vez por un terreno más rocoso y abrupto. Llegaron a bastante altura y Hettie vislumbraba de cuando en cuando el rojo ,desierto en lontananza, al Norte, y las oscuras laderas a sus pies, que se extendían al Oeste. Pronto se dio cuenta de lo que significaban las «Quebradas» de los Mogollones, que no eran sino cañones paralelos y serpenteantes, con paredes roqueñas llevas de arbustos y espeso arbolado en el fondo, mientras que en los altos bordes del precipicio crecían pinos: y abetos. Marvie llevaba a Hettie de un cañón a otro hasta que, al llegar a uno más profundo y más ancho, siguió el cauce de un riachuelo que corría por él, bordeado de sauces.

Al avanzar, el cañón hacíase más ancho y aumentaba en profundidad; las paredes eran más escarpadas e inaccesibles, y todos los, detalles de la selvatiquez se intensificaban. Llegó el momento en que los caballos tuvieron que ir al paso, descendiendo poco, a poco bajo angostos techos de roca gris, entre el apiñado follaje de los arces, robles y tiemblos, que empezaban a adquirir el matiz propio del otoño, sobre todo los movedizos tiemblos, que parecían cubiertos de oro. El riachuelo aumentaba en caudal y en velocidad, y su amortiguado murmullo llenaba la ensoñadora quietud.

En los recodos de la senda deteníase Marvie para escuchar con atención, y esto acentuaba para Hettie la nota romántica de aquel paseo. La magnitud de la aventura

aumentaba con las millas. ¡Qué oscuros, apacibles y solitarios eran aquellos aislados lugares de las «Quebradas» de los Mogollones!

A su paso, los pavos silvestres huían veloces hacia los sitios herbosos, hacia la espesura del arbolado; en las laderas veíanse ciervos; algunos alces: dejaron de ramonear en los cauces para contemplar impávidos a los que así turbaban su soledad; los castores precipitábanse de sus diques al agua fangosa, para ocultarse; oíase el chillar de los grajos, el croar de las ranas; por la faja azul! del cielo volaban los halcones en lento vuelo.

-Ahora pronto la encontraremos por aquí cerca-murmuró Marvie con zozobra-. Cada vez que vengo, temo que Cedar Hatt pueda andar allá arriba espiándonos. De todos modos, Rosa es muy lista. A veces ha tenido que esperar cuatro o cinco horas.

Tras recorrer otro largo trecho del serpenteante camino, cada vez más selvático, el' muchacho detuvo su montura.-Veo su caballo. Debe de estar cerca. Nos apearemos ahora para esconder los nuestros entre la espesura de los tiemblos.

Hettie bajó del caballo y entregó las riendas a Marvie, esperándole. ¡Con qué sigilo avanzaba el muchacho! Habíase convertido en un verdadero morador de las selvas. No tardó en volver y juntos: echaron a andar, alejándose de la vereda para pisar sólo terrena herboso.

-Cualquiera que nos siguiese vería nuestras huellas -murmuró él-. Pero es poco probable, porque no es un sitio frecuentado. Los Hatt viven en el cañón contiguo y no vienen por esta parte.

Rosa es una muchachita muy valiente para venir hasta aquí. Y tú tampoco eres cobarde, Marvie-repuso Hettie.

Ascendieron la suave y herbosa ladera hacia la techumbre protectora de los pinos de bajas copas y los plateados abetos.

-Fíjate en los lechos de los. alces-murmuró el muchacho señalando los sitios donde la hierba estaba aplanada.

Hettie vio una jaquita roja, peluda, sin silla, atada a un pequeño árbol. Luego vió asomar por encima de la alta hierba una cabeza de negro y encrespado cabello. En seguida empezó a hablar Marvie

-Hettie, aquí está Rosa Hatt... Rosa, ya la he traído..., te presento a Hettie Ide, mi mejor amiga, casi mi hermana.

Al dejarse caer Hettie en la hierba, sonriendo, tendiéndole las manos, Rosa se puso de rodillas, los ojos muy abiertos y muy pálidos.

-Me complace conocerla, Rosa-murmuró Hettie con voz entrecortada; y acto seguido la besó.

-Señorita Hettie..., ¡qué buena es usted' por venir aquí l-balbució la muchacha, temblando asustada por encontrarse ante alguien de la familia de Marvie.

Éste se hallaba arrodillado al lado de Rosa, y era evidente que también para él el momento era angustioso. Había pasado ya la romántica emoción del encuentro. La hermana de Ben Ide estaba frente a la hija del abigeo Elam Hatt, y hermana del famoso Cedar Hatt.

-Hettie, creo que Rosa se tranquilizará algo si la dejo sola contigo-dijo Marvie-. De moda que me iré abajo para velar por vuestra seguridad. No olvidéis que tenemos poco tiempo.

Y animando a Rosa con la mirada, el muchacho se deslizó por entre los árboles de bajas ramas. Hettie se volvió hacia la joven, buscando palabras para llevar el sosiego a aquella alma selvática. Era una verdadera flor silvestre., Llevaba una blusa de piel de gamo, franjeada y adornada con abalorios, falda pardusca, harapienta, y botas altas, sin medias. En la mano tenía una rama de tiemblo cuyas hojitas ostentaban un tinte de oro.

-Rosa, puesto que Marvie te quiere, yo he de quererte también-dijo Hettie, expresando, no lo que pensaba decir, sino lo que saliera de su corazón. No hizo falta que le dijesen que Rosa jamás había conocido amor de madre, ni de hermano, ni de amiga. La muchacha dio un pequeño grito de alegría y pena, dejándose caer luego llorando en brazos de Hettie.

Así la prueba fue menos, difícil para ésta, que sostuvo a la joven contra su pecho hasta que se calmó la crisis de llanto. Luego le habló. con voz suave y cariñosa como quien habla a un niño, hasta que llegó el momento en que creyó oportuno hacerle una pregunta. Mas antes de hacerlo, Rosa se incorporó, secóse el rostro y, sonriendo a través de sus lágrimas, dijo:

-Marvie tiene razón. Ahora que se me ha pasado el miedo comprendo cuán simpático es el trato de usted. Jamás' la olvidaré.

-¿Quiere usted mucho a Marvie, Rosa-preguntó Hettie, aventurándose a enfocar el asunto seriamente.

-Sí-repuso la muchacha con sencillez-. No he podido evitarlo. Mas no lo supe al principio. Sólo me di cuenta la noche del, baile.

-Entonces, ¿se han prometido?

-Si usted se refiere a que nos confesamos mutuamente nuestro amor, sí, señorita Ide. Pero no he prometido casarme con Marvie.

-Él se lo rogaría, por supuesto...

-Sí, me lo suplicó-repuso la muchacha irguiendo la cabeza.

-¿Por qué no lo aceptó usted?

-Le quiero demasiado para hace-.le desgraciado, deshonrando a su familia.

-¿Lo dice usted porque pertenece a la familia Hatt?

-Sí, por eso, y por muchas otras cosas que no he dicho a Marvie-continuó, Rosa con voz firme, aunque su pecha se agitaba-. Cedar exigiría dinero a Marvie, a usted y a su hermano. Y también la haría otro, cuyo nombre no me atrevo a revelar..., ese hombre, tiene poder sobre Cedar y... sobre mí. Nos arruinaría a todos.

-Rosa, es muy fuerte lo que usted acaba de decir -observó Hettie-. Mas aunque sea exagerado, no cambia el hecho de que usted y Marvie deben esperar. Son ustedes muy jóvenes aún.

-Yo no exagero. Aún podría decirle más. Y en cuanto a casarnos pronto, es porque Marvie desea sacarme de la vida que llevo. Es terrible, señorita, no tiene usted idea. Tengo que guisar, lavar y fregar para una banda de ladrones. ¡Fíjese en mis manos! ¡Fíjese en los cardenales!... ¡Aquí!..., ¡aquí! Me tratan a puntapiés. Marvie lo sabe y no quiere tolerarlo más.

-¿No podría usted' abandonar su casa?-pregunté Hettie, conmovida.

Ya he pensado en eso. Sí, podría hacerlo. A mi padre no le importaría. Pero sería preciso convertirme en criada... o en cosa peor.

-No, Rosa, eso no. Podría usted venir a mi casa.

-¡Eso sí que sería maravilloso!-exclamó la muchacha batiendo palmas-. Pero... sería casi lo mismo que

si me casase con Marvie, por lo que respecta a Cedar y... a ese otro. No, no es posible. De todos modos, Dios la bendiga por su buen corazón.

-Es necesario no desesperar, Rosa-continuó Hettie, hondamente conmovida por la sinceridad de la joven-. El tiempo será nuestro aliado. Yo quisiera que usted pudiese sustraerse a ese trabajo embrutecedor y a la vergüenza de esa vida.

-Ésa es la esperanza que me sostiene, señorita Ide. Ganar tiempo es mi mayor deseo. Cedar está precipitándose en el infierno. Roba, juega y bebe más que nunca, dominado por ese hombre de quien no puedo hablar.

-Pero, ¿por qué no?

-Porque si él mismo no me mataba, lo haría Cedar. Soy la única persona fuera de la banda de Pine Tree que sabe las cosas. Y mi vida poco vale.

-¡La banda de Pine Tree!-exclamó Hettie con los ojos brillantes-. Ésa es la misteriosa banda de abigeos.

-Sí, ésa es, y al decirlo, señorita Hettie, le confío a usted mi vida. Pero no puedo decir más. Nadie sabe cómo se escapan los secretos. Podría usted hablar en sueños.

-Claro, pero creo que podría usted arriesgarse, puesto que duerma sola -dijo Hettie-. Rosa, se trata de un verdadero complot en el que estamos mezclados todos, la familia de usted y la mía. ¡Dios mío, qué enredo! Debió de ser el Destino quien juntó a usted y a Marvie. ¡Ojalá supiese cómo aconsejarla mejor!

-A mí también me gustaría. Tengo una idea. Creo que deba quedarme en casa, engañar a los míos, averiguar todo lo que pueda y, mientras tanto, luchar contra ese demonio que... Es preciso que vea poco a Marvie y asegurarnos siempre de que no nos cojan. Algo sucederá, señorita Ide. Usted me ha dado esa impresión. Ahora veo las cosas de distinto modo. Ni Cedar ni... el otro pueden durar en esta región. Por lo menos, ahora. Oí decírselo a mi padre. Es la segunda vez hoy que renacen mis esperanzas. Quisiera poderle hablar de otro amigo que

conocí hace poco. Me olvidé... Vino a nuestra casa, Y se armo la gorda. Escuché durante la noche por entre los troncos. Cedar estaba loco. Cash Burridge, se hallaba también presente. «Tenemos en preparación un gran negocio», dijo Cash. Y aquello fue del agrado de toda la banda, excepto de Cedar. Empezaron a hablar en voz baja, y no pude oír más.

-Rosa, ese amigo nuevo es... Jim Lacy, ¿verdad?-murmuró Hettie con labios secos.

La muchacha se quedó sorprendida, echándose atrás.-Ya lo ve, usted misma se ha hecho traición-continuó Hettie tratando de aparecer serena-. Llame ahora a Marvie. Vamos a convenir otra cita y luego nos iremos de prisa a casa. Tengo mucho que pensar por esta vez. Rosa se deslizó silenciosamente entre la maleza y Hettie, mirando fijamente al espeso y verde follaje, parecía ver un espectro.

-¡Oh, Dios mío!-murmuró con angustia-. ¡Nevada convive con esa banda de viles ladrones!

XVI

En las altiplanicies de los Mogollones, las heladas eran frecuentes a principios del mes de septiembre. Poco después de la puesta del sol, el' aire, enrarecido, hacíase frío y cortante y las fogatas de los campamentos atraían poderosamente a los jinetes, cazadores y demás hombres de la selva.

Un grupo de cinco individuos, de rostros y trajes oscuros, hallábanse sentados en derredor de una magnífica fogata junto al abrupto borde del monte Black Butte, allí donde la ladera bajaba casi perpendicularmente a las «Quebradas». Tres de ellos jugaban a las cartas, las piernas cruzadas frente a una manta, fijas todas las miradas en los pringosos trozos de cartulina pintada y en los montones de monedas de oro y fajos de billetes. Estaban jugando... el absorbente pasatiempo de todos los abigeos.

Los otros dos estaban en el lado opuesto de la fogata. Uno volvía la espalda al fuego y el otro apoyábase en un tronco.

-Es el infierno, Jim-exclamó el que estaba de pie, señalando a los jugadores-, no oirían ni la trompeta del juicio Final. Así estarán jugando toda la noche o hasta que

uno de ellos se haga con el! dinero de todos. ¿Qué importa, pues, que oyesen lo que usted dice?

-El caso es, Cash, que yo no estoy acostumbrado a hacerme escuchar de las gentes-repuso el otro-. Cuesta tiempo darse a conocer. Y usted sabe que nunca se puede estar seguro de nadie.

-Es el precio que paga usted por capitanearlos. Creo que lo mismo debe de suceder entre los comerciantes honrados. Pero no era mi idea discutirlo. Sólo me quejaba de que sea usted tan reservado.

-¿Y qué, Cash?-preguntó Jim con cierta brusquedad-. A usted le hablo bastante cuando estamos solos, ¿verdad?

-Claro que sí, Jim-respondió Burridge-. Todo lo que quiero decir es esto: si se mostrase usted algo más condescendiente, si alternara jugando y bebiendo un poco, sobre todo al tropezar con otras bandas, creo que facilitaría nuestros planes.

-Es verdad, Cash-repuso Jim con voz cansada-. Pero, ¿cómo puedo conservar la vista y la mano ágil si bebo? De todos modos, intentaré hacerme más tratable y jugaré de cuando en cuando.

-Muy bien, con eso basta. ¡Caramba, Jim ! , no me juzgue mal. Desde el día en que usted retó a Hardy Rue y lo mató, he estado dispuesto a sacrificarme por usted. Puede que

allá en los días de Lineville no haya sido un amigo, pero ahora sí que le quiero de verdad. Usted me ha levantado otra vez.

-Bien, Cash, eso es hablar claro-observó Jim-. Y no me importa decirle que .me es usted más simpático que antes. Pero no puedo' querer a nadie, ni ser camarada de nadie.

-Sí, sí, ya lo comprendo-repuso Burridge rápidamente-. Y me contento con pequeños favores. Mas no hace falta que diga eso a nuestra banda, ni a ninguna otra. Todos creen que ha sido usted camarada mío en California y que continúa siéndolo. Burt Stillwell me hubiese pegado un tiro, de no haberle tenido miedo a usted. Le digo que era una persona muy peligrosa.

-Sí, en el sentido de cobardía y traición-convino Jira haciendo un rápida ademán-. Me disgusta «sacar» el revólver sobre esa gente, mas él me obligó. La cosa iba bien hasta que trasegó unas copas. Luego se enfadó por lo del, caballo rojo de ese Ben Ido, y después tuvo aquella ridícula exigencia respecto a su socio Cedar Hatt. Quería una participación-en el negocio del, ganado... para ese Hatt.

-¿Qué me dice usted? Bien, bien, ya me extrañaba la causa. Pero estaba tan contento, que no sentía curiosidad-contestó Burridge volviéndose luego hacia la fogata para remover los troncos. Enfrentóse en seguida de nuevo con su compañero-. Tal vez no lo sepa usted, Lacy, pero el caso es que, quitando de en medio a Stillwell, se ha ganado usted' muchos amigos y un adversario seguro.

-JY ese adversario, ¿quién es? ¿Cedar Hatt?

-Sí. Es él. Mala persona y muy astuto. Es un hombre de las selvas, como los pieles rojas. Cedar no le provocaría nunca, a no ser que, como Stillwell, estuviese bebido. De todos modos, es más peligroso para usted Cedar que todos los gunmen que pueda haber en Arizona. Créame, ha matado ya a muchos pastores y vaqueros. Le seguirá la pista y le preparará alguna emboscada.

-Gracias, Cash, por el aviso-dijo Jira bostezando-. Creo que habré de andar con cuidado con respecto a ese Cedar Hatt.

-Le digo que lo sé-declaró Burridge-. Y en eso soy sincero y egoísta al mismo tiempo. Además del afecto que le profeso, tengo otros motivos para no querer que maten a Jim Lacy. Cedar se enfurecerá cuando sepa que quitó usted de en medio a Stillwell, pero cuando se entere de que tuvo usted ese garañón rojo en su poder y se lo envió otra vez a Ido..., j amigo!, entonces reventarán las calderas del infierno.

-¿Cuánto tardará en descubrirlo?-preguntó Lacy con más interés que antes-. Stillwell no se lo podrá decir, como es natural. Y Bebé Morgan, ese compadre de Stillwell, creo que aún está corriendo.

-Cedar lo sabrá en seguida-afirmó Burridge-. Si no por alguien de fuera de nuestra banda, por uno de nosotros mismos. Porqué, la verdad, Jim, fue una osadía devolver el caballo al rancho de Ido, quitándoselo a Burt y Morgan. Ellos lo habían robado. De todos modos, las razones de usted me parecieron buenas. Ben Ide armaría más escándalo por la pérdida del Rojo de California que por la de cien mil cabezas: de ganado.

-¡Vaya, vaya!-declaró Lacy bajando la cabeza. La ramita que sostenía en la mano se partió de pronto.-Bueno, continuando, las razonen de usted me parecieron lógicas. Pero yo tengo sesos en la cabeza, y la mayoría de esos bandidos no tienen sino aserrín. Aquello extraño a todos los nuestros. Sin embargo, sólo Hubrigg abrió la boca para decirlo. Aunque Hubrigg le quiere, y creo que puede usted fiarse de él.

Burridge se inclinó hacia Jim, diciéndole en voz baja-Si los de nuestra banda se mantienen todavía un poco aislados de usted, sólo es debido a su reputación. Mas desde que nos ayuda a robar ganado y a venderlo, todos están seguros de que es usted de los nuestros, aun siendo Jim Lacy.

-Creo que es hora ya de interrumpir nuestra charla; Cash-observó Lacy.

Jim escuchó atentamente el débil rumor del viento que subía del' negro abismo que se abría a sus pies.

-¿So oye algo?-preguntó Burridge.

-El rodar de piedras. Puede que se trate de algún ciervo.

-También podría ser Stagg, y casi estoy por decir que es él. Ya tarda en venir.

-¡Escuche!-repuso Lacy alzando la mano. Los dos se pusieron a escuchar-. ¿Oye usted algo?

-¡Vaya! la mar de ruidos nocturnos, incluyendo a nuestros compadres que juegan aquí, pero ninguno de caballo-repuso Burridge.

-Pues yo percibo los pasos de un caballo-dijo Lucy.-Muy bien. Será Stagg, a no ser que sea uno de nuestros caballos. Voy a mirarlo y luego haré mi cama. Burridge se marchó, desapareciendo en la oscuridad de la noche; mientras, Lacy atendió a la fogata. De cuando en cuando miraba a los jugadores, brillando en sus ojos una luz amenazadora. Luego se ensimismó, contemplando el fuego, olvidando la oscura selva y los ladrones que jugaban, convirtiéndose en una estatua de frías facciones: y ojos hundidos. Debió de ver algún espectro en las rojas ascuas, porque no salió de su ensimismamiento hasta que el ruido de cascos de caballo sonó muy cerca de él.

A poco, emergían de la oscuridad dos hombres que hablaban en voz baja. Lacy se levantó para ir a su encuentro.

-¡Hola, Jim !-saludó el recién llegado, que venía en compañía de Burridge.

-¡Hola, Stagg! ¡Por fin!, ¿salieron bien de aquello?-¡Sí, no costó ningún trabajo!-contestó Stagg tendiendo las manos hacia el fuego-. Tan pronto como os marchasteis todos, el Rojo se calmó y lo saqué de aquel estrecho corral. Eso le gustó, y cuando se dió cuenta de que lo llevaba a casa, ya no se mostró difícil. Avanzamos rápidamente. Creo que debía de ser medianoche cuando llegué a la pradera. Até los dos caballos, me quité los zapatos, me puse las abarcan de gamuza y llevé al garañón cinco millas a través de la hierba y de la artemisa. Al llegar al rancho de Ide, caminé a la largo de la empalizada hasta llegar a la puerta. La abrí e hice entrar al Rojo.

-Muy agradecido, Stagg. Yo... creo que no cometí ninguna estupidez..., aunque hay quien piensa de distinto moda-repuso Lacy apartando el rostro del fuego.

-Lacy, esa idea suya fue obra de una verdadera inteligencia y lo mejor que he visto en las selvas hasta ahora -declaró Stagg-. No tuve tiempo de decirle que, al día siguiente de robar Stillwell el garañón, estuve en el rancho de Burton. Los vaqueros de Ido se esparcieron furiosos por todas partes. Un tal Raidy, viejo jinete de Ide, estaba que echaba chispas. Y hoy, cuando subía la ladera Hogback, tropecé con un pastor conocido. Es un mejicano, Juan No-sé-cuántos. Me ha dicho que Ide ha puesto anuncios en una porción de árboles a lo largo del camino ofreciendo un premio por el Rojo.

-Ya ves, Jim, o hiciste bien-declaró Burridge tuteando a Lacy delante de los otros-. El joven Ide se hubiese gastado una fortuna para recuperar el garañón. Yo sólo lo vi una vez y ¡cuidado que me pareció magnífico! Si lo miro dos veces, me convierto también en cuatrero.

Lacy contempló fijamente las sombras de la noche.

-Debes de tener hambre, ¿verdad?-preguntó Burridge a Stagg.

-Algo comí en casa de los Hatt -replicó éste-. Pero no me vendría mal un trozo de venado v una taza de café.

-Tenemos pavo asado. Un pavo joven que Jim abatió mientras cabalgábamos.

-Pues el amigo Jim debe de llevar consigo un rifle-observó Stagg con ganas de bromear.

-¡Cal Sólo ese revólver suyo, de seis tiros.

Lacy dejó de mirar hacia la oscuridad, volviéndose a la fogata.

-Stagg, ¿vio usted a alguno de los Hatt?

-¡Vaya l Estaban todos en casa y tenían, además, visita. Gente desconocida para mí.

-¿Les contó usted que había devuelto el Rojo?

-¡Ya lo creo! Me pareció una buena idea. Además insistí en que estaba bien hecho. Elam no es un cuatrero. Dijo que el robar caballos es lo más ruin que hay. En cambio, Cedar juró que debía de haber algo anómalo en el hecho de que un gunman y ladrón de ganado devolviera la propiedad robada. Y también juró que volvería a robar el Rojo sólo por llevarle a usted la contraria.

-¡Ah! Bueno. ¿Qué dijo Cedar al enterarse de que pegué un tiro a su compañero Burt Stillwell?-inquirió Jim en tono seco y tajante.

-¿Qué?-exclamó Stagg, sobresaltado. Ya me ha oído usted.

-Seguro, pero... yo... ¿Le pegó usted un tiro a Lacy asintió fríamente, mirando al fuego.

Stagg quedó rígido; y tras una pausa, durante la cual permaneció como atontado, miró a Burridge, a Lacy y luego al bosque. El silencio sólo era interrumpido por los jugadores.

-Entonces... Burt ha muerto... naturalmente-dijo Stagg al cabo de un rato y haciendo un esfuerzo.

Cash Burridge rompió la extraña tensión del momento.-Burt está bajo tierra, esperando el día del Juicio. Y buena faena que fue, Stagg.

-No hay nada que decir contra eso-observó Stagg, ya repuesto de la emoción-. Bueno, Lacy, el caso es que Cedar Hatt no lo sabe ni yo lo sabía; cuando se entere, se pondrá hecho una furia.

-Ya se lo he dicho a Jim-dijo Burridge con impaciencia-¿Qué puede importar eso? Habrá pronto un Hatt menos, eso es todo.

-¡Caramba!, camaradas, la población de nuestra Arizona está reduciéndose de verdad'-replicó Stagg riendo.

Uno de los jugadores, molesto por la risa, alzó la mirada, diciendo

-Bill, cállate la boca y vente aquí a jugar. Hubrigg y Brann no juegan bien.

La expresión desvergonzada de su rostro, sus ojos brillantes, revelaban su gran satisfacción al hacer tintinear la pila de oro.

-¡Ya lo creo que jugaré!-contestó Stagg con avidez-. Espérate a que coma un poco.

-¿Y usted... Lacy?-preguntó Brann vacilando-. Usted no está excluído, la partida es libre para todos.-Gracias, Brann-repuso Lucy pausadamente-. Pero me disgustaría ganarle ese montón de oro. Porque es el caso que tengo una vista de lince, y sentiría verles resbalar los ases dentro de las mangas. Coma soy un gran jugador, los vencería a todos y, ¡claro está l , lo más probable es que ustedes acabarían enojándose y echando mano al revólver; lo cual sería malo para nuestra banda.

Burridge y Stagg echáronse a reír a carcajadas y el eco de su risa resonó por los ámbitos del, bosque. Brann, al parecer un bandido de buen humor y comprensión. miró un rato a Lucy y, por fin, sonrió.

-Pues, entonces, Jim, retiro la invitación-dijo. Jugaos, si queréis, la cabeza-interpuso Burridge-. No tenemos que levantar el campamento hasta las últimas horas de la mañana. De todos modos, yo me retiro.

-Lo mismo digo-dijo Lacy, y se alejó del círculo de luz.

A tientas, se dirigió al lugar oculto y abrigado bajo las copas de los abetos donde había puesto sus mantas. Después de sentarse y quitarse las botas, se quedó inmóvil, mirando hacia la lejana fogata. Al cabo de un rato se quitó la chaqueta, con la que se hizo una almohada. Después desatóse la pistolera y puso el arma bajo la chaqueta. Y otra vez se quedó mirando al bosque. Habíase levantado un viento que mecía con suave susurro las copas de los pinos. Oyóse el aullido profundo de un lobo, hambriento, solitario y triste.

-Creo que ese pobre diablo es como yo-murmuró Lacy, y se envolvió en sus mantas.

El ruido de un hacha sobre leña dura sacó a Jim Lacy de su sueño.

Advirtió que en la manta, en las botas y en el sombrero

había escarcha. Hubrigg, al parecer un hombre simpático y servicial, estaba partiendo leña para el fuego del campamento.

-¡Vaya fresco que hace esta mañana, Hubrigg!-dijo Jim a modo de saludo-. Voy a buscar agua.

-¡Hoya, Jim! Creo que su conciencia no le deja nunca dormir bien-repuso Hubrigg-. Fíjese en ésos, parecen leños... ¡Va usted' a ver!

Y diciéndolo, cogió un cubo y le dió un tremendo golpe con el mango del hacha, entregando después el pozal a Lacy. Los ladrones, al ver tan rudamente interrumpido su sueño, saltaron de sus yacijas con ojos de espanto, el pelo erizado y sendos revólveres en las manos.

-¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! -rió Hubrigg-. A levantarse, dormilones, que hay que ayudar en las faenas del campamento.

Todos menos Burridge maldijeron, vociferando, al inoportuno, y Burridge, cuando se dio cuenta de lo ocurrido, exclamó:

-¡Válgame el Cielo! Creí que había llegado mi última hora.

Jim Lacy descendió por la senda en busca del agua. Aprovechaba toda oportunidad para alejarse de los abigeos a que se había unido, y aquellos momentos, por breves que fuesen, eran un alivio para él. En tales instantes no necesitaba estar alerta, escuchando, observando, tratando de leer los pensamientos de sus cómplices. Entonces volvía a ser el viejo Nevada, amante de los espacios abiertos, del desierto y del bosque, del color y del misterio de la vida selvática.

Aún no había salido el sol. Hacia el Este, el cielo comenzaba a teñirse dé rosa por encima de la enorme vertiente de los Mogollones, que, como un brazo, extendíase negra y amenazadora hacia las «Quebradas». El bosque parecía despertar de su sueño, oyéndose ya el chillido de las ardillas, el grito de los cuervos, el rugido del alce macho, el gorjeo de los pájaros. Las rocas y la hierba estaban cubiertas de helado rocío. El aire era frío y el agua del manantial daba, en el rostro, la impresión del hielo.

Cuando tornó a subir hacia el borde del cañón, Jim se detuvo un momento para contemplar las maravillosas y negras hondonadas llamadas las «Quebradas» de los Mogollones. No eran en realidad negras, aunque el negro era el tono predominante junto al tinte áureo de los tiemblos, el escarlata de los arces, el bermejo de los robles y el tono vivo de la vid silvestre, para el que no encontraba nombre. Una ladera llena de pinos, que parecían lanzas, caía casi perpendicularmente sobre la tierra baja, ondulada, a sus pies. La aguda mirada de Jim Lacy bajó hasta las «Quebradas», que, desde su elevada situación, parecían una loma ondulada de terreno pantanoso. Su inmensidad le asombró. Tenía ante sí una región selvática tan grande como todo el norte de California, que tan bien él conocía. Y para aumentar aún más el efecto de la asombrosa visión, allí estaba el desierto, grandioso e ilimitado. Pasó Jim un momento de éxtasis, seguido de un melancólico anhelo de que llegara el día en que estuviese libre para poder encariñarse con Arizona, para poseer un rancho suyo, unos cuantos hatos de vacas y algunos caballos, un hogar en la selvatiquez, donde poder cazar y cabalgar, para vivir en paz, soñando con el pasado. Anhelo melancólico, porque Jim sabía que jamás llegaría a ser realidad.

Al volver al campamento llegó a tiempo para oírle decir a Brann :

-¿Pero por qué diablos vamos a incluir a los Hatt en ese asunto?

-¡Hombre de Dios!, porque es un negocio ideado por quien tiene inteligencia-repuso Burridge con desprecio.

-¿Te refieres a la tuya, verdad? Muy bien, pero yo, no me chupo el dedo.

Viendo llegar a Jim Lacy, cesaron en la discusión.-Que vaya alguien a buscar los caballos-exclamó Burridge.

Una hora más tarde, los seis hombres, montados en sendos caballos, seguidos de otras tantas acémilas, emprendieron la ruta hacia el fondo del cañón. Tratábase de una senda que sobrecogía al jinete más consumado y atrevido. Además, usábase muy poco. Lacy se dijo que aquel sendero debía ser una salida a retaguardia de la madriguera de los forajidos. Con frecuencia viéronse los seis hombres en la necesidad de usar el hacha para abrir paso a las bestias de carga. Montones de rocas, algunas-a punto de precipitarse, despeñaderos, pasos estrechos, árboles caídos y densos matorral es' eran obstáculos todos que dejaban grabado para siempre en la memoria del que lo recorría una vez el camino de los Hatt.

Mas, aunque muy pino, el camino no era largo. Desembocaba en el comienzo del cañón por donde el riachuelo salía bajo un risco cubierto de musgo, y bajaba con alegres murmullos por la serpenteante vaguada del cañón, el más selvático y hermoso que Jim Lacy había visto.-Dígame, Cash-dijo Lucy en un momento oportuno, cuando los dos cabalgaban juntos-, ¿es ese Cedar Hatt el cabecilla de la banda de Pine Tree?

-¡Cielos, no!-exclamó Burridge, a quien la idea pareció absurda-. Pero, con franqueza, Jim, tampoco puedo decir que no lo sea. Quiero indicar que el sentido común me dice que no puede serla. Hay un hombre de verdad que lleva las riendas de esa banda.

-¿Habla usted con sinceridad ahora? ¿Honradamente no lo sabe?

-¡Pongo al Cielo por testigo!-repuso Burridge alzando la mano enguantada-. Si lo supiese, se lo diría... aunque se tratase de un camarada mío. Pero no lo sé. No conozco a nadie que sepa quién es. Por mas que nadie se ufanaría de ello si lo supiese. La banda de Pine Tree sólo existe desde hace tres años. Tiene su marca, pero aún no la he visto en ningún novillo ni en ninguna ternera, ni en ningún sitio. Me han dicho que esa marca suya está grabada en los troncos de los tiemblos. Los pastores se lo dirán.

-¿Puede ser de esa banda Cedar Hatt?-preguntó Lacy.

-¡Claro! Pero es una mala persona para fiarse, a no ser que se tenga sobre él cierto dominio. Me he formado una idea sobre dicha banda, y es ésta: algún abigeo astuto ha venido aquí de otra región, ya sea trayendo consigo unos .pocos hombres seleccionados, o escogiéndolos aquí con gran precaución, y ése es el cabecilla que tiene el dinero y fa inteligencia necesarios para hacerse obedecer por una banda pequeña. Un vaquero encontró un día un toro rezagado en la sierra y vio que llevaba la marca borrada con pintura. Esto es una cosa nueva. Mas ¿cómo diablos sería posible cubrir con pintura la marca de un gran hato de toros salvajes?

-No es muy práctico-observó Jim, pensativo.

-No es difícil robas ganado en este país, y aún lo es

menos venderlo-declaró Burridge-. Pero hacerlo en gran escala y que no le descubran a uno..., eso sí que requiere inteligencia.

-¿Cuánto falta para llegar al rancho de los Hatt?-Al doblar el recodo que viene habremos llegado. ¿No le parece un excelente sitio como madriguera?

-¡Ya lo creo! ¿Es que todos esos cañones son iguales?

-¿A éste? Sí, sólo que más abruptos aún. Algunos lo son hasta el, punto de que no se pueden atravesar a caballo.

Al doblar el recodo, Jim expresó con un grito de admiración su gran alegría. El cañón abríase allí en un valle ovalado, rodeado por altos muros, en la que pacían caballos y vacas, terminaba en un bancal más alto, donde enormes pinos y abetos aislados elevàbanse hacia el borde del precipicio. En la linde de aquella eminencia había dos cabañas de troncos formando un pintoresco conjunto. En el fondo, medio ocultos por los tiemblos dorados, estaban el corral y el granero.

-Aquí viven los Hatt-observó Burridge-. Parece una madriguera de zorros, con dos entradas. Ésta que acabamos de recorrer y otra, un estrecho pasaje desde el cual dos buenos tiradores podrían detener a todos los vaqueros de Arizona.

-¡Es un valle hermoso l-exclamó Jim saliendo de su acostumbrada reserva.

-He estado muchas veces aquí. Traté de comprarle el rancho a Hatt, pero no quiso vendérmelo.

-¿De qué vive esa familia?-preguntó Jim mirando en derredor suyo.

-De carne, alubias y harina de trigo. Y destilan su propio whisky. Si bebiese usted una copa, lo pasaría muy mal.-¿Cuántas mujeres hay aquí?

-Sólo la niña Rosa. Había, hace tiempo, una mujer, que era, según decían, esposa de uno de los hijos. Pero no la he visto nunca... Bueno, el viejo Elam ya nos ha visto con sus ojos de águila. Sale de la cabaña con un rifle en la. mano.

Los jinetes que iban delante condujeron los caballos de carga hacia el bancal y se apearon allí; Burridge llegó un poco antes que Jim. Hatt, el viejo montaraz, con el cabello enmarañado, esperaba con una sonrisa de bienvenida en su arrugado rostro.

-¡Hola, Elam! ¿Le dijeron que íbamos a venir?

-Sí, pero no los esperaba tan pronto.

-Choque la mano de Jim Lacy-continuó Burridge lacónicamente.

-¿Cómo está usted? Su nombre no nos es desconocido por aquí-respondió Hatt ofreciéndole la mano.

Lacy se inclinó sobre su caballo tendiéndole la suya.-Me alegro de conocerle, Elam-dijo pausadamente-. Me he enamorado de su residencia. Pienso quedarme aquí hasta que me eche.

-Sea usted bien venido-dijo Hatt con amabilidad-. Nuestra casa siempre está abierta para los amigos. Apéense y entren.

Burridge no se molestó en presentar a Jim a los demás Hatt allí presentes, aunque al saludarlos pronunció sus nombres, Tobe y Henny. Cedar Hatt no apareció, ni la rápida mirada de Jim descubrió a la niña Rosa.

-Echen sus equipos' en el soto-dijo Elam Hatt-. Y suelten los caballos, no hay cuidado de que se escapen. Mientras conducían los caballos al soto de tiemblos, Elam paseaba con Burridge, seguido de sus dos hijos. Bastóle a Lacy una mirada para definir a Elam Hatt. Era un montaraz rudo y bravo, que, sin duda, había vivido de la caza hasta que se le presentó una oportunidad de vivir más fácilmente con el producto del ganado en las «Quebradas». Los dos hijos, sin embargo, no le dieron una impresión favorable. Eran patanes desgreñados, de dientes sucios y ojos pálidos; las líneas de sus rostros indicaban escasa mentalidad. La llegada de Lacy, al parecer, no los emocionaba ni les interesaba. Tobe iba con los pies desnudos. Henny apoyábase en una carabina, abrillantada por el largo uso.

-¿Dónde está Cedar?-preguntó Burridge de un modo indiferente.

-Por ahí anda-contestó Elam-. Fue él quien los vio primero.

-Espero que no pondrá obstáculos' a nuestra estancia aquí.

-No se sabe nunca lo que hará Cedar-repuso Elam sonriendo entre dientes-. Pero yo sí que me alegro & verlos a todos. Deseo saber noticias del mundo. Dispongan de todo como si estuviesen en su casa. Voy a ver cómo anda la comida... Tobe, ¿dónde está tu hermana?

-No sé-repuso su hijo.

-Pues, ¡búscala, gandul!-mandó el viejo, y se marchó, hacia las otras cabañas.

Tobe, como si no hubiese oído a su padre, en lugar de obedecer dirigióse a Lacy.

-¿Tienes tabaco?-preguntó.

-Sí, en la alforja de mi silla lo encontrará-contestó Jim Lacy.

Henry, el otro hijo de Hatt, se acercó también y, arrastrando la culata de su rifle por el suelo, fue tras su hermano en busca de-la alforja de Lacy.

Al encontrar el tabaco, se lo apropiaron todo.-Cash, ¿dónde va usted a dormir?-preguntó Jim.-Aquí mismo, bajo los tiemblos. Tan buen sitio es éste como cualquier otro. Elam nos ofrecerá, como es natural, el desván de su vivienda, pero prefiero estar al aire libre.-¡Ya lo creo! Yo también-repuso Jira-. Los desvanes de las cabañas suelen estar llenos de suciedad, arañas, ciempiés y mucho humo. Pondré mi equipaje bajo algún árbol.

-Que sea un sitio desde el cual podamos comunicarnos, Jim-dijo Burridge, no sin intención.

Jim se sentó, aparentemente, para componer uno de los estribos de la silla de montar, mas, en realidad, porque no deseaba escoger el sitio de su refugio nocturno a la vista de aquellos degenerados hijos de Hatt. Lacy sabía leer en los ojos de los hombres su pensamiento y daba por cierto que tanto Tobe como Henny cometerían un asesinato para apoderarse de una bolsa de tabaco. De aquí que decidiera llevar sus mantas a un sitio oculto entre los matorrales y cambiar de lugar todas las noches. Veladamente estuvo observando a los dos muchachos y a la vez espiando a Rosa.

-¡Qué!, ¿continuamos nuestra partidita? -propuso Hubrigg.

-¡Buena ideal-contestó Brann.

-¡Ahora mismo!-añadió Slagg alegremente.

Cash movió la cabeza dubitativamente, más no se atrevió a opinar hasta que los hijos de Hatt se marcharon.-Yo, por mi parte, no quiero ser un aguafiestas; pero no me parece acertado enseñar aquí todo ese montón de oro y de billetes.

-¿Por qué no?-preguntó Hubrigg.

-Puede ser peligroso. No somos de la banda de los Hatt. Éstos pueden traer aquí a sus secuaces en poquísima tiempo. Nosotros sólo somos seis.

-¡Hay que oír a éste!-exclamó Brann-. Tú te equivocas, Cash. Nosotros somos cinco y Jim Lacy, que no es lo mismo.

-Sin embargo, no me parece prudente-observó Burridge, pasando por alto la ironía.

-Es posible que tengamos qué quedarnos aquí durante una semana-interpuso Stagg-. ¿Qué haremos en estos días? Si no podemos jugar, ¿para qué sirve el dinero?

-¿Tú qué dices, Jim?-preguntó Burridge, un tanto perplejo.

-Teniendo en cuenta que el dinero cambia tantas veces de mano-repuso Jim riendo-, creo que nadie lo echaría de menos si los Hatt se lo llevasen.

-¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! -Cash echóse a reír a carcajadas, golpeando al mismo tiempo la rodilla.

-¡Cómo que no iba a echarlo de menos!-exclamó Brann como si se viera frente a una inminente catástrofe-. Habéis de saber que ya considero mío todo el dinero.

-Jim, usted parece muy simpático cuando habla así, en broma, pero tengo mis dudas acerca de usted-opinó Hubrigg.

-¿Cómo es eso?-preguntó amablemente.

-No sé cómo explicarlo. Pero cuando habla usted con ese acento meridional, tan fluido y suave, y al mismo tiempo mira hacia otro sitio, me da no sé qué.

-Tienes razón. Con nuestro nuevo socio me pasa algo así como al hombre que, corriendo a todo correr, supiera al mismo tiempo que, haga lo que haga, recibirá una carga de perdigones en la parte donde la espalda pierde su nombre decoroso.

Brann quiso indicar con superoración el lento progreso de los abigeos en su amistad por Jim Lacy. Todos se echaron a reír a mandíbula batiente.

-Pues ¡sí que debo ser un ente simpático!-declaró Jim a poco-. Creo que me voy a enojar.

-¡Por el amor de Dios, no lo haga!-exclamó, Brann-. Sea buen chico y tome parte en nuestro juego.

-Me gustaría, aunque sólo fuera para pasar el tiempo. Pero... ¿y si pillo a alguien manipulando las cartas?-¡Caramba, manipular las cartas! ¿Qué quiere decir?

-Brann, nuestro amigo Lacy se refiere a las trampas que suelen hacer algunos jugadores.

-¡Ah!, ya comprendo. Pues Jim puede chillar cuando nos coja en flagrante manipulación, y lo mismo nosotros si vemos que hace la trampa él.

La salida de Brann provocó otra vez la hilaridad de sus camaradas.

-¡Con tal de que Jim se limite a chillar!-exclamó Stagg.

-Muy bien, jugaré unas cuantas partidas-repuso Jim, de buen humor-. Es decir, hasta que me quede sin dinero.

-Jim, tienes crédito entre nosotros-interpuso Cash Burridge-. De :todos modos, vas a tardar poco en tener un :buen montón de oro.

Muy animados, a la par que bien comidos y repletos de dinero, se dirigieron todos a la sombra de un pino, frente a la cabaña de Elam Hatt, donde, sentándose en derredor de una manta, sacaron de sus bolsillos todo el oro y los billetes que poseían. Jim eligió un asiento desde el cual podía observar las dos cabañas, a la vez que a cualquiera que pudiera presentarse.

Tan pronto como empezó el juego cesó la algazara. Como por arte mágico desapareció de los abigeos cualquier otro interés que no fuera el del juego.

Jugaban al draw-poker, siendo las apuestas de la cantidad que quería cada jugador, siempre y cuando mostrara el importe. Jim sabía que aquellos jugadores no podrían vencerle, pero prefirió perder las ganancias, mal adquiridas, que Burridge le obligara a aceptar como participación en su primer robo de ganado. Así hizo un juego atrevido, y sus pérdidas fueron mayores que las ganancias que obtenía por la, a veces, fabulosa suerte de sus cartas. Con bastante frecuencia miraba de un modo distraído a la cabaña que tenía enfrente.

Los dos hijos de Hatt acudieron para contemplar el juego, y se absorbieron en él tanto como los mismos jugadores. Jim reparó que los dos estaban siempre cerca del jugador que más oro tenía. A poco llegó también el viejo Elam Hatt, siguiendo el juego con intenso interés, pero, al parecer, le encantaba más la suerte de las cartas, el juego en sí, que las sumas que se perdían o ganaban.

La casa de Elam Hatt era dé la pintoresca estructura de las cabañas dobles, bajo un solo techo, con amplio porche entre ellas. Los troncos estaban descortezados; su color parduzco y la podredumbre que se advertía en algunos acusaban su edad!; la techumbre, inclinada, de tejamaniles, estaba cubierta de musgo y pinocha; la rústica chimenea de piedra, construída en la parte exterior de la cabaña, a la derecha, había sido reparada muchas veces con greda amarilla y barro rojo. El porche se extendía a lo largo del frente de ambas viviendas, y en un extremo de él había montones de sillas de montar y alforjas. De las paredes pendían cornamentas de ciervos y alces que servían de percha para rifles y bridas. Una piel de oso, todavía fresca, estaba clavada del revés en la pared de la cabaña de la izquierda. Ésta era más pequeña que la otra y constaba, al parecer, sólo de una pieza. La ventana, sin cristales ni postigos, daba frente' a Jim, quien logró ver cómo se asomaba a ella rápidamente un rostro.

Al verlo por segunda vez, dióse cuenta de que era el de Rosa Hatt y que ella le había visto. Mirábale la muchacha desde' el oscuro interior de la vivienda; por lo que sólo se le distinguía vagamente el rostro, aunque se destacaban los negros ojos.

-Elam, ¿conoce usted este juego de naipes?-preguntó Jim al cabo de un rato.

-Sí, bastante. ¡Ojalá tuviese dinero que apostar, para tomar parte en él'! Arruinaría a alguien-contestó el vicio-Hatt, con gran diversión de los jugadores.

-Pues juegue un poco por mí-dijo Jim levantándose-. Cambie usted la mala suerte que ahora me persigue. Quiero ir a beber.

-¿Whisky?

-No. Agua. ¿Dónde la encontraré?

-Entre en la cocina, al final del porche-repuso Hatt levantándose con rapidez para ocupar el sitio de Jim-. Mi chica acaba de traer agua fresca del, manantial. Es agua de nieve y no la hay mejor.

Al acercarse Jim, Rosa salió de la cabaña en que la viera poco antes, para entrar en la otra. Jim bajó al porche y se detuvo ante la puerta que Hatt le señalara. Como esperaba,, encontró allí. a Rasa.

-¿Cómo está usted, Rosa? Ya ve que he venido-le dijo.

-Le he visto en seguida-repuso ella.

-Deseo un poco de agua.

La muchacha llenó un vaso en un cubo y se lo entregó. Sin pasar del! umbral de la puerta, frente a Rosa, Jim bebió el agua con gran fruición, porque era buena.

-¿Puedo hablarle sin inconveniente?-preguntó después.

-Sí, menos cuando Cedar esté cerca.

-¿Dónde está ahora?

-Debe de andar por ahí, oculto, observándonos a todos. De manera que ahora no podemos hablar... Y eso que tengo mucho que contarle.

-¿Ah, sí? Dígame rápidamente algo.

-Marvie va a traer a Hettie... para que me conozca-murmuró la muchacha, llena de miedo, mas con los ojos resplandecientes-Debe de ser un ángel. Dice que ella me dará un hogar..., si puedo huir de aquí.

-Muy bien, me alegro-repuso Jim con simpatía, animándose al oír la noticia-Ahora tiene usted tres amigos... Marvie, Hettie Ide y yo. Tiene usted suerte.

-No sé cómo agradecérselo a Dios-suspiró la muchacha, emocionada.

-Pues siga usted agradeciéndoselo y luchando al mismo tiempo-dijo con voz vibrante y sonrisa intencionada. Luego dejó el, vaso sobre el-banco y salió de espaldas sin dejar de mirar. a Rosa, que se mostraba esperanzada y anhelante.

-Así lo haré. Ahora ya no podrán detenerme, a no ser que me maten-contestó la joven, muy decidida.

-¿Quiénes son, Rosa?

-Cedar es uno, ya se lo dije-balbuceó ella, dominada por un pánico que la obligaba a callar.

-¡El nombre del otro!

-¡No puedo..., no puedo!-dijo Rosa con palabras entrecortadas, flaqueándole el valor.

-Si ama usted a Marvie... y si ella la apoya... puede usted atreverse-replicó Jim con voz firme.

La muchacha luchaba por dominar el miedo que sintiera durante toda su vida.

-El! otro es Dillon..., ¿verdad, Rosa?

-Sí..., sí-murmuró ella, indeciblemente aliviada, como si le hubiesen ahorrado cometer una traición-. ¿Va usted... a estar mucho tiempo aquí?

-Bastantes días, puede que semanas.

-Entonces vigile-suplicó la muchacha, renaciendo en ella el valor-. Cedar quiere llevarme a la fuerza al bosque... para entregarme a Dillon. Si lo hace... síganos... ¡por el amor de Dios!

-Lo haré, Rosa, tranquilícese.

-Pero tenga mucho cuidado. Cedar es un piel roja en las selvas,

Jim Lacy volvióse, mirando distraídamente al suelo, al parecer despreocupado y satisfecho, yendo sin prisa hacia los jugadores.

-¿Cómo va la suerte, Elam?-preguntó.

-¡Cielos! He ganado tres manos seguidas-exclamó Hatt-. Y en una de ellas, la mar de dinero.

-Pues entonces ha cambiado usted la suerte por mí, Elam. Siga jugando, apostando todo lo que tiene, y, si salta la banca, nos dividiremos las ganancias por partes iguales.

-¡Ca! Elam no tendrá tanta suerte-observó Cash-. Más vale que ocupes tu puesto antes de que te ganemos todo 1o que tienes.

Sin embargo, el viejo Hatt jugó bien, con gran satisfacción para él. Jim estuvo observando un rato el juego hasta que sus ojos, siempre inquietos, fijáronse en otro personaje que se acercaba. De entre los tiemblos acababa de salir un hombre. Llevaba un rifle al hombro, cogido por el cañón. Su continente, su alta figura, revelaron a Jim que aquel nuevo sujeto era Cedar Hatt.

Jim había estado detrás de Elam con una rodilla apoyada en el suelo. Al, ver a Cedar, habíase puesto en pie de un modo indiferente y aguardó así su llegada. De cerca, resultó que Cedar sólo tenía el andar y la estatura de los Hatt. Por lo demás, su tez era más morena; llevaba afeitado el rostro; sus ojos eran pequeños y negros como el carbón, de intensa mirada; su nariz y el mentón, pronunciados, y por boca tenía una estrecha abertura. Llevaba el cabello largo, bajo un sombrero lleno de agujeros de bala. Vestía de piel de gamo, iba grasiento de arriba abajo, y en la canana, sin cartuchos, veíase un cuchillo.

Cedar quedóse junto al círculo de jugadores; dejó el rifle en el suelo, boca abajo, apoyándose en la culata; después miró con sus negros ojillos a todos los presentes. Los jugadores no dieron señales de haberle visto. A poco Cedar tocó a su padre con la punta del pie, enfundado en una abarca de gamuza.

Elam alzó la mirada sorprendido.

-¡Hola! ¿Ya has vuelto, Cedar?

El hijo hizo una seña casi imperdible con la mano derecha, hacia Lacy.

--Cedar, saluda a Jim Lacy-continuó Elam con impaciencia y sin preocuparse mucho-. Lacy, éste es mi hijo Cedar.

Jim inclinó la cabeza cortésmente, pero sin hablar y la respuesta que recibió de Cedar fue aún más breve. Una mirada, como un fulminante rayo, de, pies a cabeza, fué toda 1'a atención que le-mereció.

Para Jim Lacy, su encuentro con los hombres era un hecho singular, y en casos como aquél, en que estaba seguro de que iba a matar a Cedar, aun sin conocerlo, el momento era sobremanera emocionante y extraño. Si en tales encuentros, su instinto le impulsaba a obrar casi involuntariamente, siempre trataba después de averiguar, por intuición, los pensamientos del otro. Bastóle en esta ocasión una ligera mirada a los ojos de Cedar para saber que éste aún no se había enterado de la muerte de Burth Stillwell. Pasada la momentánea tensión, el encuentro convirtióse en un hecho ordinario tanto más cuanto que Cedar ya no podría ser para él, un antagonista formidable. Jim le conocía ahora. Los hombres del calibre de Lacy sólo temían lo desconocido.

Continuaba el juego, yendo la suerte de uno a otro jugador, y lo que a Jira le pareció un derroche irritante y tedioso del tiempo, era, para los que participaban en el juego, veloces y preciosos momentos.

Por fin, y sin haber pronunciado una sola palabra, volvió Cedar Hatt a ponerse el rifle al hombro y se marchó con el paso singular de un cazador de venados. Fuése cañón arriba para desaparecer en seguida tras el verdeante recodo.

Jim Lacy se marchó también, dirigiéndose con paso lento a las oscuras sombras de la base del, risco cubierto de liquen. Allí se echó en el suelo, apoyándose contra la roca. Por encima de él movíanse las hojas de los tiemblos con su estremecimiento peculiar. Por entre los arbustos oíase

el deslizar de los lagartos. La Naturaleza estaba viva y plena de tesoros para el, observador, mas los ojos de Jim Lacy no veían, ni oían sus oídos. Todos sus sentidos se entregaban a la introspección. Había buscado la soledad y quietud de aquel lugar para pensar,

para elaborar un plan, determinar una conducta y seguirla luego invariablemente. Mas ¡cuán inútil era su empeño! Al, más pequeño incidente podría encontrarse luego con obstáculos. Su tarea exigía mucha más; requería infinita paciencia y sacrificio, el casi imposible esfuerzo de mostrarse alegre y simpático con aquellos bandidos, el estar siempre alerta para descubrir cualquier indicio que pudiese ayudarle a salir airoso de su empeño. Y todo ello, cuando su espíritu se rebelaba y su naturaleza pedía la acción inmediata, la acometida dura y fiera.

Después de la cena, servida a la puesta del sol, en el porche, entre las dos cabañas, Elam Hatt echó atrás la silla rústica y se levantó.

-Los que quieran continuar el juego pueden hacerlo, pero creo que alguno de vosotros querrá entrar ahí conmigo para hablar de un pequeño proyecto.

Con estas palabras entró en la cabaña seguido de Burridge y de Lacy. La habitación era grande y no tenía más luz que la poca que entraba por los intersticios de los mal unidos troncos. Hatt removió las ascuas del' hogar y echó mas leña.

-Creo que los de fuera necesitarán las lámparas, y nosotros nos podemos pasar sin ellas- dijo Elam. Abrióse la puerta para dar paso a Cedar, quien avanzó con paso silencioso para sentarse en un banco junto al hogar.

-Burridge, si tiene un peso de plomo en el pecho, quíteselo de encima-invitó Elam inclinándose al mismo tiempo para coger una astilla encendida para su pipa.

-¿Está usted dispuesto a participar en un gran negocio?-preguntó Cash sin rodeos.

-Siempre estoy dispuesta a todo, pero tengo mucho cuidado de no hacer variar la idea que los rancheros tienen de .Elam Hatt-replicó el' hombre con astucia.

-Lo que quiere decir que los rancheros creen que usted arrea de cuando en cuando alguna ternera, poniéndole su marca como cualquier vaquero, pero que nunca se metería á robar ganado descaradamente.

-Creo que eso es lo que piensan, poco mas o menos. Y por eso, precisamente, le propongo el negocio. Nadie le imputará a usted el robo; todos creerán que es obra de la banda de Pine Tree. ¿Me comprende? El tiempo es propicio, la trampa está puesta. Pero no podemos hacer nada sin la ayuda de usted y de sus hijos. No conocemos el país. De otro modo, claro está, no daríamos participación a nadie.

-Parece razonable. Veamos de qué se trata.

-Tom Day y Franklidge han unido sus grandes hatos. Parte de éstos se hallan con el ganado de Ben Ide, los pocos miles de cabezas que le quedan, en lo que los pastores llaman Prados Plateados. Han subido muy alto y. no bajaran hasta el rodeo de otoño, es decir, a principio de octubre. Pues bien, mientras ese ganado está allá arriba, pensamos arrearlo aún más hacia arriba, aballándolo por el desfiladero hacia el otro lado de la montaña, donde podríamos vender fácilmente un hato cien veces mayor. Ya tengo comprador. Para hacer la faena bien y pronto necesitamos más jinetes, sobre todo alguien que conozca un atajo practicable por aquellos abruptos cañones. Eso es todo. Ahora usted dirá lo que le parece el negocio.

-¿Cómo sabe usted' que el ganado de Ide está en la parte alta de los Prados Plateados? Aquello pertenece a Tom Day.

-Lo sé porque lo he visto y conozco el ganado, pues ha sido mío antes de vendérselo a Ide.

-Usted se figura que si Ide arma escándalo imputará el hecho a la banda de Pine Tree, ¿verdad?

-¡Eso es! La cosa se presenta magníficamente.-¿Qué cantidad de ganado hay?

-Podemos reunir unas tres o cuatro mil cabezas en menos de un día y cruzar la montaña en menos de dos.

-¿Y dice que tiene usted comprador?-Esperándonos está. Va a llevar diez mil cabezas a Maricopa y le es fácil aballar unos cuantos miles más.

-Parece demasiada sencillo para ser verdad-replicó Hatt inclinándose como si se derrumbara bajo un peso excesivo.

-Fácil y seguro. Escuche, Elam... Nos pagan veinte dólares por cabeza y ¡en oro! ¡Un águila grande por cada novillo!

Elam Hatt paseóse por el tosco suelo de troncos de la cabaña. Parecía buscar fuerza en su solidez. Empezó a flaquear a poco. De pronto se dejó caer sobre el banco.

-Cedar, ¿qué dices tú a esto?-preguntó con voz ronca.

-Burridge, jure que ese ganado está en los Prados Plateados-exclamó Cedar Hatt poniéndose de pie y saliendo de la sombra.

-¡Vaya si lo juro! Hace tres días estaba allí. Y el agua y la hierba se encuentran en esa parte. El ganado aún continuará subiendo durante días... Pregúnteselo a Jim Lacy. Supongo que no va usted a insinuar que sea un embustero.

-Hable, Jim Lacy, si es usted abigeo-exclamó Cedar Hatt.

-Yo estuve allí con Burridge y vi el ganado-repuso Lacy.

Cedar se acercó al círculo de luz y apoyó en su padre su delgada mano, que parecía la garra de un águila.-Padre, con diez jinetes puedo llevar el ganado por el desfiladero en un día-declaró.

-Entonces, ¡hecho l-contestó Elam Hatt alzando las manos en señal de aprobación.,

-Espérate . No ha,, ningún pastor mejicano en las «Quebradas» que pueda llevar el ganado. Soy el único blanco que puede hacerlo.

-Bueno, ¿para qué vacilar, pues? La cosa está hecha, falta sólo realizarla.

-Bien, yo quiero que se cuente también con mi compañero Burt Stillwell.

-No me parece real. Pero el negocio no me pertenece. Cedar Hatt se volvió con el rápido y siniestro movimiento tan peculiar en él.

-¿Hay algo contra Stillwell?-preguntó.

-No, ya no, Hatt-respondió Jim pausadamente-. Estaba un poco enojado con él, pero se me pasó. La última vez que vi a Burt me convencí de que sólo me inspiraba sentimientos amistosos.

-Burridge, usted nunca quiso saber nada de los Stillwell. ¿Qué dice ahora de mi proposición?

-Todo lo que puedo decir, Cedar, es que venga su camarada Burt... si es que puede-replicó Burridge con un dejo extraño, buscando la protección de la sombra.

-Padre-exclamó Cedar Hatt con voz sibilante-, voy

a engañar a la banda de Pine Tree para que con este gran golpe podamos hacernos todos ricos.

-¿Estás borracho, hijo?-preguntó Hatt poniéndose lentamente de pie-. ¿Cómo diablos puedes engañar a ésos... a no ser que te anticipes a ellos?

-Burt y yo pertenecemos a la banda de Pine Tree.

XVII

Una semana después, a media tarde, Jim Lacy estaba al lado de Cash Burridge en el desfiladero de los Mogollones, mirando hacia el mediodía, sobre la maravillosa selvatiquez del sur de Arizona. Los negros bosques de la tierra baja y las grandes praderas herbosas confundíansé en lontananza con las oscuras ondulaciones del rancho desierto.

-¡Dios mío! ¡Escuche eso!-exclamó Burridge, la roja y sudorosa cara contraída con expresión de éxtasis-. La mejor música de la tierra.

-Cash, algún día le van a saludar en el infierno con esa música-observó Jim.

-¡El mugido de los bueyes y los hurras de los vaqueros 1 Me agradaría oírlo allí, con tal de que no sea demasiado pronto-repuso Burridge.

Sobre la pina senda de Maricopa, desde donde partía del desfiladero en forma de zigzag, hasta muy abajo, donde se confundía con la verdeante llanura, veíanse nubes amarillentas de polvo. El estruendo de los millares de pezuñas, el mugido del ganador y los gritos de los jinetes subían desde aquella cálida ladera. Semejaba un alud, ora suave, ora estruendoso, selvático, armonioso y acorde con el país en que aquello era posible. Por el aspecto de la senda, aplastada por millares de pezuñas, parecía como si un torrente de animales se hubiese precipitado por el desfiladero.

-Lacy, ya se ha realizado todo, meros los fuegos artificiales-dijo Cash con júbilo.

-¿Quién sabe? Tal vez esos fuegos artificiales con los que no cuenta usted, vengan después-replicó su compañero apartándose al mismo tiempo de su caballo, cubierto de sudor, para buscar la sombra de un pino.-No hay cuidado. Estamos lejos, de las «Quebradas». ¡Vaya cara que pondrán Ben Ide y Tom Day! Es el robo mas grande en que he intervenido. ¡Y tan sencillo! Todo en dos días, a pesar de ese traidor de Cedar Hatt.

-Es verdad, para nada le hemos necesitado-repuso Lacy, pensativo.

Jim, he visto en mi vida algunos hombres furiosos, pero Cedar los superó a todos-declaró Burridge, sobrecogido por el recuerdo.

-Sí, estaba furiosísimo. ¿No le avisé que evitase que la banda hablara de Stillwell?

-Sí, y yo se lo recomendé hasta cansarme. Pero fue imposible tenerlos callados. Odian a Cedar-de un modo feroz y apenas, uno bebió un poco reveló la muerte de Stillwell. Entonces Cedar se convirtió en un coyote hidrófobo, eso sin saber aún quién era su matador. Cuando le asedió a usted a preguntas entre silbidos de serpientes, ¿por qué no le dijo una mentira?

-Creo, Cash, que usted no me conoce.

-Entonces, ¿por qué no le pegó un tiro?-preguntó Burridge ásperamente.

-Estuve a punto de hacerlo-repuso Lacy, pensativo-. Pero vi que no tenía valor para «sacar» su revólver... y esperé.

-¡Ah! Conque se trata de esperar, ¿eh? Ya comprendo. Cedar sabe algo que usted quiere averiguar. Me apuesto a que se trata de la banda de Pine Tree.

-Cash, no va usted descaminado. Y, sinceramente, en gracia a los favores que me debe, ¿no puede usted decirme algo sobre esa banda?

-Nada que no sepamos todos, Jim.

-Seguramente sospechará usted quién la capitanea, ¿no?

-Le juro, Lacy, que no tengo la más mínima idea-contesto Burridge con sinceridad'-. El mismo juez Franklidge podría ser su jefe.

-¡Válgame el Cielo! Es una locura pensarlo siquiera-exclamó Lacy.

-Ya lo sé, pero puede apostarse todo el oro que le van a dar pronto, a que el jefe de esa banda no se esconde en las '«Quebradas» como nosotros. Es un honrado miembro de la sociedad! de ganaderos. ¡Sí, sí, lo es...! Jim, puede que exista alguna combinación de rancheros y demás con un equipo de grandes jinetes como Burt Stillwell y Cedar Hatt.

-Ya he pensado en eso.

-Pero ¿por qué le interesa tanto, vamos a ver?-preguntó Burridge, curioso.

-Me parece que voy a poner mi marca sobre el capitán de la banda de Pine Tree-contestó Lacy.

-¡Ah! ¿Y eso es todo? ¡Caramba!, ya me figuraba que se interesaba usted mucho por él-replicó Cash con sarcasmo-. Jim, la verdad, si no hubiese usted hecho tanto por sacarme de una mala situación, tendría mis sospechas respecto a usted.

-Pues guárdeselas.

Burridge se echó a reír y, cogiendo la brida, montó a caballo.

-¡Adelante! No quiero que los nuestros nos lleven demasiada delantera. Antes de la puesta de: sol oirá usted el, tintineo del oro.

-Yo no, Cash.

-¿Qué?

-No pienso continuar el camino.

El bandido se mostró profundamente asombrado.

-¿Que no piensa continuar... conmigo?

-Pero, ¿está usted loco, Cash?-preguntó Jim.

-Yo no, si no lo está usted.

-Pues yo tampoco.

Burridge estudió largo rato a su compañero, con encontradas emociones, en el rostro. A la expresión de incredulidad siguió pronto el gran sentimiento que le animaba.

-¿Qué diablos piensa usted hacer?

-Eso a usted, nada le interesa. Yo he acabado ya.

-¿Que ha acabado usted?... Pero, Jim...

-¿No le he ayudado a salir del peor brete en que jamás estuvo metido usted?'

-¡Ya lo creo, Jim! Yo yo...

-¿No he robado ganado con usted?

-¿No me mostré abiertamente, tanto, que .todo el mundo sabrá que ayudé a robar el ganado de Ben Ide?

-Vive Dios! Sí; es, cierto-declaró Burridge enrojeciendo intensamente-. Y me ha disgustado, Jim, porque

no sé qué motivos le han impulsado a hacer eso. Hubiera sido muy fácil imputárselo todo a la banda de Pine Trae.-Bueno, ni Ben Ida ni ningún otro ranchero sabrán que ha sido usted el mangoneador de este gran robo. Pero mi nombre y mi intervención los conocerán todos. De eso me he cuidado yo. Creerán que soy el jefe de la banda de Pine Trae.

-¡Maldición! ... Jim Lacy, es usted demasiado profundo para que le entienda... Sin embargo, tengo una idea... ¿Qué hay de su parte en este negocio?

-Cóbrela y quédese con ella. Tómela y salga de este país. Trae de ser otra vez honrado. Es posible que ahora le salgan las cosas bien. ¡Pero no vuelva más aquí!

-Por qué no, Jim?-preguntó Burridge con tono áspero y duro.

-Porque si lo hace, le mataré-repitió Lacy con voz tajante.

El vivo color desapareció del rostro de Burridge, quien empezó a mover la cabeza mientras miraba fijamente, sobrecogido por la verdad.

-¡Es por Ben Ide!-dijo con voz ronca.

-Puede ser-repuso Lacy volviéndose a su caballo.-Ha sido usted para mí un camarada, sean cuales sean los motivos que le muevan a obrar así-continuó Burridge con-gran pesar--. A mí no me importan nada. Saldré de este país. Aquí está mi mano... ¡Adiós, y buena suerte!

-Lo mismo le deseo, Cash-contestó Jim estrechándole la diestra.

Burridge hizo girar a su caballo tan violentamente que éste se encabritó, cayendo sobre las ancas al resbalar en el césped en el sitio en que la senda atravesaba la cima. Burridge, con las espuelas, obligó al caballo a levantarse. El animal relinchó y tomó el primer descenso de un salto, emprendiendo luego un rápido trote. En el primer recado del camino, el bandido se volvió y, mirando hacia atrás, gritó

-¡Enviaré mis saludos a Cedar Hatt y a su jefe, al infierno!

Lacy echó a andar por el suelo llano del bosque, llevando su caballo por la brida. Estaba preparado para la separación de Burridge; en la parte posterior de la 'silla llevaba un pequeño equipo. Andaba con paso ágil y el rostro animado. Las densas tierras forestales que empezaban en lo alto de la ladera, desde la cima parecían recibir a Lacy como a un hombre transformado. ¡Qué dulces y encantadores eran aquel silencio y aquella quietud. Vagamente

percibió aún el ruido del alud de ganado hasta que cesó por completo. Ya no flotaba en el aire la polvareda, ni el calor y olor de las bestias.

Faltaba una hora para la puesta del sol, siendo aquélla ,la más hermosa de todas las horas en los montes Mogollones. Los pájaros y los venados habían salido de sus escondrijos después del bochorno de la tarde; las largas y negras sombras de los árboles caían oblicuamente sobre los barrancos y hendiduras, en las que la grisácea hierba contrastaba con el rojo de las hojas otoñales, que tenían cambiantes de oro y púrpura. Las huellas del hombre y del caballo marcábanse en el verde césped. Lacy descendió por barrancos sinuosos y hondonadas llenas de tiemblos, hasta que entró en un cañón en el que el agua retozona de un riachuelo le invitó a acampar.

-Debes de estar cansadísimo-dijo a su caballo atacando las correas para soltarlas-. Hemos pasado un día tremendo, pero ya acabó todo... Hemos terminado con esa clase de trabajo...

Jim encendió una pequeña fogata, y mientras se calentaba el agua en la única vasija que tenía, fué reuniendo helechos para que le sirviesen de cama. Amontonó una gran cantidad en su manta y los llevó a la linde de un seto de tiemblos, donde, como siempre, preparóse la yacija bajo el espeso follaje.

-A la madrugada hará mucho frío-soliloquió Jim-, pero no puedo permitirme el lujo de una fogata... estando ese Cedar Hatt por los bosques.

El ambiente ya no estaba enrarecido con la hedionda banda de ladrones de ganado. Lacy no se dió cuenta de ello hasta que advirtió con cuánta animación realizaba los deberes del campamento, escuchaba los ruidos del bosque y caía en su antigua costumbre de hablar consigo mismo en voz alta.

-¡Cuidado la que se va armar un día de éstos en el rancho de Ida cuando lleguen los jinetes con la noticia 1 He arreado nada menos que todo lo que quedaba del ganado de Ida... ¡Jim Lacy, ladrón de ganada!... ¡Vaya!, será divertido. Me gustaría estar oculto y oír echar maldiciones a Ben. Para él será la gota de agua que hace rebosar el vaso. Tomará a su servicio a todos los tiradores de rifle que pueda, y se pondrá en camino para meterme en la cárcel.

La idea le divirtió mucho. El duro trabaja, la intensa atención de las semanas pasadas no influía para nada en su buen humor.

-Ben va a recibir muy pronto la mayor sorpresa de toda su vida-continuó-. ¡Cuidado que es testarudo ese vieja cazador de caballos!... ¿Qué me dirá antes... y después?... ¡Válgame el Cielo! ¿Y Hettie?... Me llamará traidor, canalla y qué sé ya... El encontrarme con ella va a ser tan divertidla como el morirse. Ya me estoy viendo buscando un agujero donde esconderme.

Jim Lacy, sin apartar de su mente el plan preconcebido, había tomada nota de la configuración del terreno durante el viaje desde el rancho de Elam Hatt hasta el comienzo de la senda de Maricopa. Y tal conocimiento servíale ahora para encontrar el camino. Su intención era regresar al rancho de Hatt sin tropezar con nadie, ni siquiera con un pastor. Hatt había dejado a su hija Rosa sola en el rancho. Elam y sus dos hijos regresarían de Maricopa, adónde llevaban, con Burridge, el ganado, dos días después de separarse Jim de ellos. En cuanta a Cedar Hatt, quien abandonó a Burridge y a Elam cuando se enteró de la muerte de, Stillwell, seguramente había corrido a buscar al jefe de la banda de Fine Tree, estuviese donde estuviese, para revelarle el inminente roba del ganado de Ide. Por quien tenía Lacy mayor interés en aquel momento era por Cedar Hatt, y a éste lo hallaría probablemente en la cabaña, o cerca de ella.

Lacy deseaba tener una entrevista con Rosa, de la que esperaba obtener más noticias acerca del hombre que dominaba a su hermano y a quien ella tanto temía. Por otra parte, tampoco debía olvidar la seguridad de Rosa.

Jim no creyó prudente acercarse a los Prados Plateados, donde había reunido el ganado, antes de robarlo; por eso dio un gran rodea y esperaba encontrar la pista del camino recorrida par él y la banda al salir a acampar de nuevo, sin haber lograda su propósito. El bosque era muy selvática y Lacy sólo podía guiarse vagamente en cuanta a la dirección; con frecuencia tropezaba con barrancos y despeñaderos que le obligaban a retroceder.

A la tercera mañana, sin embargo, encontró la pista que buscaba y no cesó de recorrerla durante todo aquel día. Al siguiente, las huellas desaparecieron en las altas lomas, a causa del suelo roqueño por el que Elam Hatt condujera la banda con el propósito de ocultarla.

Lacy no perdió el tiempo en buscar más, aunque estaba convencido de que, en caso de necesidad, hubiese podido hacerlo. Segura ya de la dirección, avanzó con rapidez, y a la tarde siguiente llegó al profundo cañón que se hallaba al' este de aquel en que vivían los Hatt. Durante su estancia en el rancho, Lacy habíase dedicado a la caza de patos silvestres y venados por aquellas quebradas, sobre todo para estudiar el terreno.

Por precaución cabalgó, lejos del borde de aquel profunda cañón y sólo cuando podía asomarse a él oculto tras los matorrales, o alguna roca, miraba abajo. En realidad no esperaba descubrir a nadie en él, pero no por ello dejaba de hacerlo. Lacy, siempre precavido y observador, recorría ahora el barde de aquel precipicio como si siguiese una pista segura.

Al cabo de algún tiempo, vio de pronto un jinete allá en el fondo. Cabalgaba lentamente, con la vista fija en el suela.

-Éste está siguiendo los pasos a alguien-murmuró Jim.-Me gustaría saber quien es y a quién persigue. Apartóse de allí y espoleó su caballo, que emprendió el galope, evitando con cuidado las rocas y las matas. Tras recorrer cosa de una milla, volvió a acercarse al cañón.

Esta vez desmontó y buscó un sitio conveniente para observar al jinete sin ser visto por éste. Quiso la suerte que debajo de él hubiese un llana herboso, estrecho y largo. El cañón tenía en aquel punta más de ciento cincuenta metros de profundidad y las paredes eran escarpadas e inaccesibles.

Permaneció Lacy acechando tanto tiempo, sin que apareciese el jinete, que ya creía haber llegado tarde para verle cruzar la planicie, cuando, decidido ya a continuar apresuradamente el camino, apareció el jinete en la parte inferior. El caballo y el hombre, al acercarse poco a poco, tenían algo extrañamente familiar para Lacy. Éste, a pesar de sus nervios de hierro, sintió cierto estremecimiento.

¿Estoy borracho, o veo visiones?-murmuró con sorpresa.

El jinete cotinuaba avanzando, el caballo al trote, y el hombre seguía inclinado sobre la silla, con los ojos fijos en el suelo, estudiando las huellas, Para Lacy, habituado a las costumbres de la selva, no podía haber duda: aquel sujeto no rastreaba un caballo perdido o alguna pieza de caza; se trataba de un cazador-de hombres.

-¡Cedar Hatt!-murmuró Lacy bajando-la cabeza-Luego hablan mal de la suerte. A mí me favorece mucho... ¡La suerte de, Jim Lacy 1... En cambio; para ti, Cedar traidor; este encuentra es una desdicha.

Lacy observó a Hatt con mirada penetrante, como si quisiera adivinar los motivos que le guiaban por aquel barranco.

-Tal vez se trata del camino que recorre Marvie Blaine cuando va a ver a Rosa-monologó Jim, pensativo-. ¡Sí, sí, éste es!; la muchacha me dijo que se veían en el cañón al oeste del, suyo... ¡Vive Dios!-exclamó de pronto-, ese hombre está siguiendo a Marvie Blaine.

Lacy se apartó del borde del precipicio y echó a correr hacia el lugar donde dejara su caballo. Era preciso adelantarse a aquel bandido. Afortunadamente, la parte baja del cañón estaba a varias millas de distancia del' sitio donde Rosa acostumbraba verse con el joven Blaine. Tenía, pues, tiempo para adelantarse y buscar un sitio por donde bajar al cañón. Apartándose aún más de la orilla, puso su caballo al galope y recorrió así varias millas. Luego

volvió a asomarse, mas sin ver en ningún sitio mella alguna por donde descender. Las paredes del cañón eran ahora más abruptas y más escarpadas. Después de recorrer otra milla, llegó a un cañón transversal. Metióse en éste hasta alcanzar el comienzo de la hendidura, una de las muchas gargantas llenas de maleza, tan frecuentes en la región. Descendió por ella hasta donde le fue posible y luego, atando el caballo a un árbol, siguió bajando a .pie. La garganta ahondábase entre los altos muros; el terreno era tan fragoso que no se veían allí ni huellas de venado. Mas Lacy, despreciando el peligro y esforzándose, lo cruzó, llegando al cañón central, sudoroso, magullado y sin aliento.

Al abrigo de los robles que se alineaban en la ladera desde la pared del cañón, descansó breves momentos, aguzando el oído tomó bestia perseguida. Sólo percibió

el vago murmullo del riachuelo y el quejido del viento entre los árboles.

-Lo mejor será bajar a la vaguada y detener a ese traidor-murmuró Jim-. Pero también me gustaría saber qué es lo que se propone.

En el lado este del cañón, en la base del muro perpendicular, había una suave bajada, cubierta de hierba blanca, helechos pardas, pinos y robles achaparrados, que ofrecía refugio perfecto para quien quisiera ocultarse allí. Lacy descendió lentamente hacia el fondo llano del cañón sin hacer el más leve ruido, deteniéndose con frecuencia, para avanzar sólo cuando estaba seguro de no ser visto. Debido a tan extrema precaución descubrió de pronto a Marvie Blaine y a Rosa Hatt, sin que éstos se diesen cuenta.

Estaban los dos jóvenes tiernamente abrazados, entregados al encanto de su ensueño. Habían escogido un oculto rincón a medio camino de la ladera, desde el cual, mirando por entre las ramas bajas de los pinos, podían vigilar la senda, aunque, en aquel instante, no hubiesen advertido ni la llegada de un ejército.

El éxtasis de los enamorados llegó al corazón de Lacy. Sabía comprenderlo. Había vivido los mismos momentos de indecible dicha. Conocía también la dulzura del amor. Se dejó caer de rodillas, porque entendió que no tenía derecho a interrumpir aquella hora sagrada.

De pronto percibió un ruido que acabó cruelmente con la mezcla de dicha y pesar que sentía frente a la felicidad de los dos tórtolos. Serenóse como por encanto. ¿Qué era aquel ruido? Había sido muy débil y por lo tanto resultaba difícil decir de dónde partió. Escuchó ojo avizor. Marvie estaba sordo; seguramente, sonaban dulces campanillas en su alma. Rosa continuaba extática.

De nuevo oyó Jim el ruidito y esta vez le pareció que provenía de las sacudidas de una cola de caballo. Se dijo que, naturalmente, Rosa y Marvie debían de tener sus caballos apersogados en los alrededores. Mas el primer ruido había sido distinto del segundo. No-era ni el choque de un casco sobre el suelo, ni el paso de pies humanos. Era como si una cosa blanda rozase sobre otra, dura y áspera. Como un relámpago surgió la idea: se trataba de piel de gamo al deslizarse sobre la roca. Cedar Hatt iba vestido siempre de piel de gamo, y en fa ladera

había muchos peñascos. Al mismo tiempo de comprender la verdad, sintióse invadido por la intensa fuerza para la cual jamás había encontrado nombre adecuado, y que casi llegaba a ser poder de adivinación, acompañada siempre de absoluta serenidad de nervios.

De las oscuras sombras de los pinos, a espaldas de Marvie, surgió una figura ágil. Jim Lacy extrajo, en silencio, el revolver de la pistolera. La situación estaba clara, y el temor a lo desconocido desapareció.

Marvie no dejó de mirar el rostro de su adorada hasta que Cedar se paró. Jim vio claramente que el bandido detuvo de pronto sus pasos ante la sorpresa de ver a Rosa en brazos de Marvie.

Marvie quedóse también mirando a aquel hombre y lo hizo con tal aturdimiento, que Rosa se le cayó de los brazos. La muchacha gritó. Se arrodilló. Tambaleándose y con las manos en alto iba retrocediendo hasta que un pino la detuvo.

-¿Conque te escondes ahí?-gritó Cedar con furia, congestionados los músculos del cuello, avanzando el enjuto mentón.

-No..., no me hagas... daño..., Cedar-exclamó Rosa, aterrada.

-¡Te voy a matar! Conque haciéndose la enferma para huir luego, ¿eh? ¡Mentirosa, falsa, respóndeme!-Sí, sí, Cedar-repuso Rosa dejándose caer desfallecida.

-Este encuentro no es casual, ¿verdad?-preguntó su hermano señalando al pobre Marvie, lleno de pánico.

-No. Vengo aquí a propósito.

-¿Cuánto tiempo hace que dura esto?-Muchas semanas. He venido ocho veces.

-¿Quién es este chivito?-preguntó Cedar a su hermana.

-No lo diré jamás-exclamó Rosa.

Marvie se levantó tambaleándose y avanzó, lívido pero resuelto.

-Yo se lo diré-dijo.

-¡No lo hagas!-gritó Rosa-. No se lo digas.

-¿Quién diablos eres tú, mocito?-preguntó Cedar, asombrado, pues sólo en aquel instante comprendió la participación que Marvie tenía en la traición de Rosa.-Soy Marvie Blaine,

-¿Blaine? No conozco ese nombre. Vivo con Ben Ide, mi cuñado.

-¿Conque Ben Ide?... Perteneces a esos ricachones que tendrían a menos saludar a los Hatt, ¿eh? ¡Maldito seas! ¿Qué hacías aquí con mi hermana?

-Yo... la amo-contestó Marvie. Cedar lo tiró al suelo de un puñetazo.

-¡Te he de romper la crisma!-bramó.

Marvie se apartó de su alcance, se puso en pie y volvió, luchando por dominar su consternación y su miedo por Rosa.

-Te he visto abrazar y besar a Rosa, y aún tienes la frescura de decir que la quieres. Tú lo que has hecho es jugar con mi hermana. ¡Bah, uno de los Ide!

-Cedar..., no es lo que tú te figuras-exclamó Rosa, enrojeciendo de vergüenza.

-¡Cállate, bribona! Si mientes en una cosa, mentirás en otra... Conque todo este tiempo te has visto con este chivito, has estado en sus brazos, ¿eh?

-¡Canalla!-replicó Rosa con pasión-. Marvie me ama honradamente... Tú eres. demasiado vil para comprender eso.

-¿No-te he sorprendido en sus brazos?-preguntó Cedar con brusquedad, aunque con un dejo de asombro en la voz.

-Sí, y me hubieras podido sorprender muchas veces así-exclamó la muchacha.

-Cuando Eduardo lo sepa te matará.

-Que me mate, ese maldito-repuso también con fiereza-. Yo no soy suya. Le odio. ¿Me ha hecho alguna vez el amor con intenciones horadas? ¡No! En cambio, Marvie Blaine sí. Ha hecho de mí otra mujer.

-Hatt, yo he suplicado a... a Rosa que sea mi mujer-interpuso Marvie, emocionado y fuera de sí.

-Sí, y la señorita Ide me dará un hogar decente hasta que tenga edad para casarme-añadió Rosa.

-¡Ah! Conque engañando a Eduardo y a todos nosotros, ¿verdad? Eres una bribona... Coge tu caballo, y tan pronto como haya despellejado a este niño, amante tuyo, iremos...

-Tendrás que llevarme muerta, Cedar... Mientras viva, no me uniré a la banda de Pine Tree...-¡Cállate!-la interrumpió Cedar tirándola al suelo

Marvie, dando gritos, moviendo los puños con rabia, se precipitó sobre Hatt, sólo para verse repelido por éste y caer sobre un árbol.

-¡Te voy a romper la crisma!-bramó Cedar bajando la mano a la pistolera..

Mas antes de tener tiempo de alcanzarla, Marvie se echó encima de él y, cuando Hatt sacó el arma, los dos forcejearon por su posesión. En aquel punto, salió Jim Lacy de su escondite y bajó en dos saltos la pendiente, revólver en alto. Los luchadores no se dieron cuenta de su llegada, mas al verle Rosa, empezó a gritar:

Jim trató de disparar sobre Cedar, pero deseaba asegurarse de la puntería. No quería correr el riesgo de herir a Marvie. En el forcejeo, Cedar elevó sobre la cabeza la mano que asía el revólver. Marvie se lo sujetaba desesperadamente.

Sólo la bala del segundo disparo tocó la mana armada de Cedar Hatt. El arma cayó al suelo; Cedar, retrocediendo ante Marvie y blasfemando al mismo tiempo, se quedó, de pronto, de piedra al ver a Jim Lacy.

Marvie aún no había visto a su salvador. Creyó sin duda que las detonaciones procedían del revólver de Cedar.

Con increíble rapidez recogió el arma y, sosteniéndola con ambas manos, apretó el gatillo, disparando dos veces. Cedar se llevó las manos al pecho. La abyecta expresión de su rostro cedió a la sorpresa. Abrió la boca para respirar jadeante y echó sangre. De pronto se tambaleó, y fue a caer exánime a los pies de Marvie.

Marvie empezó a reaccionar. Temblaba; el revólver, humeante, se escapó de sus manos. Rosa, de rodillas, con una mancha roja en los labios, estaba muda de terror.

-¡Bueno, Marvie! No lo has hecho muy mal para ser tan joven-dijo Jim avanzando-. También yo estaba a punto de matarle.

-¿Quién... es usted?-murmuró como loco, casi llorando.

-Pues... creo que soy tu viejo amigo Nevada, de Río Perdido-repuso Jim; y cogió al muchacho en brazos en el mismo instante en que éste se desmayaba. Lacy lo llevo hasta el árbol donde Rosa estaba tratando de ponerse en pie-. ¡Animo, muchacho! Ya se ha acabado todo. ¡Vamos, Marvie! ... Y usted, Rosa, anímese también. No

hay derecho a acobardarse así después de haber sido tan valientes los dos... Muy bien, ya se recobra Marvie; sí, sí, que se apoye en usted.

Marvie, con asombrados ojos, exclamó-¡Dios mío..., es usted..., Nevada!

-Vaya, muchacho, yo soy, y muy contento de haberte hallado.

-Señor Lacy... ¿Conoce usted a Marvie?-balbuceó Rosa.

-¡Ya lo creo! Marvie y yo somos viejos camaradas. Marvie recordó de pronto la lucha con Cedar Hatt. Con aterrorizados ojos contempló el cuerpo del bandido.

-Nevada..., usted..., usted! lo mató-dijo con voz ronca.

-¡Ca, hombre, yo no! Sólo le herí en la mano. Como bailabais los dos, no pude apuntar bien.

-Y... ¿ha muerto?

-Me parece que sí; todo el mundo lo diría-contestó Jim-. Pero me voy a cerciorar.-Jim se dirigió al bandido-. No cabe duda, está muerto. Hace pocos minutos bramaba aún que iba a sacarte las entrañas. Ahora son las de él las que están fuera. ¡Lo que son las cosas!... ¡Y con su propio revólver! ... No pongas esa cara, Marvie. ¿No trató de matarte a ti? ¿No hubiera matado a Rosa.... si no le hacía otra cosa peor?

Marvie se incorporó,, pálido, sudoroso, temblándole los labios, mas sus ojos iban perdiendo ya la expresión de terror.

-¡Nevada! ¿Y estaba usted aquí... cerca?-¡Vaya! Estaba viendo cómo le hacías el amor a Rosa cuando llegó Cedar. Creo que hubiese debido despacharlo en seguida, pero deseaba oír lo que diría.

-¡Es terrible esto, Marvie! -interpuso Rosa-. ¡Mi propio hermano! Mas no me importa. Me alegro. Era un verdadero demonio... ¿Te has hecho daño, Marvie? Tienes sangre en las manos.

-No estoy herido. La sangre es del revólver. Sentí el húmedo contacto y enloquecí.

Jim contemplaba a los dos jóvenes y se emocionó profundamente. ¿Qué fue lo que guió sus pasos aquel día memorable?

-Rosa, Cedar ya no podrá asustarla más-dijo Lacy.

-Es verdad, señor Lacy. Soy libre..., estoy salvada-contestó la muchacha con gran emoción.

-¿Lacy?-exclamó Marvie mirándole con ojos de duda-. Pero. .. ¡si usted es Nevada!

-Hijo, Nevada siempre ha sido Jim Lacy.

-¡Cielos! ¿Qué dirá Ben?... ¿Y Hettie?-exclamó Marvie, sobresaltado.

-Creo que dirán muchas cosas... cuando lo sepan. Entre tanto, dame palabra de. que no me traicionarás.

-Pero, Nevada, si usted supiese cómo Ben...

-Marvie, yo no te pido que te calles siempre-le interrumpió Lacy-. Sólo es por poco tiempo. ¡Prométemelo!

-Sí..., lo prometo-contestó Marvie con un nudo en la garganta.

-Y usted también, Rosa.

-Sé guardar un secreto. No debo revelar a nadie que usted es Nevada, viejo amigo de Marvie, ¿verdad?

-Eso es. Y ahora, Rosa, acabemos de aclarar los asuntos. Creo haberlo adivinado, pero necesito saberlo con certeza.

-Le diré todo lo que sepa-repuso la muchacha en voz baja.

-Me dijo usted que Dillon es el jefe de la banda, ¿verdad?-preguntó Nevada inclinándose sobre el agitado rostro de ella.

-Sí-repuso Rosa-. Algunos de sus hombres le llaman Campbell. Pero él le dijo a Cedar que su verdadero nombre era Eduardo Richardson. Viene de Nuevo Méjico. Tomó parte en la guerra del Condado de Lincoln y era íntimo de Billy el Niño. Trajo con él ladrones de ganado y aquí se apoderó de la voluntad de Cedar, Burt Stillwell, Steward y otros jinetes de Arizona cuyos nombres no conozco.

-Rosa, ¿cómo sabe usted eso? -preguntó Nevada.-Cedar llevó a Clan Dillon a nuestro rancho para presentármelo. Al principia me gustó. Pero pronto me di cuenta de sus propósitos y me alejé de él. Un día, Cedar me echó sobre, su caballo y me llevó a una cabaña de la Quebrada Piñón. Allí estaba ese hombre. Dillon empezó a hacerme el amor, pero me defendí con dientes y uñas. Me maltrató mucho, mientras Cedar presenciaba la escena riendo. Me hubiese... dominado, a no ser por, la llegada de unos hombres que. esperaban. Entonces me encerraron en el desván. Algunos estaban borrachos y, como tenían dinero, jugaron toda la noche y bebieron todavía más. A la mañana siguiente celebraron consejo y lo oí boda. Luego, Cedar me llevó otra vez al rancho, amenazándome de muerte si revelaba una sola palabra de lo ocurrido.

-Entonces, Clan Dillon es Eduardo Richardson, jefe de la banda de Pina Tree-dijo Nevada-, y al mismo tiempo capataz de Ben Ida.

-Sí, señor -contestó Rosa con firmeza, pero con, labios temblorosos.

-¡Cielos! -exclamó Marvie-. Y Ben defiende a Dillon contra todos. Hasta se enfadó con Raidy, el más antiguo de sus hombres... ¡Caracoles!, no quisiera estar en el pellejo de Dillon cuando Ben se entere de quién es.

-Marvie, lo más probable es que cuando Ben se entere de la verdad, a Dillon le tendrá ya sin cuidado todo... ¿Tiene usted algún motivo especial para volver a su casa, Rosa? ¿Desea usted buscar allí algo, vestidos, por ejemplo?

-Todo lo que tengo lo llevo encima-contestó la muchacha con tristeza-. Cedar me quemó aquel lindo traje..., el que compré para gustar a Marvie. Sólo la jaquita es de mi propiedad, y está aquí cerca.

-Marvie, ve a buscar vuestros caballos y marchaos pronto al rancho Ide. Ten los ojos abiertos y evita todo encuentro. Cuando lleguen a casa, confía a Rosa al cuidado de Hettie y... ¡ojo con hablar!

Marvie y Rosa asintieron sin poder pronunciar una palabra.

-Mi caballo está allá arriba; no puedo traerlo aquí. ¡Daos prisa

Marvie echó a andar, cogiendo a Rosa del brazo. De pronto, vio el revólver de Cedar Hatt sobre la pinocha.

-Nevada... ¿puedo llevármelo? -.preguntó, vacilante.

-¿Qué? ¿El revólver de Cedar? ¡Claro que te lo llevas!

La muchacha volvióse hacia él.

-Señor Jim... Nevada... ¿Le volveremos a ver?

-¡Sí, hija, sí! Pero, ante todo, tened presente que es preciso callar.

Nevada no se entretuvo en verlos partir, mas, cuando empezó a ascender la ladera, oyó el ruido de sus caballos y se dijo que ahora todo iría bien para los jóvenes, Subió, Nevada, como si tuviese alas y sin encontrar obstáculo en la abrupta garganta. Al llegar junto a su cabalgadura, apretó las cinchas, montó de un salto y ascendió a caballo hasta llegar a la planicie superior, desde donde se dirigió al Norte.

Obligando a galopar al animal, recorrió las varias millas hasta que alcanzó las «Quebradas». Allí, el caballo avanzó trabajosamente durante una hora, hasta llegar, por fin, a la carretera. Una mirada al suelo le bastó para saber que Marvie y Rosa aún no habían llegado allí, lo que le complació, pues deseaba estar en el rancho antes que ellos. Estaba decidido a realizar su plan sin apartarse un ápice de él.

Tras cinco millas de recorrido, ora lento, ora veloz, y luego de una rápida subida, vióse Nevada fuera de las «Quebradas», entrando en el maravillosa bosque en cuyo limite menguaba el número de pinos, algunos de los cuales adentrábanse en el desierto de artemisa de dulce fragancia. Una vez había vislumbrado Nevada desde lejos el rancho Ide, complaciéndole su maravillosa situación, y ahora se hallaba de nuevo frente a él.

El camino iba haciéndose ancho y arenoso y apenas se oía el choque de los veloces cascos en el suelo. Los grupos de abetos y las ramas bajas de los pinos ocultaban las llanuras del rancho. Al doblar un verdeante recodo del camino, por poco no tropieza con un caballo que venía en dirección contraria. Rápidamente frenó su montura. En aquel instante oyó un grito. El jinete del otro caballo era... ¡Hettie Ide!

XVIII

Hettie-dijo Ben a su hermana, estando los dos en el porche de la cabaña, y abriendo los brazos a la belleza policroma del panorama de Arizona-. Un día creí que Río Perdido, en otoño, era lo que más se parecía al paraíso, pero... esto vale mucho más.

-¡Pero, querido Ben! ¿Cómo puedes hablar así de Río Perdido?-exclamó su hermana, muy sorprendida.

-¿Acaso no es verdad? Fíjate bien en todo... ¿Qué dices de esta hermosura que nos, rodea?

-Ya hace tiempo, mucho antes de que llegara el otoñó, que he sido infiel a nuestra California-murmuró Hettie con pesar.

-Hettie, no es infidelidad: No amo a nuestra antigua patria menos porque ame más a Arizona. Pero no puedo, su belleza es más poderosa que las circunstancias adversas. Escarcha todas las mañanas y, durante el día, sol de primavera. Fíjate en las praderas de artemisa..., admira su color purpúreo. Contempla las colinas de las: estribaciones de la montaña. Cualquiera diría que las han pintado. Fíjate en las manchas oro y escarlata de los bosques.

-¡Es muy hermoso, muy hermoso!-repuso Hettie.-Sin embargo, no debemos olvidar que es preciso llevar a nuestra madre a San Diego durante loas meses de invierno.

-No lo olvido, Ben. Mas no hay prisa. Mientras dure este tiempo, todo va bien, y el señor Day afirma que no cambiará hasta después de Navidad.

-Si es así, no se puede pedir más-dijo Ben-. Os mandaré, pues, a ti, a mamá, a Ira y al chico a San Diego, donde estaréis hasta la primavera. Yo me quedaré aquí. Me daría miedo alejarme del rancho.

-Tampoco sería prudente. Las cosas han ido de mal en peor. Y aún me temo que. sufras otros golpes.

-Tom Day dice que es preciso que las cosas vayan muy mal para que mejore la situación. En-todo caso, no pienso preocuparme, a pesar de la decepción.

¿Has sufrido una decepción? ¿Te refieres al asunto del rancho?

-Para que quede entre los dos, Hettie, te diré que no pensaba siquiera en el ganado-contestó Ben con tristeza.

El corazón de Hettie le. dio un vuelco. ¡Si Ben supiese lo que ella sabía! Suplicaba la joven a Dios que no se enterase nunca, y no dio muestras de haber comprendido el sentido oculto de sus palabras.

Marvie Blaine estaba sentado en las gradas del porche, limpiando con evidente desgana su rifle, que, al parecer, había usado aquel día. El muchacho había crecido, adelgazando al mismo tiempo, y parecía más hombre que antes.

-Marvie, ¿vas muy lejos a cazar?-le preguntó Ben.

-Hay muchos pavos y ciervos cerca de aquí-repuso Marvie evasivamente.

-¡Bah!, poco te aprovechan. Aún tengo que comer el venado que tú caces.

-Pero he cazado algunos pavos silvestres-insistió Marvie-. Y, sin ir más lejos, hoy disparé sobre un gamo.

-Creo que pierdes mucho tiempo-continuó Ben-, y eso que te pago el sueldo de vaquero.

-Hago todo lo que se me manda. Dillon desdeña mi ayuda constantemente.

-¿No te has portado de un modo impertinente con él? Sólo cuando él se lo mereció.

-¿Y eso cuándo ha sido? ¿Estás seguro de que no es imaginación tuya? Dillon es el más bondadoso de los, capataces.

Marvie alzó la mirada y contempló al amigo de su infancia con ojos insondables.

-Al principio le fui simpático a Dillon, pero cambió de parecer cuando los vaqueros le hablaron de mi flirteo con Rosa Hatt en; el baile de Winthrop.

-¿Rosa Hatt? ¿Se trata de la chica de Elam Hatt? La vi una vez. Pero, ¿qué puede importarle a Dillon que tú flirtees con Rosa? A decir verdad', Dillon sólo se mostró preocupado por ti. Dijo que no te convenía trabar amistad con esa chica.

¿Eso te dijo Dillon?-preguntó Marvie enrojeciendo.

-Sí, y me aconsejó que pusiera fin a ello, porque podría ser' un perjuicio para ti.

Marvie se levantó de un salto, como si le hubiese picado un bicho. Y, riendo 'a carcajada suelta, la cabeza echada hacia atrás, se marchó sin cesar de reír un momento.

-¡Caramba!, que me aspen si lo entiendo-exclamó Ben mirando a Hettie-. ¿Es que ese chico se ríe de mí?-Eso parece, querido hermano-contestó Hettie, tratando de ocultar su risa.

-Pero dime, Hettie, ¿será que yo me vuelvo viejo y tonto?' Porque, el casa es que no entiendo ya nada.

-No, Ben, no es eso-repuso su hermana bajando la cabeza-. Lo que pasa es que tú tienen muchas preocupaciones con el rancho.

-¡Ya puedes decirlo!-suspiró Ben-. Pero tú también, querida hermana, no eres ya tan feliz como al principio de estar aquí. Ina, tampoco. Temo haber hecho mal en traeros a este lugar.

-Ben, hasta el fin nadie es dichoso-repuso Hettie con sonrisa forzada-. Hemos de aceptar las cosas como vienen. Ya sabes que Tom Day dijo que todo acabará bien.

-Hettie... ¿piensas aún... en él?-preguntó su hermano en voz baja.

-Siempre -contestó ella temblando, mientras buscaba fuerzas en su flaqueza para ocultar su secreto.

-Casi he perdido ya la esperanza-continuó Ben sombríamente-. Y eso es lo que me desanima. No se lo digas a Ina, pero tengo la misma murria que me acometió en 1'a primavera en Lago Tule.

-¿De qué has perdido la esperanza?-murmuró la joven.

-De encontrar alguna vez a Nevada-respondió Ben con sencillez, como si no se tratase de un nombre que evitaba mencionar-Por eso he venido aquí. Estando en Río Perdido, pregunté un día a Nevada qué era lo que haría si la suerte nos separase, y me contestó que se iría a Arizona para ser vaquero. No lo he olvidado jamás... Pues bien, creo que de esta región no hay vaquero alguno que no haya pasado por aquí y ninguno de ellos era Nevada, ni nadie había oído hablar de él. Debe de haber muerto. ¿No te parece, Hettie?

-Sí..., muerto para nosotros-repuso Hettie can labios secos.

-¿Cómo podría estar muerto para nosotros si vive?-preguntó Ben con agudeza. De pronto, interrumpió el curso de sus pensamientos-. Oigo un caballo... que viene corriendo. ¡Hola! ¡Si es Dillon! ... Algo malo sucede.

Hettie sintió que el pulso se le aceleraba. En la planicie apareció un jinete. En aquel' instante salió Ina de la casa para hablar con Ben, sin lograrlo. Ben salió del porche para ir al encuentro de Dillon, el cual llegó como un torbellino, disparando la grava hacia todos los lados. Saltó el capataz de la silla con la agilidad de quien está acostumbrado a apearse así.

-Buenos días, señor Ide-dijo saludando a las señoras con la mano en el sombrero-. Como no venía usted, he venido yo.

¿Hay malas noticias?

-No, no son malas, pero es cosa de preocuparse. Acaba de venir un vaquero de los pastos de Tom Day, que se llama Laskin. Reventó su caballo para llegar pronto. Le di otro y, después de comer algo, se fue volando al rancho de Franklidge.

-Muy bien, y... ¿por qué esa prisa?-preguntó Ben, preparado a todo.

-Laskin estuvo ayer en un ,campamento cerca de las Prados Plateados. Había otro jinete con él cuyo nombre no recuerdo. Estando allí, llegaron varios jinetes. Laskin afirma que estaban borrachos. Ufanábanse de un buen negocio que iban a realizar. Y no se anduvieron con ocultaciones..., por lo menos su jefe, que no es otro que Jim Lacy.

-¡Ya tenemos otra vez a Jim Lacy en danza!-exclamó Ben, irritado-. Continúe usted, Dillon.

-Lacy dijo que iba a arrear el ganado que hay en aquellos prados y que le mandaba recuerdos a usted.-¡Bueno, que me... !-prorrumpió Ben, furioso.-Mucha frescura la suya, ¿verdad?-preguntó Dillon.

Éste parecía muy excitado, cosa rara en él, que siempre se mostraba de buen humor. Hettie miraba al capataz con la boca abierta.

-¿Frescura ha dicho usted? Sí, sería frescura si es verdad que 1o dijo. Pero no lo creo.

-Es la pura verdad, señor Ide. Conozco al jinete que nos ha traída la noticia.

-Pero ni Jim Lacy ni nadie puede ser tan tonto para revelar sus planes antes de realizarlos-dijo Ben, incrédulo.

-Eso sería lo lógico -contestó el capataz-. Pero a veces los desesperados, como Lacy, hacen cosas raras. No es fanfarronería. Los hombres como Lacy las gastan así. Es su modo de ser, la tranquilidad con que retan a la Ley, a los rancheros honrados... Bien. Lacy tiene veinticuatro horas de ventaja. Dice Laskin que había en los Prados Plateados un enorme hato de ganado. Todo lo que le queda a usted y parte del, de Day y Franklidge. Estábamos preparando el rodeo para dentro de poco, pero ahora es tarde ya, señor Ide.

-¿Qué es tarde ya? Pero, hombre de Dios, si es verdad lo que dijo Laskin, podemos detener a los ladrones antes de que bajen al camino.

-Es imposible. La banda de Lacy no aballará el ganado hacia este lado. Lo llevará por la sierra del Tonto, y me apuesto cualquier cosa a que en este mismo momento está en marcha un hato de, por lo menos, cinco mil cabezas.

Ben se dejó caer en los escalones del porche, aturdido por la noticia.

-Señor Ide, no puedo menos de acusarme a mí mismo de poco servidor-continuó Dillon con extraña y expresiva sonrisa. Hettie la vio, pero Ben estaba ciego a todo-. Hay que tener en cuenta que el ganado ha ido subiendo, y la hierba y el agua son tan buenos allí, que los animales iban muy juntos. Laskin juró que solo hay medio día de camino, con el ganado, por el cañón que da sobre las Prados Plateados... ¡Esto es sencillamente desesperante!

Dillon hablaba con voz ronca, llena de resentimiento y enojo. Representaba así, para Ben Ide, el papel del capataz fiel y noble al que disgustaba sobremanera aquel golpe audaz del más reciente de los abigeos de Arizona.

-Si eso es cierto, yo... acorralaré a ese Jim Lacy y lo meteré en la cárcel. No me importa lo que cueste-declaró Ben-. Sin embargo, creo que nos estamos disgustando sin necesidad, por hacer caso de la fantasía de un vaquero.

-¿Quiere concederme un par de días, señor Ide?-suplicó Dillon con singular ansiedad-. Yo veré lo que hay.

-¿Quiere usted ir allí, solo?-preguntó Ben.-Sí, señor. Es lo más conveniente.

-No. Alguno de los ladrones le mataría, y entonces si que me habría lucido yo-repuso Ben con decisión.-¡Pero yo quiero ir!-declaró Dillon acalorándose.-Aprecio mucho el riesgo que está usted dispuesto a correr en defensa de mis intereses, Dillon. Vaya usted con Raidy y seis vaqueros a los Prados Plateados y vuelva pronto. Luego veremos lo que conviene hacer. Dillon pudo apenas reprimir cierta agitación, y sus esfuerzos por dominarse no tenían el respeto y los miramientos debidos a Ben Ide. Echó a éste una mirada

intensa, casi despectiva, y luego, sin decir nada, montó a caballo y se alejó, furioso, hacia los corrales.-¿Habéis oído lo que me ha dicho?-preguntó Ben.-No hemos podido menos de oírlo-repuso Ina colocando una mano sobre el hombre> de su marido-. Querido Ben, yo... no tengo ninguna confianza en ese hombre.

-Ni en mí tampoco, si vamos a eso-replicó Ben apartando la mano de ella.

Ina, muy sensitiva, se disgustó y se apartó con cierta altivez.

-Muy bien, querido-declaró-. Mas cuando se cure tu ceguera, no busquen consuelo en mí.

Dicho lo cual, entró en la casa. Ben miró consternado a su hermana.

-¿Has visto? Hasta mi, mujer va en contra mía.

No sin gran esfuerzo, Hettie calmó su propia impaciencia y trató de sosegar a su hermano, que se mostraba muy irritado. Dándole la razón, infudiéndole esperanzas y animándole a la lucha, si ésta fuere precisa, logró en parte su empeño. Mas, de pronto, volvió a presentarse Marvie, rojo de ira, y Hettie temió que todo su trabajo hubiese sido en vano.

-¡Ben Ide, tú y yo hemos de hablar!

-¡Venga de ahí, jovencito!-contestó Ben un poco cansado, mas no sin interés. Marvie no se había atrevido hasta entonces a afrontar al león en su madriguera.

-¿Te ha dicho Dillon que esta mañana llegó un vaquero llamado Laskin con noticias sobre el probable robo de ganado?

-Sí señor.

-¡Ajajá! Eso es lo que dijo a Raidy. ¡Pues Dillon es un embustero

-¡Cuidado, Marvie! Ya no eres un niño. ¿Repetirías eso delante de Dillon?

-¿Qué te .parece? ¿Que no? Pues, sí, señor; no sólo lo haría, sino que ya lo: he, hecho, y además, se ha tenido que tragar algunas otras cosas.

-¿Por qué has hecho eso? ¡Mira, Marvie, que voy a perder la paciencia contigo

-Ya la he perdido yo antes, Ben. Escúchame; vas a saber lo que hay . Yo he visto a ese vaquero. No se llama Laskin. ¡Ese vaquero era, nada menos, que Cedar Hatt!

-¿Cómo?

-Cedan Hatt, lo que oyes. Yo lo conozco.-Marvie, tú no sólo estás loco, sino que el odio que sientes par Dillon te lleva demasiado lejos. ¡Ten cuidado!

-¡Qué cuidado ni qué ocho cuartos!-exclamó Marvie fuera de sí-. Eres tú quien estás loco.

-Marvie Blaine, quedas despedido-contestó Ben secamente-. No puedo tenerte más a mi servicio. Marvie reaccionó.

-¿Me despides?-preguntó, apenado.

-Sí, te despido. Y ahora puedes irte a casa de Hettie. hasta que decida lo que voy a hacer contigo.

-Pero... Ben-balbuceó el muchacho.

-¡Nada de peros!-exclamó Ben, furioso-. ¡Sal de aquí en seguida, estúpido, tonto, atrevido!

Marvie se sobresaltó como si le hubiesen pegado.

-¡Te arrepentirás de esas palabras!-declaró solemnemente; y se marchó.

Ben se quedó mirando al muchacho, que, erguida la cabeza, se alejaba.

¡Marvie también!-murmuró con voz ronca. Hettie, al retirarse a su habitación, sintióse también un poco desleal. ¿No traicionaba a su hermano ocultándole los hechos que sólo ella sabía? Mas no tenía valor para infligirle tan grave herida diciéndole que Jim Lacy era Nevada.

Ella misma estaba decaída. Había desaparecido la última esperanza, la duda que la sostuvo hasta entonces. Nevada era un ladrón de ganado. Tan bajo había caído que no le importaba ni robar al amigo que le socorrió. El hecho era tan canallesco que Hettie se estremeció de vergüenza al recordar su indestructible amor por aquel impostor, por aquel jinete fugitivo que la conquistara bajo el falso nombre de Nevada..., por aquel Jim Lacy, asesino y ladrón. Mas aunque diera por ahogadas la esperanza, la fa y la voluntad de seguir viviendo. Hettie, sabía que su amor estaba incólume, que siempre seguiría amando a Nevada.

Estuvo la joven una hora echada sobre la cama, hasta que pudo desahogar su pena en lágrimas. Y cuando de nuevo se levantó para mirarse al espejo, echóse atrás, asustada de su aspecto. Sin embargo, era preciso vivir,

animarse; su madre la necesitaba y también el! pobre Ben, que tanto había querida a aquel traidor Nevada. Pasaron dos días llenos dé desasosiego e incertidumbre. Al mediodía del .tercero, regresaron Raidy, Dillon y los jinetes. Hettie supo la noticia hallándose en la cocina, los brazos arremangados y llenos de harina, mas no por esa suspendió su trabajo.

Ben, sombrío, nervioso, callado, paseábase por el gran comedor, sin advertir al pequeño Carlitos, que corría a su lado como si se tratase de un juego.

A poco entró Raidy, sombrero en mano, lleno de polvo y sin afeitar.

-Buenas tardes, señor Ide-dijo saludando a Ina y a Hettie, a la cual veía por fa puerta abierta de la cocina.-Mucho han tardado ustedes. ¿Dónde está Dillon?

-Bien sabe usted, mi amo, que Dillon me deja siempre a mí traerle las malas noticias.

-¿Ha regresado con usted?

-Con nosotros, no, porque esta mañana, al amanecer se adelantó.

-¿Está ahora aquí?

-Sí. Le he dicha que viniese conmigo, pero me contestó que ya le vería más tarde... Señor Ide, ese Dillon está de muy mal humor. Nunca le he visto así. Parece otro hombre.

-¿Es que ha bebido?-preguntó Ben con voz aguda.

-No, no es eso. Pero está furioso a más no poder.-Nada más natural en quien se toma mis cosas, con

tanto interés como Dillon. Con todo, es extraño que no haya venido con usted... ¡Bueno, vengan esas malas noticias!

Ben se irguió ante su antiguo capataz como si quisiera esperar derecho y con serenidad el golpe.

-Lo siento, Ben, pero no pueden ser peores.

-¡Oh, Ben!-exclamó Ina, más apenada y preocupada por su marido que por la pérdida material de bienes.

-Creo que lo mejor será que tú y Hettie nos dejéis solos-contestó Ben.

Ninguna de las dos mujeres dio un paso. Sólo Ina dejóse caer en un sillón. Raidy pareció haber dejado, por un instante, su taciturnidad.

-Mi amo, le han echado a usted de los pastos. Han robado el resto de su ganado, excepto algunos bueyes rezagados, junto con mil cabezas; de Tom Day.

Ben Ide hizo un rápida movimiento con la mano, como si fuera a pegar. Luego palideció y sus ojos despidieron fuego.

-¿Me han limpiado, pues?-preguntó con fiereza, como si aún dudara.

-Sí, mi amo. Y yo mismo me he convencido, pues desconfiaba de que Dillon dijera la verdad.

Hettie, por detrás de la-silla de Ina, miró a su hermano temiendo que estallara en! un terrible arrebato de cólera. Lo creía así por el mal humor que había revelado durante las últimas semanas, que no le hacia parecer el mismo, mas no había contado con la huéspeda, porque, aunque Ben tornóse intensamente pálido, se calmó de pronto. Desaparecida la incertidumbre, cambió radicalmente.

-¡Ah! De modo que se realizó la corazonada que tuvo usted-dijo casi con sarcasmo-Bueno, creo que va usted a quedar muy satisfecho riéndose de Dillon y de mi.

-No, mi amo, no diré siquiera «ya se lo dije»-repuso Raidy.

-Vengan los, hechos, breves y escuetos.

-Cuando llegamos a los Prados Plateados estaba allí Tom. Day con sus jinetes. Un pastor los había informado de todo. Nos dividimos en varios grupos y recorrimos todos aquellos terrenos. Sólo encontramos algunos bueyes rezagados. Los ladrones hicieron buena faena. Day y Franklidge pierden más de mil cabezas de ganado, y usted, todo lo que le quedaba, unas tres mil. A fe que el camino hacia el Tonto parecía un bulevar, por las pisadas... Yo opinaba que debíamos seguir a los ladrones para presentarles batalla. Pero Day no quiso que nos metiésemos en ese agujero. Dijo que nos matarían a todos desde alguna embastada. Además, afirmó que no lograríamos recuperar el ganado. Desbandado en aquel laberinto de bosques y cañones, el ganado estaría perdido. Así es que nos volvimos.

-¿Dijo usted, desde luego, a Day que Jim Lacy era el jefe de esa banda?-preguntó Ben.

-Tom ya lo sabía todo por el pastor. Parece que Lacy envió recado a Tom diciendo que iba a cometer aquel robo. Mandó además sus respetos a Tom y al juez Franklidge diciendo que cualquier día iba a ir a Winthrop.

-¡Válgame Dios, ese Lacy es un verdadero fresco!

-exclamó Ben, como si, a pesar de todo, admirase al ladrón.

-¿Fresco? Sí, se puede decir que lo es, pero para mí es un verdadero demonio por cuya sangre corre el fuego del infierno.

-Le voy a ahorcar-repuso Ben con calma y decisión.

-No, Ben, perdóneme que se lo diga, usted no ahorcará a ese hombre. Ni tampoco lo meterá en la cárcel. Jim Lacy morirá con la ropa puesta, con sus pistolas vomitando fuego y... ¡pobres de los hombres que estén delante!

-¡Bah! Habla usted como Marvie Blaine-replicó Ben glacialmente-. Y eso que' es usted un hombre que peina canas.

-Mi amo, siento que haya llegado el día en que yo tenga que estar en desacuerdo con usted-contestó Raidy con dignidad.

-Ese Jim Lacy es, pues, el jefe de la banda de Pine Tree, ¿verdad?

-Tom Day piensa así y yo también. Y por primera vez, Dillon está de acuerdo con nosotros. Dice Tom que Lacy está cansado de vivir oculto y en el misterio. Por eso se presentó abiertamente. Yo me apuesto cualquier cosa a que aparecerá el día menos pensado en Winthrop.

-Yo me alegro de que Lacy me haya limpiado, Raidy. Ya no tengo que esperar más. El alguacil Struthers, el de Phoenix, que hizo la vida imposible a los ladrones de ganado en el sur de Arizona, está en Winthrop por indicación mía. Vendrá aquí, a más tardar, mañana. Voy a ordenar a Dillon que busque a veinte hombres valientes y ofreceré diez mil dólares de premio al que coja a Jim Lacy, muerto o vivo. Gastaré hasta el último dólar que tengo para acabar con ese Lacy y la banda de Pine Tree.

-Bueno, mi amo, eso se llama hablar por todo lo alto-repuso Raidy-. Yo sé que no deba dar mi opinión. Pero este rancho y, para el caso, toda Arizona, no son bastante anchos para mí y su capataz Dillon. Así es que me voy.

-Muy bien, Raidy, lamento que vea usted las cosas de ese modo-replicó Ben sin inmutarse; y con un ademán dio por terminada la entrevista.

Hettie huyó. Al salar oyó que Ina increpaba a su marido. Luego se cerró una puerta de golpe. Hettie corrió a

su casa en un estado de ánimo desastroso, a punto de sufrir un ataque de nervios. De un modo mecánico se puso a trabajar, consumiéndose interiormente de angustia y de dolor.

-¿Qué pasa en casa de Ben que hay tanto escándalo?-preguntó su madre plácidamente desde su cómodo sillón.

-¿Qué pasa? Pues... se habla de ladrones, ganado, capataces, alguaciles y Dios sabe qué más-repuso Hettie distraídamente.

-¡Ah, vamos! No hay que preocuparse por eso, hija. Ya conoces a Ben.

-Antes creía que sí, mamá, pero ahora lo dudo... Ha despedido a Raidy.

-¡No! ¡Caramba!, eso es desagradable. Raidy enseñó a Ben a montar a caballo. ¡Oh, terrible Arizona! ... No, Hettie, no he querido decir eso. Me gusta mucho este país tan hermoso, tan quieto, aunque muy selvático. Ahora, los hombres... andan medio locos. Y Ben empieza ya a estarlo.

-Mamá, ¿has visto hoy a Marvie?-preguntó Hettie recordando que ella no había visto al muchacho.-Marvie se marchó ayer y no ha vuelto. Por lo menos, no durmió en su cama.

-¡Dios mío, qué muchacho tan aturdido! Más preocupaciones... Mamá, no te he dicho aún el motivo de alojarse Marvie aquí. Fue porque Ben le despidió y le echó de su casa.

-Puede que ahora le toque el turno a Ina-repuso su madre.

-Yo..., a mí ya no me extra nada-dijo Hettie con lágrimas en los ojos.

Con intención de descansar un poco, se dirigió la joven a su cuarto, mas al ver sus botas de montar reaccionó, determinando dar un paseo a caballo. Un prolongado y duro galope tal vez le haría bien y, además, podría hallar a Marvie. Hettie temió que le hubiese sucedido

algo. Era posible que él y Rosa hubiesen sido vistos por Cedar, a quien tanto temía la muchacha.

Atravesó Hettie el corral, a bastante distancia de las cabañas de los vaqueros, porque no quería verso importunada por Dillon ni por Raidy. Vio vario caballos ensillados, polvorientos y cansados que, era obvio, acababan de llegar. Había un grupo de hombres formando círculo, conversando con tanta seriedad, que nadie se fijó en ella. En el establo halló a Pedro y le ordenó que ensillara su caballo. Poco después galopaba por el llano, acariciándole el viento el rostro.

Mas ni el galope ni la carrera que emprendió bastaban para calmar su desasosiego. Penetró en el bosque y dejó andar su caballo al paso por la sombreada senda por la cual regresaba siempre Marvie..

Allí, sola, en la imponente serenidad de la selva, comprendió Hettie que era muy desagraciada y que sobre ella pendía una terrible espada. ¡Cuán desesperanzada era su situación! ¿De qué servía pensar? No podía hacer nada. El valor y la inteligencia habíanse apagado con la pérdida de toda esperanza.

Una purpúrea neblina envolvía el bosque;-no se oía más ruido que el suave céfiro que murmuraba entre las copas de los pinos; las densas matas parecían llamas de fuego con sus hojas otoñales; el sol poniente reflejábase en la pinocha y en las hojas que caían.

La Naturaleza, aquel día, continuaba su existencia calmosa, dulce, .bella, inescrutable, sin curarse de las pobres vidas de los seres humanos. Hettie no obtuvo ni solaz ni valor de ninguno de sus maravillosos aspectos. Arizona había dado fin a su ensueño y había arruinado a su hermano. Y lo horrendo era que, al parecer, la crisis, el desenlace, lo peor, aún había de sobrevenir.

De pronto percibió el galope de un caballo no lejos del verdeante recodo del camino. Sólo podía ser el caballo de Marvie. Hettie sintió un gran alivio. Las ramitas bajas de los pinos abriéronse. Antes de que pudiese frenar su montura, surgió ante ella un gran caballo negro. La joven dio un grito. Mas el' jinete detuvo con mano férrea su cabalgadura y... ¡era Nevada!

XIX

Hettie se asió al arzón de la silla. El choque que experimentó fue tan grande que, aturdida por un momento, salo tuvo fuerzas para conservar el equilibrio en la silla.

Cuando el caballo de Nevada se detuvo de pronto, frente a la montura de ella, miráronse los dos cara a cara.

-¡Tú! -murmuró Hettie con labios rígidos.

Nevada se quitó el sombrero con ceremonioso movimiento y se inclinó hasta tocar la crin de su caballo. Al incorporarse, permaneció descubierto.

-¡Caramba, si es Hettie Ide !-dijo con voz pausada y su peculiar acento meridional, que penetró en el corazón de la joven como tajante cuchillo.

Los dos se miraron, como si la mirada quisiera comparar la realidad con los ensueños del recuerdo. El rostro que Hettie veía tenía los mismos agudos perfiles, el mismo color atezado y la misma intensa luz en sus castaños ojos. Mas en ellos se veía el alma con que la imaginación de Hettie y su recuerdo se lo figurara.

-Te... vi... en Winthrop-empezó Hettie, para poner fin al terrible silencio.

-¡Vaya, vaya! Ya contaba con esa posibilidad-repuso él, mientras liaba un cigarrillo con mano hábil y segura. Hettie no advertía en él ni sorpresa ni emoción alguna-. ¡Lástima que hayas tenido que tropezar conmigo aquí

-¡Lástima!... ¡Es terrible! Sin embargo..., me alegro-exclamó Hettie temblando.

-¡Gracias! Lamento no poder devolverte el cumplido-dijo Nevada inclinando al mismo tiempo la cabeza para encender el pitillo.

La manifiesta indiferencia de Nevada, su calma, su frialdad, que Hettie tan bien recordaba, provocaron la cólera de la joven.

-¡Jim Lacy!-exclamó Hettie ton desprecio, para hacerle saber que conocía su infamia.

Nevada se puso el sombrero echándolo un poco hacia atrás y, mientras lanzaba el humo del tabaco, fijó en ella sus penetrantes e inescrutables ojos.

-¿Por qué no tuviste confianza en mí? ¿Por qué..., por qué?-continuó ella, sollozante.

-Hettie, hubo un tiempo, hace años, en que hubiese preferido la muerte antes de que supieses que yo era Jim Lacy.

-¿Sentías vergüenza?-Sí.

-Has dicho que hace tiempo de eso... Entonces, ahora..., no te avergüenza?

-Ahora ya no me importa-repuso Nevada sonriendo levemente.

-¿Por qué no tiene importancia ahora?-preguntó la joven.

Nevada hizo un ademán expresivo y luego se quedó mirando por el claro del bosque, hacia el policromo desierto. Los dos caballos frotáronse el hocico, y el de Nevada hizo retroceder al de Hettie al otro lado de la senda.

-Ben no sueña ni siquiera que... su viejo amigo Nevada sea... el famoso Jim Lacy.

-¡Claro que no...! Mala cosa es que pronto tenga que saberlo.

¿Es preciso... que se entere?-preguntó Hettie con voz ronca, porque al :pensar en su hermano aumentó su Nevada bajó la cabeza. A causa de los movimientos de los dos caballos, Nevada estaba más cerca de ella, tanto que hubiese podido tocarla. Su proximidad asustó de tal modo a la joven, por la incalculable influencia que experimentaba, que obligó a su caballo a alejarse, mas sin resultado, pues el de él la siguió. El jinete no parecía darse cuenta de nada.

-¿Cómo puedes estar tan tranquilo..., tan odiosamente indiferente?-exclamó Hettie-. Ben te quería... Yo... ¡Qué me importaba lo que fueses! ¿Por qué no continuaste siendo Nevada?... Ben no dejó piedra sin remover para hallarte. Y cuando vio que de nada le servía, vino aquí, a Arizona, con la esperanza de encontrarte... Y en efecto, estás aquí..., pero como Jim: Lacy..., un ladrón que le robó a él, que robó al amigo que le salvó, que le socorrió y le quería. ¿No sabías que el ganado era de Ben?

-¡Claro que lo sabía!-repuso Nevada palideciendo.

-¡Oh, es horrible!-gritó Hettie cubriéndose el rostro con las manos-. ¡Robar al amigo! Cuando lo sepa, ¡qué daño le hará! ... Y a mí... ¡me mata!

El silencio de Nevada, su extraña imperturbabilidad, despertó en ella una pasión furiosa que secó sus lágrimas e hizo subir la sangre a su rostro.

-Pues, por las apariencias, se diría que tienes muy buena salud, después de tantos años de estar muriéndote-observó Nevada tirando el cigarrillo a medio fumar-. Hettie, siempre has sido muy linda, pero ahora que eres mayor, te has hecho más hermosa aún... Supongo que los vaqueros estarán: loquitos por ti.

-Mucho debe importarte eso a ¡-repuso ella con respiración jadeante.

-Dillon, por ejemplo, lo estaba.

-Sí. Me hizo el amor; me suplicó que fuese su mujer-replicó Hettie con fiereza, esperando que así lograra despertar en él los celos.

-¡Caramba, qué dices! Y, la verdad, es un hombre muy guapo. Un verdadero don Juan para las mujeres... ¿Por qué no te casas con él?

-Puede... que aún lo haga-repuso Hettie sombríamente.

Nevada la desconcertaba. Frente a. su serenidad, su frialdad inescrutable, ella sentíase como una niña pequeña.

-Por lo visto, has cambiado de parecer desde la noche del baile en Winthrop.

-¿Qué sabes tú de, aquel baile?-preguntó ella, sorprendida.

-Pues... oí que decías a Dillon unas cuantas cositas desagradables y vi que trataba de abrazarte.

-¿Tú? ¿Tú estabas allí?

-¡Vaya! Y después que te marchaste, me presenté a él y con mucha cortesía le invité a «sacar» su revólver. Pero se acobardó, así es que le estropeé un poco el físico.

-¿Pegaste a Dillon por mí?-murmuró Hettie suavizándose.

-Sí, en parte, porque de todos modos me era antipática... A propósito..., ¿está en el rancho?

-Sí. Le vi en el corral al salir.

-Muy :bien. Soy un hombre con suerte..., desde que he vuelto a ser Jim Lacy.

-¿Ibas a nuestro rancho?-preguntó Hettie rápidamente.

-Voy allí, señorita Hettie Ide.

-¿Para... qué?

-Pues,... el motivo principal es hacer saltar de un tiro uno de los hermosos ojos de ese Dillon. Mas tengo otro...

-¡Oh! ... ¿Tienes algo contra Dillon?

-¿Si tengo algo contra él? ¡Ya lo creo, Hettie!

-¿Vas a... matarlo?

El relámpago que brilló en la :mirada de Nevada, seguido de un fino ademán, fueron los primeros indicios de la pasión que ardía en él.

-Si no me hubieses entretenida aquí, ya estaría muerto.

-Entonces, Dillon... ¿es un hombre peligroso?-Hettie, Dillon es una mala persona. Vino aquí de

Nuevo Méjico. Su verdadera nombre es Eduardo Richardson; perteneció a la banda de-Billy el Niño... Le mataré, eso es seguro, pero puede que me devuelva el cumplido.

-¡Qué... sanguinario eres!-exclamó Hettie como si con tan pocas palabras quisiera expresar su infinito asombro, así como su desprecio por los hombres que vivían fuera de la Ley.

-Hettie, si él me mata, puedes decirle a Ben la verdad y luego vienes y me alisas el cabello y limpias mi rostro ensangrentado.., ¡ja, ja! -rió Nevada con amargo sarcasmo.

-¡Calla!-Hettie acercó su caballo al de él-. No hagas eso tan terrible. Hazlo por Ben, si no quieres hacerlo por mí. Sé grande y noble ,y renuncia a esa sangrienta contienda. Deja esa vida de ladrón, de proscrito. Llévame contigo a un país lejano. Tengo dinero. Puedes empezar de nuevo. Yo... viviré sólo para ti.

-¡Por el amor de Dios, Hettie!, ¿estás loca?-exclamó Nevada con voz estridente.

-Aún no, pero pronto lo estaré... si esto continúa-balbuceó ella poniéndole la mano en el hombro-. Nevada, yo... te amo aún. Siempre te he amado..., todo lo perdonaré. Seré tuya. No me importa lo que eres, lo que hayas sido. Sólo pido que ahorres a Ben el horrible disgusto que le espera..., que huyas conmigo y que renuncies a esta vida... Podemos hacer rápidamente nuestros planes. Nos encontraremos en alguna estación cercana del ferrocarril!... Di que sí, Nevada.

-¡¡No!-continuó él roncamente.

-¡Nevada! ... ¿Es que... ya no me quieres?-Y Hettie se inclinó hacia él, emocionada, revelando todo su gran amor y su esperanza por él, por Ben y por sí misma.

-¿Si te quiero?... ¡Ja, ja!

-No me mires así. No te rías. De ti depende mi vida. Di que me quieres. Di que huirás conmigo.

-Sí, te quiero, mujer loca. Pera no puedo aceptar tu sacrificio. No puedo ser causa de tu deshonra... ¡Dios mío, Hettie, te olvidas de que soy Jim Lacy!

-¡Pera si es precisamente porque eres Jim Lacy!

-¡Cielos! ¡Esto es horrible....! Hettie, ¡no puedo, no quiero...!

-Entonces mientes. Tú no me amas. Yo te pruebo mi amor... En cambio, tú... ¡eres falso... ! Tú tienes otra mujer. Tú no me quieres.

Hettie, con los ojos, nublados, vio a Nevada erguirse sobre ella. Vióse cogida por sus férreos brazos y atraída hacia él, vióse en el aire, sobre el pecho de Nevada, la cabeza echada atrás, víctima de los labios anhelantes de él. Besóla Nevada en la boca, en las mejillas, en los ojos, en la frente, en el cabello y luego, otra vez en la boca.

Hettie perdió casi el conocimiento. Cuando cesó el furor de Nevada, la retuvo un instante mas sobre su pecho, dejándola luego suavemente de pie en el suelo. La joven se desvanecía cuando Nevada saltó del caballo para sostenerla y la sentó en el suelo, apoyada contra el tronco de un árbol'. A poco, la joven volvió a abrir los ojos.

Nevada estaba arrodillado ante ella con el rostro contraído. Lentamente se serenaron sus facciones, abandonándole la mirada terrible.

-Bueno, ya has recobrado los sentidos. Creo que debo pedirte perdón por haber sido tan bruto. Mas, la verdad, no podía tolerar que dijeras que no te amo.

-No lo creeré..., hasta que me lo pruebes-repuso ella nerviosamente.

Nevada se puso de pie.

-No puedo probártelo como tú quieres-contestó; y su rostro volvió a adquirir la impasibilidad! de antes.

-¡Oh, Dios mío, qué has hecho de mí!-exclamó Hettie, medio loca, al advertir que de nuevo se enfurecía ante la calma de Nevada.

-Creo que no es nada comparado con lo que tú has hecho por mí-respondió él con mirada sombría-. Dillon tiene ahora mucha ventaja para vencerme.

Hettie se puso de pie sosteniéndose en el tronco.

-Yo no te he hecho nada... Te amé desde el día que te vi por vez primera. Te he sido fiel. He tenido confianza en Dios. Creí que me amabas. Y cuando huiste de Río Perdido, para sustraerte a las consecuencias..., cuando mataste a Less Setter por salvar a Ben... creí que me serías fiel, que continuarías viviendo de acuerdo con ese otra ser que hay en ti, más noble, más digno, que descubriste por el amor de Ben y el mío... Mas no has sabido superarte. Has vuelto a la antigua vida entre tus viejos camaradas de latrocinio, jugadores y matones. Has matado sólo por mantener tu fama de hombre odiado y temido. Eres un monstruo sanguinario... Sin duda, caíste en brazos de mujeres viles..., las compañeras de los ladrones. ¡Oh, Dios mío!...,-me moriría si no supiese ahogar mi amor. Pero no, yo sabré dominarlo... Eres un embustero, un fracasado, un cobarde. Tu ingratitud es lo más abyecto que puede existir. ¡Tú has robado a mi hermano..., al hombre que te quería tanto...!

En los ojos de Nevada brilló una luz tan viva como un relámpago.

-Creo que eso es todo lo que deseaba oír-dijo con voz que Hettie no conocía.

-Eso es... todo.

Nevada recogió las riendas y montó de un salto en la silla; luego se quedó mirando la senda.

-Ahí vienen dos jinetes-dijo-. Es Marvie con su novia, Rosa Hatt.

-¡Ah, ya los veo!-repuso Hettie, sobresaltada-. ¡Oh, me alegro!

-Bueno, Hettie Ide -observó Nevada-, seguramente Marvie y Rosa tendrán muchas cosas que decirte... De todos modos, no regreses a casa demasiado aprisa.

Los labios de ella se' movieron para formular una pregunta que no pudo pronunciar.

-Es la hora de la puesta del sol-continuó él con extraña mirada-. La puesta del' sol' para Dillon... y, seguramente, el ocaso para mí también.

Luego, espoleando su negra montura, desapareció en furioso galope en dirección al rancho.

XX

Nevada se acercó al rancho por el lado próximo al bosque, cuyas avanzadas de pinos y cedros aislados llegaban por la llanura, de suave inclinación, hasta los establos.

Con la cabeza ardiendo y el corazón aterido, angustiado por el peso terrible de la confesión y del desprecio de Hettie, se detuvo Nevada bajo el último grupo de cedros. Allí se apeó, respondiendo a un instinto que sobrevivía aúnen aquella hora angustiosa, aquel instinto merced al cual pudo seguir siendo Jim Lacy. Mas ahora no era el instinto de conservación de sí mismo, sino el de buscar y matar a Eduardo Richardson, alias Campbell y Clan Dillon, último superviviente de los fugitivos de la guerra del Condado de Lincoln.

Pensando en su nueva hazaña, fijando bien la idea en su aturdido cerebro, quitó la silla y el bocado al caballo, dejándolo en seguida en libertad. Ya no lo necesitaría. Luego sentóse a la sombra y, rechazando, con un tremendo esfuerzo mental, todo otro pensamiento, toda otra emoción, se entregó de lleno a planear el acto justiciero que pensaba llevar a cabo.

Al salir de entre los, cedros podría habérsele tomado por un autómata al que guiara un poderoso espíritu. Ocultándose tras las matas, deslizóse por el prado de artemisa y de éste a la empalizada, que estaba en la parte superior de unas cabañas de troncos que Nevada se dijo debían de ser las viviendas destinadas a los vaqueros. Era la hora en que todos los hombres de la hacienda estarían esperando la llamada para cenar. El día había sido caluroso, y en aquel instante, en que el fresco céfiro bajaba de la montaña, todos estarían al aire libre.

Nevada contempló con rápida y aguda mirada la parte de la izquierda, la de los campos y pastos. Unos cuantos caballos, jacas, vacas, terneras, un burro y algunos cerdos negros animaban un poco la vasta extensión, mas no había ningún jinete allí.

Con paso cauteloso y rápido se deslizó a lo largo de la cerca hasta el primer corral. En él había cierto número de caballos, cuyas sillas y alforjas se hallaban en un rincón. Sería preciso cruzarlo y atravesar también los otros para llegar a las viviendas de los vaqueros. Encaramándose a un poste de la empalizada, oteó los alrededores. No se veía a nadie. De un salto penetró en el corral, corrió, volvió a trepar por la cerca, cruzó rápidamente otro corral, y así ganó por fin la puerta abierta del último. En el lado opuesto de la ancha llanura había dos cabañas pequeñas y una grande; a la izquierda de ellas, los graneros, y a la derecha, la puerta y el patio, que llegaba a la residencia de los Ide, en la linde del bosque.

Apareció un muchacho mejicano que llevaba caballos al abrevadero; un jinete bajaba al trote por la larga vereda a través de los campos; un vaquero aballaba vacas desde dos pastos. Desde el otro lado de las cabañas oíanse las risotadas de los vaqueros.

Nevada no vaciló un instante. Con paso tranquilo dirigióse desde el corral hacia las cabañas, allí donde los montones de leña ofrecían seguro refugio. En aquel lado debía de estar da cocina, pues de su pétrea chimenea veíase salir humo. Al otro lado debía de haber una galería.

Los montones de leña, al parecer, habían sido colocados allí para ofrecerle un lugar seguro y exento de todo riesgo de ser descubierto antes de tiempo. Ni por un momento cruzó por su cerebro la idea de que Dillon no estuviese allí. O él no cometía jamás error alguno, o

existía una infalible fatalidad para los: hombres que se ganaban la enemistad de Jim Lacy. Éste estaba siempre seguro del éxito de sus empresas.

Se deslizó tras las altas: pilas de troncos. Antes vio que bajaban varios jinetes por la senda polvorienta que se dirigía al Norte, hacia Winthrop. Luego miró por entre la leña.

A la vista tenía media docena, o más, de hombres; algunos sentados, otros de pie. Vaqueros en mangas de camisa, dos rostros brillantes, el pelo húmedo, estaban sentados en el suelo, apoyados en la pared de la cabaña. Nevada reconoció a Macklin, el' alguacil de Winthrop, que estaba junto a una baranda, en conversación con dos hombres que, a juzgar por sus trajes, no eran jinetes. Frente a Nevada había un hombre albo, vestido de negro, que lucía ancha y brillante faja. Era otro alguacil, desconocido para Nevada.

-Lo que hemos de hacer, es salir tan pronto salga el sol-decía a un hombre cerca de él.

Éste estaba de espaldas a Nevada. A través de su camisa blanca y limpia veíanse los anchos y bien formados hombros. Nevada reconoció al punto a Dillon; sintió un frío estremecimiento y, en seguida, el instinto del tigre para saltar sobre la presa.

Con rápida mirada recorrió los :grupos. Ben Ide no es

taba allí. Después aseguróse de, que el revólver movíase fácilmente en la pistolera y se quedó un momento quieto, reuniendo todas sus fuerzas para el acto final.

-¡A cenar! ¡A cenar!-gritó la alegre voz del cocinero desde el interior de la cabaña.

-¡Hurra 1 i Hurra 1-exclamaron los vaqueros levantándose.

En aquel instante salió Nevada de entre la leña, corrió unos metros y se detuvo.

-¡Alto todos!-bramó con todas las fuerzas de sus pulmones. Su penetrante voz convirtió a los presentes en estatuas; hasta los vaqueros que iban a levantarse quedáronse rígidos.

En el instante de silencio que siguió, Dillon fue el único que se movió, volviéndose con tanta rapidez que de su rostro aún no había desaparecido la sonrisa.

-¡Hola, Dillon!-dijo Nevada lenta y fríamente. Macklin, alarmado, restregaba los pies en el suelo.

-¡Es Jim Lacy !-continuó, con voz ronca.

-El mismo. ¡Cuidado ahora todos! -avisó Nevada, mas con ojos sólo para Dillon.

Los hombres que estaban cerca de éste apartáronse con rapidez, saltando de la galería o penetrando en la cabaña. Los vaqueros dejáronse caer otra vez en el suelo, apoyándose inanimados contra la pared.

Dillon, de pie en la galería; frente a Nevada, estaba apenas a diez metros de distancia de él'. La reacción ante el reconocimiento del peligro era en él tan rápida corno aguda su vista. Mas siguió un instante en que le era preciso pensar en cómo había de hacerle frente.

Nevada había contado con aquel momento. Era la ventaja que llevaba sobre su adversario. No menospreciaba a Dillon, pero sabía leer en aquellos ojos que ahora se dilataban.

-Bien, ya me conoce usted-dijo Nevada con voz tajante-. Y yo le conozco a usted... Dillon... Campbell... ¡Eduardo Richardson !

El reto fue paralizador. El bandido tornóse lívido. El sangriento credo de la frontera, de acuerdo con el que siempre había vivido, pronunciaba su sentencia de muerte. Sus verdosos ojos se cristalizaron. Sabía lo que sobrevendría. Su aspecto revelaba que estaba habituado a aquellas situaciones. Tenía tan poco miedo a la muerte como

las golondrinas que revoloteaban por los aleros. Mas. veíase en él el coraje magnífico y desesperado de arrastrar consigo a su enemigo.

Richardson no pronunció una sola palabra. Casi de un modo imperceptible encogió el cuerpo como si le moviera el instinto de agacharse. El brazo derecho temblaba ligeramente.

Nevada leyó el pensamiento de Richardson en sus ojos..., el mensaje del! cerebro a los nervios y músculos. Cuando la mano del bandido bajaba, Nevada sacaba ya su revólver.

Sonó un disparo. El tiro de Nevada no puso fin al movimiento de Richardson, pero sí desvió su puntería. Otro disparo. El revólver del bandido disparó apenas alzado. Luchó con gran violencia para sostenerse y disparó otra vez. La bala dispersó la grava a los pies de Nevada.

Una mancha roja apareció, como por encanto, en el centro de la blanca camisa de Richardson. Era terrible ver cómo :se esforzaba por levantar otra vez el revólver.

Al segundo disparo de, Nevada vacióse uno de los horribles ojos de Richardson. El arma se le cayó de la mano. Tambaleóse, tratando de asirse con el brazo al poste de la galería. Luego se derrumbó con terrible .golpe.

Nevada fue el primero en retirar los ojos de aquel cuerpo exánime. Tiró el revólver al aire y lo cogió por el cañón.

-Oiga usted -dijo encarándose con el alguacil que lucía la estrella en el pecho, mientras le ofrecía el revólver por la culata-. Creo que ha terminado ya Jim Lacy.

La tensión nerviosa de los circundantes relajóse. Un murmullo de asombro corrió por los grupos, haciéndose cada vez más fuerte. El alguacil, pasado el primer momento de sorpresa, recobro por fin el habla.

-¿Cómo? Lacy.. ., ¿usted me entrega el arma?-preguntó roncamente.

-Me parece que no le apunto con el cañón, ¿no?-contestó Nevada, y echó el arma, con ademán despectivo, a los pies del representante de la Ley.

-Pero... ¿qué diablos... es esto?-dijo, jadeante, un jinete, el viejo y curtida Raidy, mirando fijamente a Nevada.

En aquel instante llegó Macklin corriendo, interponiéndose entre Nevada y el otro alguacil.

-Jim, Lacy, eres prisionero mío-bramó Macklin fuera de sí a causa de tan extraña oportunidad' y por el terror que le inspiraba su propia audacia. Sacó el' revólver-. ¡Manos arriba!

-¡Dispara, maldito farsante!-replicó Nevada, cansado, y, volviéndole la espalda, fue a sentarse en el último peldaño de la galería.

-¡Id corriendo a avisar al amo!-ordenó Raidy a los vaqueros-. Decidle que aquí hay un gran lío, que venga pronto, él y el juez Franklidge.

-Aquí vienen Tom Day y sus jinetes-bramó un vaquero, muy agitado, señalando a los jinetes que entraban en la plaza-Ya estamos todos aquí.

Nevada experimentó un gran cansancio físico y moral. Ya había hecho lo que se propusiera. Nada le importaba lo que pudiera suceder después.

-¡Vosotros!, dadme tabaco-dijo a los vaqueros, quitándose el sombrero para enjugarse la sudorosa frente.

XXI

Marvie Blaine bajaba la senda al galope, seguido de cerca por Rosa Hatt.

La agitación dio fuerzas a Hettie para montar su caballo. Recordaba los extraños ojos y las singulares palabras de Nevada. ¿Qué podrían tener que decirle Marvie y Rosa?

-¡Hola, Hettie!-exclamó Marvie, aún a alguna distancia de la joven-. ¡Fíjate en quién viene atrás! Hettie obedeció, mirando hacia Rosa, con emociones encontradas, llena de pánico. Marvie no se detuvo hasta estar junta a ella.

-¡Caramba, Hettie, qué cara tienes!-exclamó conmovido.

-Marvie, no sé lo que siento-repuso Hettie.

Rosa se reunió con ellos en aquel momento, anhelante, pero tímida, con ojos brillantes y labios entreabiertos.

-¡Oh, señorita Hettie!-exclamó extática-. Marvie me ha traído aquí...; ya no volveré... a las «Quebradas».

-Será usted bien acogida en mi casa-respondió Hettie con voz cálida, inclinándose para besar el arrebolado rostro.

-Hettie, tú has visto un espectro.:., el mismo que he visto yo-declaró. Marvie con perspicacia.

-¡Oh, Marvie..., Marvie! ¡Si, he visto un fantasma!-gritó Hettie-. ¡He, visto a Nevada! ... Acaba de dejarme... para matar a... Dillon.

-¡Vaya una noticia! ¡Ya lo sabía!-exclamó con fiereza-. Tengo que presenciarlo... Tú ve con Rosa, pero dad la vuelta y alejaos del corral.

Antes de acabar de decir esto, espoleó su caballo y emprendió veloz carrera hacia el rancho. En un momento, Hettie y Rosa le perdieron de vista.

-¡Vamos, Rosa, vamos aprisa!-exclamó Hettie de pronto, fustigando a su caballo.

El animal, no acostumbrarlo a ello, partió al galope. Hettie se volvió. Rosa la seguía a poca distancia, los: cabellos flotantes, el rostro encendido. La muchacha sabía cabalgar bien y su jaca era veloz. Pronto las dos mujeres cruzaban, raudas, el bosque.

En el sitio donde la senda dejaba el bosque y bajaba por la ancha ladera, junto a los terrenos del rancho, apartóse Hettie del camino, siguiendo por la parte alta de la ladera. A poco pasó la negra montura de Nevada, que pacía tranquilamente. El corazón le dió un vuelca. «Y seguramente el ocaso para mí.» Seguía oyendo las tristes palabras de resignación y de tristeza de Nevada, que sonaban en sus oídos como las campanas del juicio Final.

De pronto creyó percibir una detonación. Escuchó. Oyó otro tiro, luego dos más. Tambaleóse en la silla, mas continuó en su loca carrera, olvidando a Rosa, llevándose la mano izquierda al pecho, llena de incertidumbre y angustia.

El caballo, aprovechando la libertad que su dueña le concedía, traspuso velozmente los; corrales y jardines, cruzó la llanura, atravesó el bosquecillo, pasó por la cabaña de Hettie, donde estaba la madre de ésta, llamándola desde el porche. Hettie continuó sin detenerse, cruzando el puente colgante, hasta llegar a la parte frondosa y sombreada, frente a la residencia de Ben.

Allí obligó a detenerse al caballo, que relinchaba furioso. Hettie vio correr a varios hombres. De pronto, apareció Marvie en su montura en la eminencia que interceptaba

la vista de la otra parte del rancho. Venía a uña de caballo, expuesto-a caerse.

Le bastó una mirada al rostro encendido de Marvie para saber la verdad. Sentía deseos de gritar, de expresar frenéticamente su sentir. Marvie llegó junto a ella en el momento en que apareció Rosa. El caballo del muchacho estaba sudoroso y jadeante. Con mano férrea lo frenó Marvie.

-Nevada está allí... esposado-murmuró, sin respiración-. Dillon ha muerto... ¡Dios sabe lo que va a pasar ahora!... Pero vosotras dos, Rosa y tú, ¡a callar! ¡Ni una palabra!

El acalorado rostro de Marvie, los caballos, la faz lívida de Rosa, los vaqueros que corrían, las casas, los pinos, todo se borró de la vista de Hettie. Tuvo que hacer un violento esfuerzo para dominarse. Notó las fuertes manos de Rosa que la sostenían en la silla. Pasó el momento del desmayo. De nuevo lo vio todo; respiró hondamente para calmar su intensa emoción.

Ben y Franklidge salían de la casa para ver lo que deseaban los vaqueros.

-Franklidge, ya le dije que había oído tiros-decía Ben-. Algo ha pasado.

-Así parece, pero no se acalore-repuso el juez.-Allí está Marvie... ¿Pero es-que ese muchacho ha perdido el juicio?-exclamó Ben, asombrado, cuando Marvie, galopando locamente, hizo apartarse a los vaqueros que subían la ladera.

-¡Rayos y truenos, Ben !-replicó Franklidge al ver de pronto a Hettie y a Rosa montadas a caballo.

En aquel momento el, primer vaquero alcanzó a Ben y exclamó jadeante

-Mi amo, Jim Lacy está allí. ¡Ha matado a Dillon !-¿Cómo?-bramó Ben, incrédulo.

Cuando el vaquero repetía la noticia llegó Raidy al frente de tres vaqueros más y todos empezaron a hablar anhelantes.

-¡Uno a uno!-ordenó Ben con aspereza-. ¿Qué diablos pasa, Raidy?

El viejo capataz se irguió, ante su amo; con el pecho agitado, pero serenándose, dijo:

-Mi amo, Dillon acaba de morir... a manos de Jim Lacy.

Ben dio un salto, cediendo a una furia indomable; la sangre le inundó el rostro; apretó los puños.

-¿Aquí, en mi propio rancho?-'bramó, furioso.-Sí, señor; en la galería de la cabaña del cocinero.-¿Ha muerto?.

-Sí-contestó Raidy-. Lacy le atravesó el pecho de un balazo... Luego el vació el ojo derecho.

-¡Un asesinato!-balbuceó Ben.

-No, eso no... Fue un duelo legal. Lacy apareció como caído de las nubes. Dillon respondió con valentía y fue rápido, muy rápido, pero no lo bastante.

-¡Muerto!-exclamó Ben con voz estridente-¿Dónde está ese Jim Lacy?

-Sentado en los escalones de la galería del' cocinero-repuso Raidy-. Y esposado, señor... Los alguaciles le pusieron en seguida las esposas.

Con el puño de la diestra descargó Ben un golpe sobre la palma de la mano izquierda.

-Lo-tenemos, pues, en nuestro poder... Franklidge, ya sabía yo que cogeríamos a ese gunman y ladrón.-La verdad, Ide, es un poco embarazoso decir lo' que haremos con ese... Jim Lacy... ahora que lo tenemos-replicó el juez.

-¡Maldición! Yo le diré a usted lo que pienso hacer con él.

-Mi amo-intervino Raidy-, acaba de llegar Tom Day con sus jinetes. Éstos querían linchar a Lacy. Pero Tom bramó contra ellos como un toro furioso. Me parece que debe usted apresurarse a ir allí.

Ina salió corriendo de la casa, exclamando alarmada-¿Qué pasa, Ben?

-Ya ha pasado, Ina; de modo que no te asustes -contestó Ben-. Ese sanguinario diablo de Jim Lacy ha matado a Dillon. ¡Ese hombre debe de estar loco! ¡Venir aquí, a nuestro rancho, para dirimir una contienda!

-¿Es verdad?... ¿Dillon ha muerto?-preguntó Ina, llena de terror.

-Sí, señora-interpuso Raidy llevándose la mano al sombrero.

-¡Qué horrible!-Ina vio en aquel instante a Hettie y a Rosa y se dirigió a ellas con paso rápido-. Hettie, ¿has oído la terrible noticia? Dillon ha muerto... Pero

¿qué te pasa? ¿Qué cara tienes? ¿Quién es esta muchacha?

-Rosa Hatt, la amiga de Marvie-contestó Hettie inclinándose-. ¡Oh! Ina, yo...

Ben, que se marchaba con sus hombres, se volvió para decir gritando

-Ina, quédate aquí y retén a esas muchachas.

-Pero... ¿por qué no puedo ir también allí?-exclamó Ina.

-Está prohibido que vayan las mujeres. Tenemos allí un hombre muerto y pronto habrá otro.

La esposa de Ben se detuvo, trocándose su curiosidad en una extraña sensación de terror.

-Hettie, no debemos ir allí-dijo a su cuñada.-óyeme, Ina. Me importa poco la orden de Ben. No hay fuerza suficiente en todo Arizona para mantenerme alejada de allí-declaró Hettie, acalorada. Luego se inclinó sobre Ina murmurando-. Jira Lacy es Nevada

Ina se tapó la boca con la mano para ahogar un grito. Luego dijo trémula, jadeante:

-¡No!

-¡Sí! Lo sabía hace tiempo. Y hoy he hablado con él... ¡Dios mío! ... Pero no puedo decir nada ahora. Ven. Hettie, con Rosa a la izquierda, siguió a caballo a los hombres. Ina corría al lado de Hettie, asida a los estribos, alzando la mirada de vez en cuando.

Atravesaron la corta senda para entrar en la amplia plaza, al otro lado de la cual estaban las cabañas de los vaqueros. Hettie se sobresaltó al' ver el grupo compacto de gentes que había delante de la cabaña del cocinero. Allí debía de estar Nevada..., que se vería pronto frente a Ben. ¡Qué escena tan terrible para ambos!-Hettie sintió de nuevo las torturas-de la impaciencia y de la angustia, consumida por una incomprensible curiosidad.

Llegaron al grupo de vaqueros y desconocidos, algunos de los cuales se volvieron para mirar a las mujeres.

-¡Paso!-ordenó Ben con voz potente y dura-. ¡Paso!... ¡Que vea yo a ese hombre!

Los espectadores apartáronse con rapidez, dejando un espacio abierto en forma de V, en cuyo ápice estaba el preso, sentado en los escalones de la galería. El muerto yacía en el suelo, cubierto con una manta.

Hettie reconoció a Nevada, aunque éste tenía la cabeza

inclinada y el sombrero le ocultaba el rostro. Sus manos, esposadas, pendían sobre las rodillas. ¡Qué figura tan trágica! Hettie sintió flaquear el corazón. ¿Qué misterio había allí?

Macklin, el alguacil de Winthrop, se adelantó, radiante y fanfarrón, dándose importancia con ademanes y gestos.

-¡Señor Ide, aquí tiene usted a su hombre! Le tengo puestas las esposas-dijo con ridícula solemnidad.

Ben avanzó, mirando al muerto y luego al ensimismado preso.

-¡Jim Lacy!-exclamó con voz potente.

No hubo más movimiento de Nevada que una ligera contracción. Nadie se movía. El ambiente estaba cargado de trágica expectación.

-Lacy, vas a morir en la horca-pronunció Ben Ide con violencia.

De nueva callóse el célebre gunman, cuya audacia, sangre fría y serenidad ponderaban todos.

-¡Levántate para que te vea!-ordenó Ben.

Con un violento esfuerzo abandonó el preso su posición de abatimiento y, de un salto, se puso en pie. Echando la cabeza atrás, se quitó el sombrero, y así, pálido pero sereno, miró a, su juez.

Ben Ide se tambaleó como herido por un rayo.

-¡Dios mío!... ¿Quién es ese hombre?-balbuceó con voz apenas perceptible.

Nadie respondió. Los espectadores quedaron aturdidos, confusos.

-¿Quién es usted?

-La verdad, Ben, siento mucho que nos volvamos a ver de este modo-fue la respuesta dicha con la voz tranquila y parsimoniosa de siempre-. Pero... no ha habido más remedio.

-¡Nevada!

Con un grito de asombro saltó Ben sobre su amigo para estrecharlo en sus brazos, como si no fuera a soltarlo nunca más.

Hettie vio el convulso rostro de su hermano, sus ojos cerrados, aquella expresión de felicidad que aturdía a los circunstantes.

Para ella era una expresión maravillosa y confortadora en medio de todo. Nubláronse sus ojos, y su sensible corazón latíale con violencia,

-¡Viejo camarada! ¡Por fin te hallo! ¡Gracias a Dios! Temí que hubieses muerto... en tantos años... pero siempre rogué a Dios... Y aquí te tengo, sin poderlo creer así. Parece un sueño. Pero dime algo, hombre de Dios, ¡habla, Nevada!

Ben apartó a su amigo, sin soltarle, ajeno a todo lo que no era el rostro de su querido amigo.

-Sí Ben... Nevada para ti... pero para todos... los demás... Jim Lacy-contestó Nevada con tristeza.

-¿Qué?-exclamó Ben con violenta sorpresa. Luego bajó las nerviosas manos a las esposas de Nevada. ¡Dios Todopoderoso! ...¡Tú Jim Lacy ¡

-¡Sí, con gran sentimiento mío... amigo!

La transición de Ben fue rápida y apasionada. Poniéndose lívido, los ajos: en llamas, forcejeaba con las esposas de Nevada.

-¡Me importa poco! Tú eres Nevada...mi amigo... mi camarada. ¡Y lo serás siempre, hasta la muerte!-Caramba, Ben, da gusto oírte-contestó Nevada.-¡Macklin, abra esto!-ordenó Ben.

-¿Qué?... Pero, señor Ide... es mi prisionero-protestó Macklin, sobresaltado-. Se le busca por ladrón de ganado... Ha dado muerte a su capataz. La Ley...

-¡Al infierno la Ley!-interrumpió Ben con fierera-. ¡Abra las esposas!

-Usted nos ha tomado a-su servicio para detener a este hombre.

-¡Pronto! ... antes de que saque el revólver y...

Su mano buscó el arma. Los espectadores movieron los pies con intranquilidad entre exclamaciones. Tom Day avanzó, interponiéndose entre Macklin, y Ben.

-¡Quieto, Ben! Déjeme hablar a mí-dijo con su voz potente y resonante-. Ya se han disparado bastantes tiros por hoy... ¡Macklin, déme las llaves!

El alguacil, sonrojado, aturdido, cumplió la orden de mala gana. Day abrió las esposas y las echó con desprecio a los pies de Macklin.

Nevada se frotó las muñecas y luego dirigió una sonrisa a Tom Day.

-¡Vengan esos cinco, Texas Jack!-exclamó radiante el viejo ranchero, sonriendo-. Usted y yo somos de Texas, no cabe duda. Quiero ser el primero en estrechar la mano que acabó con Dillon,

-Bueno, Toro, pero no apriete tanto-contestó Nevada riendo, al ceder el vigoroso apretón de manos de Tom Day.

-¡Venga usted acá, Franklidge !-exclamó Day llamando al juez-. Me, parece que es hora de hablar.

Ben Ide se había quedado inmóvil, con la boca abierta, mirando incrédulamente, sin saber qué decir. Todos los circunstantes compartían su sorpresa. En cuanto a Hettie, sintió que todo daba vueltas y que su cerebro enloquecía. ¡Habían llamado a Nevada Texas Jack ! ¡Y aquella cálida y franca: sonrisa del viejo ranchero! ¡Y el señor Franklidge avanzaba con paso grave y expresión bondadosa!

Pero el, juez se vio detenido por el otro alguacil, el cual se dirigió a Ben.

-Señor Ide, extraordinarios procedimientos son los que se usan aquí-dijo con voz autoritaria.

-¡Claro que sí!-exclamó Ben-. Pero también el caso es extraordinario.

-La Ley tiene que seguir su curso. Aunque ese: Jim Lacy sea un antiguo amigo de usted, ahora es un criminal. Creo que en sus juegos de revólver siempre ha obrado con lealtad. Pero ese un cuatrero y abigeo. Hemos venido aquí para ahorcar al jefe de la banda de Pine Tree. Lacy o es, no cabe duda. El haber matado a Dillon lo prueba. Si el caso no merece la horca, merece, por lo menos, la cárcel.

-Struthers, es verdad, yo le tomé a usted a mi servicio-replicó Ben-. Admito que deseaba ver ahorcado a Jim Lacy. Pero he cambiado de parecer. Es mi amigo. A él le debo mi vida, mi fortuna, mi familia, todo lo que tengo. Aquí hay algún misterio... algún error que me incumbe a mí solo averiguar.

-Muy bien. Pero yo me llevo a Lacy a Phoenix para que lo juzgue el tribunal-contestó Struthers.-Tendría usted' que matarme antes a mí. Tenga cuidado, Struthers, aquí no estamos en Phoenix. Se halla usted en las «Quebradas:».

Así correspondió Ben Ide a la influencia que Arizona ejerciera en él en los pocos meses que estaba allí.

La situación volvía a agravarse, mas Franklidge, se interpuso oportunamente, rechazando a Struthers.-Usted aquí no tiene jurisdicción si yo no se la concedo-dijo secamente. Luego se volvió a Ben-. Hijo

mío, no se preocupe más. Es necesario que tenga un poco de paciencia.

-¡Qué tenga paciencia!-exclamó Ben, como si no hubiese oído bien.

El juez avanzó para colocar la mano izquierda sobre el hombro de Nevada, brindándole la derecha, que éste aceptó con rapidez.

-Jack, usted podrá ser de Texas, como dice aquí, nuestro amigo Tora Day, pero estoy segura de que pertenece usted a Arizona-dijo con gran calor.

-¡Ya lo creo! Eso mismo iba a decir yo-corroboró Day.

Franklidge se volvió para señalar al muerto.

-Dillon era, desde luego, el jefe de la banda de Pine Tree-afirmó el juez-. De otro modo no hubiese usted corrido el riesgo de revelar su identidad, ¿no es, así?

-Ha acertado usted, señor Franklidge-repuso Nevada sonriendo.

-¿Que Dillon era el jefe?-bramó Tom Day fijando sus grandes ojos en el muerto-. ¿Quién era, Jack?-Dillon era el famoso Eduardo Richardson, de Nuevo Méjico.

-¿Richardson? Ya he oído hablar de él. Es uno de los supervivientes de; la guerra del Colorado de Lincoln, ¿verdad? De la banda de Billy el Niño, ¿no?

-Ese mismo, Tom.

-Pues que me aspen si...-dijo el viejo ranchero-. ¡Ahora empiezo a ver claro! Dillon estaba de acuerdo con Steward, que no era el' mismo desde que Dillon fue nombrada capataz 'de Ben Ide. Esta mañana desapareció. Él sabrá dónde ha ido... Jack, ¿qué me dice usted de esto?

-Steward era uno de los tres hombres de este país que, Richardson tomó a su servicio.

-¡Ah! ¿Y los otros dos?-Burt Stillwell y Cedar Hatt.

-¡Conque Stillwell!... Jack, ¿verdad que hace poco usted... se encontró con ese bandido?-preguntó Day con un guiño,

-Sí. Fue Stillwell quien robó al caballo de Ben, el Rojo de California. Yo le obligué a devolverlo. Y creo que se enfadó por eso y... bueno... Otra cosa, Marvie

Blaine ha matado hoy a Cedar Hatt. De manera que la banda de Pino Tree está deshecha.

Ben Ide, aturdido, sin saber qué decir, se acercó más.

-¿Que Marvie Blaine mató a Cedar Hatt?-exclamó Franklidge.

-¡Gran' Dios!-añadió Day con su ruidosa voz-. ¿Qué más? Ben, ¿oye usted lo que dice Jack?

-Tom... estoy aturdido-contestó Ben con voz ronca.

-Cuéntanoslo, Jack, cómo ha sido lo de Marvie. ¡Que el cielo sea con nosotros ahora!-continuó Day. Nevada contó en breves palabras lo sucedido en el cañón, el, encuentro entre Cedar Hatt, Marvie y Rosa y la lucha que se entabló ante él.

-Pues bien-concluyó-, en la lucha, Cedar dejó caer el revolver y Marvie, con increíble rapidez, lo recogió. Agarrándolo con ambas manos, apuntó a Cedar y le pegó dos tiros.

-¡Hurra!-gritó uno de los vaqueros.

-Rayos y truenos! De buena gana daría un hurra si no tuviese la voz tan ronca-exclamó Tom Day-. ¿Dónde está Marvie? ¡Ven acá, grandísimo... valiente!

-Rosa Hatt está también aquí-dijo Nevada-. Y convendría que usted, Tom, y el señor Franklidge hablasen con ella. Es una buena y honrada muchacha. Dillon la perseguía. Cedar Hatt se la llevó un día a una cabaña para entregársela a ese hombre. Así descubrió Rosa la banda de Pine Tree y se enteró de sus manejos. Me lo ha contado ella misma.

-¡Caramba, caramba 1-dijo Day riendo-: La chica está muy pálida y asustada. Creo que no debemos hacerla hablar delante de tanta gente. Pero ese chico-señaló a Marvie-parece dispuesto a decir algo.

-¡Ven aquí, muchacho!-rogó Franklidge.

Marvie se deslizó del' caballo y avanzó hasta los, tres hombres. Hettie se emocionó al verlo. Hubiera querido reír y llorar a la vez. El muchacho imitaba en todo a Nevada. Era su misma manera de mirar, de andar, su mismo continente. Llevaba un gran revólver negro en el bolsillo de sus zahones y otro más pequeño en el cinto. ¡Qué instante tan maravilloso para Marvie!

-Hijo mío, ¿qué es lo que acabo de oír?-preguntó Day sin rodeos-. ¿Has matado tú a Cedar Hatt?

-¡Sí, señor, yo he sido!-contestó Marvie-. Aquí

está su revólver. La cosa sucedió como ha dicho Nevada.

-¿Quién es Nevada?

Marvie puso una mano sobre el hombro de su amigo.

-¡Ah! ¿Te refieres a Jim Lacy, verdad?

-¡No! Me refiero a Nevada-replicó el muchacho con energía-. El nombre de Jim Lacy no me gusta.

-Marvie, tú lo has dicho-interpuso el juez-. Puede que sea Nevada y Jim Lacy. Pero para mí será siempre Texas Jack. Trabajó a mi servicio durante dos años. Y antes, año y medio con Tom Day. Tanto éste como yo hemos encontrado en él el mejor vaquero de Arizona. Y es más... un hombre bueno y honrado, a quien tengo el privilegio de llamar amigo... Y con mucho gusto, si él quisiera, lo asociaría a mis negocios de 'ganadería.

-¡Eh, vosotros, los alguaciles!-exclamó Day con ruidosa satisfacción-. ¿Habéis oído eso? Pues escuchad algo más. Texas Jack se ofreció voluntariamente a acabar con la banda de Pino Tree. Tenía mi apoyo; tenía tras sí todo el poder y la palabra del juez Franklidge. Tenía absoluta libertad para convertirse en ladrón de ganado, para beber, jugar y abrirse camino a tiros hasta conocer el secreto de esa banda. ¿Habéis comprendido ahora el misterio? No habrá aquí ningún arresta. Nadie colgará aquí de la horca.

XXII

Hettie estaba echada en la cama, de cara a la ventana abierta, por donde entraba la suave brisa de la noche con la fragancia de la. artemisa. Aún veíase en el horizonte la última faja rojiza del sol poniente. Hettie no sabía cómo pudo llegar desde el patio del rancho a su habitación. Recordaba vagamente los rostros de las gentes y el murmullo de sus voces, que para ella nada significaban.

Abrióse la puerta y se volvió a cerrar. Era Ben; arrodillándose junto al lecho, tomó las manos de la joven entre las suyas, y besándola dijo con profunda emoción:

-Hettie; he venido tan pronto como me ha sido posible. Aún estoy aturdido..., pero soy tan feliz, querida hermana, como no lo fui nunca, excepto el día en que Ina llegó a ser mi mujer... Cuando me tranquilicé un poco, me acordé de ti... y aquí estoy.

-¡Oh..., Ben!-murmuró ella abrazándole con el corazón angustiado.

-Querida Hettie..., las alegrías no matan-repuso él con ternura.

-¡Ojalá fuese alegría!-contestó la muchacha con un gemido.

-Hija, no hay más que alegría ahora-protestó el-. Ell choque ha sido grande; admitido. Ha sido tremendo descubrir que nuestro Nevada es Jim Lacy, pero .no olvides que siempre creímos que había sido malo. No, malo no, sino un hombre audaz y batallador. Tú lo sabías, Hettie... Y ahora ha vuelto a nosotros. Lo grandioso es que había ocultado su identidad dejando la vida aventurera y que ha trabajado y vivido honradamente, como en aquellos lejanos días de Río Perdido. De modo que tu gran amor, tu esperanza, tu fe en él, todo estaba justificado. Todo se lo merecía. ¡Gracias a Dios, yo nunca perdí...

-¡Calla! Me matas-balbuceó Hettie separándose de sus brazos.

-Pero, Hettie, ¡qué extraña eres!-protestó Ben-. La emoción te trastorna, la impresión ha sido demasiado fuerte para ti.

-No, Ben, no es eso-contestó ella-. He sido muy débil, muy cobarde. Soy una mujer egoísta y testaruda. Y, además, un poco celosa... y tan miserable en amor y en la fe...

Entonces, balbuceando, hablando a veces con incoherencia, contó Hettie su encuentro con Nevada, y, en el afán de rebajarse a sus propios ojos, exageró la vergüenza y la ignominia que arrojara al rostro del amado.

Ben atrajo la cabeza de ella sobre su pecho y le acarició la revuelta cabellera.

-¡Vamos!..., ahora lo comprendo todo. ¡Malo, malo! Pero tienes excusa. ¿No creíste en él durante tantos años? ¿No le esperabas siempre?

-Nunca... podrá perdonarme-sollozó Hettie, aliviada un poco por la demostración de simpatía de su hermano.

-¿Nevada? Pero, hija, Nevada lo perdonará todo.

-Pero yo no puedo perdonarme a mí misma.

-No te apures, Hettie, todo irá bien. ¿No recuerdas

que tú lo decías así? ¡Cómo me machacaste la cabeza con tu confianza en el feliz final! ... Y ya ves, todo ha ido bien... Nevada no puede haberte herido.

-Yo misma... me he hecho daño. He perdido algo.

-No..., no. Lo que te pasa es que la impresión te ha aturdido, ¡Por favor, Hettie, no seas así! No pretendo que estés alegre, pero sí que seas valiente y afrontes serenamente los acontecimientos. ¿Dónde está tu antiguo valor?-Lo perdí.

-Pues recupéralo. Te juro que Nevada, cuando te vea, hará lo mismo que yo. Se arrodillará ante ti como estoy ahora.

-¿Dónde está?

-Lo dejé en el salón, jugando con Carlitos. El chico simpatizó en seguida con él. Y Nevada... ¡Dios mío!, nadie soñara siquiera que ese hombre puede ser lo que se figura uno del que lleva el nombre de Jim Lacy... Ahora sólo es aquel Nevada que recordamos. Es Nevada, y nada más.

Hettie pasó muchas horas despierta, ensimismada en su dolor. El viento de la noche murmuraba entre los pinos, ora fuerte, ora suavemente. De cuando en cuando oíase el solitario aullido de un coyote. En el firmamento, profundamente azul, brillaban, blancas, las estrellas. Cuando la joven se durmió, al fin, presentáronse los sueños, vagos, irreales, en los que ella parecía ser la sombra central, alrededor de la cual movíanse las de Nevada, Marvie, Rosa, Ben y el rostro irónico de Dillon. Mas Hettie despertóse a un nuevo día..., nuevo como brillante era la mañana, lleno del amanecer de la esperanza, como el oro y el azul del cielo de Arizona.

No tuvo tiempo de entregarse a sus preocupaciones. Marvie entró, ruidoso, en la cocina, seguido de Rosa, tímida, dulce y sencilla como la flor cuyo nombre llevaba. Ya habían estado los dos en el bosque y traían hambre. La señora Ide los contemplaba con

simpatía. Deseaban ir a Winthrop y rogaron a Hettie que los acompañara. El rostro de Marvie estaba radiante; Rosa mostrábase más serena, pero revelaba su éxtasis.

-Hoy no-contestó Hettie a los dos importunos-. Mañana, tal vez, si Ben consiente.

-Pero ¿qué tiene que ver Ben con mis asuntos?-preguntó Marvie, altanero-. Quiero que sepas, Hettie,

que puedo entrar, cuando quiera, al' servicio de Franklidge o de Tom Day o de cualquier otro ranchero importante de Arizona.

Hettie advirtió que no le sería fácil a su hermano reconciliarse con Marvie cuando +tratara de hacerlo y se dispuso a ayudarle inmediatamente con toda su influencia.

-Marvie, ya lo sé-dijo-. Pero es preciso que seas razonable. Rosa ha de vivir conmigo en San Diego durante el invierno. Creo que querrás estar hasta entonces cerca de ella y, además, querrás también ir a San Diego por algunas semanas.

Marvie se estremeció. Hettie había dado un golpe maestro.

-Bueno..., si tu hermano me pide perdón veré si me conviene quedarme a su servicio-repuso él.

Después del desayuno llegó Tom Day para presentar sus respetos a Hettie y a su madre. Mostrábase alegre, dicharachero, animada y jovial como siempre.

-¡Bueno, bueno, muchacha!-dijo al irse-. Creo que los Ide y los Day ya pueden dedicarse otra vez con tranquilidad a la ganadería, gracias a vuestro Texas Jack. Claro que, de vez en cuando, nos robarán algún animal, pero, de momento, disfrutaremos de una época de tranquilidad y nunca llegaremos ya adonde habíamos llegado ahora. Las gentes podrán dormir tranquilas y felices. Y vosotros, los jóvenes, podréis haceros el amor... ¡Ah! ... ¡Ah! Hettie, he olido algo... ¡Vaya, vaya! Ya soy zorro viejo... Bueno, hasta pronto y que Dios la bendiga.

Aquella mañana, más tarde, llegó Ben, tan abatido que daba risa verlo.

-Y ahora, ¿qué?-preguntó Hettie-. No vengas a mí para que te compadezca.

-¡Ay, Hettie!, eso mismo me ha dicho Ina, y no quiere ceder. Pero es preciso que hable con alguien. No sé lo que le pasa a Nevada, parece trastornado. No me oyó siquiera.

-Bueno, Bennie, habla-dijo Hettie sonriendo.

-Ya sabes que despedí a Raidy y, claro, era preciso rogarle que no se fuese. No es que me haya dicho nada, pero... estaba glacial. Me costó mucho convencerle, tuve que excusarme, suplicarle y decirle sabe Dios cuántas cosas para conseguir que se quedase. Pero todo eso no es nada comparado con lo de Marvie.

-¡Caramba! Sí, recuerdo que le despediste también.-Te hubieras muerto de risa al ver a ese chico -continuó Ben-. Mandé a buscarle. ¿Crees que vino? ¡No, señor! Me envió recado diciendo que si quería hablarle que fuese a verle yo. Y me vi obligado a hacerlo. Yo creo que estuvo vigilando y cuando me vio venir se escondió. Por fin pude hallarle y le rogué que olvidara las diferencias que habíamos tenido. ¡Tenías que verle!... Me dijo que el aire de Arizona le había hecho cambiar, que ya no era el chiquillo de antes. Esgrimió argumentos que me dejaron aturdido. Y el muchacho tenía razón, aunque, claro está, no quise admitirlo. Bien sabes tú que quiero al muchacho y que nunca toleraría que se marchase de nuestro lado hasta que fuera mayor de edad. No tuve, pues, inconveniente en presentarle mis excusas. Mostró más dignidad de la que pueda tener el juez Franklidge y más vanidad que un vaquero, ¡que ya es decir! Se .hinchó como Macklin, aquel alguacil. Bueno, pues, después de reponerle en su empleo con más sueldo, me apretó más las, clavijas. Me pidió con mucha desfachatez el premio que ofrecí a quien nos pusiera sobre la pista de la banda de Pine Tree. Afirmó que todo lo ha descubierto Rosa. Nevada le apoyó diciendo que, en efecto, todo se ha sabido por ella. De modo que me he visto obligado a prometerle los mil dólares... ¿Qué me dices de todo esto?

-Me alegro por Marvie-exclamó Hettie, gozosa-. Y ahora ve a ver a Ina y pídele también perdón. Entonces, todos... vosotros podéis ser felices otra vez.

-¡Ah! Veo que tú no te incluyes. Pero me apuesto cualquier cosa a que antes de terminar el día serás tan dichosa como Rosa y Marvie.

Sin embargo, Hettie no logró aún la soledad que tanto anhelaba. Apenas se había ido Ben, llegó el señor Franklidge.

-Vengo a despedirme de usted y de su mamá-dijo con voz bondadosa-. Hemos pasado ratos muy revueltos, pero ahora ya estamos tranquilos. y en paz.

Luego, inclinándose sobre Hettie, continuó en voz baja-Recordará usted! que un día dijo en mi casa algo que entonces me pareció oscuro, pero que ahora ya está claro... Se trataba de Nevada.

-Lo recuerdo, señor Franklidge-murmuró Hettie temblando y cabizbaja.

-Me satisface haber adivinado la verdad-continuó el juez, muy animado-. Ayer la observé a usted y creo que vislumbré algo de la dura prueba por la que está pasando. Y ahora adivino en su rostro la pena que la agobia. Yo deseo calmar su pesar, Hettie, y sé que puedo hacerlo. Escúcheme. Para usted ha sido un golpe terrible descubrir en Texas Jack... o Nevada, como usted le llama, nada menos que al! famoso Jim Lacy. Es natural, pero créame, debe afrontar usted el hecho, sin vergüenza, ni miedo. No conozco a ningún hombre más leal ni más noble que Jim Lacy. Con todo, no he venido aquí a contar alabanzas... Quiero que sepa usted! bien lo que para mí significan los hombres como Jim Lacy. He vivido la mayor parte de mi vida en la 'frontera del Oeste y sé lo que ha sido, y es aún, su selvatiquez. Hay hombres malos y hombres malos. Hay mucha diferencia entre unos y otros. He conocido personalmente, o de visa, a muchos matones famosos. Por ejemplo, a Bill el Loco, a Wess Hardin, Kingfisher, Billy el Niño, Pat Carrett y muchos otros. Esos hombres no son asesinos sanguinarios, sino el producto de una ¿poca. El Oeste no se hubiese poblado nunca sin ellos. Son ellos los que mantienen el equilibrio entre la horda de rufianes, prescritos, gentes astutas y fuertes, como Dillon, y la vida selvática de una época dura. Es el Oeste como sólo lb conocemos los que estamos en él. Y no podríamos ser colonizadores, no podríamos progresar sin actos de violencia, sin quitar de en medio a hombres como Dillon, Cedar Hatt, Stillwell y otros semejantes. Lo paradójico es que sólo jóvenes de nervios' de acero, como Billy el Niño o Jim Lacy, pueden ponerse frente a ellos en su mismo terreno. Eso es todo lo que deseo que sepa. Y también que si mi hija amase a Jim Lacy, me sentiría orgulloso de dársela por esposa.

-Muchas gracias, señor Franklidge-repuso Hettie mirándole con mirada franca y leal-. Pero usted no ha comprendido bien mi casó... A mí no me importa que Nevada haya sida Jim Lacy.

-¡Válgame el cielo! Entonces, ¿a qué viene todo eso... que no entiendo?-exclamó el juez, sonriendo y asombrado.

Hettie desvió la mirada, contemplando el verdor del bosque.

-Le escarnecí. Pensaba que él... Me faltó la fe. Y temo que nunca me perdone.

-Hettie-respondió Franklidge con solemnidad-, yo le digo a usted que nuestro Texas Jack no sabe siquiera que tenga algo que perdonar.

Antes de que Hettie pudiera salir de su asombro llegó Marvie, dándose aires de importancia y de autoridad. Con ademanes misteriosos la hizo salir de la galería y la obligó a ir con él hasta la sombra de los. árboles.

-Hettie-murmuró al oído de la joven-, ya lo he arreglado todo.

-¡Marvie! ... ¿Estás loco?... Mira, si tú...

-¡Valor, Hettie !-la interrumpió el muchacho, zarandeándola-. Nevada acaba de confesarme que se, muere de amor por ti,... ¡Pero, Hettie, no pongas esa cara! Te hablo en serio. ¡Palabra! ¡Si por ti iría yo al infierno! Nevada lo sabe todo y sufre. Cree que tú debías llamarle si es que puedes perdonarle que sea Jim Lacy.

Hettie no pudo sino abrazar en silencio al muchacho de alegres ojos que la estaba torturando.

-Yo lo he arreglado todo. Tú te vas allí-continuó, señalando con maña temblorosa-. Ya sabes dónde, allí, bajo los pinos, en el sitio en que siempre te encuentro. Ve. Nevada está mirando. Irá a tu encuentro. Le he jurado que te llevaría, aunque tuviese que arrastrarte. Y lo haré, Hettie, si no vas.

Hettie le besó en la mejilla, y luego se dirigió, corriendo, hacia el abrigo de los pinos. De momento sólo pensaba huir de Marvie, mas un imán irresistible la atrajo al rincón favorito desde el cual gustaba de' contemplar el hermoso panorama.

Allí estaba Nevada..., el Nevada de Río Perdido. Hettie se precipitó en sus brazos.

-¡Te quiero! ... ¡Te quiero !-exclamó suplicante-.Perdóname..., he sido débil..., no tú...

Transcurrieron las horas y de nuevo los fulgores de la puesta del sol cubrieron con su áureo manto los montes de artemisa y las ondulantes laderas. Y las nubes purpúreas navegaban, cual barcos de ensueño, por un mar de rosa y oro.

Hettie y Nevada estaban sentados, apoyados en un alto pino, juntan las cabezas, las manos entrelazadas.

-Ben me ha dado una buena idea-decía Nevada-. Dijo que debíamos ir todos a San Diego. De momento me sorprendió..., pero me gustaría que te alejases de aquí por algún tiempo. De manera que, Hettie adorada, si no es pedirte demasiado, si... si...

-No. Pregúntame lo que quieras-murmuró Hettie.-¿Si te ruego que te cases conmigo...?

-¿Sí?... ¿Me lo ruegas?

-¡¡Claro!! ¿Te parece que soy muy atrevido?

-No-contestó Hettie.

Nevada aceptó la respuesta con sorpresa, pero en silencio.

-Quiero decir... que no me pides demasiado... ¡Oh, Nevada! Sí, sí, quiero ser tu mujer.

Los últimos rayos del sol posáronse sobre aquellos dos seres felices.

-Arizona nos sonríe-dijo Nevada contemplando el rostro de ella.

-Y Nevada me sonríe a mi-murmuró Hettie, soñadora.

FIN